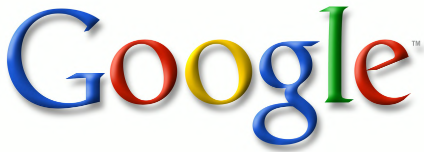
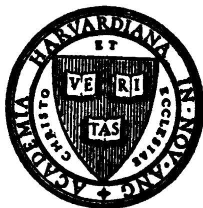



HARVARDIANA
IN·NOV·ANG
ACADEMIA
CHRISTO
ET
ECCLESIAE
VE RI
TAS



Guerras Civiles
DE GRANADA,

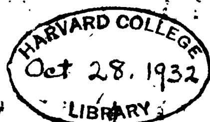
POR

Ginés Perez de Hyta,

vecino de Murcia.

TOMO II.

Madrid:
En la Imprenta de D. Leon Amarita.
1833.



Miss Constance Foster
From
the Library of
Dr. A. Stuart M. Chisholm.

SEGUNDA PARTE

DE LAS GUERRAS CIVILES DE GRANADA.

CAPITULO I,

en donde se ponen las causas por qué se tornó á levantar Granada y su reino esta última vez, y la orden que se tuvo entre los moriscos para hacer de secreto un alarde de toda la gente de guerra del reino, y otras cosas.

Rematadas las prolijas y sangrientas guerras que los reyes cristianos de Castilla y Leon tuvieron con los moros que ocupaban á España, desde el infante D. Pelayo hasta D. Fernando V y reina Doña Isabel, reyes de gloriosísima memoria; habiéndose pasado en la conquista ochocientos años; acabada de todo punto por estos dos esclarecidos monarcas la toma de Granada, como ya tenemos tratado en la primera parte de esta historia, y habiendo los mismos puesto y adornado á esta ciudad con toda aquella grandeza que la pertenecia, con una real Chancillería y Corte, y otras cosas de mucha nobleza, haciendo una real y suntuosa Capilla, lugar diputado para su enterramiento, y quedando ya la ciudad y reino quietos y sosegados; despues de hechas muchas y muy grandes mercedes á los caballeros moros que en aquella conquista les habian sido

propicios y favorables, asi como tambien á sus Grandes y á otros que se señalaron en la tal guerra, se tornaron para Castilla, dejando á Granada muy poblada de valerosos cristianos, y la famosa y real Alhambra con muy buena y segura guarnicion de soldados. Pusieron por alcaide de ella al valeroso conde de Tendilla, llamado D. Iñigo Lopez de Mendoza. Pero no habian pasado aun dos meses que los Católicos reyes habian partido de Granada, cuando ciertos lugares de las Alpujarras se tornaron á levantar y tomar armas contra los cristianos. Este rebelion fue presto apaciguado, porque los cristianos haciendo armas con los moros inquietos, los sojuzgaron y oprimieron, y á los principales promovedores castigaron cruelmente. Mas muy poco aprovechaban estos ejemplares castigos, porque todavia los moros no dejaban de hacer gran daño á los cristianos de secreto, matando al que cogian, de tal forma que estos no osaban andar por la ciudad de noche, ni salir á las huertas siendo menos de cuatro ó seis de camarada, pues si iban de otra suerte los moros los mataban. Duró esto todo el tiempo que los moros estuvieron en el reino, y no eran parte los crueles castigos que en ellos hacia la justicia para que no usasen sus maldades y odios contra los cristianos. Levantóse entre los moros uno muy bravo, llamado Atroba, el cual con trece compañeros, tan malos y endiablados como él, hacian tanto daño y causaron tantas muertes de cristianos, que pasaron de cuatro mil los que mataron en los ca-

minos de Aguas-Blancas, entre Granada y Guadix. Mas Dios fue servido de que al fin él y los suyos fueran presos y hechos piezas, y sus cabezas puestas en una torre; la de Arroba un palmo mas alta que las otras, porque fuese conocida. Sin éste hubo otros muchos moros que hicieron grandes males, y se pasaron en Africa. Otro muy bravo y cruel, llamado el Cañarí, tomando por guarida el espeso Soto de Roma con varios compañeros de su traza, hizo muchos daños en los cristianos que pasaban por los caminos; pero tambien quiso Dios que él y su compañía fuesen presos y hechos cuartos. Con todo eso aprovechaban muy poco estas diligencias, porque de secreto eran muchos cristianos muertos y hechos pedazos, y amanecian puestos en la plaza Nueva y en la de Vivarrambla, lo que fue causa de que los cristianos, no pudiendo sufrir semejantes maldades, acordaron de pagarles en la misma moneda; y juntándose en cuadrillas muchos, muy bien aderezados, salian de noche, y al moro que encontraban luego le mataban, y al otro dia amanecian los muertos tendidos por la ciudad y por las huertas. Asi vino á tal estado el negocio, que dentro de la misma ciudad se renovaron las guerras civiles de tal forma, que nadie osaba andar por las calles, y convino que estuviese puesta en arma muchos dias, hasta que fue aplacándose aquella furia infernal por los crueles castigos que hacia la justicia, tanto en los cristianos como en los moros. Mas aunque se aplacó, no paró por eso el mortal odio de los

moros contra el bando cristiano, ni quedó jamás desarraigado de sus ánimos, no olvidando las ofensas recibidas con la pérdida de su antigua ciudad: asi se puede decir con verdad, que Granada y su reino no fuéron acabados de ganar segun las cosas sucedian, porque siempre los moros tuvieron deseo de tornar en su libertad, y recobrar su dominio, procurándolo por muchas vias y modos, y teniendo para ello en varias partes armas y bastimentos escondidos, que despues fueron hallados, como diremos mas adelante. De esta suerte el estado granadino estuvo setenta y siete y mas años, floreciendo sin embargo la ciudad tan altamente, que bien se puede decir que en España no habia otra, por populosa y grande que fuera, que la hiciese ventaja en tratos y comercios, grandes bastimentos y soberbios edificios. Hízose en ella uno de los mas famosos templos del mundo, el cual se puede tener por una de las siete maravillas de él, y ademas otras muchas y muy famosas iglesias y conventos de todas las órdenes, especialmente el del glorioso S. Gerónimo, donde está el enterramiento del duque de Sesa, adornado de inmortales trofeos, banderas y estandartes, señal de las famosas y gloriosas victorias suyas y de sus pasados, especialmente de aquel famoso y gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, claro sol del hispano suelo, cuya gloria inmortal será para siempre viva entre los hombres. En este tiempo, pues, el católico y serenísimo rey D. Felipe II de este nombre mandó con piadoso celo,

y por la honra de Dios, que los moros de Granada siendo bautizados y cristianos, para que mejor sirviesen á Dios nuestro Señor, mudasen de hábito, no hablasen su lengua, ni usasen sus leylas y zambras, ni hiciesen las bodas á su usanza, ni en las Navidades y dias de Años nuevos sus comidas segun su costumbre, que las llamaban mezuamas, siéndoles ademas de esto vedadas otras cosas, porque no convenia que las usasen. Hacíase esto asi para que los moriscos se enterasen mas en las santas costumbres de la fé católica, y olvidaran el Alcorán y las cosas de su secta. Mandólo S. M. por acuerdo de los de su Real Consejo, y de otros santos varones, amigos de Dios y celosos de su honra. Publicado esto en Granada y su reino, se impusieron graves penas á los moriscos que faltaran á su cumplimiento; y estuvo bien acordado y mandado, porque el corazon del rey está en la mano de Dios, y al cabo debia ser asi, pues no se menea la hoja del arbol sin la voluntad divina: se hizo con santo celo, y quiso Dios que fuese asi para que aquel antiguo reino fuese de todo punto conquistado, y quitados los moros de tan antigua posesion: es verdad tambien que de ello resultó gran pérdida y derramamiento de sangre cristiana, grande menoscabo en las rentas de S. M., y ruina de muchos pueblos del reino de Granada, que han caido y se han perdido para siempre. Habiéndose pregonado, pues, que los moriscos de Granada dejasen lengua y hábito, luego todo el reino fue alborotado, y quedó mal contento de tal manda-

ento; y asi los mas principales de la tierra se comunicaron sobre lo que harian en este caso. Despues de haber tratado muchas cosas sobre ello, pareciéndoles no poder sufrir las que se les mandaban que cumpliesen, teniéndolas por graves é intolerables, determinadamente acordaron de levantarse y tomar armas, incitados de una infernal furia y movimiento, y predominando sobre ellos algun furor celeste. Porque se entiende no poder ser menos este movimiento, sino que el sangriento Marte les incitara, haciéndoles tomar armas y tender banderas contra las cristianas legiones, bajando al furioso infierno, despertando á la cruda guerra, que estaba ya olvidada y descuidada del bullicio de las armas. Salió esta, pues, de la tenebrosa oscuridad, y entrando en el vergel rico de Granada y sus tierras, sopló tan duramente en los oidos y entendimiento de los moros granadinos, que les hizo entrar en un acelerado movimiento belicoso, disponiéndose á tomar las armas contra el cristiano bando. Y asi de todo punto determinados á tan sangrientos pensamientos, habiéndose comunicado los mas poderosos del reino, fue acordado que se hiciese alarde de la gente de guerra que podia haber en él, y que esto fuese con tal secreto, que nadie fuera entendido, para lo cual se dió en una diabólica astucia, y fue pedir á la ciudad de Granada licencia para hacer un hospital muy grande, en donde fuesen curados los moriscos pobres, enfermos del mal de la lepra. Habida esta licencia, y señalado el sitio en S. Lázaro fuera de la

ciudad, camino de Albolete, dieron orden con cartas y permiso del provisor, que era el doctor Roman, grande hombre en letras, para que fuesen dos moriscos por todo el reino y por todas las Alpujarras á pedir limosna para la obra de aquel hospital. Y el orden que en esto se llevaba era, que la casa en que habia dos hombres de pelea diese dos cuartos, y donde uno, uno; de este modo, segun el número de hombres que habia en cada casa, asi se daban los cuartos; y por este secreto ardid, contando los cuartos se halló que habria cuarenta y cinco mil hombres de pelea, puestos ya en una lista, y conjurados á tomar armas. Acordaron luego escribir al Ochali, rey de Argel, una carta, cuyo tenor es el siguiente:

Carta de los moros de Granada al Ochali renegado, rey de Argel.

«El gran Mahoma manda muy espresamente «en su ley, que los moros necesitados y puestos «en trabajos, sean por los de su ley socorridos, «especialmente en las guerras contra los cristia«nos: esto nos dice en el Alcorán, en el libro «intitulado *de la Espada*. Ahora, pues, esclare«cido rey de Argel, forzados de inmensa nece«sidad en que estamos por causa de los españo«les cristianos, te suplicamos que para salir de «tan notables trabajos y pesada esclavitud, nos «des favor y ayuda con armas y gentes de guer«ra; que asi lo haciendo, te ofrecemos de dar

«y entregar á España en tus manos. Y para ello
«sabrás que tenemos cuarenta y cinco mil hom-
«bres de guerra, toda gente moza, y con deseo
«de usar las armas: asi con el favor del santo
«Alá será puesta España debajo del mando del
«Gran Señor, como lo fue en otros tiempos;
«porque ahora hay mejor aparejo y ocasion pa-
«ra poderlo ser, por estar las Alpujarras de este
«reino muy pobladas de belicosa gente, y deseo-
«sa de novedades. Puertos te daremos seguros,
«bastimentos y dinero para pagar á los tuyos:
«aqui hay un lugar, llamado Sorbas marítimo,
«donde podrán seguramente desembarcar, y sin
«este otros muchos lugares, bien conocidos de
«tus cosarios, adonde ellos y tu gente podrán
«acudir. Por el santo Alá, que no dejes de to-
«mar esta empresa, pues tanta honra y gloria te
«promete el cielo por ella, y con esto cesamos.
«De Granada á veinte dias del mes de abril de
«mil y quinientos y sesenta y ocho.»

Esta carta escribieron los moros de Granada al Ochali, rey de Argel, y le fue enviada por la parte de Vera, como se supo despues; y á esta sazon estaba allí un hidalgo de Lorca, llamado Tomás de Sigura, que hubo en su poder un traslado de ella, el cual trujo á Lorca, y allí se leyó poco antes del levantamiento. Dada, pues, esta carta en las manos del famoso renegado Ochali, luego mandó se juntara toda la gente de guerra que en Argel ganaba sueldo, y con ella á muchos capitanes y cosarios de mar; la leyó delante de todos, y despues de leida pidió que le die-

sen su parecer sobre lo que debia hacerse en aquel caso. Muy grande ruido se movió entre toda aquella canalla, habiendo muchos y diversos pareceres: unos decian, que era justo dar socorro á los moros granadinos; otros decian, que no, porque la gente granadina era ruin, y de poca palabra, y mal astuta en la guerra, sin esperiencia alguna de las armas, y que no podia resultar bien ninguno de aquella ida en España, porque la española gente es muy brava y robusta, y muy diestra en las armas. A todas estas cosas estaba presente un morabito muy anciano, hombre de solitaria vida, de los moros de Argel muy estimado, y de quien se hacia muy grande cuenta; el cual vista la vocería de aquella turbamulta y los pareceres tan diversos que tenian sobre el socorro de Granada, alzó un báculo que llevaba en la mano, haciendo señal para que todos callasen; y habiéndose sosegado, aguardando lo que diria Cide Bujao, que asi se llamaba el morabito, habló de esta manera, mostrando gran magestad y gravedad en el rostro.

Razonamiento del morabito á los moros capitanes de Argel y á sus soldados.

«Valientes y famosos capitanes, bajaes de tierra, y los que el mar de Libia sulcais y las riberas españolas, mostrando los aceros de las armas á las cristianas gentes en servicio de nuestro santo Alá y de Mahoma: entended bien lo que ahora quiero deciros, que es muy justo, y es muy

santo, y á todos provechoso, y muy propicio á nuestra ley tan justa y tan loable, segun lo dejó escrito nuestro Mahoma en su libro *de la Espada*, adonde dice, y manda espresamente, que estemos aprestados con las armas en contra de los cristianos, y que demos socorro á los nuestros si le piden; y no haciéndolo, como es justo, caemos en desgracia de Mahoma. Ahora, pues, es tiempo, gente ilustre, de hacerle este servicio, guardando bien su ley y mandamiento, lo que asi será si socorremos al bando granadino que nos llama, y quiere volverse á su Mahoma, dándole bastante ayuda con las armas, para que España quede por los nuestros, y el Gran Señor corona de ella tome, que no pequeña gloria será nuestra. Por tanto, amigos todos, que al momento se les dé socorro á los granadinos, pues son de nuestra parte y sangre nuestra; y yo prometo daros una bula y un jubileo pleno de mil gracias, conforme á nuestros ritos y ley justa, á todos los que dieren armas y otras cualesquier municiones de guerra al granadino bando moro. Muy bien sabeis que tengo autoridades, poder y mando para darlo todo; por tanto, cada uno se disponga á dar socorro, armas y otras cosas tocantes á la guerra granadina, pues nos resulta á todos de ello gloria.»

Esta oracion hizo el falso morabito al rey de Argel y á todos sus soldados, y fue de tanta eficacia, que todos á una voz dijeron que era muy justo dar socorro y armas á los de Granada. Luego se diputó una grande mezquita para que allí

se allegaran las armas y pertrechos de guerra, y fue cosa de maravilla lo que aquel dia y al otro se puso en la mezquita. Unos llevaban alfanges, otros arcos, otros plomo, pólvora, cuerda, escopetas, y hasta las mugeres y muchachos llevaban lino y cáñamo para hacer las cuerdas; otros llevaban flechas, y otros harina, pan y bizcocho para los navíos que habian de pasar. En fin, tanto llevaron, que la mezquita, tan grande como era, ya no cogia mas; todo por codicia de ganar el jubileo desaventurado, del morabito prometido. Estando ya la mezquita llena de todas estas cosas, el Ochali mandó llamar á consejo de guerra en su mismo palacio real, y todos los que en él se hallaron fueron capitanes y otros guerreros muy ancianos y esperimentados. Tratándose de lo que se haria sobre el caso, y de si enviarian aquellas armas y municiones á los de Granada, al fin de muchos pareceres fue acordado que no se enviase cosa ninguna sin hacérselo saber antes al Gran Señor. Y asi en saliendo del acuerdo fue despachada luego y á toda priesa una galera muy velera, cuyo capitan fue un renegado, llamado Mamí, calabrés, mozo y robusto, muy entendido en la mar, y terribilísimo cosario; el cual tomó el camino de Constantinopla como le fue mandado, llevando despachos para el Gran Turco acerca de lo que pedian los granadinos. Recibidos por el Turco los despachos, y enterado este muy bien de lo que en ellos se contenia, habiendo pedido dictamen á los de su consejo, fue acordado que

aquel caso fuese remitido al Ochali, pues era gobernador de Argel, entendia bien la guerra, y estaba frontero de las costas de España. El Turco con este acuerdo despachó al renegado Mamí, calabrés, dándole carta suya para el Ochali; y aquel famoso cosario volvió en pocos dias á Argel, donde la carta del Turco fue abierta y leida por el Ochali, diciendo asi:

Carta del Gran Turco Selim Soliman, para el Ochali, rey de Argel.

«Recibí tu carta con la de los moriscos de «Granada, en que me avisas del aparato y con«junto de armas que tienes hecho para su socor«ro; pero no te dispongas sin haber buena cau«sa. Envia primero doscientos soldados turcos de «nacion, y no mas, y que estos sean valerosos; «y segun fuere el suceso de la guerra, asi te «dispondrás y me darás aviso. Si es tal que pue«da tomarse semejante empresa, pediré al fran«cés los puertos necesarios, y yo con gran po«der entraré por Italia, y daré aviso al de Fez «y Marruecos para que entre por la parte del «Poniente; y si acaso la guerra no saliese á nues«tro gusto, se dará de mano. No mas.=Destam«bor, *Selim Soliman.*»

Leida esta carta por el Ochali, estuvo muy bien con lo que el Turco le avisaba y mandaba, y despues la mostró á los de su consejo, quedando todos conformes. Luego el Ochali tuvo cuidado de buscar doscientos buenos soldados,

tureos de nacion, para enviarlos al reino de Granada; á los cuales dejarémos ahora por decir lo que pasaba en aquella ciudad. Es de saber que en este tiempo, asi como los moros de Granada enviaron los recados al Ochali, rey de Argel, se iban comunicando de secreto unos con otros sobre á quien podrian elegir por rey, y todos los mas principales pusieron los ojos en D. Fernando Muley, señor de Valor, porque era de la casta de los reyes de Granada, muy cercano y descendiente del Miramamolin de Marruecos y Córdoba, llamado Mahomat. Este D. Fernando era hijo de D. Juan Muley, y nieto de D. Fernando Muley, á quien los Católicos reyes hicieron muchas mercedes, y dieron grandes privilegios de armas y apostamientos de lanzas con aventajados sueldos, como aparece por las reales cédulas de sus Magestades, confirmadas por el Emperador nuestro señor, y por su augusto hijo D. Felipe II, las cuales he visto yo en Murcia en poder de Luis Albayar, granadino. Este D. Fernando que decimos, era mancebo de veinte y dos años, de poca barba, color moreno, verdinegro, cejijunto, ojos negros y grandes, gentil hombre de cuerpo: mostraba en su talle y garbo ser de sangre real, como en verdad lo era, teniendo los pensamientos correspondientes. Era veinticuatro de Granada, y de todos los moros granadinos muy estimado y respetado. Doy tantas señas de él, porque le ví vestido de luto en compañía de los demas veinticuatros en las honras de la serenísima reina Doña Isabel de la Paz, muger de

nuestro Católico rey D. Felipe II, y entonces supe quién era, y cómo se llamaba. En este, pues, pusieron los moros sus ojos para que fuera su rey, y no sabré determinar si ya le tenian hablado; pero déjase entender que sí, segun despues pareció. Es ahora de saber, que este D. Fernando Muley entrando un dia en la sala de ayuntamiento de caballeros, habiéndose quitado la espada de la cinta para dejarla fuera, como es costumbre entre los regidores ó veinticuatros, no se quitó igualmente la daga, segun los demas habian hecho. Por esta razon un caballero veinticuatro, alguacil mayor perpétuo de Granada, llamado D. Pedro Maza, al ver que D. Fernando de Valor habia dejado la espada y no la daga, le dijo: «Señor D. Fernando, mal lo hace usted en no dejar la daga con la espada, como los demas caballeros.»—D. Fernando le replicó: «Por cierto, señor D. Pedro, que inadvertido lo he hecho; pero importa muy poco que yo entre con daga en el ayuntamiento, pues no hay que recelar de mí, especialmente siendo un caballero tal, que muy bien podria entrar con espada y daga.»—«No niego eso, dijo D. Pedro, que ya se sabe que por ser tal tiene usted real privilegio para poder llevar armas y traerlas en partes vedadas y no vedadas; mas sabe usted tambien, que es uso y costumbre en todos los reinos y señoríos de su Magestad, que ningun caballero, por delantero que sea, pueda meter ningun género de armas en la sala del ayuntamiento; y asi no es justo que usted las meta, habiendo otros

tan buenos como usted que no las meten.»

De estas palabras se indignó mucho D. Fernando contra Don Pedro diciéndole: «Ninguno hay que sea tan bueno como yo, ni que con mas libertad las pueda meter en cualquiera parte.» A D. Pedro le enojó esto que D. Fernando dijo; y ateniéndose á su oficio de alguacil mayor, le intimó la orden siguiente: «Pues por el oficio que tengo, debo de derecho quitarle la daga, que no puede tenerla en la cinta sin tener la espada, y le tengo de hacer por ello denunciacion.» Diciendo esto se llegó á D. Fernando y le quitó la daga de la cinta. D. Fernando ardiendo en ira al ver que por ser alguacil no podia estorbárselo, se la dejó tomar diciendo: «Vos lo habeis hecho como villano, y juro por la real corona de mis pasados, de quien soy digno, que yo tome tal venganza de vos, y aun de algunos que han consentido que la daga se me quite, que mi agravio quede bien satisfecho.» El corregidor que oyó estas palabras mandó que le prendiesen; mas D. Fernando por no ser preso, salió de la sala con gran presteza, y fue adonde estaba su espada, la que tomó y desenvainó, diciendo á los porteros que le querian prender, que se tuviesen, y si no los mataria. El aguacil mayor quiso echarle mano, pero no pudo hacerlo, porque D. Fernando, como era mozo muy suelto, se desvió afuera, y tomando la escalera que era llana y ancha, la salvó toda en solos dos brincos; y en llegando al zaguan halló su caballo que tenian aprestado sus criados, y sin poner pie en el estribo,

saltó en la silla, y apretándole las piernas salió de las casas del cabildo con tanta ligereza como un rayo. Sus criados visto el alboroto, y que no podian seguir á su señor, se metieron en la capilla real, que está muy cerca de las casas consistoriales. Por esto se presume que D. Fernando de Valor Muley estaba en la conjuracion del levantamiento del reino; esto es, por haber ido aquel dia á caballo al ayuntamiento, y por haber querido entrar con la daga para tener por ella aquella ocasion de salirse de Granada. Esta desazon y las demas que antes hemos contado, fueron parte para que el reino se levantase. Maldita sea la daga, y malditas las demas ocasiones de que tantos males resultaron, y tanto derramamiento de sangre cristiana en las civiles guerras que se tuvieron, y que así pueden llamarse; pues fueron cristianos contra cristianos, todos dentro de una ciudad y de un reino, y tan trabajosas como diremos adelante. De esto pasado pondremos un romance por no quebrar el estilo de la parte primera.

ROMANCE.

Despues que Fernando quinto
ganó la insigne Granada,
el Alhambra y Alixares,
tambien su fuerte Alcazaba;
Las fuertes Torresbermejas,
Vivatambien que acompaña,
y todos los rededores
que están en la Vega llana;

Loja, Málaga y Moclin,
y aquella nombrada Alhama,
con Alcalá de Albenzaide,
que ahora la Real se llama,
Y la rica Colomera,
que de Granada es cercana;
los lugares de la sierra,
que les llaman Alpujarras;
Los que están junto á la Peza,
Guadix, Almería, y Baza,
con toda su hoya junta,
que la tiene bien poblada,
Y el gran rio de Almería,
y el de Almanzora nombrada;
se vuelve para Castilla
el Rey que todo lo gana,
Acompañado de Grandes
que llevó en esta jornada:
la tierra deja segura,
de cristianos bien poblada.
Setenta años se pasaron
y siete, en cuenta muy clara,
que Granada estuvo quieta
sin alborotos de nada.
Mas al cabo de este tiempo,
que Filipo gobernaba,
segundo de aqueste nombre,
claro rey de nuestra España;
El fiero Marte da vuelta
su bandera desplegada,
que parece ociosidad
tenerla tanto plegada,

parada. Al rey de Argel tienen escrito, y de él aguardamos gran socorro de armas y gente. Siendo rey tú, como queda dicho, te podrás vengar á manos llenas de tus enemigos, y destruirles las haciendas." Todos los que habia presentes le rogaron que admitiese la corona que el reino le ofrecia, prometiendo ellos ayudarle con sus bienes y personas. D. Fernando, que no deseaba otra cosa sino ser rey, dijo luego que lo sería de buena voluntad, y que prometia libertar á todo el reino, y ampararlos y favorecerlos. Con esto se fueron todos muy alegres, y luego quisieran besarle la mano y alzarle por rey. Mas Abenchoar dijo que no habia de ser de aquella suerte su coronacion, porque él queria que todos los moros ricos del reino que estaban encartados se hallaran presentes en tales fiestas; y así luego fueron despachados mensageros por todo el reino con recado para que viniesen á Valor. De este modo fueron juntos en ocho dias muchos moriscos ricos de Granada y otros lugares, con tanto secreto que no pudieron ser sentidos; y estando allí juntos lo primero que se hizo fue marchar el mismo D. Fernando acompañado de mucha gente á Ogijar, y allí, á pesar de quien lo quiso defender, mandó romper la carcel, y echó á fuera mas de cien moros que estaban presos por muertes y robos, á los cuales dió luego libertad, haciendo que se proveyeran de armas lo mejor que pudiesen. Visto esto por los demas moros de Ogijar se levantaron todos apellidando libertad. En aquella sazon los de Verahul mataron á

los escuderos que estaban allí puestos de guarnicion por el general del Alhambra. De esta suerte fueron levantados otros muchos lugares, poblándose muchas cuevas seguras y ásperas, que jamás pudieron ser ganadas, y haciendo grandes apercibimientos de armas, de harina, trigo y cebada, miel, aceite y otros diversos mantenimientos para mas de seis años. Asimismo ponian allí sus riquezas, consistentes en sedas, paños y oro, metiéndolas en silos debajo de tierra, y en otras partes muy ocultas, para que de los cristianos no pudieran ser halladas. Luego los moros, alzadas banderas, comenzaron á hacer grandes daños, y publicando libertad, reducian por fuerza á levantarse á los pueblos que se mantenian tranquilos. Cuando vió D. Fernando que el negocio de todo punto era roto, y que ya no podia hacer otra cosa sino morir, ó pasar adelante, mandó que se recogiese en Cadiar toda la gente de guerra que se hallaba junta para darles orden de lo que habian de hacer, y porque con la voluntad de ellos queria ser coronado. Toda esta gente recogida allí se reunió en el campo en una parte cómoda para el caso, y debajo de una grande y frondosa olivera, sobre un rico estrado, se pusieron dos sillas, encima de las cuales habia un soberbio dosel de seda, reliquia de los pasados reyes de Granada, y en la una se sentó D. Fernando Muley, y en la otra á su mano izquierda su tio Abenchoar, quien teniendo alrededor de sí muchos ricos-hombres de aquellos y de otros lugares, y viéndolos acompañados de gran mul-

titud de gente armada, se levantó, y en voz que todos pudieron oir, mostrando gravedad, comenzó á hablar lo siguiente:

Razonamiento de Abenchoar á los moros levantados de las Alpujarras.

«Caballeros ilustres, gente valerosa, estimadas reliquias de las moras y granadinas naciones: bien teneis en la memoria cuál solia ser Granada, cuáles eran sus gentes, y lo que es ahora: tambien sabreis como casi hay ya cien años que los cristianos nos tienen robadas y usurpadas nuestras felices glorias y estimados trofeos, en los pasados tiempos por los nuestros adquiridos y ganados; y que, no contentos con esto, quisieron quedarse con nuestras ciudades, villas y lugares, habiendo prometido de no quitárnoslas; y tambien nos quitaron las armas, intimándonos graves penas si usábamos de ellas. Ya con todo esto pasara nuestra desventura; mas con hambre insaciable de nuestras vidas y haciendas han proveido que se nos quite nuestro antiguo hábito y nuestra dulce lengua, cosa que no se puede tolerar, y es causa bastante para que todos los del estado granadino busquemos y procuremos libertad, á fin de que no seamos mas tiempo constreñidos ni estropeados de los codiciosos cristianos. Vénganos á la memoria los crecidos tributos y fardas que tan fuera de razon nos hacen pagar, obligándonos á creer y

adorar cosas que no entendémos ni sabémos lo que son, llamándonos cada dia por padron en sus iglesias, como si fuéramos sus esclavos. ¿Pues qué sangre ilustre, qué nobleza habria que sufrir pudiese tales desventuras? Por cierto, leales amigos mios, que al hombre noble, y á cualquiera gente le valiera mas pasar por los filos de la guadaña de la muerte, que aguantar demasías tales y tamañas desventuras. ¿Y cuál es mayor que no tener libertad? Pues para remediar tantos males, oh noble y valerosa gente, todo el reino tiene determinado buscar este suave y sabroso bien, y no cesar hasta haberle alcanzado á fuerza de armas. En las manos las tenemos ya, amigos mios, y con sobrada ocasion; ademas nos vendrá de Argel pronto socorro, y cuanto habemos menester para alcanzar tan alta pretension con el favor de Mahoma. Solo nos falta un rey, tal cual á todos convenga, de casta y linage de nuestros reyes pasados, y este ha de serlo D. Fernando Muley, mi sobrino, pues le viene de derecho, por no haber otro mas cercano á aquellos, y tambien porque personalmente lo merece, atento su buen y real proceder. Todo el reino tiene puestos en él los ojos, como podria yo luego mostrárlo por firmas de los mas principales. Muchos de los que estamos aquí se lo hemos ya rogado, y responde que mas quiere servir como buen soldado, y morir por la libertad de los de su reino, que no admitir un cargo tan peligroso como el de ser rey. Mas todavía le importunarémos para que lo sea. Ved ahora, valero-

sos caballeros y soldados, cual es nuestro parecer; y si fuere justo que sea rey D. Fernando, le compeleremos por fuerza á que acepte la corona, porque de ello pende el bien de todos, y el logro de nuestra libertad.» Apenas Abenchoar acabó de pronunciar estas palabras, cuando todo aquel confuso escuadron dió un alarido diciendo: «Viva el rey D. Fernando Muley, á quien escogemos y queremos para que nos defienda y ponga en libertad.» En esto los mas cercanos á D. Fernando le levantaron en alto con su silla, teniéndole asi una gran pieza, y diciendo: «Viva el rey de Granada Muley Abenameya.» Luego comenzaron á sonar músicas de dulzainas, chirimías, trompetas y atabales con tanto ruido, que parecia hundirse el mundo. Luego le pusieron en la cabeza una corona de plata dorada, que era de una imagen de nuestra Señora, y que para aquel caso la tenia Abenchoar proveida. Despues de coronado le tomaron juramento sobre un libro del Alcorán, de que los ampararia y defendería hasta la muerte. Todo lo juró el reyecillo, que asi le llamarémos en adelante; y concluido este acto, las chirimías, dulzainas y otros instrumentos sonaron con gran ruido. Luego vinieron de muchos lugares á darle la obediencia y besarle las manos. Los lugares fueron estos: Ogijar, Verchul, Valor el Alto, Valor el Bajo, las Guajaras Altas, las Guajaras Bajas, Andarax, Murtas, Turon, Albunicelas, Lanjaron, Caniles Aceitum, Castil de Fero, Almanzara, Gergal, Albeludui, Filabrés, Siero, Bacares, Terque, Sun-

ta Fé, Alhama la Seca, Guecija, Felix, Inix, Ricar, Durca, Uraca, Ohanes, Nieles, Ganjayar, Inox, Yumitin, Felis, Uleila de Parlena, Uleila del Campo, y finalmente toda la taha de Andarax, y los dos rios de Almería, y Almanzora, con otros muchísimos lugares de las Alpujarras. Viéndose, pues, D. Fernando rey de Granada á su parecer, mandó luego hacer banderas y elegir capitanes para que lè siguiesen á la guerra. Los capitanes que se eligieron fueron estos: el Serri de Andarax; Zarea de Ogijar; Puertocarrero, alcaide gergal; el Maleh de Purchena; Hacen de Veliz el Blanco; el Gravi de Veliz el Rubio; Abenbajle de Alcudia, Zarax negro de Terque; el Joraique de Baza, el Lale alguacil de Macael; Alhadra de Ohacenes; Alrocaime, de Guadix; el Hahuaini de Guadix; el Dere de Andarax; Gironcillo de la Vega, gran tirador, criado del marqués de Mondejar; el Dali; los dos Portales; Berio; el Melilu; el Corcuz de Dalias; el Garras; el Mohaxar; el Rentio.

Sin estos nombró otros muchos capitanes hasta el número de doscientos y cincuenta, todos de sangre hidalga, nietos y bisnietos de muy principales caballeros que en los tiempos pasados gobernaron á Granada y sus tierras. Solo Farax el negro, de quien diremos adelante alguna cosa, era de poca calidad, pero ninguno mas bravo y valiente que él. Creados todos estos capitanes, mandó darles el reyecillo provisiones reales, firmadas y selladas con su sello para que ahorcasen luego á los que no quisiesen seguir sus bande-

ras, y pegaran fuego á cualquiera lugar que no quisiese levantarse, y concurrir á la guerra. De esta suerte fueron muchos pueblos levantados por la fuerza, y muchos moriscos ahorcados en árboles por no querer militar bajo las banderas granadinas. Todos los capitanes proveidos se dirigieron á diversas partes en guarnicion, para que si los cristianos viniesen con mano armada, hallasen resistencia. Por gefe ó general de todos fue señalado uno, llamado el Habaquí, varon grave, de buen juicio, valeroso, y de casta de caballeros nobles: era natural de Guadix, ó de el Aloudia. Recibió el baston de general contra su voluntad, porque decia que aquella guerra era injusta y acabaria mal; que eran grandes las fuerzas del rey D. Felipe, y no podrian contrastir con él muchos dias; pero con todo eso que decia, hubo de aceptar el cargo de general. Todos los morfis, que era una gran tropa de ellos, comenzaron á hacer notables daños en los lugares mismos de los moriscos, y se les permitia porque no dejasen las banderas: de esta suerte andaba todo el reino revuelto y desasosegado. Al Maleh le cupo de presidio todo el rio de Almanzora, y tenia su alojamiento en Purchena con trescientos hombres; Puertocarrero tenia el rio de Almería con otros trescientos; el Gorri tenia toda la taha de Andarax con otros tantos; Correa toda la taha de Ogijar y Albuniezlas, y las Guajaras con cuatrocientos. De esta manera estaba todo el reino ocupado, y no habia lugar en las Alpujarras y rios de Almería y Almanzora

que no tuviese su presidio. Hecha esta diligencia, lo primero que los moros emprendieron fue quemar las iglesias, hacer pedazos los santos y las cruces, y matar con crueles muertes á los curas y sacristanes. En un lugar que se dice Felix habia un cura natural de Lorca, llamado Miguel Sanchez, al cual tomaron los moros y le amarraron á un naranjo en el patio de una casa, y se le entregaron á las mugeres del pueblo para que hiciesen de él lo que ellas quisieran: todas con navajas en las manos se llegaban al pobre clérigo y le decian: «Dí, perro alfaquí, *Por la señal*, » y diciendo esto le pasaban la navaja por medio de la frente hasta la barba; luego llegaba otra mora, y le decia: «*De la santa cruz*,» y cruzábale la frente; y de esta manera le iban persignando con tanta crueldad, cual nunca jamás fue vista ni oida. Asi murió el buen clérigo despedazado con navajas, mártir y buen caballero de Jesucristo. Mas quiso Dios que por aquella muerte, ó por lo que él fue servido, viniera un rayo sobre este lugar, del que en menos de una hora murieron mas de cuatro mil personas, tanto de hombres, como de mugeres y niños, y perros y gatos, que no quedó cosa viva, segun diremos en su lugar. Pues estas y otras semejantes crueldades usaban los moros con los cristianos, de que puedo hablar como testigo de vista, y que anduve mas de tres años siguiendo la guerra, bajo la milicia y banderas del marqués de los Velez D. Luis Fajardo. Tornando ahora al caso, no contentos los moros con semejantes cruel-

dades, salian á los caminos en tierra de cristianos, cautivaban á muchos de ellos y los llevaban á Sorbas, por ser lugar cercano al mar, donde los vendian á los cosarios de Argel, dando un cristiano por una escopeta: esto hacian para repararse de armas. Sabido el caso en Argel, muchos judios y mercaderes moros enviaban varios géneros de armas, asi escopetas, como alfanges, arcos y saetas, todo á trueque de miserables cristianos; y vino á tanto el negocio, que en la ciudad de Purchena se hizo aduana para este trato y venta de cristianos, siendo en Sorbas la embarcacion: de ello hablarémos despues mas largamente, y sobre lo ya referido dirémos el romance siguiente.

Al son de trompas y cajas
siendo Muley coronado,
muchos capitanes crea
habiendo campo formado;
Y puso muchos presidios
en el granadino estado.
Los moros con rabia ardiente
hacen casos no pensados.
Las iglesias queman todas
deshaciendo los retablos,
y los santos crucifijos
hacian dos mil pedazos.
A los santos y las santas
con hachas despedazando;
y con grandes crueldades
degollaban los cristianos;

Y curas y sacristanes
morian martirizados:
Muchos cristianos cautivan,
y á Argel son luego enviados:
Por un arcabuz dan uno,
por hacerse bien armados,
y en la ciudad de Purchena
se hace el trato y contrato.
El reyecillo Muley
dello queda aprovechado:
muchas escopetas traen
los del africano estado
Por la ganancia, que es mucha,
pues por ellas dan esclavos.
Finalmente se destruye
lo de Lorca y su poblado,
Que estas tierras entre todas
sienten el daño doblado;
porque todos sus caminos
los moros han salteado,
Prendiendo los pasageros
que á Purchena iban llevando,
y al que se pone en defensa
le hacen dos mil pedazos.
Alborótanse las tierras
sintiendo este mal recado:
todos de armas se aperciben
contra el granadino bando;
Lo que sobre esto pasó
despues os será contado.

CAPITULO III.

que trata de las grandes crueldades que los moros hacian en las iglesias y en los cristianos, y como siendo avisado su Magestad, mandó proveer sobre ello, saliendo el marques de Mondejar á las Alpujarras, y lo que mas pasó.

Muy grandes eran las crueldades que los moros hacian, grandes los robos, y grande su codicia de buscar armas, y todo con la pretension de salir con su dañado intento. Asi es, que estando casi todo el campo armado, un dia acordaron de ir al rio de Almería, y llegando á un lugar muy bueno y rico, llamado Guecija, lo primero que hicieron fue abrasar un rico convento de frailes dominicos, donde habia un estudio grande de predicadores, degollaron á todos los frailes, y desnudos en carnes los arrojaron en una balsa grande, en la que se recogian las heces de aceite de muchas almazaras, echando juntamente con ellos á otros cristianos, y en particular á la hija de un licenciado, llamado Gibaja, que era muy hermosa. Echáronla á esta vestida con sus ropas costosas y ricas, y asi parecia en la balsa cubierta toda de grana, y con sus guantes calzados, que era grande compasion verla, asi como á los demas cristianos allí degollados. Acabadas estas y otras semejantes crueldades, se tornaron los moros á Andarax, donde acordaron de dar en Granada una noche de Na-

vidad, la primera que venia de allí á pocos dias. Para esto se concertaron de secreto con los moros de Granada, á fin de que aquella noche se pusiera á sacomano la ciudad, pues era tiempo en que los cristianos estaban ocupados en los Maitines. No quiso Dios que este concierto saliese á luz, porque no hubiese allí la destruccion que se pensaba hacer: así es, que seis dias antes de Navidad nevó tan grandemente en todas las Alpujarras, que era cosa de espanto, y los caminos por donde los moros habian de venir á Granada, se cubrieron de tanta nieve, que por todas partes habia dos pieas de ella. Por esta causa los moros no se salieron aquella vez con su intento; pero habiéndose aplacado el temporal, de allí á quince dias se metieron los moros en Granada por caminos muy secretos, y encima del Albaicin, en la plaza de Bivalbulud, comenzaron á tañer sus dulzainas, trompetas y atabales: hicieron tanto ruido, que resonaba por toda la ciudad. Luego que lo sintieron los moros de Granada, entendiendo que eran los de las Alpujarras, y viendo el poco remedio que tenian con su venida, por venir pocos, y tarde, un moro viejo comenzó á tocar un añafil desde lo alto de una torre, y á cantar la siguiente:

CANCION.

¡Muy tarde viniste, Zaide,
trujiste pocos, y venís tarde.
Si tú, buen Zaide, vinieras,
como estaba prometido,

fuesas muy bien recibido,
y alojadas tus banderas.
Mucho tardó Reduan
para hacer el alarde
con que sirve á su Alcorán;
y asi con este desman
trujiste pocos, y venís tarde.
Aguardándote estuvimos
la noche de Navidad,
confiando en tu verdad;
mas nunca, triste, te vimos.
Tus esperanzas se van,
no porque seas cobarde
tú, ni los de Soliman;
mas, valiente capitan,
pocos sois, y venís tarde.
Grande fue vuestra tardanza
en acudir al Alhambra,
do habia de ser la zambra,
llena de toda esperanza:
Y pues os tardásteis, Zaide,
volved, y Mahoma os guarde,
porque nos dice el alcaide,
que sois pocos, y venís tarde.

Estas coplas se cantaron en arábigo al son de un añafil, y por sacarlas dél á su medida, que es cosa muy dificultosa, no van tan buenas como pudieran ir: solamente diremos, que cuando Reduan y Zaide eran los capitanes que venian con aquella gente, oyeron lo que la cancion decia, y como les hacia perder toda esperanza so-

bre lo que se tenian prometido, mandaron al punto que allí en aquella plaza se publicase el Alcorán. Acabada la prédica delante de mas de mil moriscos del Albaicin, que habian salido al ruido de las armas, se fueron la vuelta de la Sierra Nevada, tres horas antes del amanecer, juntándose con ellos mas de quinientos de aquel punto. Las guardas y centinelas del Alhambra, como sintieron tanto ruido y vocería, y algunos arcabuzazos que los moros tiraban, luego dieron en lo que podia ser, porque ya estaban sobre aviso, y al punto tocaron la campana de la Vela, que es muy grande, y soltaron una pieza de artillería, con lo cual toda Granada se puso en movimiento, y salieron al punto los vecinos alborotados diciendo: *Arma, arma, muera el enemigo que está en nuestra ciudad*. Comenzó luego á sonar gran ruido de cajas y trompetas, y andaba la gente trastornada por las calles, y cruzando de unas partes á otras, que no parecia sino que se hundia el mundo: todos se veian en gran peligro, porque encontrándose, luego se acometian unos á otros, pensando que eran moros, y cuando se llegaban á conocer, ya de ambas partes se habia recibido muy notable daño. Para evitar esta confusion y escusar muchas muertes, todos los cristianos se concertaron en apellidar *Santiago*, y así no se embestian unos á otros. El corregidor, acompañado de muchos caballeros y de la justicia, acudia á todas partes, y mandó por pregon que los vecinos pusiesen lumbres en las puertas y ventanas, y que en las calles se hiciesen grandes ho-

gueras. Ejecutándose así, aunque era de noche, parecia toda la ciudad en claro dia, porque no habia calle en que no hubiese ciento ó mas hogueras, y por todas las puertas, ventanas y azoteas habia muchas luces. Luego se echó otro bando para que todos los hombres de guerra acudiesen con sus armas á la Plaza Nueva, á la de Vivarrambla, y á todas las demas; de suerte que en cada una de ellas se puso un cuerpo de guardia. A esta sazon el marqués de Mondejar salió del Alhambra bien acompañado de alabarderos y arcabuceros, dejando á buen recaudo la fuerza y castillo real, y bajó á la ciudad para saber la causa de tan crecido movimiento. No holgaban los alcaldes de corte, que andaban tambien exhortando y animando á la gente para que estuviesen todos á punto y bien apercibidos, hasta ver en qué paraba aquel ruido tan grande. Los cristianos quisieran subir determinadamente al Albaicin, y no dejar morisco á vida, pegando fuego á las casas; mas el marqués de Mondejar, el corregidor y otros muchos caballeros lo estorbaron, no teniendo sin embargo tanta parte, que al amanecer no estuviese ya lleno el Albaicin de cristianos, dando en las casas de los moriscos grandes golpes, quebrantando las puertas, matando á muchos de ellos, y pegando fuego á las casas; por lo cual andaba tal ruido y vocería, que semejaba á hundirse Granada. Eran tantos los gritos de las mugeres y de los muchachos, que ya los moros, forzados de los cristianos, hacian armas, y peleaban cruelmente con ellos por defender sus vidas y hacien-

das. Venido esto á noticia del marqués y del corregidor, acudieron al Albaicin con gran tropa de soldados para poner remedio á tanto mal; y cuando llegaron andaba ya tan encarnizado el negoció, que era muy dificultoso el remedio: no obstante hicieron tanto, ayudados de los alcaldes de corte y otros caballeros, que al fin hicieron retirar á los cristianos enfurecidos, y pusieron un bando con pena de la vida al soldado que no bajara luego á la ciudad, y dejase el Albaicin. Obedecieron por fuerza los cristianos, dejando muertos en aquel dia mas de doscientos moriscos; y si los dejaran no quedara uno de ellos con vida: tambien murieron algunos cristianos. Ya sería buen rato del dia cuando se apaciguó este terrible escándalo, y entonces el marqués envió alguna gente en pos de los moros que aquella noche habian entrado en la ciudad; pero no pudo haber derecho de ellos, porque se habian dado tanta priesa á andar, que ya estaban en la sierra cuando los cristianos salieron de Granada. Restituidos estos á la ciudad, el marqués señaló luego capitanes para que fuesen á las Alpujarras, y diesen orden de apaciguar algunos lugares de los que se habian levantado. Al instante salieron con gente, y en llegando á la vuelta de los Padules, hallaron que no se podria poner remedio á lo que iban, estando ya toda la tierra sobre las armas, y bien apercibida, por lo cual se volvieron á Granada sin hacer cosa alguna. Luego el marqués y el presidente escribieron á S. M. lo que pasaba, y queriéndolo re-

mediar no dejando moro á vida, con asolamiento del reino, muchos de los grandes lo fueron á la mano á S. M., persuadiéndole que aquel ruido no era tanto como le hacian, sino causado por unos monfis que andaban salteando por los lugares de las Alpujarras, los cuales serian presos facilmente, y hecha justicia de ellos quedaria todo apaciguado. Los caballeros que informaron asi á S. M. eran muchos que en las Alpujarras y en el reino de Granada tenian lugares propios; y porque estos y sus vasallos no fuesen destruidos, torcian su relacion. Entendiendo el rey que asi era la verdad, amainó de su propósito, y mandó al marqués de Mondejar que allanara á los moriscos lo mejor que pudiese. Como el marqués tenia tambien allí lugares propios, y algunos de los susodichos señores le escribieron en el mismo sentido para que remediase aquel caso, con este intento mandó echar un bando, prometiendo gran suma de dinero á cualquiera que le trajese la cabeza de D. Fernando de Valor, que ya se intitulaba rey de Granada. A fin de que el negocio saliese con mas acierto hizo llamar á dos moriscos, caballeros y muy ricos, de quien sentia poderse fiar, aunque habia pocos de confianza en aquella sazon, y les mandó que fuesen á las Alpujarras, y tratasen con gente escogida de buenos medios para que aquel escándalo no pasase adelante, dando orden de matar al reyecillo, y ofreciendo por su cabeza diez mil ducados, sin perjuicio de las grandes mercedes que el rey haria al hombre que le matase. Estos

dos caballeros moros partieron de Granada, y pasando por los Padules les fue preguntado á do era el fin de su viage, y si venian huyendo de la ciudad. Ellos dijeron que sí, y que iban á Andarax á verse con el rey Muley Abenumeya, y tratar con él cosas de su provecho. De esta suerte pasaron la vuelta de Ogijar; mas como llegaron á las Buñuelas hallaron grandes tropas de gentes armadas, y entre ellas á muchos moriscos naturales de Granada, amigos suyos. Y maravillados de ver tanta gente de guerra, comenzaron á tratar con ellos cosas tocantes á la desventura que pasaba por todo el reino; y como el marqués de Mondejar tenia prometidos diez mil ducados á cualquiera que le llevase la cabeza del reyecillo, y que ademas alcanzaría con el rey que le hiciese grandes mercedes. Tambien estos dos supieron decir, como que iban bien industriados del marqués, que este alcanzaría del rey que perdonase á todos aquellos moriscos que se hubiesen levantado, y asi ni mas ni menos á todos los monfis, aunque hubiesen hecho muchas muertes, robos y otros males; y á todos los lugares levantados les alcanzaria igualmente el perdon; con aseguramiento de sus haciendas. Todas estas cosas dijeron los dos embajadores del marqués con tanta habilidad, que á todos aquellos amotinados y rebelados causaron confusion y cierto arrepentimiento de haberse levantado contra su rey. Luego comenzaron todos á decir á una voz: «Cristianos somos, y cristianos hemos de morir; viva el Rey nuestro Señor, cuyos vasallos somos; mas

queremos la paz que la guerra, pues tan misericordiosamente nuestro rey nos perdona nuestros males cometidos; y de aquí prometemos buscar á Fernando de Valor, y darle cruda muerte á él y al malo de su tio Abenchoar, por quien todos nos perdimos habiendo tomado su falso consejo: desde ahora prometemos la verdadera enmienda.» Las escuadras en que se decia esto contaban mas de tres mil hombres no mal armados, y luego aquella nueva del perdon general, y los diez mil ducados prometidos por la cabeza del reyecillo, voló por los pueblos mas cercanos, como los Padules, Guejar, las dos Guajaras, y otros muchos lugares de las Alpujarras. Todos se determinaron á seguir la paz, y abandonar la guerra comenzada; por lo cual muchos de los que mas valian vinieron á hablar con los dos moriscos que el marqués envió para tratar aquel caso por buenos medios: el uno de ellos se llamaba el Almandari, y el otro Abduramen. Ya tenemos dicho que estos eran caballeros y ricos; á todos los que venian á hablarles daban nuevas de muy buena esperanza del perdon prometido por S. M., con lo que todos quedaban muy contentos, prometiendo buscar al reyecillo y darle muerte. Salieron diputados cuatro moriscos de crédito con este intento, los cuales juntaron luego mucha gente para ir á prender al reyecillo, y llevarle á Granada. Oyendo hablar de este trato los monfis, y no confiados en si sería asi como se publicaba, marcharon á los lugares marítimos, huyendo de las escuadras reducidas á los cristianos.

Estando en aquellas marinas llegaron á tierra ciertos navíos de turcos, los cuales habian tenido entre sí pesadumbres, y de sus resultas la mitad de ellos se quedó en tierra, y los demas se hicieron á la mar. Estos turcos juntándose con los monfís hacian notable daño en los lugares mas cercanos, y de allí sacaban lo necesario para su sustento, esperando á que viniese el socorro de Argel que por horas aguardaban. Pues como la nueva del perdon general y la oferta de los diez mil ducados prometidos por la cabeza del Señor de Valor volasen por todas las Alpujarras, vino el reyecillo á quedarse casi sin gente. Siendo avisado de todo lo que pasaba, recelándose del mal que le podia venir, no confiando en la lealtad de la gente morisca, y conociendo la poca constancia de su valor, determinó esconderse por algunos dias hasta ver en qué paraba toda aquella repentina mudanza. Sabia que la fuerza de los diez mil ducados ofrecidos por su cabeza sería muy grande, y podria dar ocasion á su perdimiento: asi descubriéndose á cuatro amigos y deudos muy cercanos suyos, se salió una noche del lugar de Valor sin que nadie lo entendiese, y se fue á una antigua cueva espaciosa y profunda, de nadie conocida sino de él solo y de los cuatro amigos que llevaba, y allí se metió llevando lo necesario para su sustento. Estos cuatro amigos cuidaban de requerirle de cuatro en cuatro dias, llevándole de comer á deshora, y sin que nadie lo entendiese. Allí le contaban entonces todo lo que pasaba, y quién andaba en su demanda, y

con qué gente; lo cual asentaba Muley en su memoria para tenerlo presente algun dia, confiando entonces en las escuadras de los monfis que no querian ser reducidos, y en el socorro que aguardaba de Argel. Aqui estuvo el señor de Valor algunos dias aguardando su ocasion, la cual declararémos mas adelante, diciendo primero lo que hace al caso al prometido capítulo.

Pues como se derramase ya la fama del perdon á todos los pueblos levantados, los monfis tiraron por una parte, y los que se querian reducir y haber paz por otra; de suerte que habia dos ejércitos, siendo de mas poder el de los monfis y otros malhechores que andaban con ellos, por estar mejor armados: y como los unos y los otros no supiesen qué se habia hecho el señor de Valor, andaban maravillados y sin saber qué hacerse no teniendo rey. Todos se volvieron á sus lugares, salvo aquellos que andaban buscando al reyecillo, y que formaban dos tropas de gentes guiadas por cuatro moros, como llevamos referido; y el uno de ellos y mas principal se llamaba el Dete: de los nombres de los otros no tuve noticia. Estos y otros amigos suyos, por codicia de los diez mil ducados, y por ponerse bien con el marqués de Mondejar, practicaban diligencias esquisitas buscando al reyecillo, pero nunca pudieron hallarle muerto ni vivo. Entendiendo que se habria pasado á Africa acordaron matar á un mozo morisco hijodalgo, llamado el Maule, que en el talle y garbo, rostro y color se parecia mucho á D. Fernando, y muerto le fue cortada la

cabeza, que llevaron á Granada, certificando con falsa relacion y jurando, que aquella cabeza era del reyecillo. Mostrándola por toda Granada, cuantos la vieron decian, que con efecto lo era, y asi dieron el premio prometido á los que la trajeron; y á uno de ellos que decia ser él quien le habia dado muerte, le envió el marqués á Madrid con recados tales, que S. M. le dió cuatro reales de salario cada dia. Escribo esto asi muy bien informado de muchos moriscos, á quienes pregunté la verdad del hecho para escribir con la debida diligencia la segunda parte de esta historia. Pues no habiendo hallado al reyecillo, y creida la falsa relacion que hicieron los moros diputados para matarle, estos se volvieron á sus lugares bajo de seguro, y algunos fueron á Granada á hablar con el marqués, quien los trató muy bien y blandamente; dándoles esperanzas de que todo se allanaria y acabaria con felicidad. Solamente los monfis se mantuvieron rebeldes, y jamás quisieron fiarse de promesas, temiendo ser engañados y destruidos á manos de los cristianos, en poder de la justicia, como habia sucedido ya á otros muchos en distintas ocasiones. Asi querian alzar entre ellos á un rey que los gobernase, y que fuese de tanto corazon y tan subidos pensamientos, que saliera bien con todo lo que antes tenian prometido; pero no sabian el orden que en esto se debe tener, y el diablo que siempre busca hacer daño y obras tales como él es, les proveyó de rey para que aquella maldad pasase adelante. Para esto es de saber que ya

en Argel se tenia noticia de cuanto pasaba en el reino de Granada, y en vista de que los moriscos enviaban tantos esclavos y pedian tantas armas, y que la guerra andaba tan encendida, el Ochali, rey de Argel, acordó de enviar á las Alpujarras doscientos turcos valientes y bien armados, como el Gran Turco lo habia prevenido, para ver cómo andaba la guerra, y si acaso habia disposicion para poner otra vez á España en aprieto, teniendo en ella los moros entrada cierta y segura, como en el tiempo del rey godo D. Rodrigo. En este caso debia luego darse aviso al Gran Turcó para que la ruina de España se pusiese por obra. Asi, pues, los susodichos soldados se embarcaron en una fusta grande de Mamí calabrés, atravesaron desde el mar de África al de España, y tomaron puerto en el Fatallon de la mesa de Roldan, entre Almería y Vera, donde fueron avisados de lo que pasaba, y de qué suerte andaba la guerra; de cómo el reyecillo era muerto y no parecia, y que los moriscos levantados se habian tornado á reducir y estar como de antes, habiéndolos el rey perdonado; que solamente quedaban obra de tres ó cuatro mil monfis en compañía de unos pocos de turcos, como cincuenta ó sesenta, que se habian quedado en tierra allí junto á lo de Adra, y que estos andaban por pasarse á Berbería, aguardando ocasion de pasage. Toda esta relacion dieron unos moros de Cabrera y Sirena á los doscientos turcos recientemente arribados, los cuales quedaron aturdidos de tal caso, arrepintiéndose

de haber atravesado el mar de España. Y entrando todos en consejo dentro de su mismo navío para acordar lo que habian de hacer, decian unos que volverse, y otros que no, pues ya que habian venido no seria razon dejar de ver la tierra, y observar en qué paraba aquel negocio, respecto á que el rey de Argel los habia enviado para tal caso. Otros replicaban á esto, que la tierra era muy áspera y mal conocida de ellos, y que podrian los mismos moriscos, como hombres mudables y varios, hacerles muy notable daño para ponerse en gracia con su rey. Mas uno de dos capitanes que allí venian y traía á su cargo aquella gente, llamado Caracacha, hombre valeroso, de nacion turco, les habló á todos de esta suerte:

Razonamiento del capitan Caracacha á los turcos de su navío.

«Valientes y bravos soldados, de turquesca y clara sangre producidos, y de la Troyana descendientes, como en las antiguas Escrituras se halla, aventajados en paga por vuestro grande valor: Muy bien sabeis todos, que venimos y somos enviados á las tierras de España de orden del Gran Señor, y del rey de Argel, habiéndosenos escogido entre los demas de sus escuadrones por hombres de gran valor, y que se nos envia para que sepamos de estas guerras civiles de España, dando de ellas aviso y larga cuenta. Pues si de aquí nos tornáramos, como algunos

de vosotros habeis propuesto, ¿qué es lo que de nosotros dirian nuestros amigos y enemigos? No otra cosa por cierto sino que nos asombramos de ver las costas de España y sus altas sierras, y nos volvimos huyendo como cobardes, sin haber visto la cara á ningun cristiano, y en fuerza de una relacion acaso incierta de dos desventurados morillos que nos la han dado. Si es verdad que los moriscos han dejado la guerra, posible es que sea por falta de su rey, y que por no tener quien los ampare y gobierne, han dado de mano á las armas. Pues, cuando todo sea asi, muy bien sabeis que entre los soldados amotinados se elige luego un general que mande y gobierne, para que á su sombra obre la milicia. Ahora, pues, nosotros podriamos hacer elegir un rey tal cual nos parezca, y despues, porque su vida y honra no pasen detrimento llevárnosle á Argel cuando la suerte nos dijera muy mal: tambien podriamos nosotros teniendo ya un rey conocido, en compañía de esos monfis de que se habla, hacer tanto, que tornásemos á levantar el reino todo, y le moviésemos á tomar armas otra vez contra las cristianas banderas, dándonos Mahoma tan buena suerte, que entráramos por España la tierra adentro, en donde alcanzásemos digna memoria en servicio de nuestro Gran Señor. Pero si por acaso muriéremos, los amigos y enemigos de Argel dirán: *Murieron como soldados, y no volvieron huyendo como gallinas*. Por tanto, bravos soldados y amigos mios, mi parecer es que saltemos en tierra,

y pisemos el suelo de la España, que estando dentro, el santo Alá y Mahoma proveerán.»

Esto que dijo el capitan Caracacha pareció bien al otro capitan llamado Mami Agad, y á todos los demas soldados que estaban en el navío: y asi luego desembarcaron y se fueron por tierra hasta Sorbas, llevando por espía y adalid á un moro de Ture llamado Gacia, el cual fue despues gran cosario. Estando, pues, el escuadron turquesco en Sorbas, llegaron por aquella parte los cuatro compañeros del reyecillo, únicos sabedores de que estaba escondido en la cueva, y que ahora venian buscando navíos de moros para pasarse á Argel todos juntos, atento á que el reyecillo se hallaba desamparado, sin gente, á riesgo de caer en manos de los que le buscaban para matarle, é imposibilitado de volver mas á Granada. Y como llegaran allí á la sazon en que los turcos habian entrado, lo tuvieron por muy buena ocasion, pensando por este recurso volver á D. Fernando á su estado primitivo, como volvió en verdad. Con este intento se fueron á Sorbas y hablaron con los dos capitanes Caracacha y Mami Agad, aunque otros quieren decir que á este último le llamaban de otra manera: les contaron todo el caso de la guerra del mismo modo que habia pasado, certificándoles que el rey Muley era vivo, que estaba escondido en una cueva tiempo habia, por recelo de que no le matasen; y que habiendo muerto por su causa á un caballero mancebo que se parecia á D. Fernando de Valor, todo el reino le tenia

por muerto; pero vivia, y estaba determinado de pasarse en Argel no pudiendo estar ya en España, y que ellos eran venidos por aquellas marinas buscando medios para la tal embarcacion; y habiendo tenido noticia del reciente arribo de los turcos, venian á verlos y saber si podrian dar algun remedio sobre aquel caso. Todo esto contaron los amigos del reyecillo á los dos capitanes turcos, los cuales fueron espantados de oir tan grandes novedades; mas el capitan Caracacha les habló diciendo: «No quiera Mahoma que esta vez muera el rey de Granada, ni que pase á Argel hasta tanto que todos los que estamos aqui seamos muertos en su servicio; pues esta es la orden que traemos de nuestro rey Ochali. Asi partamos luego adonde está, y no nos detengamos mas aquí, porque es muy cierto que en la tardanza está el peligro.» Con esto aquella misma noche partieron de Sorbas, y no pararon hasta llegar cerca de Valor, tardando tres dias en el viage, porque no caminaban sino de noche, y pasaban el dia emboscados. No pudo con todo eso ser este viage tan secreto que no lo supiesen los de Mojacar y Vera, quienes con noticia de aquel grande escuadron de enemigos dieron luego aviso al marqués de Mondejar de lo que pasaba; el cual no holgó mucho de ello, porque sabia muy bien que se aguardaba algun socorro de Africa para los moros del reino de Granada, y ya tenia apercibida mucha gente de guerra, nombrados capitanes, y convocados todos los lugares mas vecinos y comarcanos del

reino, para que prestasen socorro cuando fuera menester. Habiendo, pues, llegado los turcos á Valor, bien cerca de la cueva donde estaba Muley, sucedió que este poco antes de aquella hora se habia salido de su escondrijo por dar algun descanso á la vista que tantos dias habia tenido ofuscada en aquella oscuridad, y recrear el corazon y los ojos con la hermosa perspectiva del campo. Estando sentado entre unas matas grandes de lentiscos y romeros, mirando las altas y fragosas sierras de aquellas Alpujarras, se le vinieron á la memoria todas las guerras antiguas que habian allí pasado, y las ruinas de aquel reino que antes solia ser tan próspero y rico, y en todo tan pujante; y con estos acuerdos vino á dar y á pensar en su presente desventura, cómo se habia visto muy pocos dias antes coronado por rey y señor de aquel reino, y cómo al presente se veía solo y desamparado, y falto muchas veces de lo necesario para su sustento. Acordábase de Granada y de la buena vida que allí tenia, puesto en estado de próspera fortuna: acordábase de la mala salida que habia hecho de aquella ciudad por una cosa de tan poca consideracion, y como al presente se hallaba sin los bienes que poseía entonces, sin el que despues le habian prometido falsas esperanzas, solo, desamparado de todo bien, apartado de su padre, madre y hermanos, y ocasionando el mal que pasaban todos por su causa. Esto consideraba Don Fernando de Valor, y lloraba y se lastimaba con justa razon, for-

mando mil querellas contra el cielo y la fortuna adversa que le seguia, pues por su causa estaba D. Antonio de Valor, su viejo padre, aprisionado en una fuerte torre en Castilla, donde al fin murió entre hierros, sin haberlo merecido; y un hermano suyo llamado D. Alonso de Valor, fue llevado preso á Madrid, de donde jamás volvió á ver á Granada; y otro hermano llamado D. Luis de Valor estaba en Argel, porque él le habia enviado al Ochali con recados suyos; y pidiéndole socorro y armas. Por esta causa envió el Ochali los doscientos turcos que hemos dicho, como quedando D. Luis de Valor en Argel casi en rehenes. Lamentábase de todo el desdichado reyecillo, trayendo á la memoria sus males, y el poco remedio que para ellos se esperaba: así me pareció que seria bueno escribir en verso sus querellas, como aqui se ponen en las siguientes

ENDECHAS.

Oh vanos y revueltos pensamientos,
y torres en el viento levantadas,
y por mi mal inmenso fabricadas,
por ser tan mal fundados los cimientos!...
Qué estrella triste pudo así guiarme
á despeñarme;
cuál hado acerbo
fue tan protervo;
cuál desventura
con pena dura
me trujo á tan estrecho y triste estado;
que vivo estoy, y en vida sepultado?

A dó está aquella gloria en que me vide,
y adonde está el valor y la grandeza,
y la corona de oro en la cabeza,
de quien fortuna adversa me divide?
A dó las prometidas esperanzas,
y aquellas alabanzas
del escuadron armado
que me tenia rodeado
diciendo: *viva, viva,*
con grita muy altiva,
el rey de todo el reino de Granada
con un aplauso y gloria no pensada?
Y el bélico sonido de la trompa,
y del añafil claro y la dulzaina,
con cuánta violencia ya se amaina
haciendo escurecer la clara pompa?
Cuán presto se acabó la dulce suerte
con dolor fuerte!
Ya no hay reinado,
que el duro hado
así lo quiso;
quizá repiso
de verme levantado á las estrellas,
propuso derribarme á estas querellas.
A dó los elegidos capitanes,
las condutas firmadas, concedidas,
con mis reales sellos imprimidas,
y dadas á los que eran mas guzmanes?
A dó la desplegada media luna,
que dió fortuna
con buen semblante;
mas no constante,

sino siniestra,
como se muestra;
pues con velocidad su varia rueda
no quiso por mi daño estarse queda?
A dó mis padres son y mis hermanos;
adonde mis parientes, mis amigos,
que fueron de mi bien y mal testigos,
á veces siendo moros y cristianos?
De soledad estoy acompañado,
pues quiso el hado,
que desta gloria
sola memoria
en mí quedase,
porque pasase
considerando en ella un mal estraño,
y tal cual ordenó ser en mi daño.
Llorad, pues, corazon, ojos cansados,
los bienes prosperados ya perdidos;
llorad tambien los males padecidos,
envueltos en mil penas y cuidados:
á Granada llorad, que habeis perdido,
jardin florido,
y bella Alhambra,
dó ya no hay zambra
fresca y Nadamar,
á dó Abenamar
dejó con su frescura mil pesares:
ay Jaragui florido y Alijares!
No espero veros mas eternamente,
porque la suerte dura lo dispuso,
haciendo el bien y el mal todo confuso,
mostrándose cruel, dura, inclemente:

un solo bien me queda, mas terrible,
y no es posible
que sea seguro,
sí acerbo y duro;
pasar las ondas
del mar tan hondas
al líbico distrito y sus riberas;
mas desdichado, y solo, y sin banderas!
Mas con razon hareis el sentimiento
de todas estas cosas miserables,
pues ellas traen en sí ser lamentables,
fundadas en terrible perdimiento:
llorad, pues, ojos mios, tantos males,
que nunca tales,
ni mas se vieron;
pues causa dieron
de eterna pena,
con larga vena
de llanto, con que triste me consumo
al ver mi bien resuelto todo en humo.

De esta suerte se lastimaba el desventurado señor de Valor, derramando de sus ojos una vena abundantísima de lágrimas; y con razon se lamentaba al verse privado de su hacienda, de la dulce patria y sabrosa libertad, metido de un golpe en un piélago tempestuoso de trabajos, sin saber hallar algun remedio: sus lugares perdidos, y su vida espuesta, pregonado por traidor contra su rey y señor. Mas como era mozo, y sin aquella discrecion que convenia en tal caso, no sabia navegar entre las peligrosas olas de un

mar tan bravo, ni dar descansado puerto á sus males; que si él viéndose desamparado de los suyos, gente variable, y sin fe ni ley, asi como se fue á esconder del furor infernal de ellos movido en su daño, se fuera una noche á Granada, y de allí á Madrid, y se echara con lágrimas á los reales pies de D. Felipe, nuestro señor, S. M. le perdonara con su acostumbrada misericordia, y le diera con qué vivir, ya que le quitara sus tierras, considerando la sobrada juventud del delincuente, que aun no habia llegado á los años de entera discrecion; mas él no cayendo en este saludable remedio, se mantuvo tímido y escondido en aquella cueva, aguardando coyuntura para pasarse á Africa. Estando en esta situacion el señor de Valor vió venir marchando hácia donde él estaba el escuadron formado de los turcos, y mudándose de todo punto su color, quedó como muerto, entendiendo que aquellos eran los moriscos que venian á matarle; y asi poseido de miedo, esclamó: «Ya, D. Fernando, ha llegado tu último fin; ahora saldrás de los trabajos que te cercan.» Pero parando mientes en la escuadra que allí venia, cuando vió delante de todos á los cuatro compañeros suyos, únicos sabedores de su estancia, se tuvo entonces por mas perdido, creyendo que estos le vendieran, porque tenia aquella gente morisca por mudable, sin fe ni ley á la verdadera amistad, segun habia visto ya por las cosas pasadas. Observando sin embargo que todo aquel gallardo escuadron venia bien aderezado, y los soldados con zapatos y borceguíes

datilados y leonados, bonetes colorados, turbantes blancos, y alquiceles blancos y azules á los hombros, y armados de largas y lucidas escopetas, luego conoció que aquella gente no era granadina, sino que eran turcos; y algo consolado con esto, se estuvo quieto hasta ver en qué paraba la venida de tan lucido escuadron. Luego que todos llegaron junto á la cueva se adelantaron un poco los cuatro moros granadinos, y uno de ellos se entró por aquellos peñascos, entre los cuales estaba tan oculta la puerta de la cueva, que de ninguno podia ser vista ni hallada, si no fuese por acaso. Este hizo luego la señal acostumbrada, que era tocar un pito pequeño de plata, á cuyo sonido el reyecillo respondia luego; pero esta vez, aunque fue tocado, no pudo responder: repetida hasta cuatro veces la señal, el moro que la hacia se quedó maravillado y confuso viendo la falta de correspondencia; y así medio turbado se salió fuera de la cueva, y dijo que el rey no parecia, ni habia respondido. Luego los otros tres amigos entraron muy adentro hasta llegar á la misma cama en donde el rey solia dormir, y como no le hallaron, muy maravillados y confusos se salieron de la cueva, diciendo que el señor de Valor no parecia; á lo cual el bravo capitan Caracacha dijo en tono sañudo: «Mas bien entiendo que vosotros nos traeis engañados, metiéndonos la tierra adentro para que nos perdamos; pero no lo espereis, que aunque pocos en número, somos tales, que lo asolarémos todo, quemarémos los montes, y si fuere

necesario iremos á Granada, la pegarémos fuego á pesar de todo el mundo, y nos volveremos á la mar. Por tanto, buscad al rey al instante con toda diligencia, que si no lo haceis al punto os harémos pedazos, y en testimonio llevarémos á Argel vuestras cabezas para que al Ochali vea si hemos entrado en las tierras de España, á pesar del mar y del viento.» Los cuatro moros granadinos, llenos de espanto, no sabian qué hacerse en semejante tribulacion; lo cual visto por el reyecillo, poniendo él caso en las manos de la fortuna, se levantó en pie, y llamó por su nombre á sus amigos, los cuales al verle sintieron no poca alegría. Bajó abajo entonces el reyecillo, y mirándole muy de propósito el capitan Caracacha, reconoció desde luego en el aspecto, que era hombre de valor y principal, y asi le dijo: «¿Eres tú el rey nuevamente levantado en este reino?» D. Fernando mostrando gravedad en el rostro, exento de todo temor, respondió que sí, que él era el rey de Granada, y por qué se lo preguntaba. El bravo turco mostrando luego alegría, le fue á abrazar y besar la mano diciendo: «Bien parece que eres de sangre real; pues no puede negarse el valor de tu linage en tu persona.» En seguida puso la mano en la bolsa de la escopeta que era grande, y sacó de allí un pliego de cartas, que despues de haber besado entregó al reyecillo, y le dijo: «Toma esas cartas que te envia el rey de Argel, mi señor, y por ellas sabrás lo que te quiere decir.» El reyecillo tomó el pliego, y en seguida leyó una carta, que decia asi:

Carta del Ochali rey de Argel para el reyecillo de Granada.

«A tí, Fernando Muley Abenumeya, nuevo «rey de Granada y su reino, elegido por justa «razon de derecho, parando mientes los electo«res en la real sangre de donde vienes, salud, «para que con ella goces largos años la nueva «corona por tu valor merecida. Sabrás que á po«cos dias que recibimos unas cartas enviadas del «buen caballero Abenchoar, al parecer deudo «tuyo muy cercano, como despues hemos enten«dido, y de otros moros principales de Granada «y su reino, en las cuales nos pedian armas y «socorro para seguir la guerra que estaba pro«movida contra el rey de España, prometiéndo«nos dar seguros puertos y entradas, favor y ayu«da para que España fuese conquistada, así co«mo lo fue en los pasados tiempos del rey D. Ro«drigo, entramos en el real consejo de guerra «para determinar lo que sobre el caso debiamos «hacer; y fue acordado que era justa causa dar «armas y socorro á quien lo pide contra cristia«nos, porque asi nos lo manda nuestro Maho«ma; y para ello fue luego determinado que se «juntase gran cantidad de todas armas, y os fue«sen remitidas. Mas despues por segundo acuer«do se envió un despacho al Gran Señor, ha«ciéndole saber lo que por los granadinos era «pedido, y lo que acerca de ello estaba tratado «y acordado. A esto mandó el Gran Señor que se

«enviasen doscientos turcos de nacion, soldados «valientes, aventajados en pagas de diez y de «veinte escudos de luna á luna nueva, para que «diesen tiento en el estado de la guerra; y si «por suerte se fuese mejorando contra las cris«tianas banderas, puesto el caso en que se pu«diese salir con lo pretendido y prometido, di«ce el Gran Señor, que él dará bastante socorro «de gente y armas, y que él mismo con todo su «poder entrará por las partes de Italia, pasando «el mar hasta los límites de España con gran «pujanza. Y habiendo nosotros tenido esta res«puesta y orden del Gran Señor, un hermano «tuyo, llamado D. Luis de Valor, llegó en una «fragata de once bancos, de un moro granadino, «y nos dió unas letras tuyas, pidiendo por ella «segunda vez socorro y armas, y confirmando «lo antes prometido. En su vista fue determina«do luego en nuestro real acuerdo, que te se en«viase el socorro pedido y las armas contra los «cristianos, juntamente con doscientos turcos bue«nos soldados, los cuales encargamos que sean bien «pagados, con aquellas ventajas que suelen ga«nar en estas plazas nuestras. Tu buen hermano «D. Luis queda en Argel en mi poder, tan mira«do y atendido como es razon que lo sea. El «santo Alá te dé victoria, y Mahoma en todo «sea propicio. De Argel, y pará lo que se cum«pliere.—*El Oahali.*»

Leida la carta, el reyecillo, como resucitado de muerte á vida, mostró muy alegre semblante, y tornó á abrazar de nuevo á los dos capita-

nes turcos, ofreciéndoles grandes pagas. Todo aquel escuadron turquesco dió luego una carga de escopetería tan brava, que hizo resonar los valles y sierras de tal forma, que se oyó el ruido en muchas partes donde habia una multitud de moros ahuyentados de la braveza de los cristianos, no fiándose de las paces prometidas. Mandó el reyecillo que se fuesen á Valor, pueblo suyo, el cual no estaba tan cerca de allí, como hemos dicho, porque la cueva en que se escondió estaba encima de la sierra de Dalias, segun hemos sabido despues por verdaderas relaciones. Llegando allí fueron recibidos con mucha alegría, porque todos tenian ya por muerto al reyecillo, el cual les dijo, que se mantuviesen firmes en lo comenzado, pues tenian á la vista aquel socorro, y mas que les vendria. Con esto se fue de Valor, á un lugar llamado Yubiles, de allí á Andarax, y de allí á Adra, en donde halló grandes compañías de monfis y de otros moriscos malhechores, los cuales se juntaron con él muy alegres, y admirados de verle vivo habiéndole tenido por muerto. Luego se volvió el reyecillo á Andarax con su compañía, dando la orden que en la guerra se habia de tener contra los cristianos.

El marqués de Mondejar al instante que supo por la parte de Vera y Mojacar que habian entrado gentes de Africa, mandó que se apercibiese toda la gente de guerra que estaba alistada, y era mucha, compuesta de gente muy principal de la Andalucía, y de valerosos capitanes: hallóse por cuenta que el marqués de Mondejar

sacaba veinte mil hombres entre los de á pie y á caballo, todos andaluces y valerosos, la flor del mundo; dejando á parte los del reino de Murcia, con quienes no se halla igual. Saliendo, pues, el marqués de Mondejar de Granada, acompañado de tanta y tan lucida gente, y llevando sus banderas tendidas con el estandarte real de la Alhambra, y delante su guioncillo de general, siguiéndole muchos y muy principales caballeros, llegó á los lugares llamados Alhendin y Alpadul, en donde halló á los moros sosegados, y mandó por bando, que ningun soldado hiciese daño á los moriscos ni á sus bienes. Hacíalo así el marqués, pensando allanar á los pueblos levantados por bien y no por mal; pero no le sucedió como pensaba, segun diremos adelante, y despues de haber puesto el romance que habla de lo contenido en este capítulo.

El buen conde de Tendilla,
que es marqués intitulado
del estado de Mondejar,
señor de muy gran ditado;
Uno de los del consejo
por su valor estimado,
fiél alcaide del Alhambra,
y gran general nombrado
De ese reino de Granada
por el rey y su mandado;
como viese que los moros
del reino se han levantado,
Mandó juntar mucha gente
de guerra, con aparato

para poderlos vencer.
y traer á su mandado;
Y subir al Alpujarra,
llevando campo formado;
aunque el marqués bien quisiera
por buena via llevarlo.
Y asi envió dos moriscos
de Granada á negociarlo:
moros son de calidad,
y de cantidad nombrados.
Manda que paces concierten
con los moros levantados,
y que perdon general
prometan en aquel trato.
Enviados por el rey
para mas asegurarlos,
esto tratan los dos moros
con los pueblos rebelados;
Los cuales arrepentidos
dicen, que ellos son cristianos,
y que no quieren la guerra,
porque fueron engañados
Por el falso Abenchoar,
que estaba mal indignado
contra el marqués de Mondejar;
porque habia maltratado
A los moros granadinos
como se ha declarado.
Mas á ellos que les pesa
de haber las armas tomado,
Y que quieren reducirse
en el hábito cristiano.

Tambien dicen los dos moros
que daran diez mil ducados
Al que diere la cabeza
de aquel reyecillo falso.
Por codicia de esta empresa
muchos moros van buscando
Al cuitado reyecillo
para prenderlo ó matarlo;
el cual tuvo que esconderse
donde no fuese hallado;
Y el que mas le sigue y busca
es el Derri, su privado;
y como no le hallase,
por ganar diez mil ducados
Mató á un mancebo morisco
que parecia á D. Fernando,
y cortada la cabeza
á Granada la han llevado:
El marqués lo prometido
paga, quedando engañado.
De paz está todo el reino,
como se habia tratado;
Solos quedaban los monfis,
que no se han acomodado.
Estos son mas de tres mil,
y todos muy bien armados;
Pasar se quieren á Féz
en hallando buen recaudo,
porque entienden que ya es muerto
aquel reyecillo falso.
Estando en aqueste punto
muchos turcos han entrado

dentro de las Alpujarras,
y todos muy bien armados,
Que los envió el Ochali,
rey de Argel tan nombrado,
para socorro y defensa
de este granadino estado.
Hallaron al reyecillo
en una cueva encerrado,
el cual muy bien los recibe,
y con ellos pasa á Valor,
Y dende allí á Andarax
con su campo concertado.
Los monfis con él se juntan
con placer demasiado
En tener á su rey vivo,
que por muerto le han juzgado.
El reyecillo da orden
de lo que se hará en el caso:
La guerra quiere seguir,
como habia comenzado.
El buen marqués de Mondejar
siendo de aquesto avisado,
Luego salió de Granada
llevando el campo formado:
lleva mas de veinte mil
que le van acompañando.
Muchos capitanes fuertes,
muchos lucidos soldados,
ricas banderas tendidas,
y su estandarte dorado:
Con el marqués un guion,
como caso acostumbrado,

riscos. Bramaba, ardia en saña el marqués viendo que lo que él prometia se lo desconcertaban las gentes de su real. A menudo mandaba echar bandos con pena de la vida al que saliera á saquear; pero valian muy poco estas diligencias contra los ladrones que se escapaban á deshora; y de suerte, que nadie sabia su salida, aunque estaban puestas centinelas por los caminos. Estendiéndose tan fatales nuevas por todos los demas lugares de las Alpujarras, volvió de nuevo á alborotarse y tomar las armas todo el reino, no fiándose ya de las paces prometidas, y queriendo mas morir ofendiendo, que vivir padeciendo. Los capitanes que habian sido señalados y repartidos por orden del reyecillo, volvieron á juntar su gente, á apercibirse de armas, y seguir las banderas del señor de Valor contra los cristianos. Los turcos que vieron tantos hombres ayuntados, y no mal armados, los animaban diciendo, que ellos les ayudarian á ganar toda España. Con esto los moros granadinos tomaron tanto brio, que de nuevo tornaron á hacer crecidos males. El marqués de los Velez D. Luis Fajardo, teniendo noticia de que los moros habian vuelto á levantarse, aunque á la verdad ya no tenian ellos la culpa sino los malos cristianos, determinó salir con campo formado contra los de los rios de Almanzora y Almería, á fin de que yendo él por una parte y el marqués de Mondejar por otra, se pusiese pronto término á aquellas guerras civiles. Como general del reino de Murcia escribió luego á los pueblos mas vecinos para que le acom-

pañasen en esta jornada; y así se juntaron de Caravaca muchos y muy buenos soldados con un valeroso capitan, llamado Juan de Leon, y un sargento mayor, llamado Andrés de Mora, hombre muy esforzado y práctico en la milicia: de allí sacó tambien un alferez para que llevase su estandarte, llamado Benavides, sugeto hidalgo y de gran calidad por su persona: en todos saldrian unos cuatrocientos soldados muy buenos, bien apuestos y armados. De la villa de Cehegin salieron doscientos hombres, gente muy lucida y bien armada, llevando por su capitan á un soldado viejo y valiente, que se llamaba Carreño. De la villa de Mula salieron trescientos hombres, bien armados y valerosos, con su capitan, nombrado Melgarejo, que era varon de grande esfuerzo. De la villa de Totana salieron cien hombres robustos, criados en la costa, y acostumbrados á verse cada dia con los moros, cuyo capitan se llamaba Juan de Mora, escelente soldado. De la villa de Alhama salieron otros cien hombres, tan buenos soldados como los de Totana, y muy acostumbrados tambien á verse en la marina con los moros; llevaban un buen capitan, llamado Falcayuela. El marqués envió á su hermano D. Juan Fajardo, maese de campo, á Lorca para que pidiese á la ciudad gente que fuera en esta jornada; y asi salieron de Lorca en esta vez mas de mil hombres de guerra, toda gente valerosa y bien armada, llevando por capitanes á Juan Felices Quiñonero, hidalgo principal de la casa de los Quiñones, á Juan Felices Duque, Juan

Mateos de Guevara, Alfonso del Castillo, el mozo; Adrian Leonés del Alberca, y Hernan Perez de Tudela. Ademas de estos seis valerosos capitanes salieron despues en ocasiones por orden de la ciudad otros cinco, hidalgos tambien y de mucho valor, que fueron los siguientes: Alonso de Leiva Marin; Martin de Lorita, alferez mayor; Gomez García de Guevara; Juan Mateos Rendon, y Luis de Guevara: entiendo que este último salió de los primeros, y de él hablarémos despues, asi como de los demas. Tambien salió en otra ocasion por capitan Juan Leonés de Guevara, y Luis Ponce, su hermano, capitan de caballos, y Juan Manchiron, regidor de Lorca. Y pues hemos hablado de estos lugares, llamados por el marqués, y de los capitanes que de ellos salieron, es justa razon que digamos algo de la noble Murcia; la cual siendo avisada por su noble adelantado, al punto escribió al rey lo que pasaba, y S. M. la mandó que siguiese la guerra, y socorriese con gente á su adelantado. Asi luego la noble ciudad creó tres capitanes valerosos, dos de infantería, llamado el uno Alonso Galtero, caballero de mucho valor, y el otro Nofre Ruiz, hombre principal é hidalgo: el capitan de caballos se llamaba D. Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago, y su alferez fue otro caballero ilustre, llamado Salvador Navarro. Hicieron estos mucha y muy gallarda gente, y toda bien armada; mas no salieron tan pronto de Murcia, que no los precediera el marqués de los Velez, saliendo el dia de los Reyes, año de 1569.

Llevaba el valeroso Fajardo de los lugares ya referidos tres mil hombres fuertes y bien armados, sin los que aguardaba de Murcia; y marchando con buen orden tendidas sus banderas, iba Lorca á la vanguardia, Caravaca de batalla, Totana, Alhama y Cehegin á la retaguardia. Toda la gente del campo era escogida, bien dispuesta de armas, y bastante para acometer á veinte mil hombres que fueran de otras naciones. Asi el buen adelantado, muy gallardo y contento de ver un campo tan lucido, decia que en el tiempo que siguió las ínclitas banderas del emperador su señor, no habia visto mejor gente, ni mas lucida, que la que él á la sazon llevaba; y que en muchas ocasiones se holgara de haber tenido la gente de aquel reino de Murcia, porque se señalaba ventajosamente entre todas las demas de España. El marqués era uno de los caballeros mas valerosos del mundo, pudiéndose contar entre los mas célebres de España, inclusos aquellos que tuvieron mas nombradía, como el Cid, el conde Fernan-Gonzalez, Bernardo del Carpio, y otros capitanes españoles muy esclarecidos. Esto lo confirmó el emperador D. Carlos V, nuestro señor, estando en Cartagena de vuelta de Argel, yéndole á besar las manos el marqués D. Pedro, padre del D. Luis, de quien ahora tratamos; y que habiéndole abrazado y levantado del suelo donde estaba de rodillas, le dijo lo primero: «Marqués, buen hijo teneis, y bien podeis decir que es uno de los buenos de España: asi lo ha mostrado en todas las ocasiones que se ha hallado conmigo.» A

lo cual respondió el marqués D. Pedro: «Señor, yo y él estamos al servicio de vuestra real y cesárea magestad hasta la muerte.» Tornóle á abrazar el emperador, diciéndole: «Tal se tiene entendido de él y de vos.» Viniendo á propósito decir algo del valor y la nobleza de D. Luis Fajardo, aunque nos salgamos un poco del hilo de nuestra historia, lo harémos de paso y en breves razones, porque nos aguarda en las Albuñuelas el marqués de Mondejar, de quien debemos tratar en otro capítulo. Es, pues, de saber que el señor D. Luis era hombre muy gentil, de recios y doblados miembros, tenia doce palmos de alto, tres de espalda, y otros tres de pecho, fornido de brazos y piernas, la pantorrilla gruesa y bien hecha al modo de su talle, el vacío de la pierna delgado, de tal manera, que jamás pudo gastar bota de cordoban justa, si no fuese de gamito de Flandes; calzaba trece y mas puntos de pie, y era tan bien trabado, rehecho y doble, que no se echaba de ver su altura: el color moreno cetrino, los ojos grandes rasgados, lo blanco de ellos con algunas fibras de sangre, de espantable aspecto; usaba la barba crecida y peinada, y alcanzaba grandísimas fuerzas: cuando miraba enojado parece que le salia fuego de los ojos; era súpito, valiente, determinado, enemigo de mentiras; trataba bien á sus criados, especialmente á aquellos que lo merecian: por poca ocasion tenia á un hombre preso veinte años, dándole allí de comer: cuando se enojaba denostaba á los suyos, tratándolos mal de palabra;

pero despues de quitado el enojo le pesaba de lo que les habia dicho, y les pedia perdon, diciendo: «Que no era mas en su mano, y que la cólera le hacia perder los límites de la razon.» Era grande hombre á caballo, usaba siempre la brida, y parecia en la silla un peñasco firme; cada vez que montaba hacia al caballo temblar y orinar; entendia bien cualquiera suerte de freno: su vestido de monte era pardo y verde y morado; las botas que calzaba habian de ser blancas y abiertas, abrochadas con cordones: era larguísimo gastador, y tenia cuatro despensas de gran espendio, una en Velez el Blanco, otro en Velez el Rubio, otra en las Cuevas, y otra en Alhama: era muy sabio y discreto, estremado en burlas y en veras: tenia de costumbre oir misa á la una del dia y á las doce, de suerte que los capellanes no le podian sufrir: comia una sola vez al dia, y aquella comida era tal, que bastaría para satisfacer á cuatro hombres por hambre que tuviesen: en la comida no bebia mas de una vez, mas aquella buena, de agua y de vino muy templado, y esto al acabar. Negociaba de noche, y asi se iba á dormir cuando los otros se levantaban; andaba siempre con su capa cobijada á las espaldas, espada y daga ceñidas, y esto era tambien de noche. Por el dia se ocupaba principalmente en tirar al blanco, ora con escopeta, ora con ballesta, y en cuerpo gentil: si era verano, siempre sin gorra, y si invierno con un sombrero de monte muy pespunteado. Era gran justador y torneante, desembarazaba con gran fuer-

za una caña, de manera que si daba en la adarga la aportillaba: muy amigo de llevar una pluma pequeña al lado, y parecia muy bien á caballo, de tal suerte que se conociera entre cien hombres: tenia de espaldas mas hermoso ver que por delante, y cuando salia á pie en compañía de otros, sobresalia entre todos; teniendo armados el cuello y cabeza parecia estremadamente bien. Entre mil hombres que se hallara semejaba ser señor de todos ellos por la gravedad de su persona y ahidalgado talle. Estando una vez en la marina acompañado de mucha gente de á caballo y de á pie, saltó en tierra el capitan de una galeota, y llegando adonde estaba el marqués miró á todas partes, tanto á los de á pie, como á los de á caballo; y aunque entre unos y otros habia hombres de mucha gravedad y buen aspecto, se fue al marqués, y le dijo: «Tú eres el señor de toda esta gente»; de lo cual se maravillaban todos. Se halló muchas veces en escaramuzas y peleas con los turcos, y en la batalla de Porman alanceó por su mano á mas de cincuenta de ellos: siempre tiraba el golpe de revés, y llevaba la lanza atada á la muñeca del brazo con un grueso cordon de seda verde: sus armas eran finísimas. Peleando una vez en Cartagena con los turcos, que vinieron sobre ella mas de dos mil, fue herido de un balazo en una espalda, quedando abollada el armadura, y no pasada, por ser muy firme. La lanza que llevaba era tal, que un criado suyo haría harto en llevarla al hombro; y el marqués la meneaba como si fuera un junco

delgado. En la accion que decimos de Cartagena un renegado le conoció en la batalla, y dijo en voz clara, que todos oyeron: «Aquí está el marqués, no podémos saquear á Cartagena.» Era tanta la fama del marqués, que en el real palacio de Argel le tenian pintado, armado con una lanza en la mano, y en la punta de la lanza clavada la cabeza de un turco: del mismo modo le tienen retratado en Constantinopla, y así lo está tambien en Cartagena en una sala de la casa de Nicolás Garri: finalmente el marqués era gran señor y valeroso. Fue muy amigo de toda caza, y tenia muchos perros y aves de volatería; muy aficionado tambien á tener buenos caballos. Cuando habia de ir á monte aguardaba á que hiciese mal tiempo, como que nevase, lloviese, ó hiciese grandes aires; y esto por hacer á sus gentes robustas como él lo era. Volviendo ya, pues, á lo que hace mas al caso, que es seguir la historia de la guerra, recordarémos como el campo del valeroso Fajardo iba marchando con sus banderas tendidas la vuelta del rio de Almanzora, y que llevaba Lorca la vanguardia, Totana, Alhama y otros lugares llevaban la batalla, Caravaca, Cehegin y Mula con el marqués la retaguardia; y que al salir con gran concierto de los Velez, un caballero, hijo bastardo del marqués, llevaba el estandarte, hasta que despues le tomó Benavides, caballero principal.

Llegó el marqués con su campo á la boca de Oria, que es un paso muy peligroso y estrecho; de allí pasó á Uleyla de Purchena, y atravesan-

do la sierra de Filabrés vino á parar á Tabernas, que es un lugar grande, á cuatro leguas de Almería: á los moros de este lugar los monfis les habian hecho levantar por fuerza, y cuando el marqués llegó allí no pareció ninguno, ántes todo el lugar estaba saqueado y medio quemado, y la iglesia destrozada y abrasada, que era cosa de grande compasion ver tan brava ruina. Aquí tuvo el marqués noticia de que los moros habian hecho grande daño en Guecija, y quemado un rico convento de frailes agustinos, matando á todos los que estaban en él; de lo cual muy enojado partió al punto de Tabernas con ánimo de castigar á los que habían hecho aquella gran maldad; y llegando á Terque, que es un lugar cercano de Guecija, halló gran multitud de moros, los cuales asi que supieron la venida del marqués se retiraron á Guecija, por estar cerca de la sierra, y determinaron aguardarle allí, y hacerle resistencia. Luego que supo que los moros le esperaban partió á Guecija para darles batalla, y puesto en orden su campo, fue marchando hasta llegar junto de ellos: estos estaban formados en escuadron, como mejor habian sabido ordenarse, y preparados á resistir. Ahora conviene dejarlos al tiempo de romper, para decir algo del marqués de Mondejar, á quien dejamos próximo á dar batalla á los moros de las Albuñuelas; y antes, por no perder el estilo, dirémos un romance de la salida del marqués de los Velez á los rios de Almanzora y Almería.

Apriesa estaba leyendo
una carta de rebato
el famoso D. Luis,
que ha por renombre Fajardo;
El que es marqués de los Velez,
y de Murcia adelantado:
de la ciudad de Almería
le ha venido aquel recado,
Que el obispo se le envia:
«Luego saliese aprestado
con sus armas y sus gentes,
y lleve campo formado,
Atento que ya los moros
de todo aquel obispado
se han levantado de guerra,
y que hacen muy grande daño;
Y que abrasan las iglesias,
y despedazan los santos;
y pues es fuerte caudillo
y frontero del estado,
Reino granadino moro,
que salga como esforzado
y valiente capitan
á remediar tanto daño.»
La carta aun no habian leido
cuando un correo le ha entrado
que el gran Felipe le envia
con otro nuevo mandato:
Que salga contra los moros
que se habian rebelado.
Luego el valiente marqués
con valor acostumbrado

convoca todas las gentes
de todo el reino murciano,
que apriesa y con todas armas
vengan donde está aguardando,
En la su villa de Velez;
el que decian el Blanco.
Todo el reino se ha movido
á cumplir este mandato,
Y con deseo de guerra
cada pueblo se ha alistado.
De Caravaca han salido
bien cuatrocientos soldados;
Con ellos Juan de Leon
por capitan señalado,
y por sargento mayor
fue Andrés de Mora nombrado,
Por ser soldado y valiente,
en lo de Flandes hallado.
De Cehegin han salido
otros ducientos soldados;
Su capitan es Carreño,
hombre en guerras avisado.
Francisco de Melgarejo
de Mula salió alistado,
Fuerte villa del marqués,
y la mejor del reinado:
trescientos soldados lleva,
todos ellos hijosdalgo,
De su noble fundacion
conocidos y nombrados;
y de Totana salieron
por un padron alistados

Ducientos hombres de guerra,
y todos muy bien armados:
Juan de Mora es capitan
de este escuadron tan preciado.
De Alhama salieron ciento
no menos aderezados;
soldado es su capitan
Pedro Cayuela nombrado.
De Murcia la noble y franca
casi salió un grueso campo
de valerosos guerreros,
lucidos y bien armados.
Con mas braveza que el sol
cuando mas hieren sus rayos,
tres capitanes salieron
caballeros esforzados:
Uno es Alonso Galtero,
de valor aventajado;
el otro es Nofre Ruiz,
buen soldado y buen hidalgo;
El otro D. Juan Pacheco,
y aqueste era de á caballo,
hombre de suerte y valor,
que lleva de Santiago
La roja señal al pecho
de aquel famoso lagarto.
De Lorca salió una tropa
de un escuadron esmerado
De mil hombres valerosos,
y todos muy bien armados;
seis valientes capitanes
salieron en este campo;

Juan Quiñonero es el uno,
del marqués muy allegado;
es el otro Juan Mateo,
de Guevara intitulado:
Es Alonso del Castillo
el tercero en este grado;
Juan Felices Duque es otro,
bien conocido y nombrado;
Hernan Perez de Tudela
es el quinto, buen hidalgo;
es Adrian Leonés
el sesto que se ha contado;
Llamábase el del Alberca,
porque la tenia al lado:
todos estos con la gente
salieron de muy buen grado
Para servir al marqués
que los estaba aguardando;
de Murcia y demas lugares
tres mil hombres se han juntado.
Con estos el buen marqués
sale de Velez el Blanco;
mas al tiempo de salir
Murcia y Lorca se han trabado
Sobre llevar la vanguardia
en el campo concertado;
y D. Juan los apacigua,
por ser maestre de campo,
Que este dia vayan juntas
las banderas que he contado
de Murcia y Lorca famosas;
y esto siendo averiguado

Sale el campo, y nunca para
hasta aquel rio nombrado
que le dicen de Almería,
y que aquí hizo alto,
Porque en Guecija se hallan
muchos moros aguardando,
para darles la batalla
al marqués y sus soldados.
El marqués pone sus tropas
con gran concierto y cuidado,
para romper con los moros,
como oiréis en otro cabo.

CAPITULO V,

en que se pone un reencuentro que el marqués de Mondejar tuvo con los moros de las Albuñuelas, y otras cosas que sucedieron; y cómo el Malek dió un terrible asalto á los moriscos de Cantoria, y cómo los moriscos se defendieron.

Llevamos dicho en el capítulo tercero, que el marqués de Mondejar salió con un crecido y lucido campo, adornado de valerosos capitanes, soldados andaluces, y especialmente de una gallarda compañía de gente cordobesa, la cual llevaba por capitan á D. Diego de Argote, caballero muy principal y de esclarecido linage, descendiente de los antiguos romanos. Ademas de este llevaba el marqués otro capitan de singular valor, llamado D. Luis Ponce de Leon, de la antigua casa de los duques de Arcos, cuya clara estirpe

qués y su gente corrian gran peligro. Mas como en esta parte los cristianos les llevaban gran ventaja, y estaban deseosos de acometer aquella empresa, entraron bravamente sin aguardar órden de sus capitanes; y viendo los moros tanta gente tan bien armada dar contra ellos gritando *Santiago y cierra España*, no osaron aguardar aquella sangrienta furia; y desamparando la batalla, se fueron á todo huir la vuelta de las Guajaras, que eran lugares fuertes, dejándose las Albuñuelas desamparadas, y dando ocasion á que los cristianos se detuvieran allí el tiempo que quisieran saqueándolas. Hiciéronlo sin embargo á despecho del marqués, y tomaron cautivas á muchas moriscas, mozas y niñas. Retirándose los moros, y pasando la puente de Tablate, muy antigua y nombrada, la rompieron y hundieron para que los cristianos no pudiesen pasar adelante. El marqués permaneció en las Albuñuelas dos dias, aguardando que los moros vinieran con algun mensage de paz; lo cual no hicieron, antes por el contrario redoblaron sus escuadrones en las Guajaras, y se fortalecieron bravamente. Luego que lo supo movió su campo, y llegando al puente de Tablate, como ya le halló rompido, le pesó mucho, y mandando hacer alto, dió orden de repararle para facilitar el paso, porque no habia otro mas que aquel, entre las alturas y fragosidad de las sierras, que de una y otra parte levantadas, dejaban una profunda rambla, por la que forzosamente se habia de pasar. Ahora dejarémos aqui al marqués y á

su campo dando órdenes para allanar este paso, y hablarémos del reyecillo, que estaba muy acompañado de gente de guerra, toda valerosa. Sabiendo éste que el marqués de Mondejar habia llegado á las Albuñuelas y que habia tenido aquel reencuentro con su gente, la cual se habia retirado á las Guajaras, punto fortificado por la naturaleza, mandó al capitan Zarrea que se mantuviese allí firme, y para mayor seguridad de aquel presidio envió cien turcos y mas de mil monfis, todos bien aderezados de armas. Hecho esto asi, é informado de que el marqués de los Velez habia salido de sus tierras y estaba en Terque próximo á dar batalla á los del rio de Almería, al punto despachó al capitan Maleh, quien con mil soldados de los suyos diese en Cantoria y la tomase, forzando á los moriscos de allí á levantarse, asi como tambien á los de Oria, el Box, Pataloba y todos los demas lugares del marqués. El valeroso Maleh se puso luego en camino á la vuelta de Cantoria, y tomando en Purchena mucha gente armada, llegó á dicha villa, y no quiso darla combate, sino procurar antes por buenas palabras que se levantase. Los de Cantoria teniendo aviso de la venida del Maleh cerraron las puertas, y estaban bien apercibidos, con designio de mantenerse firmes y leales al rey y al marqués, su señor. Llegó el Maleh con todo su campo, y alojado muy cerca de la villa, él con otros quince soldados se arrimaron á la muralla, llevando en la punta de la lanza una bandera blanca en señal de paz. Dos hombres prin-

cipales de Cantoria que habian sido nombrados capitanes por su valor, puestos de pechos encima de la muralla con otra bandera blanca, preguntaron al Maleh, qué buscaba, ó qué queria de Cantoria. Este conociendo muy bien á los dos capitanes, llamado el uno Avenaix y el otro Almozaban, varones de mucho valor y cuerdos, les habló de esta manera:

Razonamiento del capitan Maleh al capitan Avenaix de Cantoria.

«Avenaix, valiente, fuerte y grave, de esclarecida sangre producido; y tú, Almozaban, deudo de Mahoma, de Fátima su hija descendiente, como demuestran claros documentos, estad atentos bien á lo que digo, pues de ello alcanzaréis inmensa gloria, y dulce libertad para vuestra patria. Muy bien sabeis, varones esforzados, las causas principales de la guerra del reino granadino y de sus gentes contra los cristianos, por los agravios, demasías, y males que nos causaban, haciéndonos pagar mil tributos injustamente, y no contentos con esto quitándonos las armas, imponiéndonos gravísimas penas en caso que las hallasen dentro de nuestras casas y pueblos, vedándonos tener caballos y esclavos de que nos podamos servir, y asimismo privándonos de nuestro trage y propia lengua, cosa por cierto dura é insufrible. Y asi queriendo Alá sacarnos de tanto ahogo, provocó á todo el reino granadino la indignacion que muestra contra el injus-

to y bárbaro bando cristiano, para que defienda con las armas lo que es tan justa razon que se defienda. Ya tenemos de Argel buen socorro, y esperanzas de otro mayor, que el Gran Señor nos enviará pronto; de modo que con esto, y poniéndose todo el reino sobre las armas, como ya lo está, á escepcion de los lugares de Fajardo que se mantienen temerosos de su señor, podremos sojuzgar á toda España, poniéndola debajo de nuestras leyes. Asi para este fin el rey me envia ahora á aquesta vuestra villa, y que os dijese obedezcais luego sus provisiones, deis favor y ayuda á sus banderas, y os mostreis buenos vasallos suyos estando en su gracia; por lo que os promete hacer mercedes grandes, como es justo se hagan á los pueblos que le siguen; y donde no, amenazaros con el castigo que sería luego sobre vosotros, viniendo á derribar vuestras murallas con fuego cruel, y haciéndoos pasar por cruda muerte. A esto soy venido, y holgaria, valiente Avenaix, que de buen grado hiciéseis lo que el rey manda, pues ofrece mercedes y amistad con ruego humilde.» Aquesto dijo el capitan Maleh á aquellos dos valientes capitanes que estaban en los muros de Cantoria, y aguardó la respuesta de su parte, poniendo allí en su habla gran silencio. El buen Avenaix estuvo muy atento á todo cuanto el Maleh habia dicho, y se maravilló de su decir y de su venida en aquel caso; pero como hombre de mucho valor, que tenia prometido ser fiel y leal al rey Felipe y á su señor el marqués, no haciéndoles traicion, sino antes

morir, respondió al Maleh de aquesta suerte:

Respuesta del capitan Avenaix al Maleh.

«Muy atento he estado, Maleh, á todo cuanto has dicho, y me maravillo mucho del grande yerro en que estais tú y los demas, que tan ligeramente seguís una guerra tan injusta y dificil, sin cimiento alguno en que apoyaros. ¿Por ventura pensais que el rey de Castilla y de España no tiene bastante potencia para humillar las flacas banderas que inconsideradamente levantais contra él; y entendeis que aunque el Gran Turco viniera, como decís, con todo su poder, prevaleceria contra el gran valor suyo y el de sus españoles? ¿No considerais, desventurados de vosotros, que el rey Felipe de España tiene ya sojuzgado todo lo mejor y mas florido del mundo, y que no han sido parte las remotas Indias con estar tan apartadas y ocultas para impedir que las sujetase? ¿No sabeis que tiene puesta á toda Italia debajo de sus pies, y que aun dentro de la fertilísima Africa y el mar Líbico tiene presidios respetables y castillos fuertes, á pesar del Gran Turco y de toda la morisma? Pues si esto es así, ¿cómo vosotros y ese reyecillo que te envia pensais prevalecer contra un poder tan grande como el de Felipe, no teniendo otras fuerzas que las nevadas sierras y las oscuras cuevas de que os pensais valer? Muy errados y perdidos vais fuera de toda luz: peleais por libertad, y dais en mayor cautiverio; andais perdidos por

las sierras, arrastrando
jos, muertos de hambr
fin puestos en manos d
cen mil deshonras, y l
que no os desamparen
tros acabaréis de infam
brevivan cautivos, y su
duelo de los hijos pequ
sin madres; me duelo c
verse sin hijos y sin ma
sotros que os habeis de
y sin bienes, repartidos
nas tierras y provincias
de ser derramadas por
madres han decir: ¡ay, l
ran: ¡ay, madre mia! ¡C
ojos hácia vuestras tierra
réis suspirando: ¡ay Dio
tas veces habeis de ech
vuestras haciendas, tan
aguas, tan abundantes
aljofar, y tanta riqueza
zambras, leylas, y boda
za! Pero de lo que mas
yais dejado la fe de C
con vuestras manos mil
justamente las ropas y o
sus bajillas de plata y
campanas; todo lo cual
Dios os dé crueles cast
que venguen ofensas
Maleh, y dile al rey, q

él, ni de ella tenga esperanza: dile lo que llevo dicho, y que hará mejor de allanarse y pedir perdon al rey, que no seguir sin provecho ni esperanza una guerra tan injusta; y si no te quieres ir, haz lo que quisieres; si quieres batalla te la daremos, y si no tenerla, está en tu mano para que escojas lo que mas te cumpla, que para todo nos hallarás dispuestos.»

Esto respondió el buen capitan Avenaix al Maleh, quien habiéndolo oido se retiró afuera, y quitando la bandera blanca de la lanza, le dijo: «Ahora verás, capitan de Cantoria, lo que pienso hacer, pues mala cuenta daria yo al rey si no hiciera lo que me ha mandado.» Con esto se llegó á su gente, y poniéndola en orden, mandó que Cantoria fuese combatida por tres partes, como luego se hizo, con tanta valentía y estruendo, que parecia hundirse el mundo. Los sitiadores y los sitiados estaban todos muy bien armados; y asi desde el principio se mostró la batalla sangrienta, habiendo de entrambas partes muchos heridos, aunque mayor número de la del Maleh, porque los de Cantoria herian á su salvo, estando tras de las almenas, y tirando por saeteras; llovia tanta piedra sobre los del Maleh, que era cosa de maravillar, y el ruido del combate era tal, que se oía en Purchena y en todos los lugares de aquel rio. Bien quisieran los cristianos de la fuerza de Oria salir al socorro de Cantoria, discurriendo lo que aquello podia ser, y aun teniendo luego aviso de lo que pasaba; pero dejaron de hacerlo por temor de que se le-

vantasen los moriscos, y tambien porque no quedase sin guarnicion la fuerza de Oria, y á peligro de perderse. Tres veces se retiró el Maleh con su gente maltratado, y otras tantas tornó á acometer por salir con su porfia; mas era inútil su afan, que mientras mas combatia, mayor resistencia hallaba en los de Cantoria. El punto adonde mas se acercaba el Maleh era la puerta principal de la villa, porque ganada esta todo estaba llano, y por lo mismo acudia allí la mayor defensa y resistencia del lugar: de este punto estaban encargados muchos cristianos viejos, vecinos de la villa, que le defendian con sus armas muy valerosamente, y hacian á los moros notable daño. Entre estos cristianos habia allí uno anciano, hidalgo, llamado Fernando de Almodovar, hombre valeroso. Era descendiente de los Almodóvares de Murcia, y deudo de ellos muy cercano; y aunque él, su padre y abuelo fueron casados con cristianas nuevas, no por esó perdieron su nobleza ni el uso de llevar sus armas, siendo cristianos viejos, conocidos por tales. Este Almodovar, pues, y otros once cristianos, hicieron maravillas en esta batalla contra el bando del Maleh; y ya que hemos nombrado al D. Fernando, será justo tambien no dejar en olvido á los demas cristianos viejos que se hallaron con él, pues no con menos valor defendieron la villa de Cantoría. Estos fueron el beneficiado Gomez, el beneficiado Juan Maesso y dos sobrinos suyos, Francisco Sanchez, Bartolomé García, Francisco Lozano, Pedro de Tortosa, hijo del

alcaide de Oria, Francisco de Caicedo, Luis de Cárdenas, Pedro de Valquemenda, de Cartagena, y Pedro Martinez, de Cartagena; todos hombres de mucho valor, y que asi lo demostraron en este dia. Verdad es que los de Cantoria no estaban tan bien armados como los del Maleh; mas con todo eso este quedó muy maltratado por las piedras y otras armas arrojadizas que llovieron sobre su gente; y como viese que era vana su pretension, mandó tocar la retirada, y alzando banderas de paz se llegó él mismo á la muralla pidiendo que le diesen ciertas moriscas que habia enviado allí el marqués de Velez, y ofreciendo que se iria sin combatir mas la fortaleza. Los de Cantoria por no ser combatidos y puestos en necesidad, sabiendo que si el Maleh insistia allí muchos dias habian de pasarlo mal, acordaron de darle las moriscas que pedia. Estas las hubo el marqués de Velez asi como llegó á Terque, antes de dar la batalla en Guecija, porque muchos soldados derramados sin orden entraron en algunos lugares, los saquearon, y se las trageron; pero el general se las quitó y las envió á Cantoria para que estuviesen allí guardadas. El Maleh recogidas las moras se retiró inmediatamente en aquella noche. Los de Oria que se mantenian dudosos sobre acudir con socorro á sus amigos de Cantoria, se decidieron á hacerlo poniéndoles ánimo D. Luis Fajardo, hijo bastardo del marqués de Velez, aunque muchacho de doce á trece años; y asi dejando á buen recaudo la fuerza, salieron lo mejor armados que pudieron, y andan-

do toda la noche llegaron á la villa de Cantoria al amanecer. Pensaban hallar allí al enemigo, y cuando vieron que ya se habia retirado, entraron en la villa, maravillados de la brava resistencia que habia hecho, y del gran número de muertos que dejaba el enemigo tendidos por aquellos campos. Pasado allí el dia los de Oria recelando que el Maleh fuese á su pueblo y le levantase, se volvieron allá en la misma noche; pero aquel al ver que Cantoria se habia defendido tan valerosamente, muy enojado de su desaire, dió contra los lugares del marqués, y los hizo levantar por fuerza. Estos eran Partolaba, el Box, Alboreas, Alvanchez, Yumuitini, Venitagla, y otros cercanos. Sabiendo luego el Maleh que los de Oria habian acudido al socorro de Cantoria, indignado de ello se puso sobre la villa con diez mil moros bien armados, la tuvo muchos dias cercada, y les quitó el agua, interceptando el uso de una fuente que está cerca de la poblacion. Los de Oria enviaron á pedir socorro á Lorca, y esta ciudad le envió al instante, juntándose con el que tambien envió Huescar. El Maleh luego que tuvo noticia del socorro levantó el sitio, y se fue á Purchena, que era su presidio. Oria sacó gran partido de unas piezas de campaña que estaban en la fortaleza, pues con ellas hizo mucho mal al Maleh y á su gente; el cual escribió al reyecillo todo lo que pasaba asi como llegó á Purchena. El reyecillo le respondió que se rehiciera con mas gente para tornar sobre Cantoria, y no levantar el cer-

co hasta tomarla. Con noticia de esto los vecinos de aquella villa enviaron á pedir socorro á Velez el Blanco, á Lorca y á Vera; pero como Lorca estaba despoblada por tener toda su gente en la guerra, no pudo prestarle, y los de Vera habiendo oido que el reyecillo queria ir sobre ellos, tampoco osaron enviarle. De Velez no habia quien fuese, y asi convino á los cristianos de Cantoria abandonar el puesto y marcharse á otra parte, esperando lo que el tiempo proveyese. No pasó mucho sin que el Maleh volviera á presentarse allí con mas de diez mil hombres; y viendo los de Cantoria el gran poder que traía, y que no podian ser socorridos de los cristianos, determinaron entregarse; lo cual sintió mucho el marqués de Velez sabiendo el daño que de allí podia venir á los cristianos de todas aquellas cercanías. Por esto que hizo el Maleh en la toma de Cantoria se compuso el siguiente

ROMANCE.

Con tres diversas banderas
de Purchena se ha salido
el valeroso Maleh
llevando un campo crecido.
La una bandera es roja,
y la otra de amarillo,
la otra es azul y blanca,
pintado en ella un castillo.
La vuelta va de Cantoria,
que lo manda el reyecillo,

y obedécele el Maleh
como á su rey y caudillo.
Cantoria cuando lo sabe
se apercibe á resistillo.
Llegado habia el Maleh,
y por bien ha pretendido
Que se le entregue la villa,
y no puede conseguirlo,
que el valiente Avenaix
lugar no dió á tal partido.
El Maleh con grande enojo
viéndose así despedido,
mandó combatir la fuerza
con gran furor y ruido.
Por tres partes la acomete
con braveza y alarido;
mas defiéndese Cantoria
con esfuerzo muy crecido.
Muchos matan del Maleh,
y otros muchos le han herido;
le conviene retirarse
por no verse allí perdido:
Tres veces les diera asalto,
mas siempre fue resistido.
Con gran pesar el Maleh
se retira aborrecido:
Pide le den las mugeres
que el marqués allí ha traido,
y les quitará aquel cerco
con que los tiene oprimidos.
Los de Cantoria las dan
por no ser mas afligidos;

y el Maleh se parte luego
muy enojado y corrido
Por no salir con su intento,
y á lo que habia venido.
Los cristianos con temor
de Cantoria se han salido;
Los demas piden socorro,
mas nunca les fue venido.
El Maleh se pasó á Oria,
y muy poco le ha valido,
Porque la vino de Lorca
un socorro muy lucido.
El Maleh se ha retirado,
y al reyecillo ha escrito
Lo que le pasó en Cantoria,
y lo poco que ha podido.
El reyecillo le manda
que con campo mas cumplido
Revuelva sobre Cantoria,
y cumpla lo prometido.
Mucho tiempo no pasó
que Cantoria no se vido
Del Maleh otra vez cercada
con poder engrandecido.
Cantoria se entrega luego,
que socorro no ha tenido.

CAPITULO VI,

en que se pone un reencuentro que el marqués de Velez tuvo con los moros de Guecija, y lo demas que pasó.

Ya dijimos como el valeroso Fajardo, marqués de Velez, llevó su campo al rio de Almería, y tomó un lugar llamado Santa Cruz, muy cercano de otro abundantísimo de todo, llamado Guecija. En Santa Cruz se detuvo un dia y una noche para tomar lenguas de lo que pasaba por aquella tierra: en este tiempo algunos soldados codiciosos de robar salieron sin orden á los pueblos comarcanos, y cumplido su designio en algunos de ellos, tomaron muchas moras; pero no pudieron hacerlo tan de secreto, que no lo supiese el marqués, quien les quitó las moras con todo lo demas que habian robado, y mandó que á estas las llevaran con escolta á la fuerza de Cantoria, y allí las custodiasen, como atrás hemos ya dicho. Sabiendo, pues, el marqués que en Guecija estaban aguardándole mas de diez mil moros, mandó que el campo se moviese hácia allá. Los moros estaban en lo alto; y luego que vieron que los cristianos principiaban á subir, les acometieron, dando grandes alaridos. En este dia las banderas de Lorca llevaban la vanguardia, y se trabaron valerosamente en cruda batalla con los moros: estos eran muchos, y aunque no muy bien armados, defendian la subida de aquellos olivares con tanto denuedo, que las banderas de

Lorca no podian vencerlas sin mucho trabajo. Tampoco la caballería podia subir, porque los moros tenian atajados todos aquellos pasos y caminos con muchas empalizadas y faginas hechas de ramas de olivo y otros árboles, y ademas de esto habian soltado una grande acequia de agua que cubria toda la huerta; de forma que caballeros y peones andaban con esto muy embarazados, y no podian obrar á su voluntad. Como los moros sabian los pasos y veredas, sacaban gran partido tirando piedras con hondas y otras armas arrojadizas, supliendo la escasez de arcabuces que esperimentaban; y asi con pocas y débiles armas llovian moros por todas partes, haciendo gran resistencia. Visto esto por el marqués mandó salir á las banderas de Caravaca y Cehegin que iban de batalla, y movieron á toda priesa, llevando gran ruido de arcabucería. Sin embargo siendo los moros mas de diez mil, y todos deseosos de pelear, parecia que el diablo les ayudaba, pues por mas descargas que hacian contra ellos los cristianos, apenas derribaban á ninguno muerto: de esta manera iban los cristianos ganando la costa poco á poco, y á proporcion los moros retirándose, y peleando maravillosamente. Era tanta la humareda de la pólvora, que no se veian los unos á los otros, especialmente en aquella huerta; y conociendo el marqués que la batalla andaba confusa, y se dilataba la subida, receloso de que el reyecillo tuviera lugar para acudir con mas de quince mil hombres que le acompañaban, mandó dar el *San-*

tiago general, al cual luego correspondieron Lorca, Totana, Alhama y todas las demas banderas, y comenzaron á subir á los olivares por donde cada uno mejor podia. Muchos soldados acudieron á abrir paso por los caminos interceptados, y deshaciendo las trincheras que los moros habian hecho, lograron que los caballos pudieran subir hasta la altura mayor del olivar. Como vieron los moros todo aquel tropél del campo del marqués puesto en movimiento, y apellidando *Santiago*, se retiraron al lugar, peleando siempre como valientes; pero las banderas de Lorca se dieron tanta priesa, que no les dejaron tiempo para poder parar allí, ni hacer resistencia; y reconociendo que no podian defender el lugar ni las mugeres, se retiraron mas adelante por la vuelta de la sierra que estaba cerca. En este tiempo las banderas de Caravaca llegaron con tanta fuerza y presteza, que los moros principiaron á huir, y los caballos iban en su seguimiento, hiriendo y matando á muchos de ellos. Llegando los moros á la sierra, ya no pudo la caballería seguir el alcance; mas la infantería los persiguió, haciendo mayor destrozo, aunque los moros peleaban como leones. Duró esta batalla hasta muy tarde, que el marqués mandó tocar á recoger, asi á la caballería, como á la infantería: luego fue saqueado el lugar, aunque contra la voluntad del marqués. Se hizo grande presa, principalmente de mugeres moras y de muchachos, de lo cual D. Juan Fajardo, hermano del marqués, que iba por maese de campo, llenó bien

las manos, quitándoseles á los soldados aquello que con tanto peligro habian ganado. Tenian concertado de antes que las moras y la presa que se tomase deberia repartirse entre la gente de guerra; mas el marqués no lo hizo asi, sino que mandó luego juntar á todas las moras y muchachos, y que se los llevasen con escolta á los Velez, á la villa de Mula y á Cantoria, para que allí los custodiasen, sin darles nada de esto á los soldados de su ejército: lo cual causó en ellos tanta cólera y enojo, que juraron todos, que de allí adelante no habian de dejar vivo moro ni mora, muchacho ó niño que pillaran, y que todo lo habian de llevar á fuego y sangre, como en efecto lo cumplieron, segun diremos mas adelante. Los moros muy lastimados de hallarse metidos en la sierra, sin haber podido defender á Guecija, se reunieron en Felix, que estaba cerca de la mar, y allí habia junta la gente de cuatro ó cinco lugares, con muchas moras, muchachos y niños, y todos determinaron aguardar al marqués en aquel punto para darle la batalla. Mas ¿qué les valia á estos miserables su grande ánimo, no teniendo armas, cuando el marqués contaba en su campo siete mil hombres de pelea, tiradores todos y muy bien armados, y cuando cada dia entraba en su real gente nueva de socorro? En este tiempo D. García, general de Almería, sabiendo que el marqués de Velez habia vencido á los moros de Guecija, y tomádoles gran presa, determinó ir á Felix para presentar batalla á toda la morisma que estaba allí

junta; y asi dejando buena custodia en la ciudad, salió de ella con unos quinientos hombres muy bien armados, y alguna caballería, llevando consigo un capitan llamado Villaroel, hombre valeroso y buen soldado. Luego que llegaron á Felix se prepararon para presentar batalla á los moros; pero estos no les dieron lugar, mirándolos con desprecio, y se principió una escaramuza muy recia. Reconociendo D. García que los enemigos eran muchos, y que nada podia ganar con ellos, mandó tocar la retirada, y partió luego de Felix con buen órden la vuelta de Guecija, para verse con el marqués, y darle cuenta de la numerosa morisma que estaba allí junta. Como los moros de Felix vieron que los de Almería se retiraban y tomaban la vuelta de Guecija, no quisieron seguirlos por recelo de alguna emboscada, y se mantuvieron quietos aguardando que llegase el campo del marqués. Este estuvo en Guecija algunos dias recibiendo mucha gente armada que acudia á su socorro, y esperando cierta órden de su Magestad. Entretanto salia su tropa, y hacia grandes correrías por los lugares del rio, robando y talando como tenia de costumbre; de lo cual se indignó mucho el marqués, y así mandó echar un bando para que ningun soldado saliese del real, so pena de la vida. Muchos hubo tambien que salieron y no volvieron; los unos porque los moros los mataban, y los otros, porque cargados de lo que hallaban, se restituian á Lorca, atravesando con muchísimo peligro tierras de enemigos. Noticioso de ello el marqués dió aviso de

lo que pasaba á las justicias de Lorca y Murcia, previniéndoles que castigaran con rigor á los soldados que asi se fuesen, y los obligasen á volver al campo. Las justicias cumplieron exactamente estas órdenes, y por eso temian ya muchos dejar las banderas, y se mantenian en el real, que juntaba al pie de ocho mil hombres, no mal armados. A esta sazon ocurrió que el capitan negro Farax con cien monfis principió á hacer gran daño en la tierra de Lorca, matando y cautivando mucha gente por los campos y caminos; y luego que Cantoria quedó por el Maleh entraba con mas seguridad en tierra de cristianos, haciéndose muy nombrado y temido; tanto que desde Vera no se podia ir á Lorca sin escolta, siendo este camino muy necesario. Este Farax tenia su presidio en Gergena, mas abajo de Cantoria, y casi junto al rio de las Cuevas, y habia escogido aquel punto por estar mas cerca de tierra de cristianos, y poder hacerles desde allí con mas presteza todo el daño imaginable. Entró muy atrevidamente en el campo de Lorca, y le corrió por aquella parte de la rambla Nogalte, donde se llama el Esparragal, y allí apresó á unos pastores con mucho ganado, siendo alrededor de las nueve de la noche cuando hizo este salto; mas un pastor mozo, ligero corredor, se escapó, y en hora y media corrió tres leguas hasta Lorca, donde dió el rebato; y habiéndose tocado al arma, se juntaron unos treinta caballeros y sesenta peones bien armados, que anduvieron lo restante de la noche, y al romper del alba des-

cubrieron á los moros que se llevaban la presa. No pararon de correr, y los fueron á alcanzar en los olivares de Overa, donde se la quitaron á lanzadas y arcabuzazos. Los moros huyeron, y no pararon hasta Curgena, que era su presidio; pero los de Lorca no osaron pasar mas adelante, por no entrar en tierra de enemigos, donde podrian correr gran peligro. En este dia los de Lorca mataron á lanzadas á dos vaqueros ó pastores cristianos, pensando que eran moros. Salieron á correr este rebato el regidor Martin de Leon, Luis Ponce de Guevara, Martin de Lorita, alferez mayor de Lorca, Adrian Leonés de Guevara, y otros muchos hidalgos de la ciudad, hombres de gran valor. Nunca se dió rebato con mayor diligencia, ni que tan buen efecto tuviese, como este que hemos contado.

El capitan negro Farax, enojado y corrido porque los de Lorca le habian quitado la presa y maltratado su gente, volvió á juntar su compañía, y con osadía diabólica habiendo salido de Curgena, y atravesado el campo de Guercal, llegó al puerto de Lorca, donde habia unas heras llenas de mies de trigo y cebada, con muchas parvas trilladas y por trillar, y todo lo quemó el malvado: entre las parvas habia durmiendo algunos hombres, que fueron allí quemados. Luego partió con su gente, y tomando por una rambla abajo, que se dice Guazamara, llegó á la fuente de Pulpí, y estuvo allí algunos dias aguardando gente que transitara de Vera á Lorca; y no tardó mucho en pasar una escolta que venia de Ve-

ra y de otros lugares de moros, de hacer los robos y violencias que acostumbraban: los tales soldados venian con mucho descuido, y muy distantes de pensar que hubiese peligro, entendiendo que todos los moros andaban muy ocupados en la guerra por las Alpujarras, y llevaban las armas puestas sobre los bagages: mas asi que llegaron á la fuente del Pulpi, el malvado Farax con su escuadron les salió al encuentro entre aquellos espesos lentiscos, y principió la matanza con gran gritería. Los cristianos, que serian unos sesenta, quisieron tomar las armas para defenderse y ofender á sus enemigos; mas estos no les dieron tanto lugar, antes apretando contra la mal apercibida escolta, mataron á la mayor parte de ellos, salvándose solamente los que desamparando el bagage pudieron huir, unos hácia Vera, y otros la vuelta de Lorca. Allí mataron los moros á un fraile mocito de nuestra Señora de la Merced, llamado Fr. Juan Tiruel, cuya muerte fue muy llorada en Lorca, por ser él de allí natural. Este frailecico venia de Vera de comprar algunas cosas para su convento, asi como eran pasas, higos y almendras, que vendian los soldados de aquello que hallaban en los lugares de los moros levantados; pues habia hombres que hasta los gatos se traian, las calderas, cedazos, artesas, aspas, devanaderas, cencerros, asadores y y otras bajezas semejantes, todo esto por no perder el uso de hurtar. No digo aquí señaladamente quiénes lo hacian, porque en comun todos eran ladrones, y yo el primero: así es, que

estas desordenadas codicias fueron causa posterior de muchas muertes de cristianos, como diremos mas adelante. Habiendo hecho éste daño, el capitan negro se retiró á toda priesa por la rambla de Guazamara arriba, habiendo visto venir cierta gente de á caballo, y pensando que era mucha; que si no es por esto, se llevara todos los bagages con lo que allí traian. Los de á caballo serian unos seis, escuderos de Vera, que asi que llegaron allí y vieron aquel destrozo de hombres muertos, y entre ellos al pobre fraile, se apartaron del camino, y comenzaron á dar voces á muchos de los que venian con la escolta, y andaban huyendo por aquellos atochares, hasta hacerles cobrar ánimo; y luego que se juntaron hasta unos treinta, volvieron á recoger los bagages, y se fueron á Lorca, dando aviso de lo que habia pasado. Esto hizo el capitan negro Farax, hombre valiente, pero que no pudo alabarse de ello mucho tiempo, porque en aquella misma parte fue desbaratado y muerto él con mas de sesenta de los suyos por la gente de Lorca y Vera. Ahora conviene que volvamos al marqués de Mondejar, á quien dejamos con todo su campo junto á la puente rota de Tablate; y por lo que hemos dicho en el capítulo pasado, se hizo el siguiente

ROMANCE.

El de las verdes ortigas,
en campo de oro estampadas,

sus banderas ya tendidas,
ordenadas sus escuadras,
A los de Guecija moros
darles quiere la batalla:
la noble gente de Lorca
le cupo ir en vanguardia;
De batalla Cehegin,
con él los de Caravaca;
de retaguardia va el Fuerte
con los de Alhama y Totana,
Y mucha caballería
de valor aventajada,
porque esté seguro el campo
con tan firme retaguardia;
Pues el marqués se recela
de alguna mora emboscada.
Las trompetas suenan luego
y los pífanos y cajas:
Los de Lorca van subiendo
una cuesta muy poblada
de unos grandes olivares
donde estan mil albóradas,
Hechas de tierra y fagina
de muchas ramas cortadas.
Estas trincheras hicieron
los moros fortificadas,
Porque la caballería
no les pueda hacer nada.
Tambien impiden los pasos
llenando la huerta de agua;
Mas la gente es belicosa;
luego traban la batalla

muy revuelta, y muy reñida
la mora y cristiana escuadras.
Los moros hacen defensa
con braveza no pensada;
mas con todo los de Lorca
les van ganando la entrada,
Aunque no con demasía
por la defensa doblada
que allí ponian los moros
defendiendo bien su plaza.
Lo cual mirando el marqués
en el punto luego manda,
que salgan con gran presteza
las banderas de batalla,
Que eran las de Cehegin,
y con ellas Caravaca.
El asalto se renueva,
cristianos van de ventaja,
Los moros suben arriba
adonde Guecija estaba;
por defender el lugar
bravamente peleaban.
El marqués manda de presto
que salga la retaguarda,
y apelliden *Santiago*,
y arremetan con pujanza.
La retaguarda salió,
y el marqués en su compaña;
los cristianos iban juntos,
sus banderas van mezcladas.
A los moros les convino
retirarse de la plaza,

y volver hácia la sierra,
que allí de Gador se llama.
Toda la caballería
los sigue con furia brava;
muchos moros alancean,
muchos pasan por la espada.
Mas metidos en la sierra
ningun caballo pasaba:
sí pasaban los infantes
sin tener estorbo en nada.
Con esto la tarde vino,
que ya el sol no se mostraba;
que toquen á recoger
el fuerte marqués mandara.
Al punto la caja tocan,
suena al punto la bastarda:
la señal del recoger
cualquier soldado la guarda.
A sus banderas se vuelven,
que ya estaban alojadas:
el lugar se ha saqueado;
gánase gran cabalgada
De muchas bellas moriscas,
ropas de seda labradas,
muchos oros, mucho aljofar,
muchas perlas estimadas.
Las moras tomó el marqués;
á nadie no le dió nada:
el campo todo se se enoja,
porque aquella cabalgada
No la repartió el marqués
como estaba publicada.

Todos los soldados juran
en la cruz de las espadas
De no dejar cosa viva
en otra cualquier jornada.
En esto el fuerte Farax,
negro capitan de fama;
Con muy gallarda osadía
hizo dos grandes entradas
en esos campos de Lorca,
con las cuales cobró fama.
A Tablate nos volvamos
á do el de Tendilla aguarda.

CAPITULO VII,

en que se pone una peligrosa batalla que el marqués de Mondejar tuvo con los moros en las Guajaras, y la muerte del valeroso D. Luis Ponce de Leon.

Ya hemos dicho en los capítulos pasados como el marqués de Mondejar con su campo lucido y gallardo fue en seguimiento de los moros hasta llegar al puente de Tablate, que estos habian roto y hundido para que los cristianos no los siguiesen. Este puente de Tablate era paso forzoso para ir á las Alpujarras, y estaba plantado en la angostura muy grande de una rambla, cuyo hondo espantaba, y los moradores le habian hecho allí por no rodear una gran parte de tierra. Viendo el marqués impedido aquel paso, mandó que á toda diligencia se reparase el puente

y al punto la gente de su campo puso manos á la obra; pero cuando ya llevaban hecho un pedazo, y aunque con mucho trabajo se podia pasar, al quererlo hacer se lo estorbó el reyecillo, llegando al mismo punto con mas de seis mil bien aderezados moros, y entre ellos los turcos de Argel, los cuales bajando á la hondura, y acometiendo con ímpetu terrible á los escuadrones cristianos, les cortaron toda accion; de manera que allí se trabó una cruda batalla de arcabucería entre los cristianos por ganar el paso, y los moros por defenderle, cayendo de ambas partes mucho número de soldados muertos. Movióse tanto rumor y vocería al son de trompetas y tambores, que resonando los ecos por las altas y cavernosas sierras, parecia romperse alguna cruel batalla en aquellas partes. El marqués de Mondejar se puso á esta sazon un fuerte peto, por recelo de que alguna bala no diese fin á su vida; y con efecto no tardó mucho en alcanzarle una por la que el peto fue abollado, y á no haber sido tan fino hubiera muerto al buen marqués; de manera que pareció inspiracion divina el haberse puesto aquella fuerte armadura. Andaba el reyecillo muy gallardo dando voces á sus gentes y diciendo: «Ea, leones de España, pues tales sois sin duda alguna, pelead hoy como varones, y advertid que la canalla cristiana es débil y flaca, no usada en la guerra, y no sabe qué cosa es frio ni calor, ni vestir armas, ni ejercerlas: por tanto, no teniéndolos en nada, haced gran defensa, y no tardaréis mucho en ir á buscarlos á Granada, y

aun por toda la Andalucía." Con estas palabras los moros animados peleaban como leones, defendiendo valerosamente aquel paso de la puente estrecha. Tampoco el marqués holgaba, sino que atravesando de una parte á otra, y animando á sus escuadrones, les decia, que se acordasen del valor de sus pasados, que conquistaron otras veces aquellas Alpujarras, y que procurasen no ser ellos menos, considerando que las ganarian todas vencido aquel paso dificultoso, y ganado el puente. Con esto que el marqués decia puso tanto ánimo en los pechos de sus valerosos capitanes, que denodadamente arrostraron la muerte por pasar de allí. D. Luis Ponce de Leon, D. Juan de Villaroel, y cuatro oficiales muy valientes de Córdoba; D. Diego de Argote, D. Pedro Acevedo, Cosme de Armenta, y D. Pedro de Simancas, con algunos otros capitanes, se abalanzaron todos de tropel con mucho riesgo de perder las vidas, ó de caer desde el mal seguro puente en una grande hondura: confiados en Dios y en su bendita Madre se metieron en aquel peligroso paso, y animando á otros muchos con su ejemplo, hicieron tanto por fuerza de armas, que al fin llegaron á la otra parte sin que les dañase la multitud de balas que les tiraban. Aquí fue el mayor conflicto, porque los moros codiciosos de impedir que pasaran mas, y de matar á los pocos que habian pasado, acudieron en gran número á la boca del puente, y los cristianos al contrario anhelantes por pasar se trabaron de tal forma con los moros, que unos y

otros no curaban ya de las armas de fuego, sino de las espadas, gorguces y alfanges. En fin el valor castellano hizo y pudo tanto, que á pesar de las moras banderas pasaron el puente muchos soldados; y dieron lugar á que todo el campo fuese pasando. Visto esto por el señor de Valor mandó hacer la señal de retirada, y todo el morisco escuadron, peleando animosamente, fue haciéndola hácia lo mas alto de la sierra. Llegando á esta sazon la noche, y muy oscura y cerrada, mandó el marqués que su campo se recogiera, y que ningun soldado se desmandase, so pena de la vida. Aconsejaron al marqués que saliese de aquellas honduras, aunque era de noche, porque estaba allí su ejército en gran peligro, y los moros podrian hacerle notable daño; y asi lo mandó, aunque tarde, para llegar á un lugar que se dice Durcal, y alojarse allí hasta otro dia. Llegando muy cerca de este pueblo vieron que al mismo tiempo entraba en él gran multitud de moros; y asi muchos cristianos, deseosos de acabar con tan vil canalla, se llegaron al lugar á toda priesa, y unos con otros principiaron á batallar bravamente. Como era de noche, y acudian tantos cristianos á la pelea, se mataban unos á otros; por lo cual el marqués y los demas capitanes mandaron que no pasasen mas adelante, recelando que el daño se hiciese todavía mas grave. Con todo eso no se pudo remediar, pues cuando los cristianos llegaron á reconocerse por el apellido que se daba de *España*, *España*; *Santiago*, *Santiago*, ya se habian matado cuatrocientos cristianos unos á otros,

sin contar los que mataron los moros: en tanto número se hallaron muertos al otro dia, y con ellos hechos pedazos mas de quinientos moriscos, no hallándose las armas de ninguno de ellos, porque los demas moros se las habian llevado. Muy confuso y enojado el marqués de tal acontecimiento, mandó que se siguiese al enemigo, y queriendo hacerlo, halló que de su real se le habian ido muchos soldados; por lo cual lleno de indignacion dió de palabra á los que quedaban un cruel castigo, llamándoles cobardes; y pues que eran tan gallinas que dejaran las armas y se fueran á sus pueblos, que él solo bastaba para la guerra: con estas afrentosas palabras se sosegaron los soldados y siguieron sus banderas. De allí se movió luego el campo en busca de Abenumeya, quien lleno de mucho pesar porque los cristianos pasaron el puente de Tablate, ganándole por fuerza de armas, se retiró á Lanjaron, en donde se rehizo de mucha gente que le vino de Almuñecar y de Caniles de Aceituno. A esta sazon mandó el reyecillo á Zarrea y á Gironcillo, valerosos capitanes, que con diez mil soldados guardasen las Guajaras, las fortaleciesen, y allí esperasen el campo de los cristianos para dar contra ellos fortísimamente. Zarrea y Giron-cillo, cumpliendo el mandato del rey, pusieron en las Guajaras mucha gente bien armada con ánimo de mantener aquel presidio, y estorbar que el marqués de Mondejar lo ganese. Teniendo noticia el marqués de que toda aquella morisma estaba allí ayuntada con la confianza de que

la inspiraba un lugar tan fuerte como eran las Guajaras, mandó sin embargo que el campo fuese allá, y que al otro dia se presentara la batalla. Llegado allí el ejército, y comenzada la accion, se esperimentó grande trabajo por ser muy agria la tierra, y tener que subir á una grande altura coronada por todas partes de muchedumbre de moros, los cuales viendo el penoso esfuerzo de los cristianos, comenzaron á desgalgar de arriba grandes peñascos, á modo de ruedas de molino, que con tal ímpetu descendian por aquellas cuestas abajo, atronando los valles y sierras, que parecian traerse todo el mundo tras sí. Los cristianos sufrian gravísimo daño, porque no habia peña de aquellas que no se llevara de camino ducientos de ellos hechos pedazos; dando la mayor compasion ver tanta mortandad, y no poder poner ningun remedio. Ademas de los peñascos grandes tiraban desde arriba con hondas otras piedras menudas, y flechas, y grande cantidad de balas, que no menos daño hacian en el ejército del marqués. El buen capitan D. Luis Ponce de Leon, D. Juan de Villaroel, soldado anciano muy valiente, y D. Francisco de Simancas, subian la cuesta arriba con grande ánimo, sirviendo de estímulo y de ejemplo á sus soldados. Viendo los moros que aquellos capitanes y sus banderas se acercaban tanto ya á las murallas, desgalgaron de propósito gran cantidad de peñas por donde subian, las cuales por su tamaño enorme se derrumbaban con tanta velocidad, que no daban tiempo para apartarse de ellas á los que iban há-

cia arriba, y asi mataron gran multitud de soldados cristianos. Una de ellas vino con terrible ímpetu derecha sobre D. Luis Ponce, que aunque la vió venir, no pudo apartarse de ella por la velocidad con que bajaba, y del golpe quedó hecho pedazos aquel valeroso capitan. Esto mismo le sucedió al buen D. Juan de Villaroel, y á D. Francisco de Simancas, mozo gentil y gallardo. Con todo eso no fue bastante la defensa que oponian los moros con aquellos peñascos, y otras armas crueles que arrojaban, para impedir que cuatro capitanes de Córdoba, de ánimo esforzado, llegaran á lo alto de las peñas que estaban pegadas á las murallas, y se guarecieran de las cavernas que por allí habia, para no poder ser ofendidos. Llegó con esto la noche, que fue muy oscura y lloviosa, por lo cual paró el combate, pasando la gente mucho trabajo á causa del mal temporal y de la mucha agua nieve que caía. Durante esta noche tempestuosa, acordaron los moros, por consejo de uno de ellos muy anciano, llamado Aladino, que se sacara toda la riqueza que habia dentro del lugar por la parte que no estaba cercado, para que en cualquier trance escapase de las manos de los cristianos. Hubo grandes pareceres sobre este particular; mas el capitan Zarrea dijo que era muy bien pensado, y luego se hizo así. Hubo gran llanto y sentimiento entre las mugeres y niños; mas no de suerte que lo percibieran los cristianos. Los moros mancebos que sacaron la riqueza de las Guajaras descolgándose por unos grandes riscos, principiaron á mar-

char la vuelta de Andarax; mas no pudiéron hacerlo tan secretamente que no fueran sentidos por los cristianos; los cuales, aunque la noche era oscura y estaba nevando, fueron siguiéndolos por aquel mal sitio, aunque sin efecto, porque huyeron precipitadamente. Venida la mañana los citados capitanes de Córdoba que estaban junto de las murallas, se hallaron ya acompañados de muchos soldados suyos y de otras banderas; y se comenzó luego el crudo asalto, tan sangriento como el del dia pasado. Al cabo de grande esfuerzo, los cristianos siendo ayudados de Dios y de su mucho ánimo, entraron en el lugar, llevándolo todo á sangre y fuego, y sin dejar persona á vida. Aquí fue herido malamente un caballero, llamado D. Gerónimo de Padilla, gran soldado. El capitan Zarrea y Gironcillo se escaparon con toda la gente que pudieron, dejando la demas muriendo á manos de los cristianos. Daba mucha compasion oir las voces y alaridos de las mugeres sencillas y de los niños sin culpa, que iban pasando todos por el filo de la espada, ó eran derrumbados por las peñas abajo. Movido de semejante llanto y de tan dolorosos gemidos el ánimo del marqués, puso término á tantas crueldades, mandando que parase el saco y el daño que se hacia: cumpliose luego esta orden, y de resultas se tomaron prisioneras muchas moriscas y bastante riqueza, aunque lo mejor ya se habian llevado los moros que salieron de las Guajaras. Ahora conviene hablar del gallardo marqués de Velez, que nos aguarda en

Guecija, refiriendo antes el romance que se escribió sobre esta cruda batalla de las Guajaras.

El buen marqués de Mondejar
de las Albuñuelas parte
en busca del enemigo;
llegó al puente de Tablate,
El cual encontró rompido,
que ya no puede pasarse,
destruyéndole los moros
por escusarse de Marte,
Y viéndose acometidos
con grande furia y corage.
Pues llegando aqui el marqués
mandó que el puente se obrase,
Para que pasase el campo
la rambla de esotra parte.
El reyecillo con gente
vino á estorbarle el pasage:
La rambla estaba profunda;
mal podia repararse
aquel puente tan antiguo,
hecho por industria y arte.
Mas la gente del marqués
del puente hizo una parte,
aunque angosta y quebradiza,
para que el campo marchase.
Defiende el moro aquel paso;
nadie osaba aventurarse
á pasar por este puente
con temor de despeñarse.
Allí se mueve batalla,
cada cual quiere mostrarse

valiente en tal ocasion,
y con valor emplearse.
El moro al fin se retira
dejando libre el pasage,
que fue ganado por armas
con esfuerzo maña y arte.
A Valor se fue el morillo
con intento de vengarse;
las Guajaras apercibe
con moros de aquella parte.
Zarrea, su capitan,
es valiente como un Marte,
y con él vá Gironcillo,
que puede bien estimarse
ser un tirador gallardo
de escopeta en todas partes.
Y este le tiró al marqués
en el puente de Tablate;
Si no fuera por el peto
muriera sin escaparse.
El marqués con grande enojo
no quiere mas allí estarse;
A las Guajaras camina
ya tendido su estandarte,
y les dió una gran batalla,
que tal no la diera Marte.
De ambas partes mueren muchos
por ofender y ampararse:
allí murió D. Luis,
que Ponce suele llamarse,
Y D. Juan de Villaroel,
que bien podia estimarse

ser uno de los valientes
que allí podian hallarse.
Al fin las Guajaras toma
el de Mondejar sin arte,
llevándola los soldados
á crudo fuego y á sangre.

CAPITULO VIII,

en que se pone una batalla que el marqués de Velez tuvo con los moros de Felix, la mas cruda que sé dió en las Alpujarras, con lo que mas pasó.

Habiendo el marqués de Mondejar dado fin á aquella batalla sangrienta de las Guajaras, mandó luego que se enterrasen todos los cristianos muertos; y mandando buscar los cuerpos de D. Luis Ponce de Leon, D. Juan de Villaroel, y otros caballeros principales, los envió á Granada, donde fueron honradamente sepultados, y con toda aquella pompa y grandeza que á tales caballeros correspondia. En el sepulcro del buen D. Luis Ponce se puso este:

EPITAFIO.

Aqui yace D. Luis
Ponce de Leon llamado,
de valor tan ilustrado,
como lo fue, si sentís,
el de Vivar afamado.

Matóle el sangriento Marte,
de envidia de su valor,
abatiendo su estandarte;
y aunque muerto, vencedor
queda Ponce en cualquier parte:
Porque la fama real
satisfecha de la gloria
de su valor sin igual,
hace al mundo ser notoria
su grandeza ya inmortal.

A otra parte de la tumba habia escrito este

ROMANCE.

Al pie las Guajaras altas
de un pueblo en peñas armado,
herido está D. Luis
Ponce de Leon llamado;
Que un peñasco le hiriera
desde lo alto arrojado,
subiendo que iba la cuesta
como valiente soldado.
Cuando el peñasco le hiere
con un furor no pensado,
probábase á levantar
con ánimo muy sobrado;
Mas en su sangre desbarra,
que el suelo tiene bañado.
Viendo cercana la muerte
volvió los ojos al campo,
Vido las rotas banderas
y el campo desbaratado;

vido la caballería,
que apenas queda caballo;
Miró por su gente ilustre,
no vido ningun soldado.
Con lágrimas en sus ojos
de esta manera ha hablado:
«Adónde estás, buen Mendoza,
qué es de tu campo formado;
qué es de tu caballería;
dónde está tanto soldado?
Dónde estan los capitanes
de Córdoba tan nombrados?
Dónde está mi escuadron bello,
que de Sevilla he sacado?
Adónde está mi bandera,
labrada con tanto ornato;
á dó mi gallardo alferez
á quien la entregué en su mano?
A Dios, mi patria querida,
á Dios, claro duque de Arcos,
de mi sangre descendiente,
mi pariente muy cercano;
Ya no espero de ver mas
ni patria ni vuestro estado.
Ay Virgen Santa María,
Madre del Crucificado!
Señora, valedme ahora
en este terrible paso;
y vos, mi dulce Jesus,
perdonadme mis pecados.
Por defender vuestra fe
soy puesto en aqueste estado;

no por codicia del oro,
ni del despojo sobrado,
Que harto me tengo yo
que vos, Señor, me habeis dado.
Diciendo aquestas razones,
la dura parca ha cortado
el hilo dulce á la vida
de un varon tan señalado.

Encima del doloroso sepulcro estaba colgada su hermosa bandera, toda labrada de coronas de oro, y enmedio el leon rapante, clara divisa de su honrado y noble blason: á la otra parte estaban sus lucidas armas, las cuales eran listadas todas con oro fino, y su fuerte y acerada rodela toda abollada, y casi hecha pedazos, así como las armas, por los crudos golpes de las peñas que en ellas habian dado. Junto de este honrado sepulcro estaba el del valeroso D. Juan de Villaroel, varon de grande estima, y soldado veterano, que en todas ocasiones habia servido con mucho valor al inclito emperador Cárlos V. Encima de la tumba de este noble caballero estaba puesto este

EPITAFIO.

D. Juan de Villaroel
yace aquí, á quien ventura
le subió en tan grande altura,
cuanto se mostró cruel
despues su gran desventura.
Duras peñas le mataron,
no soldados de valor;

mas no por eso su honor
los que escriben olvidaron,
dándole digno favor.
La fama de su memoria
para siempre es inmortal,
por ser caballero tal,
que merece gran historia
de un valor tan principal.

Asi estaba puesta tambien encima de este sepulcro una hermosa bandera de lucidísimas colores, y junto de ella las fuertes y brillantes armas de D. Juan de Villaroel. Una cosa sé decir, que la muerte de estos dos valerosos caballeros fue muy llorada en muchas partes, y aun mas en Sevilla y Arcos, porque el buen D. Luis Ponce de Leon era muy gentil y gallardo, y sobre todo, valiente. No hubo dama de mérito en Sevilla, que no vistiese luto por algunos dias, y asimismo muchos caballeros deudos y amigos suyos. Dejando, pues, esto á parte, y tornando al marqués de Mondejar, asi como acabó de tomar las Guajaras, sacando de allí gran presa, fue luego tras del enemigo por alcanzarle antes de que se fortificase: siguióle hasta llegar á Lanjaron, en donde habia dejado el de Valor mucha gente para su defensa, pasándose á Andarax. Los moros que escaparon de las Guajaras se fueron á Paterna, lugar fuerte, en el que pensaban poderse defender de los cristianos. Llegando el marqués á Lanjaron tuvo un bravo reencuentro con los moros, en que murieron muchos de ellos, y los demas se fueron huyendo á Iubiles: siguiéles

allá, y les dió una cruda batalla, en la que estuvo muy á pique de perderse el campo por la codicia de sus soldados que andaban desmandados. Al fin los moros quedaron vencidos, y se fueron huyendo á la sierra; pero el marqués entendiendo que se habian retirado á Ogijar, fue allá, y no halló á nadie sino saqueado todo el lugar. Volvióse el marqués á Paterna, en donde encontró gran copia de moros puestos en defensa, y determinó darles la batalla; la cual contarémos despues, y ahora referiremos la que el marqués de Velez dió en Felix, que fue sobre modo sangrienta. Ya dijimos como el valeroso Fajardo, mas bravo que Rodamonte, dió la batalla en Guecija; y desbaratados los moros, fue saqueado el lugar, y las moras que allí habia llevadas á las tierras del marqués para que estuviesen seguras. Díjose tambien que esto causó en su campo grande enojo, y que todos los soldados juraron no dejar de allí adelante cosa á vida que á sus manos viniese, atento á que el marqués no les daba aquella rica parte de la cabalgada de Guecija, despues de haber visto las grandes crueldades que hicieron los moros en aquel rico convento de la orden del glorioso Dr. San Agustin, cuyos pobres frailes fueron todos degollados, y echados en una balsa de aceite, el convento quemado y asolado, y los altares y santos hechos mil piezas. Estando en esto el marqués le vino nueva de cómo en Felix se habian juntado muchas escuadras moriscas, no mal armadas, y que aguardaban para dar la batalla. Entendido

esto mandó al punto que se levantase el campo, y siendo cerca del anochecer tomó la vuelta de Felix para que los espías que le observaban de la sierra no viesen adonde marchaba. A esta sazon se encontró con D. García, capitan de Almería, que venia de Felix, no habiendo osado acometer á tanta morisma como la que estaba allí junta. No hizo esto fuerza al marqués, y pasando adelante fue á hacer noche en un campo llano donde habia un algibe lleno de agua, y junto á él hallaron un moro muerto, y algunos reconocieron ser alguacil de aquellos lugares. Era cosa de ver las lumbres que allí el campo puso, y parecian infinitas; pero no tardó en sobrevenir una tempestad de agua y viento tan recio, que no dejó una viva. Por esta causa pasó allí el campo mucho trabajo aquella noche, especialmente los soldados, que no tenian mas que los arcabuces para cobijarse; y á la mañana siguiente habiendo amanecido muy hermoso dia, mandó luego el marqués que se diera á los soldados bastante municion de pólvora para escaramucear seis ó mas horas, despues de lo cual se puso el campo en orden muy gallardamente. Este dia era víspera del glorioso S. Sebastian, cuyo nombre tomó todo el campo para los efectos que iba á obrar; y parecia tan bien con el resplandor que al sol despedian las armas, que era cosa maravillosa. Lorca llevaba la vanguardia, Caravaca la batalla, Totana, Cehegin y los demas lugares la retaguardia. En este dia llevaba el pendon del marqués un hijodalgo de Carava-

ca, llamado Alvaro de Moya, porquè D. Rodrigo de Benavides, su alferez, estaba indispuesto: este Benavides era un caballero, deudo muy cercano del señor de Jabalquinto, junto de Linares. El pendon del marqués era de damasco rojo, con flecos de oro y plata, y el gallardete de dos puntas, mas bien grande que pequeño; por las orlas se veían unas letras plateadas, que eran MM latinas enlazadas con OO, tambien blancas, y en medio de las dos partes llevaba unos penachos, queriendo todo ello decir, *Memoria de mis penas*; cifra, si galana, oscura. De ella usó el marqués despues de la muerte de su esposa Doña Leonor de Córdoba y Silva, hija del conde de Cabra, á quien el marqués amó en tan alto grado, que jamás quiso volverse á casar como varon cuerdo y discretísimo. Puesto el campo en marcha llegó muy cerca de Felix, y mandó el marqués tomar allí un cerro alto antes que los moros le ocupasen para su defensa. Desde este cerro no solo se descubria muy bien el lugar, sino ademas casi toda la costa de Almería y el llano de Dalias. Enterado el marqués de la situacion de Felix, y del punto por donde mas fácilmente podria entrarle, mandó bajar del cerro al ejército, y que rodease la llanura en que el pueblo estaba sentado. Hízose asi con mucha brevedad, y llegando abajo la vanguardia, encontró un batallon cuantioso de moros que estaba junto al lugar aguardando para dar batalla. Alargáronse mas de lo que se debia en semejante ocasion, y en las primeras cuatro filas iba casualmente un soldado,

llamado Francisco Sanchez, hermano de aquel Miguel Sanchez, clérigo, que martirizaron allí las moras con navajas, como ya dijimos al principio. Con este Sanchez iban mas de veinte entre primos hermanos y deudos suyos, y acordándose de la injuria que se habia hecho allí á su hermano, lleno de interno dolor dijo á sus deudos: «Ahora es tiempo que estos perros paguen la muerte de mi querido Miguel, á quien con tanta crueldad hicieron pedazos.» Diciendo esto encaró el arcabuz al escuadron morisco, y disparó: los demas parientes suyos hicieron lo mismo; y saliendo sin orden de las hileras, acometieron con deseo de la venganza, diciendo: *Santiago, y á ellos*. Visto esto por toda la gente de la vanguardia, y creyendo, que se hacia así de orden de su general, sin mas reflexion arremetieron á las moriscas banderas. Por la presteza que llevaba el escuadron cristiano, los moros no pudieron dar mas de una carga; y en vista del gran poderío que venia sobre ellos, no aguardaron mas en aquel paso, y principiaron á retirarse con toda priesa. Tomaron un cerrillo que estaba junto del lugar, donde habia una pequeña torre, pensando allí hacer resistencia. Como vió el marqués que la vanguardia sin su orden habia acometido y dado *Santiago*, lleno de ira mortal por tanto desconcierto, brama como un leon, y dando grandes voces pica con furia á Bayarte, y atraviesa velozmente como un rayo, haciendo temblar la tierra hasta llegar á la vanguardia, con ánimo de alancear á los capitanes; mas andaba ya la gente tan

revuelta una con otra, que no pudo ejecutar su saña; el ruido era inmenso, tanto de la gritería de los combatientes, como del sonido de las trompetas y cajas, y parecia que se hundian los cielos, ó que se venian abajo las mas altas y empinadas sierras. Viendo, pues, el marqués que aquella gente bisoña andaba tan revuelta y sin orden, y que no podia poner remedio, miró por qué parte huían los moros en mayor número hácia el mar, y por ella guió su caballo, y dando con ellos prestamente, comenzó á desahogar su ardiente cólera, matando y alanceando á muchos. La caballería en vista de que el marqués pasaba adelante tras de los moros, y que en persona obraba maravillas, le siguió á toda priesa, matando é hiriendo á cuantos pudo. Los moros amedrentados de la furia de los caballos se dividieron en tres partes: unos tomaron la vuelta del mar, y otros acabaron todos á manos de la caballería, y de alguna infantería que la siguió; otros se dirigieron por unas ramblas abajo la vuelta de la sierra, y por allí escaparon en gran número; la otra parte tomó el cerrillo de que tenemos hablado, y desde allí principiaron á pelear como valientes, habiendo entre ellos muchas mugeres que mostraban en vano varoniles pechos, tirando peñas y losas á los cristianos para impedir que subieran la cuesta. Mas muy poco valió toda su resistencia; porque el endiablado escuadron de Lorca parecia subir volando por ella arriba con furia infernal, y mataba ó heria tan cruelmente á todos los que se le ponian de-

lante, que cada uno de sus soldados parecia un ardiente rayo. Atemorizadas las moras de ver aquel estrago, y de que á nadie se daba cuartel, no osando aguardar el golpe último, puestas á la orilla de un tajo de peñas muy altas que miraba al mar, se abrazaban unas con otras, y llorando y gritando dolorosamente, se derrumbaban abajo, llegando al hondo hechas mil pedazos. Otras cuitadas sin resolucion para dar tan peligroso salto, confiando en la misericordia cristiana, hacian cruces con palitos, é hincadas de rodillas, temblando y llorando decian: *A mí cristiana, señor, á mí cristiana*; pero el diabólico escuadron no usaba de la piedad que aquellas pobres mugeres esperaban, antes las hacian pedazos, ó las echaban por las peñas abajo. ¡Crueldad terrible, nunca vista en la española nacion, é indigna de pechos cristianos! ¿Qué furia infernal te incitaba á tanta ferocidad? Contra los moros y enemigos de la fé, nada digo; ¡pero llevar con tanto rigor por el filo de las armas á las sencillas mugeres! ¡Gran crueldad era por cierto! ¿Qué culpa tenia el niño reciennacido, ni el de un año, de dos, ó de mas hasta doce, para que todos con insano furor fueran hechos pedazos, ó estrellados contra las duras peñas? ¿Y las tiernas y desdichadas doncellas, qué delitos habian cometido para no mirarlas con misericordia? He dicho que las furias infernales militaban en este campo, y no podia ser menos al ver tanta atrocidad: la soldadesca que andaba suelta por el lugar cometió crueldades inauditas, y que la pluma se resiste

á transcribir. Despues de robadas las casas mataban y hacian pedazos á todo viviente, sin esceptuar á los gatos y perros. Ciertamente bien vengada fue la muerte del clérigo Miguel Sanchez, pues en menos de dos horas fueron muertas mas de seis mil personas entre hombres y mugeres; y de niños, desde uno hasta diez años, habia mas de dos mil degollados. Yo ví por mis ojos la cosa mas atroz que jamás habian visto las gentes; á una morisca muerta de mas de diez estocadas crueles en un bancal junto del lugar, y al rededor de ella seis hijos varones y hembras, muertos tambien, y con quienes ella salia huyendo por salvar la vida: mas allí la alcanzaron, la asesinaron, y degollaron á sus hijos. La mezquina, por favorecer á un niño de pecho que llevaba en los brazos, se puso boca abajo, y en esta postura la mataron, tirándole tambien algunos golpes al tierno infante; pero Dios quiso librarle de aquella crueldad, pues aunque las armas traspasaron las mantillas, no le tocaron á la carne; y como estaba bañado en la sangre que con tanta abundancia vertia la cuitada madre, todos los soldados que pasaban por allí pensando que estaba herido, le dejaban. La mora revolcándose con las ansias de la muerte, se quedó boca arriba, y el niño arrastrando como pudo se llegó á ella, y movido del deseo de mamar, se asió de los pechos de la madre, sacando leche mezclada con la sangre de las heridas. Quiso su buena ó mala fortuna que en aquella sazon pasara yo por allí, y mirando con horror aquel

terrible espectáculo, movido de piedad, y estando para anochecer, tomé el niño en los brazos, y le llevé al lugar, yendo en busca de mis camaradas, que encontré bien alojados. Habia entre ellos hombres muy honrados, llenos de virtud y misericordia, que habian amparado á muchas moriscas, queriendo Dios librarlas asi de aquel cruel asalto, y una de ellas que criaba, tomó el niño, y se hizo cargo de él. No faltaron otros soldados nobles y piadosos que ampararon á otras muchas mugeres: yo por mi parte digo, que salvé mas de veinte, las cuales juntas con las que salvaron los demas, harian el número de doscientas moras. Este fin tuvo aquella sangrienta batalla en dicho dia; y al otro, que era el de S. Sebastian, salió mucha gente para reconocer el campo, y de allí se trajeron abundantes despojos de la gente muerta, de ropas, collares, zarcillos, manillas, armas y otras cosas. Todos volvian espantados de ver su propia crueldad, y tanto muerto, que causaba grandísima compasion. A este tiempo llegó á Felix la gente de Murcia, no habiendo podido llegar antes, y con ella se holgó mucho el marqués. No habia este olvidado el desórden que el dia antes movió la vanguardia, y mandando llamar á los capitanes, reprendió aquel desatino, y los trató ásperamente de palabra: ellos dieron su justo descargo, y tomados informes por el marqués, se halló que el mas culpado de todos era un soldado de Lorca, llamado Palomares, al cual mandó prender y ahorcar. Visto esto por la gente de Lorca, que

serian mas de tres mil hombres, valientes y bien armados, se trató de no consentir que se ahorcase á Palomares, ó de morir todos en la demanda; para lo cual se juntaron en una parte del campo. Los capitanes de Lorca al ver próximo á estallar un motin tan grande, y deseosos de que no se descubriese el fatal intento de tanta gente, resolvieron hablar al marqués y ablandarle para que no ahorcara á Palomares, atento á que era hombre honrado, buen militar, y muy bien emparentado en Lorca; y asi, que del hecho podria resultar algun crecido escándalo. Mas enojado el marqués que estaba antes de estas amonestaciones, dijo que por ningun título dejaria de ahorcar á Palomares, y si fuese menester á todo el tercio de los de Lorca. En vano intercedieron á favor del reo los capitanes y caballeros de Murcia, porque el marqués, pertinaz en su propósito, mandó que la sentencia se pusiese al instante en ejecucion. Al llegar este caso los de Lorca puestos sobre las armas principiaron á alzarsé con gran grita, diciendo: «Que no se habia de ahorcar á Palomares, si no se queria que todo el campo se perdiese.» D. Diego Mateo de Guevara, regidor de Lorca, padre del capitan Juan Mateo de Guevara, noble, muy estimado, y tenido en mucho por su valor, acompañado de D. Juan Pacheco, capitan de la caballería de Murcia, y de otros caballeros principales, se fue con toda priesa á la posada del marqués, el cual habia mandado que á nadie se diera entrada; pero como D. Juan era hombre tan principal y distinguido,

en llegando, á pesar de los porteros y de la guardia, entró en el aposento donde estaba el marqués, y le suplicó encarecidamente que aquel negocio no pasara adelante, porque todo el tercio de Lorca estaba empeñado en defender á Palomares, y de su ejecucion podria resultar grandísimo daño en el real. Viendo Diego Mateo de Guevara que las palabras de D. Juan no ablandaban al marqués, le habló de esta suerte, poniendo en peligro su propia vida.

Razonamiento de Diego Mateo de Guevara al marqués D. Luis Fajardo.

«No dejo de conocer, excelentísimo señor, que la justicia es buena en todas partes, y mas necesaria en la guerra; porque si en tales casos no se ejecutase, muy fácilmente vendria á perderse un crecido campo. Así digo, que la culpa hallada en Palomares es digna de castigo; mas V. E. considere que la razon estaba de parte del reo, y de los demas deudos y amigos, moviendo los ánimos á cruda venganza del pariente que fue hecho pedazos en Felix; y como gente bisoña, no advertida del castigo que de su atrevimiento le podria venir, descompuso la escuadra de sus capitanes. Atento á esto, y á que el pueblo estaba muy poblado y fortalecido de enemigos crueles de nuestra santa Fé Católica, me parece, salvo mejor dictamen, que no se debiera ejecutar la justicia en Palomares con el rigor que manda V. E.; y adviértase que para los yerros

impensados y sin malicia hechos, hay siempre llana misericordia en los generales y maestres de campo. Ciertamente Palomares no erró de malicia, sino que obró con los demas de su bando, como gente indisciplinada en el arte militar; pues si fuera un soldado de muchos años de servicio, y que sabiendo las leyes de la milicia cometiera un yerro semejante, seria digno de rigoroso castigo; y aun para con un soldado tal se ha de estender la misericordia de un capitan generoso. Este ha de hacer cuenta de no perder sin mucha necesidad ningun soldado de su campo; porque si los enemigos le matan uno, y él ahorca á otro, ya le faltan dos soldados, que pudieran servir bajo de sus banderas gloriosamente en otra ocasion. Bien sabe V. E. que el Emperador Carlos V, nuestro señor, de gloriosa memoria, bajo de cuyas banderas militó muchos años, usaba siempre de este buen término con los suyos; y asi fue de la gente española tan amado, como V. E. sabe, y todos sabemos: en los generales y capitanes mas ha de campear la misericordia que la justicia. Traiga V. E. á la memoria aquel hecho del Magno Alejandro, que habiendo caido un soldado en falta, tal como la de sentarse en su real silla y quedarse allí dormido, cuando llegó allá, y encontró ocupado el puesto, los capitanes y caballeros que le acompañaban iban á echar mano del dormido para prenderle ó matarle; pero Alejandro los contuvo, diciendo: *Dejadle dormir, que otra vez velará para guardar mi persona, y el buen soldado no merece tan mal*

galardon. Este por su largo velar en mi servicio, vino á dormirse, y por cierto que no pudo hallar mejor cama que mi silla: puede que otra vez vele sobre los filos de su misma espada sirviendo á mi corona. Estas espresiones fueron dignas de un rey generoso, y tan buen general como Alejandro; y asi, señor excelentísimo, pues en vos reside no menos generosidad y valor de ánimo, segun tenemos visto y esperimentado, usad de igual indulgencia con Palomares. Su yerro fue grande, mas considerando la inocencia del pecador, y que yendo la guerra adelante, él y sus deudos podrian servir á V. E. y darle gusto en otra ocasion, perdónesele. Si Palomares no lo merece, sus padres y abuelos lo tienen bien merecido sirviendo á V. E. y á sus antepasados; y si sus padres y abuelos tampoco lo merecieron, baste haberlo suplicado el señor D. Juan Pacheco; y si sus ruegos no alcanzan, merézcalo Lorca, de donde es hijo Palomares, por cuyos servicios la casa de V. E. está puesta en el cuerno de la luna, con todo el lustre que ahora tiene. Y si en Murcia y su reino hubo Adelantados del linage de V. E., Lorca fue siempre parte para que los hubiese; y si los varones ilustres de la casa de V. E. vencieron veinte y dos batallas de moros, y ganaron setenta y dos villas y castillos fuertes, que pusieron bajo de las reales coronas de Castilla y Leon, los de Lorca tuvieron mucha parte para que aquellos lo pudiesen hacer; y si ilustracion y resplandor ha tenido y tiene la casa de V. E. Lorca ha sido la causa. Por tanto á V. E.

suplico, que Palomares, hijodalgo de Lorca, no pase por esa muerte contra él pronunciada, advirtiendo al mismo tiempo que hay tres mil hombres paisanos suyos puestos sobre las armas, y decididos á perder la vida por salvarle. Vea, pues, V. E. lo que determina en este caso; y á mí por haber osado entrar en tan largo parlamento, mande V. E. que se me aplique el castigo que guste, pues mis servicios y los de mis padres hechos á la casa de V. E. merecen que se me dé.»

Aqui dió fin á su razonamiento el buen Diego Mateo de Guevara, y despues D. Juan Pacheco, Alonso Gualtero, Nofre Ruiz, Andrés Mora, sargento mayor, D. Rodrigo de Benavides, alferez del estandarte del marqués, y otros caballeros y capitanes de Murcia y Lorca hicieron tanto, que al fin el marqués perdonó á Palomares. Luego que se supo esta nueva hubo gran contento y regocijo en todo el real; y á esta misma sazon llegó una buena compañía de Lorca, compuesta de cuatrocientos soldados, bien armados todos, y cuyo valeroso capitan se llamaba Juan Mateo Rendon de Luna, hombre hidalgo y distinguido. Dieron noticia del arribo de esta compañía al marqués, quien se holgó mucho saliendo á ver la gente á la puerta de su posada, y observando que venia equipada tan bien. S. E. que estuvo allí algunos dias aguardando cierta orden del rey, mandó que se llevaran á la iglesia las moras para repartirlas entre los capitanes y soldados; y hecho esto así fueron llevadas luego á los Velez, á Lorca y á otras partes. Mas

porque ya nos aguardan el reyecillo y el marqués de Mondejar, daremos fin á este capítulo diciendo primero el romance relativo á lo pasado,

El campo del buen marqués,
que Fajardo se decia,
parte de Guecija en orden
ya despues de medio dia.
Concertadamente marchan
de cinco en cinco las filas,
y allá al ponerse del sol
encuentran con D. García,
Que volvia ya de Felix,
y ver su gran morería,
dándole aviso al marqués,
y de cómo se volvia
Sin osar acometer
á las moriscas cuadrillas.
El marqués pasa adelante;
despídese de García:
Hizo el campo en la campaña
alto en esta noche fria.
Un agua viento le coge
con mucha nieve esparcida,
Que le pone en gran trabajo,
y muy crecida fatiga;
mas rompiendo el alba clara
muy bello se muestra el dia.
Manda el marqués que se dé
municion muy bien cumplida
de pólvora al campo todo
para tres ó cuatro dias.

CAPITULO IX,

en que se pone como el reyecillo tuvo consejo de guerra, lo que se proveyó en el acuerdo, y cómo le persiguió el marqués de Mondejar, dándole batalla en un lugar llamado Paterna.

Ya contámos como Abenumeya salió desbaratado del puente de Tablate, habiéndose ganado á fuerza de armas aquel paso tan peligroso por el marqués de Mondejar, que no hizo poco en conseguirlo. El reyecillo se fue de paso á las Guajaras, y dejando allí á Zarrea y Gironcillo, valientes y sagaces capitanes, se metió en Andarax con grande ejército, contando ya de seguro con que el Gran Turco le enviaria buen socorro, conforme le tenian escrito el Ochali, rey de Argel, y su hermano D. Luis. Asi, pues, mandó un dia juntarse á los capitanes mas valerosos de su ejército, y á las gentes principales que le seguian, y sacando las cartas que habia recibido del Ochali, las mandó leer, esforzando las vanas esperanzas que tenia del socorro prometido por el Turco; y mostrando en su persona aquella gravedad que corresponde á la persona de un rey, comenzó á hablarles de esta manera:

«Valerosos y fuertes capitanes, ya sabeis que por la gracia del santo Alá y del profeta Mahoma, hemos llegado al estado en que ahora estamos á punto de conquistar nuestra dulce libertad, y salir fuera de la opresion de los pérfidos

cristianos, que tantos años hace nos tienen oprimidos y puestos en dura servidumbre, como si fuéramos sus esclavos. En daño suyo nos dieron armas para nuestra defensa; y asi conviene que por nuestra parte haya reconocimiento del alto beneficio que hemos recibido; especialmente cuando de Levante nos vendrá grande socorro del Gran Señor, segun lo ofrecen las cartas de nuestro fiel amigo el Ochali, rey de Argel. Conviene, pues, ahora escribir á Marruecos y Fez, dando cuenta del estado de nuestra guerra á mis cercanos deudos los reyes de aquellas partes, pidiéndoles tambien ayuda y socorro que no me negarán; á lo cual juntarémos el que se nos ha prometido del reino de Valencia. Con esto serán ciertos y no harán falta los amigos que tenemos en el Albaicin; de manera que con el amparo del santo Alá haremos nuestra la mayor parte de España, y nuestro imperio tornará á tener la estension que antes solia. Asi, pues, mis buenos y leales amigos, no os ponga temor haber sido en esta última accion algo aventajados, ganándosenos el paso de la puente de Tablate, pues esta desgracia pudiera contribuir al logro de nuestro intento, porque hallándose ya el enemigo dentro de las Alpujarras, será por nosotros mas fácilmente ofendido y maltratado, como que sabemos las entradas y salidas de los pasos mas peligrosos y de los caminos mas ásperos; de manera que en adelante podremos dañarles á nuestro salvo sin ser ofendidos de sus armas. Y aunque les haya ido bien en las Guajaras, no es tan

de valde que no les cueste mas lo perdido que lo ganado, habiendo muerto allí tantos y tan valerosos capitanes: y si esta rota les vino de un solo pueblo mal armado, ¿qué no será cuando todas las Alpujarras esten ocupadas de africanas banderas, y de fuertes escuadrones de gente brava y belicosa, bien provista de aventajadas armas? Mas para que arriben á nuestras costas será necesario que antes se tremole nuestro pabellon en la ciudad de Vera, y que demos orden de conquistarla, á fin de que en ella hallen los amigos buen puerto donde sus bajeles esten seguros del impulso de las arrebatadas olas del mar. Ya sabeis que no muy lejos de las embarazadas playas de Vera hay dos puertos famosos para tal caso convenientes: el uno es el de Aguilas, y el otro está en los Terreros blancos, á la parte de Levante; y asímismo á la del Poniente están en el Farallon de la mesa de Roldan y la famosa cala del Agua Amarga bastantes puertos en donde se abriguen los navíos líbicos. Despues, si Mahoma fuere servido de que la guerra vaya en adelante con buen suceso, tomarémos el famoso puerto de Cartagena, despues de lo cual quedará toda España reducida á nuestro poder. En lo que voy diciendo, valerosos soldados mios, no ha de haber pensamiento de tardanza, porque en ella está el peligro; y asi despachemos luego á las partes de Fez mensageros fieles que nos traigan de allí alegres nuevas y algunas armas, principalmente alfanges, que encontrarán muy buenos; pues en lo que toca á la

escopetería y arcos, por Argel seremos bien proveidos: al que lealmente nos preste este importante servicio daremos gran premio, y mercedes muy crecidas para que pueda vivir honradamente en lo sucesivo.»

Apenas Abenumeya acabó su razonamiento cuando todos los capitanes circunstantes ofrecieron servirle hasta la muerte, y dijeron que luego se diese orden de bajar á la conquista de Vera, por ser muy necesario aquel presidio, tanto para el desembarque de las africanas gentes, como para la embarcacion de los cristianos cautivos que en España fueran haciendo. Concluido este acuerdo un morisco natural de Ture, pueblo muy cercano del castillo de Mojacar, se levantó en pie, y dijo, que él y un hermano suyo tenian en cierta parte de la costa una barca grande y muy buena, en la que se ofrecian á pasar á Fez y llevar aquellos recados, si se les daban veinte hombres bien armados. Abenumeya dando muestras de mucho agradecimiento y teniendo al morisco por hombre de entera confianza, mandó que se escogieran al instante los veinte hombres pedidos para aquel viage, y á otro dia escribió las cartas concertadas para Fez y Marruecos. El susodicho morisco, llamado Hambrel, partió del campo con sus compañeros, se fue á la parte de Mojacar, y pasó secretamente al cabezo de la Carbonera, donde junto á una rambla él y su hermano tenian una barca muy buena y aderezada de todo lo necesario para la mar: hechas las provisiones correspondientes la botaron al agua, y tomaron en ella

fueran saqueados, saquearon á Paterna, y encontraron allí mucho que robar; pero no hallaron moras, porque ya las habian retirado á otro punto los moros. El marqués permaneció dos dias en Paterna, y partió luego con su campo la vuelta de Andarax, entendiendo hallar allí al reyecillo; pero no le encontró, ni viviente alguno dentro del pueblo. A él vinieron despues muchos moros con banderillas de paz; y tratándose de ella, quedó resuelto que las condiciones se estenderian en Orgiva, para donde partió el marqués; y no encontrando tampoco á nadie, sentó allí su real, y permaneció muchos dias. Con efecto concurrieron los moriscos á pedir paces, y el marqués se las prometió muy cumplidas y seguras, dando á cada lugar de los que las querian una cédula firmada de su nombre para que ningun capitan ni soldado cristiano pudiese enojarlos en vista de aquella cédula. Los lugares que quisieron paz fueron la Roles, Alcolayar, Pichina, y otros muchos pueblos, que sacaron las referidas cédulas del marqués, contando con no ser maltratados ni ofendidos de los soldados en adelante. Pero muy engañado andaba en esto el marqués, pues aunque fuera muy buena su intencion de fenecer la guerra por acomodamiento, sus soldados eran tan bellacos y ladrones, que salian por la noche sin ningun orden, y hacian todo el daño que podian en aquellos mismos pueblos que se tenian por mas seguros. Un capitan llamado Villalta salió de Guadix con mucha gente, y entrando de secreto por el puerto de la

Rágua, se fue al lugar susodicho la Roles, y una noche le atacó con tanta brutalidad, que mató á casi todos los moros que moraban allí sobre seguros, y llevándose cautivas á todas las mugeres y niños, se volvió á Guadix: sabido esto por el rey, mandó que fuese bien castigado.

Otro capitan que estaba en Tiñana, llamado Cuevas, entró de noche con muchos soldados en Alcolayar, pueblo que tambien estaba sobre seguro, y mató allí á todos los moros, y se llevó á todas las mugeres y los niños.

Otro capitan, cuyo nombre no supe, entró una noche en el lugar llamado Pichina, que estaba tambien de seguro, y le saqueó; mas no le fue muy bien en esta entrada, porque el capitan Gorri con mil moriscos bien armados dieron sobre él, y le mataron cien hombres, quedando malamente heridos los pocos que se escaparon, y dejando todos las armas en poder de sus enemigos: el ruin capitan cristiano huyó á uña de caballo, y no paró hasta que al cabo de muchos dias llegó á Adra. Estas y otras muchas entradas semejantes se hacian con frecuencia por todas las Alpujarras, dando justo motivo á que los moros tímidos y escarmentados no volviesen á hacer cara á proposiciones de paz, diciendo que las que hacia el marqués de Mondejar eran ilusorias y de notable engaño; pues despues de haber dado á los pueblos cartas de seguro, firmadas y selladas, entraban sus soldados en ellos á mansalva, los saqueaban, mataban á los vecinos, y se llevaban cautivas á las mugeres y á los

muchachos. Así, pues, cundia el levantamiento por todas partes, y los moros procuraban haber armas para defenderse y ofender á los cristianos. De estas cosas nada sabia el marqués, y cuando se lo decian manifestaba sentir grave pesar, y no podia poner remedio en ello. Si ponia guardas por los caminos para que no dejasen salir á los soldados, eran ellos tan grandes bellacos como los que iban á robar y hacer daño. A mí me ha parecido siempre reprensible la impunidad de estos malos cristianos, en quienes debieron hacerse con frecuencia ejemplares escarmientos hasta estinguir aquella codicia desordenada del robo que poseia sus ánimos, y trajo á tantos á su perdicion; pues no puede decirse sin vergüenza, que por ella murieron mas de trece mil soldados, la flor de España, á manos de una cuadrilla despreciable, compuesta de enemigos desbragados, y casi desarmados; y lo que hay mas de maravillar es, que de cuanto robaban, apenas sacaron algun aprovechamiento, y todo se les convirtió en polvo y humo, siendo solamente efectivo el coste escandaloso que tuvo á S. M. esta infame guerra, por culpa de algunos gefes descuidados ó distraidos. Volviendo, pues, al marqués, que estaba inocente de estas entradas y salidas, diré que un dia hallándose el campo en Orgiva, se vió venir á un morisco huyendo á toda priesa, y que al parecer traia en un palo alto una toca blanca en señal de paz. El marqués luego que le vió venir mandó alzar en una lanza otro paño blanco para que el moro que se

habia detenido se acercara sin temor. En llegando preguntó el moro por el marqués, y mostrándosele, se fue á S. E., postrando en tierra la vara con la toca, y sin hacerle ninguna cortesía, mirándole al rostro, los ojos llenos de lágrimas, le habló de esta suerte:

«Oye, marqués, si con justo título gozas de tal nombre, y sabe que el noble tiene obligacion de obrar noblemente, y de acudir á las empresas nobles, si quiere ser tenido por tal. Cuando el rey Fernando hizo merced á tu abuelo de las llaves de la famosa Alhambra, no se las dió solamente por su nobleza, sino porque sirvió como noble á su rey en empresas nobles. Tu padre siguió el ejemplo de tu abuelo en algunas cosas, y procedia generalmente como noble caballero. Habiendo quedado entonces este cuitado reino de Granada privado de su nobleza, de su sabrosa y dulce libertad, de su célebre Alhambra, de su deleitosa Vega, sin sus amadas frescuras y deleitosos placeres; privado en fin de todo su bien, muchos de sus moradores, como no acostumbrados á estar debajo de tan pesado yugo y dura servidumbre, ni sujetos á tan crecidas pagas, ni acostumbrados á que los atropellaran estrangeras naciones, movian algunas veces escándalos, motines y rebeliones repentinas contra las cristianas gentes, de que procedian grandes agravios, pesados ruidos, castigos frecuentes, muertes crueles; pero tu padre, como noble y magnánimo caballero cortaba los escándalos, apaciguaba á los rebeldes, recababa de su rey inmensa misericor-

dia, alcanzaba perdones generales, removiendo obstáculos, y disipando discordias: muy al contrario se observa en tí, que en lugar de buscar paz trajiste guerra, por la codicia de tres mil ducados que pediste para tu hijo D. Luis, y que de buena gana se te hubieran dado, si no quisieras sacarlos por fuerza, asistido de una cédula de tu rey. Mas este señor, como católico y sabio, entendiendo bien la demasía de las cargas que pesaban sobre nuestros hombros, y el fin último de tu pretension, te dió sí la cédula para que percibieses los tres mil ducados siendo voluntad de los moriscos dártelos, y si no, que no se te diesen. Tú, marqués, indignado desde entonces contra el bando morisco, no procediste como noble, y acudiste á la crueldad por causa de tu interés. Al punto mandaste renovar antiguas provisiones, dictadas en daño del reino granadino, por las que se privaba de armas á sus moradores, se les quitaban sus baños acostumbrados, los caballos, los esclavos, y aun su trage habitual y su lengua, no faltando mas sino que despues se les mandara degollar. Estas provisiones tan irritantes se dieron en vida de tu padre y abuelo; pero en vez de manifestarlas ó publicarlas, las guardaron y ocultaron, usando de su antigua nobleza, por amparar y hacer merced á la gente morisca. Mas tú obraste de distinto modo: agenciaste que tu rey las confirmara, y como hombre poderoso y bien emparentado alcanzaste al cabo que se publicaran por pregon con acuerdo del real Consejo. Malcontentos y contra tí indignados los gra-

nadinos, se levantaron, y habiéndose ayuntado para buscar remedio á estas cosas en nuestro daño promovidas, principiaron la guerra. Tú tomaste la demanda como general, y vienes persiguiéndonos á banderas desplegadas; abres negociaciones, y prometes paz para encender mas la guerra; das cédulas firmadas de tu nombre, y selladas con tu sello á los lugares por prenda de su seguridad; y cuando los tienes quietos y asegurados envias, á deshora á tus capitanes para que los saqueen, peguen fuego á las casas, maten á los hombres, y cautiven á las mugeres y niños. ¿Este proceder es propio de un caballero y hombre noble? ¿No ves que jamás los pueblos se fiarán de tí ni de tus cédulas, llenas de engaños, y que lejos de hacer las paces con tu soberano, procurarán acopio de armas, y no respirarán sino venganza de los daños recibidos? Has de saber, marqués, que me llaman el Purcheni, y asi llamaban á mi padre que era muy sabio, y en el arte de la medicina estremadamente aventajado: tambien entendia mucho de las estrellas, la cual ciencia me comunicó, y por ella sé algunas de las cosas que te diré. Esta guerra se acabará costando mucha sangre á los cristianos, y grandes espensas á tu rey: quedará perdido enteramente el reino de Granada, y sus moradores irán desterrados á tierras estrañas: los bienes reales desaparecerán, y tú tambien saldrás de España, aunque con título honroso, dejando otro poseedor de las amadas llaves de la famosa Alhambra: los hijos han de pagar los pecados de los padres,

y no te digo cuáles. Mucho me he alargado con lengua atrevida, y sé muy bien que por haberme descompuesto delante de tí soy digno de castigo; pero porque no me le dés, triunfaré de mí mismo, y acabaré con esta guerra.» Dicho esto, el morisco sacó de súbito de una bolsa una pelotilla del tamaño de una agalla ó bala de arcabuz, se la echó en la boca, y luego se tendió en el suelo boca á bajo, sin mas volverse á mover. Maravillado el marqués de tal caso, mandó á un soldado que le levantase, y asiéndole de un brazo para hacerlo, no pudo, porque el moro estaba ya muerto. Esto puso en todos grande admiracion, y espantados de todo lo que habia dicho, y de aquella forma de muerte, mandaron quitar de allí al moro: entonces el marqués habló de esta suerte á todos los que estaban presentes.

Razonamiento del marqués de Mondejar á los capitanes y caballeros de su campo.

«En notable confusion me han puesto, gente valerosa, las descomedidas razones que ha pronunciado este moro tan desenfadadamente, y si en algunas cosas ha dicho verdad, en otras anduvo muy errado, como en decir que los tres mil ducados repartidos últimamente en las Alpujarras se pidieron á S. M. para ayuda de los gastos de D. Luis. Es verdad que se pidieron; pero habiendo reclamado sobre ello los moriscos, no pasó mas adelante el negocio, ni el rigor de la cé-

dula. Decir que por esto y por vengarme de ellos, quedando muy enojado, hice pregonar las antiguas pragmáticas, es falso, y lo juro á ley de caballero: fue asunto acordado en el Consejo real, á instancias del arzòbispo de Granada D. Pedro Guerrero, de otros obispos y prelados, y de varios ministros de aquel mismo real senado, movidos de su propio celo para alcanzar que estos moriscos dejaràn sus costumbres, y fuesen buenos cristianos. No niego que yo tambien dí mi parecer sobre el particular; pero si fue error hacer semejante diligencia, no fue mio solo el yerro. Sobre lo que dijo, de que dí cédulas firmadas de mi nombre y selladas con mi sello; notorio es que las he dado; mas que se entienda que los soldados por mi orden asaltasen á los lugares que estaban debajo de mi seguro, es falso, y una mera presuncion de los moriscos, porque Dios me es testigo si de ello no me ha pesado mucho en el alma; y por vida de S. M. que el soldado ó capitan que se desmande, si cayere en mis manos, que le he de mandar ahorcar, aunque sea el mas noble y aventajado del mundo; pues no es razon que los malos soldados hagan semejantes maldades, y que se quede el general con la infamia.» Diciendo esto, el marqués mandó luego echar bando para que ningun soldado ni capitan, de cualquier estado que fuese, saliese sin orden del real, so pena de la vida; y despues mandó fortificar el campo, porque entendia estar allí algunos dias, aguardando respuesta de ciertos recados que se habian enviado á S. M.; y asi

bra, y que por esta causa todos ellos se hallaban determinados á jamás hacer ningun concierto de paz. Era esto tanto mas grave para el marqués, cuanto que su intento habia sido siempre acabar por buena via aquella rebelion, para evitar los grandes daños que de ella claramente se esperaban; y tenia razon para sentir mucho estas cosas, y las que agregaban de haber dado ocasion al levantamiento de los moriscos por el pregon de las pragmáticas hechas en daño de ellos; de todo lo cual estaba el marqués exento de culpa, pues muchas veces juró por la vida de su señor el rey, y por el valor de su antigua nobleza, que era todo calumnia; y cuando jura de este modo un caballero tan principal, se le debe dar crédito.

Entretanto el valeroso marqués de los Velez estuvo en Felix, despues de haber dado la sangrienta batalla, hasta los postreros dias del mes de enero que mandó levantar el campo de allí, y que marchara la vuelta de un lugar llamado Ohanez, sito al fin del rio de Almería, hácia la parte de su nacimiento, muy pegado al principio de la Nevada Sierra. El dia siguiente á la salida del campo acudieron de aquellas montañas muchos de los moros que habian escapado de aquel rigoroso trance de la batalla; unos buscando á sus mugeres, otros á sus hijos, otros á sus hermanos, parientes y amigos; mas no encontraron allí mas que los huesos mondos de todos, roidos por los lobos, y aun los perros, aquejados del hambre que apuraná todos los vivientes. Los mo-

ros horrorizados del grande estrago hecho por los cristianos, y al ver todo el lugar saqueado y quemado, y que no habia quedado en él criatura viva, no pudieron dejar de prorrumpir en triste y doloroso llanto, torciéndose las manos, y mesando las barbas y cabellos en fuerza del inmenso dolor. ¡Ay, hijos mios!, decian unos; ¡ay, esposa mia!, esclamaban otros, y todos llamaban en vano á las personas mas allegadas que habian perdido. Hasta los perros andaban ahuyentados por aquellos campos, sintiendo la falta de sus dueños, y acompañando con sus ahullos el lamento de los moros, sin atreverse á entrar en el lugar para reconocer sus casas. Y por cierto me parece que fue demasiada crueldad la que los cristianos ejercieron en Felix, degollando á todos los vivientes, inclusas las criaturas de un año, bautizadas, y en quienes no podia recaer sospecha de culpa.

Prosigo, pues, diciendo, que el marqués de Velez anduvo con su campo hasta llegar al Barranco hondo, donde hizo alto una noche, y á otro dia mandó ahorcar á ciertos soldados, porque sin orden habian salido fuera. De allí fue al losado que dicen de Canjayar, y se detuvo otro dia. En la noche que el campo llegó al losado, los moros de Ohanez degollaron cruelmente á mas de treinta cristianos que tenian en su poder; lo cual se hiciera por consejo de una vieja mora, encantadora ó hechicera, que les dijo que si no degollaban aquellos cristianos, al punto serian vencidos y muertos, y que convenia hacerlo así

por su remedio de ellos, puesto que los del marqués habian degollado á tantos moros en Felix. Entre los cristianos que asesinaron los de Ohanez habia dos ó tres doncellas, las mas hermosas de todo el rio de Almería; y á estas las degolló la misma vieja hechicera, que era natural de un lugar llamado Urraca en el rio de Almanzóra, donde moraban los moriscos mas infames y perversos que tenia el mundo, segun declararémos mas adelante. Avisado de este triste caso el marqués se dolió profundamente, y mandó al sargento mayor Andrés de Mora, que ordenase al campo pasar el rio que venia de Andarax, y se llama el rio de la Táha de Plata: hizolo así el sargento mayor, y despues llegó al lugar de Canjayar, donde no habia nadie: cerca de allí se encontraba otro lugar llamado Nicles, y mas adelante otro llamado Almanzora: todos estos pueblos ricos de ganados, de cera y miel; pero á la sazon sin moradores por haberse juntado medianamente armados en Ohanez, donde aguardaban al marqués para darle la batalla, fiados en el pronóstico de la vieja hechicera de Urraca. Llegó el ejército á las cercanías de Ohanez, y tomó posicion en una ladera muy ágria: los moros en gran copia se habian situado sobre unos tajos de peñas muy ásperos, adonde los cristianos no podian llegar sino con grandísimo trabajo. Visto esto por el marqués, mandó armar cuatro piezas de campaña que llevaba para tales ocasiones; y estando ya á punto de disparar, quiso que antes de todo el campo se hincase de rodillas é hiciese oracion.

Concluida esta mandó dar á todos el *Santiago*, disparando primero las cuatro piezas sobredichas, que hicieron tanto ruido, que dejaron atronados aquellos valles y sierras, causando tanto terror en los moros, que de toda la muchedumbre situada sobre el tajo de peñas, no quedó ninguno, comenzando á huir por aquellos caminos á cual mas podia, despues de haber dado una carga de arcabucería. Los cristianos comenzaron á subir á toda priesa en seguimiento de los moros aquella fragosa cuesta, en medio de la cual habia un charco grande de agua clara, y algunos agitados del calor, cansancio y peso de las armas, principiaron á beber; pero luego se movió gran vocería diciendo, que nadie bebiese de aquella agua, porque tenia tósigo. Sufrieron por esto la sed los soldados y pasaron adelante hasta llegar al lugar, el cual comenzaron á saquear. Los moros que estaban dentro se salieron huyendo por aquellas huertas arriba; pero yendo en su alcance los cristianos mataron á muchos de ellos, sin dejar á vida ninguna vieja, por acertar con la hechicera, á la cual encontraron al fin y la hicieron pedazos. Duró el alcance mas de cuatro horas, y siendo ya tarde muchos cristianos se presentaron cargados de despojos y trayéndose muchas moras hermosas, pues pasaron de trescientas las que se tomaron allí; y habiéndolas tenido los soldados á su voluntad mas de quince dias, al cabo de ellos mandó el marqués que las llevasen á la iglesia. El dia siguiente á la entrada del lugar fueron enterrados dolorosamente los cristianos degollados por

dian con las mismas apariencias de furor; pero como en los cañones y arcabuces no ponian mas municion que la pólvora, todo aquel estrépito se redujo á un simulacro, que sirvió de armadijo para mantener el mayor tiempo posible en su engaño á los moros; de manera que cuando llegaron á reconocerle, ya habian caido en el lazo muchos; y de las moras especialmente quedaban muy pocas por embarcar. Un turco desde las mismas galeras se lo dijo en arábigo, y al instante muchos de los que estaban ya en ellas, se arrojaron á la mar, y como la tierra estaba cerca salian á la playa dando grandes voces y advirtiendo á los demas en la misma algarabia: «Adonde vais, esclamaban, desdichados de vosotros, que os engañan: volved, volved pronto á la sierra, y no os acerqueis á la mar.» Los que estaban todavia en tierra, oyendo el grito, y viendo á los compañeros que salian mojados y tomaban la fuga, los siguieron sin detenerse, y de este modo se salvaron muchos por la sierra. Los soldados luego que conocieron que su ardid se habia descubierto, y estaban ya desengañados los moriscos, dieron el alcance á los que huian, y cogieron á cuantos pudieron, cautivando á las moras que quedaban en tierra, y de las cuales no escaparon seis. Las galeras habiendo observado que no podrian ya embarcar mas gente, recogieron los esquifes, y se hicieron á lo largo de la mar con su ópima carga. Luego los cristianos tornaron á Inox y le saquearon, sacando de allí grandes despojos de ropas y sedas; hecho lo cual

se volvieron á Almería ¿Quién pudiera esplicar el llanto miserable que resonaba por todas las galeras de aquellas engañadas moras? Daba gran compasion oir sus alaridos despidiéndose de sus tierras, y no pudiendo apartar los ojos de las altas sierras de Inox: su clamor y el de los niños era tanto, que no se podia oir el pito del comitre; y asi llegaron á Almería, donde se repartió toda la presa, y las galeras, cogida la parte que les tocó, tomaron la vuelta de levante. Cuando estas llegaron á Cartagena vendieron gran número de los moros y moras que llevaban; lo mismo hicieron en Mallorca, y por los demas puertos adonde arribaban, hasta Nápoles donde despacharon el resto de la presa. He aquí la suerte desventurada de los moriscos de Inox y de aquellos lugares comarcanos. Ahora conviene volver al marqués, que dejamos en Ohanez, y que repartió tambien entre sus soldados la presa que por su parte hicieron, quedando todos muy contentos. La noche que se entró en Ohanez el campo estuvo bebiendo sangre y agua, porque á la parte arriba del lugar fueron muertos muchos moros y moras junto al mismo arroyo que bajaba á él; y así se cumplió lo que dijo aquel moro viejo, célebre sábio de Granada, llamado Abenhanim, el mismo que por el ruego del rey D. Pedro de Castilla declaró los pronósticos de Merlin. Dos dias despues de esta rota de Ohanez le entró al marqués una compañía de cuatrocientos tiradores de Lorca muy lucidos, cuyo capitan fue el regidor de la misma Alonso de Leiva Marin; y estando mi-

rando S. E. con mucho gusto desde una ventana cómo pasaba el escuadron, salió de él desmandada una bala, y fue á dar en el borde de la ventana, y si acertara á llegar un poco mas arriba, allí matara al marqués, que se retiró disimulando el susto. Quiso el capitan hacer pesquisa sobre este hecho; pero jamás se pudo sacar en claro de dónde salió aquella bala, porque habia otras compañías que al tránsito hicieron salva á la de Leiva. Aquí estuvo el marqués muchos dias, durante los cuales tuvo nueva de que el de Mondejar habia saqueado á Andarax y todos aquellos pueblos de las Alpujarras; de lo cual le pesó mucho, y á todo su ejército tambien, porque todos llevaban puesta la mira en pasar á Andarax, á Ogijar y demas lugares cercanos, donde ya no les quedaba que hacer, ni que sacar. Por esto los soldados del marqués de Velez comenzaron á salirse del real secretamente, y en tanto número, que cuando él dió en la cuenta ya le faltaba gran parte de su gente; y muy pesaroso de la desercion, recelando que el reyecillo le acometiese con ventaja en aquella sierra, mandó que el campo bajase al losado de Canjayar por estar en llano, y para que la caballería pudiera pelear á su salvo con el enemigo, si acaso se presentase. De aquí tambien se le fue mucha gente, y de tal forma quedó reducido el ejército del marqués, que si entonces los moros le acometieran, sin ninguna dificultad le desbarataran. Conoció el peligro notorio en que se hallaba, y escribió á Lorca para que le socorriera

con gente, y castigasen á los que habian desertado de su real. Ocurrió entonces en aquella ciudad un caso notable, porque el alcalde mayor de ella, llamado Arriaga de Alarcon, haciendo diligencias para juntar el socorro que le pedia el marqués, se escedió con un anciano hidalgo, dándole un golpe con la vara de una pica, y descalabrándole. Los hijos del agraviado, sintiendo como hombres honrados la afrenta de su padre, echaron mano á las armas gritando: *Muera el traidor*; y no estando el alcalde bien quisto con la gente de Lorca, fue al punto acometido por mas de mil muchachos, que le tiraran tantas piedras, que parecia lloviesen del cielo. Al ruido se movieron tambien muchos hombres gritando: *Muera*, *muera*; de tal forma, que el pobre Arriaga tuvo que meterse y encerrarse bien en una casa para salvarse de la muerte. Este ruido tan endiablado costó despues la vida á algunos, y á muchos el sacrificio de sus haciendas, habiendo quien pagara lo que no debia; y si S. M. no concediera un perdon general, la mitad, cuando no toda la ciudad de Lorca, fuera destruida por la demasia de aquel imprudente y necio alcalde, que pudiera hacer su oficio, servir al rey, y favorecer al marqués con gente, sin propasarse y causar alborotos. En fin, el marqués recibió socorro de Lorca, y ademas le entraron cuatro compañías de gente escogida y bien armada de Albacete y Chinchilla, con lo cual se holgó grandemente, y viéndose ya bastante reforzado, determinó atravesar las Alpujarras, mandando levan-

tar su campo, y yendo por la Taha de la Plata á Verja, lugar bueno y marítimo, donde mandó sentar su real despues de haberle fortificado para que el enemigo no le dañase. Quédese aquí por volver al marqués de Mondejar, á quien dejamos en Orgiva, diciendo primero sobre el capítulo pasado el romance que se sigue.

Las tremolantes banderas
del grande Fajardo parten
para las Nevadas Sierras,
y van camino de Ohanez.
Ay de Ohanez!
Ocho mil guerreros lleva,
cada uno es como un Marte;
llegan al barranco hondo,
y allí al campo se hizo tarde.
Tarde, tarde.
Marcha el marqués á otro dia
cuando el sol al mundo sale,
y á Canjayar llega el campo,
y su losado, que es grande.
Grande, grande.
El bando moro entendiendo
que el marqués viene á buscalle,
esta noche echado ha suertes,
por ver si podrá aguardarle.
Aguardarle.
Una mora echa las suertes,
vieja mala mas que landre,
la cual dice que bien pueden
dar batalla y esperalle.
Y esperalle!

Mas que primero den muerte
á los cristianos de Ohanez
que tienen allí cautivos,
y que su sangre derramen.
Ay, derramen!
Los cristianos fueron muertos
por aquella gente infame:
tres doncellas degolláron
delante sus mismas madres.
Madres, madres!
En el real se supieron
estas atroces crueldades,
y juran de bien vengarlas
en dando el sangriento Marte.
Marte, Marte!
Otro dia en la mañana
el campo marcha y se parte,
pasando primero el rio
para subir á Ohanez.
Ay, Ohanez!
Por una ladera arriba
todo el campo se reparte,
y todo el bando morisco
hace de sí un baluarte.
Baluarte!
En un gran tajo de peñas
hácese un escuadron grande;
mas el campo le dispara
cuatro pelotas volantes.
Ay, volantes.
Desampara el bando moro
el peñasco, y de allí sale

huyendo para la sierra,
mas le siguen el alcance.
Alcance.
Los valerosos cristianos
que los siguen y dan mate,
muchos matan de los moros;
las moras no hay escaparse,
Escaparse!
Que todas fueron cautivas,
sin mas poder remediarse,
y tambien murieron muchas
que no pudieron guardarse.
Ay, guardarse!
Tantos matan de los moros,
que el rio va tinto en sangre,
y los cristianos la beben,
que no pueden escusarse.
Escusarse.
Convínole aquí al marqués
muchos dias aguardarse,
hasta que orden le venga
dónde ha de ir, ó á qué parte.
Parte, parte.
Tantos dias aquí estuvo,
que su campo se deshace,
y por ésto le convino
volver atrás al gran Marte.
Marte, Marte!
Al losado de Canjayar
se desciende, por ser grande,
y que la caballería
por todo el llano se ensanche.

Ensanche.
A Inox en aqueste tiempo
se saquea, y se deshacen,
que soldados de Almería
le siguen con crudo alcance.
Ay, alcance!
Soldados de las galeras
se hallan en este lance,
y por un taimado engaño
van los moros á embarcarse.
A embarcarse!
Entienden que las galeras
que parecen, son de paces;
y asi embarcan muchas moras
que allí van á remediarse.
Remediarse!
Mas el engaño entendido
quisieran desembarcarse,
y no pueden los cuitados
del lazo desenlazarse.
Desenlazarse!
Las galeras á Almería
se vuelven á solazarse,
y allí reparten la presa,
que es muy opima y muy grande.
Y muy grande!
Las galeras hacen vela,
y parten para Levante,
llevando moros y moras
que vender en cualquier parte.
Parte.
En este tiempo el marqués

á las Alpujarras sale
del losado de Canjayar
un domingo, ya bien tarde,
Tarde, tarde.
Porque le vino gran gente
de Albacete y otras partes,
y de Lorca y de Chinchilla,
que no pudo mejorarse.
Mejorarse,
Son todas cinco banderas,
do vinieron á juntarse
mil soldados bien armados
para entrar en cualquier parte.
Parte...
Con esto sale el marqués,
dando orden de que marchen
por todas las Alpujarras
con banderas y estandartes.
Estandartes.
Pásalas luego el marqués,
y en Verja quiso alojarse,
en donde le dejarémos
por escribir de otra parte.

CAPITULO XI,

en que se pone la cruda muerte del capitan Alvaro de Flores y la rota de toda su gente en Valor: asimismo la rota del capitan Farax, y la muerte de los suyos en Pulpi.

Triste, confuso, muy enojado y aburrido estaba el buen marqués de Mondejar, viendo que

no podia apaciguar la rebelion, ni atajar la licencia de la gente de sus militares banderas, al paso que cada dia los moros se rehacian de armas, y al reyecillo de instante en instante le entraban socorros de toda la raya de Málaga, de la sierra de Ronda, y aun de Berbería, con tanta abundancia de armas, que ya estaban bien apercibidos casi todos los moros granadinos, y prontos para acometer cualquier caso de guerra. Estaba aguardando la orden que le enviaria S. M. para el fin de aquella lucha; y como no le faltaban émulos, se decia en la Corte que por su descuido ó por falta de voluntad, se dilataba la guerra, y se habia dado tiempo á los moros para proveerse de armas, y mejorar su partido: así es, que por último mandó S. M. al marqués, que dejase el ejército, y se volviese á Granada, como dirémos luego mas largamente en su lugar. El reyecillo, viéndose tan bien acompañado de tropas belicosas, y en gran número, procuró hacer prontamente todo el daño posible á los cristianos, y para ello quiso al principio usar de una sagaz treta, la cual fue enviar al real del marqués de Mondejar un morisco discreto y muy bien industriado, que le dijese como Abenumeya estaba en Valor con mucho descuido y poca gente, presentándose allí la ocasion mas favorable de prenderle. El morisco que se escogió para este caso era tan astuto como aquel Sinon que fue enviado de parte de los griegos al bando troyano, y así vistiéndose pobremente, y mostrando el ánimo abatido, se llegó al real del marqués, trayendo en la mano una

vara alta, y puesto en la punta un paño blanco como símbolo de paz. Luego que se dejó ver dieron aviso á S. E, que mandó le dejasen entrar; y en llegando se hincó de rodillas delante del marqués; y principió á hablarle de esta manera:

Oye, ínclito varon, valiente Marte,
de godos descendiente, sangre ilustre,
que eres la flor de España, y la mas alta
despues de aquel escelso D. Felipe,
que el cetro tiene della, y la gobierna.
Ahora es tiempo, buen marqués escelso,
que acabes con la guerra en solo un punto,
y allanes las banderas levantadas
de la morisca gente perniciosa;
y quites las sangrientas crueldades
que pasan en la guerra trabajosa;
y escuses tantas muertes de cristianos
en todas estas sierras y Alpujarras,
do van sin orden tuya, y donde mueren
á manos de enemigos levantados
contra la fe católica de Cristo.
Podrás quitar, señor, los grandes llantos
de las mugeres tristes y los niños,
las hambres, y las sedes, y las muertes
que pasan con la guerra luctuosa,
durmiendo por la nieve frigidísima,
pues no hay otros albergues mas seguros.
Los niños en naciendo allí se yelan,
las madres no se escapan de aquel parto
en las nevadas camas las mezquinas;
y atento aquestas cosas sin ventura

la paz desean todas y con llanto,
al cielo santo piden que las oiga.
Los tristes moradores de las sierras
dicen al de Valor que haya paces,
y cese ya la guerra sanguinosa,
que no es para pasar tan triste vida.
El rey malvado á todo contradice,
y dice que no traten mas en ello:
si acaso alguno á esto le replica
al campo manda luego que le ahorquen;
y destos tiene ya muchos finados,
sin que haya quien le rete lo mal hecho.
Queríanle matar, mas andan tímidos,
porque el turquesco bando le engrandece,
y guarda que á la ropa no le toquen;
y asi el morisco bando está afligido,
y no sabe qué haga en este caso:
desea paz; la guerra mas se enciende;
dejar ninguno osa las banderas
por el temor que tienen de la muerte.
Marqués escelso, ilustre y poderoso,
ahora está en tu mano dar remedio
á la morisca gente arrepentida,
matando al reyecillo allí en Valor,
seguro y descuidado de la guerra,
durmiendo á sueño suelto entre sus colchas,
que son de seda fina muy labradas.
Envia, buen señor, gente de guerra,
y á un bravo capitan que allí le mate;
que muerto este traidor, la guerra luego
habrá un glorioso fin, y habrá mil paces.
Al punto todo el reino estará llano,

los daños cesarán por todas partes,
volverse han los moros á sus casas,
daránle al rey Felipe grandes rentas;
y tú, señor, en gloria de este caso
serás eternizado por el mundo:
serán los niños y mugeres tristes
en su descanso ya restituidos;
y te darán inmensas bendiciones
si propicio te prestas á su ruego.
Y si tú, oh marqués, no los remedias
verás las Alpujarras destruidas,
dentro de ella banderas africanas,
y á España puesta en punto de perderse.
No dés lugar, por Dios, á tantos males;
favor y auxilio presta á quien le pide;
vé tú en persona al caso, dale muerte
á aquel que es descendiente de Mahoma:
tuya será la gloria de este hecho,
tú solo la mereces, no otro alguno;
no envies capitan que la pretenda.
Qué aguardas? Parte luego, marqués claro,
no tardes, que en tardarte está el peligro;
á Valor vé, y triunfa de tal gloria,
pues Dios quiere que tú solo la goces:
alegra todo el reino con tú ida,
y en el Alhambra ilustre la cabeza
pondrás del reyecillo mal mirado,
con una letra escrita, que así diga:

Esta es la cabeza del
reyecillo sin ventura,
y el marqués de la Ventura
se la cortó, y triunfó dél.

Esto dijo el cauteloso moro, y prorrumpió luego en un copioso y fingido llanto, dejando maravillados á los que estaban allí presentes, y tanto deseaban ver el término de aquella guerra sangrienta. Mirándolos á todos el marqués dijo que tal ocasion no era de perder; y puesto que el reyecillo estaba tan descuidado, queria él tomar á su cargo la empresa de matarle ó prenderle, pues tanta honra y lustre le daria el suceso; para lo cual mandó al sargento mayor que al instante le apercibiese mil hombres bien armados. Todos los caballeros que allí se hallaban le fueron á la mano diciendo, que no convenia hiciese él solo aquella jornada, porque se ponia en notable peligro de perderse con la gente que llevara; y que para tales casos sería mejor que se valiera de alguno de los capitanes de distinguido valor que tenia en su ejército. Otros pensaban que sería mas acertado pasar allá con todo el ejército y buscar al enemigo, que tal vez se hallaria bien apercibido, y si iba poca gente podria desbaratarla y vencerla con facilidad. Estas y otras cosas se dijeron en el consejo de guerra que tuvo el marqués con los gefes y capitanes de su campo; pero uno de ellos muy valeroso, llamado Alvaro de Flores, le suplicó que oyese su parecer, tal vez acertado en aquel caso. Todos callaron, y viendo Flores que estaban prontos á oirle, con muy buenas palabras habló de esta suerte:

Razonamiento del capitan Alvaro de Flores.

«Valeroso marqués, ínclito capitan de Gra-

nada y su reino por S. M.: las cosas tocantes á la guerra, es menester mirarlas y disponerlas con maduro acuerdo, y el buen parecer de hombres esperimentados para alcanzar el acierto que se desea en las cosas árduas y graves como la que ahora se nos presenta. Si el señor de Valor está tan descuidado como este moro dice, no es posible que lo esté el escuadron turquesco, porque al fin es gente belicosa; y no fuera justo que el mismo general de un campo como este se pusiese en notorio peligro de ser roto ó muerto por irle á buscar sin bastante prevencion. Yo considero que si marcha todo el campo, tendrá luego noticia el enemigo, y pudiéndose retirar á otra parte, será en vano buscarle como nos ha sucedido hasta aquí; por lo cual la guerra no podrá dejar de ser prolija y de pasar adelante: asi, pues, es mi parecer, salvo otro mejor, que se trate de buscar y matar al reyecillo, y esto hecho todo el reino se allanará, y pondrá bajo la proteccion de la real corona, como ha dicho este moro. Para el logro del caso es menester buscar de noche al de Valor con poca gente, y no con mucha que alborota el mundo, y con el ruido que mete basta para dar noticia de sí misma. Yo me ofrezco á buscarle, prenderle ó matarle; porque sé todos los pasos de la tierra de la Alpujarra en donde está, y entraré por parte tan oculta, que no pueda ser sentido ni visto de moro alguno. Para esta empresa no necesito que me acompañen mas de cien soldados, y aun menos, porque dado el caso que en el lugar de Valor se

nos sienta, y nos quieran ofender, me obligo con los cien soldados á quemar el pueblo y pasar á cuchillo á todos sus moradores; y si el señor de Valor estuviere dentro no se nos podrá ir de las manos, porque conozco muy bien su alojamiento, y lo primero que ha de hacerse es cercarle de modo que no se pueda escapar: hecho esto nosotros con el favor de Dios Todopoderoso, volverémos por sendas ocultas á nuestro real, contentos de haber alcanzado una victoria tan aventajada. A esto se reduce lo que ofrezco hacer; pero si acaso hay algun otro capitan que ofrezca mas, y espere alcanzar mejor suerte, salga, y Dios le de tan buena fortuna como todos deseamos, y nuestro campo la ha menester.» Con esto puso fin á su razonamiento el capitan Flores, y sobre ello hubo varios pareceres; porque muchos capitanes quisieran tomar á su cargo aquella demanda por vivo deseo de la honra que de ella se derivaba; mas al fin el acuerdo último fue que hiciese aquella jornada el capitan Alvaro de Flores, llevando no los cien hombres que habia pedido, sino hasta ochocientos buenos soldados, todos diestros tiradores, los cuáles se alistaron al punto para salir aquella misma noche, llevándose al moro con ellos. Partió Flores con aquel secreto que el caso requeria, y anduvo sin parar hásta el rompimiento del alba el dia siguiente, en que emboscado todo el esquadron dentro de unas espesuras, se mantuvo en ellas hasta la noche venidera, que tornó á marchar la vuelta de Valor. Dos dias estuvieron emboscar-

dos, y otras dos noches caminaron, de manera que á la tercera estaba el escuadron muy cerca del pueblo, procurando llegarse á él con todo silencio para no alarmar á los enemigos. Mas no fueron sus pasos tan encubiertos, que dejaran de observarlos mas de dos mil moros que los estaban aguardando en los pasos estrechos para dar contra ellos á su tiempo; y asi los dejaron llegar al lugar, en donde Alvaro de Flores mandó cercar inmediatamente la casa del reyecillo, como quien muy bien la conocia. Todo era en vano, porque él no estaba dentro, ni en todo el pueblo habia mas que mugeres, dejadas allí por industria para que los soldados se cebasen en el saqueo y cautivarlas á ellas. Allí se desapareció el moro que guiaba á los cristianos, sin que advirtieran cuándo ni por dónde, causando su descuido la mucha codicia que llevaban de robar. Puesto ya el cerco en la casa del reyezillo, y siendo la hora de romper el alba, prorrumpieron los cristianos en su acostumbrado grito de *Santiago, Santiago*; y disparando al mismo tiempo la arcabucería con grande estrépito, acometieron al lugar por todas partes sin aguardar órden. Flores estuvo muy atento, y aguardando que el reyecillo saliese por alguna puerta ó ventana; pero se cansaba en balde, porque estaba en otra parte. Entrando los cristianos en el lugar sin resistencia, hallaron las puertas muy bien cerradas por adentro, mas las sacaban con furia de sus quicios, y entraban en ellas ansiosos del robo. Muy maravillados de no encontrar ningun moro pi-

llaban á su salvo cuanto hallaban, y prendian á las moriscas, puestas allí por industria para su mayor daño: finalmente á la salida del sol ya estaba todo el lugar de Valor saqueado, y quedaban presas todas las moras. Alvaro de Flores viendo que su intento no salia como habia pensado, malcontento del suceso, y advirtiendo por otra parte, que sus soldados andaban descarriados y tan cebados en el robo, temió algun daño que le podria sobrevenir, y mandó tocar á retirada. Entendida la señal por los codiciosos soldados salieron de las casas y se juntaron al punto cargados todos y ricos de moras muy hermosas y de grandes despojos puestos en líos, los cuales les daban á estas para que se los llevasen, habiendo algunos que por ir mas sueltos y descansados las daban tambien los arcabuces, y demas armas. Las moras como instruidas del trato concertádo no mostraban pena ninguna de su prision; y de este modo comenzó á marchar la bisoña compañía la vuelta de su real, pensando que nadie impediria su jornada, y llegarian á su salvo con tan rica presa. Pero le sucedió muy al contrario, porque aun no llevaban andado un cuarto de legua cuando por entre unas angosturas grandes del camino que llevaban, y por donde habian de pasar forzosamente, se les presentó un escuadron numeroso de turcos, cuyo capitan era el bravo Caracacha, y asomaron tambien por los lados de las dos sierras mas de dos mil moros. Alvaro de Flores viendo que aquel paso tan estrecho estaba cogido por tanta cantidad de enemigos, y que

era imposible seguir por allí su camino sin recibir muy notable daño, arrepentido ya de haber venido en aquella demanda, quiso volverse atrás, y tomar á Valor para su defensa. Queriéndolo poner en ejecucion hizo de la vanguardia retaguardia, y marchando hácia Valor les salió al encuentro otro escuadron no menos numeroso que los que habia descubierto, cuyo capitan era el otro turco compañero de Caracacha, el cual venia caminando á toda priesa por dar alcance á la bandera cristiana. Viéndose cercados y metidos en tan grave peligro todos los soldados de Alvaro de Flores, aguijaron á las moras, y tomando las armas que ellas llevaban, se pusieron en defensa con esperanza que aun tenian de la victoria. Como las moras estaban ya avisadas de lo que habian de hacer, principiaron á caminar hácia Valor, llevándose todos los lios que los soldados habian juntado; y aunque estos las vieron ir, no curáron de ellas, sino de apercibirse para la batalla que les esperaba. Alvaro de Flores reconoció que estaba cercado por todas partes, y persuadido de que habia llegado su perdicion, procuró alentar á los suyos, diciéndoles: «Ea, amigos y valerosos soldados, hoy es el dia de nuestra gloria; no tengamos en nada á los enemigos aunque son muchos, porque no son tan diestros como nosotros en el manejo de las armas, ni de tanto valor. Por tanto, encomendémonos á Dios, y dándoles el *Santiago*, carguemos sobre ellos con presteza, que la diligencia es madre de la buena ventura.» Diciendo esto el valeroso capi-

tan acometió á los enemigos que le tenian cogido por las espaldas; y disparando su arcabuz, y mostrando todavía grande ánimo, añadió: «A ellos, no los tengamos en nada.» Los valerosos cristianos siguiendo el ejemplo de su noble capitan, dieron en sus enemigos una gran carga de arcabucería; pero luego no pudieron cargar otra vez sus armas por la presteza con que los acometieron los moros guiados por el bravo Caracacha, que en la primera descarga mató á muchos cristianos. Tambien su compañero por la parte de la vanguardia en donde estaba Alvaro de Flores, dió otra carga no menos feliz. ¿Qué importa que mataran los cristianos á mas de cincuenta moros, si esta pérdida no hacia mella en un escuadron tan disforme? Cerrando los unos con los otros se empezó una batalla cruel, en la que los cristianos peleaban como leones, sin que les aprovechara su esfuerzo ni el acabar con muchos moros, porque de aquellas sierras llovian tantos, que habia cien de ellos para cada cristiano. Y los que mas dañaban eran los turcos, que como hombres diestros en la guerra hacian gran matanza en sus contrarios. El valeroso Flores obraba maravillas; pero hallándose ya herido malamente se retiró á una parte de la ladera, acompañado de algunos soldados, que peleando con tanto denuedo como él, fueron todos muertos; en una palabra, de los ochocientos hombres que vinieron con Flores, no se escaparon vivos seis de aquella tan dura y sangrienta batalla. Por todo el camino y por aquellas laderas no se hallaba mas

que cuerpos de cristianos hechos pedazos, porque como los moros eran muchos, no se contentaban con ver muerto á un cristiano, sino que no se tenia por bueno quien no ensangrentaba en él sus armas, para que no dijeran los demas que se habia estado holgando. Asi no habia cristiano, que no tuviese cien heridas, cosa que causaba grandísima compasion. No dejó de haber en esta batalla muchos moros muertos, porque preguntándole yo á uno de ellos, me dijo, que tuvieron mas de trescientos, y entre ellos veinte y cinco turcos. Con todo eso quedaron muy ufanos y alegres por la alcanzada victoria, y porque cogieron todas las armas de los cristianos, que pasaban de ochocientos arcabuces y otras tantas espadas. Cogiendo los moros todos estos despojos se fueron á Valor, y las armas del capitan Alvaro de Flores, que eran muy buenas, especialmente la espada y daga, se las presentaron al reyecillo, que muy alegre las tomó, diciendo: «No tengo en poco el despojo del capitan Flores.» Algunos moriscos que se hallaron en esta rota me han dicho, que la mortandad de los cristianos se ejecutó en menos de una hora; y que Abenumeya estuvo mirando la batalla desde una ladera de aquellas sierras, con dos mil hombres mas de asistencia para acudir adonde fuese necesario. Luego que entró este en Valor, llegaron mas de quince mil moros despechados por no habense hallado en la accion; y viéndose tan bien armado y con tan poderoso ejército, dijo á sus capitanes, que ya no temia que la fortuna le derri-

base del lugar eminente en que estaba puesto; y así pensaba verse con el ayuda de Mahoma coronado en lo mejor de España, como lo estuvieron sus antepasados. Con esto lleno de altivez, y alimentándose de vanas esperanzas el reyecillo pasó en Valor muchos dias, disponiendo los negocios tocantes á la guerra: aquí le dejarémos para referir otra rota de moros hecha por los cristianos en aquellos dias.

Ciertamente el capitan negro Farax hizo muchas y grandes entradas en el camino de Lorca y Vera con felicidad, sacando abundantes presas de ganados y cautivos, con los cuales pasó á Argel dos ó tres veces para venderlos y traer armas del producto. Cansado ya el cielo de los males que obraba, dispuso traerle á una ruina total; y así queriendo hacer otra de las presas de cristianos que acostumbraba llevar á Argel, se fue con cien soldados adonde solia entre Vera y Lorca, junto á la fuente de Pulpi. Puesto Farax en su emboscada aguardando que pasasen cristianos por el camino, cierta atalaya que los de Lorca habian colocado en parage de donde se le pudiera descubrir cuando viniese, luego que aquel llegó con su escuadron, puso fuego de aviso en lugar que no pudieran percibir Farax ni su gente. En Lorca habia otras dos atalayas, puestas una en la torre de Alfonsi, y otra en la torre de la Vera, la Vieja, las cuales viendo el humo que servia de señal, al punto dieron aviso de lo que ocurria; y sin mas dilacion salió á un caso tan deseado mucha gente bien armada, tanto de Lor-

ca como de Vera, poniendo cada ciudad de su parte cuanta diligencia fue posible para venir á la fuente de Pulpi; y sabiendo por la centinela adonde estaba la emboscada de Farax, le rodearon de tal suerte, que no pudo evitar la batalla con la fuga. Los de Lorca serian unos ochenta soldados valerosos; y á fin de que los moros salieran á campo raso, treinta de los ochenta tomaron el camino real hasta llegar á la fuente, yendo sobre aviso, y puestas las cuerdas en las serpezuelas de los arcabuces: estando ya en la fuente, el centinela de Farax que los descubrió, dió aviso de que pasaban cristianos la vuelta de Vera, y no estaba cierto de si serian veinte ó treinta, porque con la espesura de los lentiscos no habia podido contarlos bien. Farax confiado en su buena fortuna y en la gente valerosa que llevaba, hizo de ella dos partes, para que la una tomase el camino de Lorca, y la otra el de Vera, á fin de que los cristianos no se les pudiesen escapar. Estos que estaban aguardando en la fuente aquella coyuntura, se fueron por la parte que dirigia á Lorca, y así que los moros los vieron principiaron á disparar contra ellos sus arcabuces, dando grandes alaridos. Los cristianos no se descuidaron un punto en este caso, sino que dieron en ellos al instante disparando y gritando: *Santiago, á ellos*. Los otros moros que tomaron el camino de Vera, acudieron prontamente adonde se habia trabado la batalla, y tuvieron ya por muy cierta la presa de aquellos cristianos; mas les salió frustrado el pensamiento, porque

los demas de Lorca que se habian emboscado en la parte de la Rambla Guazamara, salieron luego con grande ímpetu, apellidando tambien *Santiago y á ellos*, y descargando su arcabucería asaltáron á los moros por otra parte. Su esforzado capitan Farax los juntó entonces á todos, y rehizo su escuadron con gran presteza; pero receland de que hubiese en la emboscada mas gente, y especialmente de caballería, principió á retirarse peleando por un atochar adelante, y habiendo dejado la espesura de los lentiscos, se acogió á una grande cueva que habia entre unos peñascos. Los moros hallándose allí seguros de los caballos, peleaban valerosamente con los cristianos, y de ambas partes habia ya muchos heridos y algunos muertos. Aunque los de Lorca no eran tantos como los moros, principiaban ya á subir por el montecillo arriba cuando llegó la gente de Vera, compuesta de treinta soldados de á caballo y ochenta peones. Estos oyendo desde lejos la arcabucería y el ruido de las armas, venian todos volando por hallarse en aquella accion; pero como los caballos no podian subir el montecillo, le rodearon todo para que ninguno moro se les escapase. Los peones de Vera juntándose con los de Lorca, comenzaron á subir á lo alto, donde los moros, metidos unos dentro de la cueva y otros estando á la puerta, todos animados por Farax, capitan bravo, peleaban desaforadamente. Mas poco les valia su esfuerzo, porque los cristianos atacaban con muchísimo valor, y encontrando tanta resistencia, acordaron poner

fuego al rededor del montecillo, que todo estaba lleno de un espeso atochar y romeral, para abrasar á los moros. El fuego comenzó á prender por todas partes con tal braveza que espantaba, y el humo se veia ya desde Lorca y Vera. Conociendo los moros que de ningun modo podian escaparse, arrojaban desesperados en el fuego las escopetas para que los cristianos no se sirviesen de ellas, y luego se abalanzaban por medio de las llamas buscando camino para salvarse con la fuga; pero unos morian ahogados del humo, y otros se abrasaban cayendo en el fuego: si alguno era tan venturoso que salia vivo de entre aquellas llamas, daba luego en las manos de los cristianos y al punto era muerto. De este modo perecieron todos, salvo el malvado Farax, que ayudado de algun diablo se escapó huyendo por medio de las llamas, con tan buena suerte, que tampoco pudo ser preso ni muerto por los soldados, ni alcanzado por los de á caballo, porque volaba por el aire, y echaba siempre por partes que no era posible seguir, segun iba atravesando las hondas ramblas, y saltando por crecidos barrancos, hasta que se metió en la espesura de los acebuchares de la Rambla Guazamara, donde no bastaria á hallarle todo el universo. Asi con harto dolor se escapó este perro, despues de perdida toda su escuadra, quedando unos quemados y otros hechos pedazos. Mucho sintieron los cristianos que se les hubiese escapado el soberbio Farax; mas en vista de que esto no tenia ya remedio, acordaron cor-

tar la cabeza á todos los moros, y juntando hasta ochenta, porque los demas se quemaron con sus cuerpos, se los repartieron los de Lorca y los de Vera, juntamente con las armas que parecian de algun provecho. Este fin tuvo la compañía del bravo Farax, quien llegó medio abrasado á Purchena, en donde estaba el capitan Malech, y allí reparó su salud, la cual mas valiera que Dios no se la diese por el mucho daño que hizo despues que se puso bueno. Deseando este vengarse de los cristianos, se fué á Argel, donde fijó su domicilio, y compró una galeota grande, con la cual, y acompañado de algunos renegados, volvió á las costas de España, é hizo grandes presas de cautivos. Del fin que tuvo el capitan Farax no he sabido cosa ninguna, y ahora conviene que volvamos al marqués de Mondejar, y veamos el estado de sus negocios, diciendo primero el romance que se compuso sobre este capítulo pasado.

El de Tendilla y Mondejar
en su real asistia;
con él estan muchos nobles
de la ilustre Andalucía.
Estando un dia tratando
de lo que hacerse podria
en aquella guerra infame
de la gente granadina,
Llegó un mensajero corriendo,
que de la sierra venia;
y estando ante el marqués
de esta suerte le decia:

Que para un cristiano hay ciento
que los matara á porfía;
no quedó ningun cristiano
que escapase con la vida.
El buen Alvaro de Flores
haciendo lo que debia
murió como varon fuerte,
y mostró gran valentía.

CAPITULO XII,

en que se dice como S. M. mandó al marqués de Mondejar que saliese de las Alpujarras y viniese á la Corte, dejando en los lugares mas importantes soldados de presidio; y como el reyecillo acordó de dar batalla una noche al marqués de Velez en Verja.

Aunque en el romance pasado hemos dicho que de la rota miserable del capitan Alvaro de Flores no quedó hombre vivo, bien podia decirse esto asi, aunque se salvaron seis ó siete. La mala nueva se supo luego en el real del marqués de Mondejar, y aun llegó tambien muy pronto al del marqués de Velez. El de Mondejar lo sintió vivísimamente como era de razon; y no pasaron muchos dias despues cuando le mandó su Magestad que dejase la guerra y viniera á la Corte, poniendo gente de presidio y la fortificacion correspondiente en los lugares mas importantes, hasta que se diera orden sobre lo que habia de hacerse. En seguida partió el marqués

para Granada, dejando en Orgiva la principal parte de su real, y el resto repartido en los presidios necesarios, con capitanes asistidos de gente bastante para que con escoltas se llevaran de una parte á otra las municiones, bastimentos y demas cosas necesarias á la guerra. De allí salió luego para la Corte, donde es de entender que influyeron sus émulos en este grave disgusto que tuvo y sintió mucho, viendo que el marqués de Velez se quedaba en las Alpujarras, y á él le mandaban salir de allí, y dejar en su lugar á D. Juan de Mendoza, cercano deudo suyo.

Estando todavía en Valor el reyecillo muy ufano y vanaglorioso por haber desbaratado y muerto á un escuadron tan grande de cristianos, ganando ademas tantas y tan buenas armas, tuvo aviso por los moriscos de Granada de que el marqués de Mondejar habia partido para la corte; con lo cual tomó mucho mas ánimo, y especialmente al ver que los de Granada le suplicaban que cayese sobre las tierras del marqués de Velez, y tomase las disposiciones convenientes para desbaratarle; pues conseguido esto, su negocio se haria mas llano, pudiendo los moros de Africa, que por temor del marqués no osaban desembarcar, socorrerle con gente y dinero, y las demas cosas necesarias para la guerra, llevándoselas á aquellas costas. Persuadido de esto el reyecillo se propuso ir luego contra el marqués á Berja, y darle una cruda batalla, para desbaratarle si podia, pues le habian informado de que se encontraba con poca gente; y así en presencia de los dos ca-

pitanes turcos y de los demas gefes que estaban en Valor pronunció el razonamiento siguiente: ....« Varones ilustres, fuertes y bravos capitanes que bajo de las mahométicas banderas militais con inmortal valor, levantando vuestros nombres á las lucientes estrellas; bien habreis reconocido que Mahoma nos es propicio en todo; porque vemos claramente que no nos fallece con su favor y auxilio, y no ha muchos dias que conseguimos de nuestros enemigos una victoria insigne, de cuyas resultas nos proveimos de buenas y bastantes armas para contrastar en adelante á las cristianas banderas. Ahora ha huido nuestro enemigo capital desamparando sus escuadrones, y si algunos militares han quedado de presidio en los lugares, son pocos, estan mal previstos de bastimentos, y no acostumbrados á la intemperie de las nevadas sierras; por lo cual muchos de ellos constreñidos de la pura necesidad se escapan á sus tierras, y por los caminos encuentran la muerte á manos de los nuestros. Nosotros no solo estamos bien reparados, sino que ademas se nos ofrecen socorros de cuanto sea necesario para llevar la guerra adelante por los amigos de Granada; con que quitemos el único estorbo que impide el logro de nuestras esperanzas, y que lo es el marqués de Velez, adelantado de Murcia. Este se halla ahora en Verja con poca gente de guerra, porque se le ha ido mucha de su campo; y si vuestro parecer se conforma al mio, convendrá que una noche le demos una encamisada de gente valerosa, y tal, que quede desba-

rotado y reducido á la necesidad de retirarse á sus estados. Dado este golpe, luego será nuestro todo el reino, y sin impedimento alguno podremos conseguir el fin de nuestras esperanzas. Por tanto, valerosos capitanes, si os parece, demos luego sobre el marqués; pues tenemos delante la ocasion, y la fortuna se nos muestra tan favorable.»

Esto dijo el reyecillo, y todos aquellos gefes y capitanes aprobaron su dictamen; por lo cual se principiaron luego á tomar las disposiciones necesarias para aquella encamisada. Acordaron que el marqués fuera acometido por tres partes, yendo gran cantidad de gente en cada una de las tres divisiones del ejército. El mando de la primera se dió al Derri, capitan valeroso y adversario del reyecillo, pero que entonces se prestó á servirle por ruego de muchos caballeros moros, y llevaba á sus órdenes ocho mil hombres no mal armados. De la otra division era capitan el Habaquí, que llevó tambien ocho mil hombres de guerra, bien armados de arcabucería, espadas, alfanges y otras armas. Los monfis, como gente que campeaba por sí, y que tantos males causaron al reino de Granada, llevaban seis mil hombres muy bien armados, y por capitan al valeroso Abomaile, natural de Guadix. Hecho repartimiento de estos veinte y dos mil hombres el reyecillo salió con ellos de Valor y pasó las sierras de las Alpujarras por la parte menos áspera que encontró, hasta llegar á la distancia de seis leguas de Verja, donde sentó su real, fortaleciéndole muy

bien. Mandó luego que saliesen tres moriscos muy sueltos, que sabian bien la tierra y los caminos ocultos, para que se acercasen á Verja; miraran con atencion el sitio del real del marqués, el orden que guardaba, y la gente que tenia: cada uno de estos tres moriscos fue por distinto camino á hacer con todo aviso y reserva lo que se les habia mandado. El ánimo del marqués fluctuaba entonces entre dudas y pensamientos diversos: por una parte se maravillaba de que no pareciese ni hiciera el menor sentimiento de guerra el escuadron morisco; al mismo tiempo observaba que la gente del marqués de Mondejar no corria las Alpujarras despues de la derrota de Alvaro de Flores, que ya habia llegado á su noticia; y últimamente cuando la tuvo tambien de que el marqués de Mondejar habia dejado el campo en cumplimiento de la orden que tuvo de pasar á la corte. Todo esto traia confuso al marqués de Velez, no sabiendo el partido mas acertado que deberia tomar, y si convendria mas que pasase adelante ó se volviera atrás, esperando á que llegase alguna orden nueva de S. M. Le admiraba tambien que estando ya en Granada el señor D. Juan, como general supremo, no tomase alguna resolucion sobre aquella guerra, mantenida con gente tan desordenada, y que á su parecer no tendria fin; atento á que el reyecillo, ni aguardaba á que le diesen batalla, ni queria darla; pues cuando le buscaban huía, metiéndose por las sierras, y caminando de lugar en lugar con poco cuidado;

porque aquellas asperezas que eran tan dificultosas de andar para los cristianos, las atravesaban los moros con facilidad, como nacidos y criados en ellas, y ademas de esto sabian donde estaban unas cuevas muy profundas, ocultas para los cristianos, y por su situacion inexpugnables, donde tenian acopiados bastimentos para mas de diez años, tanto de trigo, cebada, panizo, aceite y miel, como de telas y ropas para vestirse; por todo lo cual creía que aquella guerra se alargaria demasiado, y al cabo no se concluiria. Con todo eso deseaba tambien el marqués saber lo que el reyecillo hacía y adonde estaba, para cuyo fin tenia enviados varios hombres por aquellas sierras y lugares que pudieran venir á darle cuenta de ello. A la sazon llegó á su real un morisco que venia á toda priesa preguntando por S. E., y habiendo sido llevado á la presencia del marqués, le dijo que el señor de Valor con todo su campo habia cuatro dias que salió de allí para venirle á buscar, y así que estuviese bien apercibido. Preguntándole el marqués si sabia otra cosa, el morisco respondió que no: hizo que le diesen racion de lo que hubiese menester, y luego mandó llamar á dos hermanos buenos militares, llamados Diego y Francisco Cervantes, que habian estado cautivos en Africa muchos años, y sabian muy bien la lengua turquesca, á los cuales dijo que se vistieran á la usanza mora, y fuesen á descubrir si parecia por aquellas sierras el campo del enemigo para traerle noticias; y que especialmente procurasen coger algun espía del

bando contrario, con lo cual le darian mucho gusto. Luego los dos Cervantes se aderezaron del modo que el marqués queria, y tomaron con soltura la vuelta de Andarax, como sabedores de los caminos mas ocultos y secretos de aquel pais. Dicen unos, que los Cervantes eran naturales de Alhama, junto de Murcia, y otros de Vera: sean de adonde se quisiere, ellos eran muy buenos soldados, y pasada la guerra de Granada los conocí yo cuadrilleros de Vera y Almería, donde hicieron grandes hechos; de suerte que uno de ellos fue capitan por S. M. Habiendo llegado á la altura de la sierra hallaron dos veredas ó caminos no bien usados, y el Diego Cervantes le dijo á su hermano que se fuese por el uno y él iria por el otro, conviniendo antes en que al amanecer del dia siguiente habian de volver á juntarse allí. Aun no habia andado el Diego media legua, cuando descubrió un cerrillo alto y redondo, poblado de mucho monte; y como hombre astuto y usado en semejantes casos, luego presumió por la disposicion del puesto que aquella era una atalaya, porque desde allí se descubria mucha tierra de una parte y de otra; y para quedar cierto de su presuncion, llevando siempre los ojos puestos en la cima del montecillo, luego que estuvo cerca se apartó del camino para subir á él, y apenas hubo andado seis pasos oyó tocar un pito en la altura, al son del cual acudieron tres moros que estaban de atalaya. Cervantes al punto subió por el montecillo arriba, y llegando á la cumbre habló con los mo-

tros en algaravía de cosas tocantes á la guerra; pero como muy valeroso no perdió la ocasion, antes con grande ánimo y desenvoltura embistió á los tres de tal suerte, que en un punto mató á los dos, y al tercero que se le queria ir, no le dió lugar á ejecutarlo, y le asió y ató prontamente, descendiendo luego con él del atalaya, y tomando la vuelta de su real. Ya era muy tarde, y llegando á la union de los dos caminos, determinó pasar allí la noche aguardando á su hermano, como estaba concertado; pero poco despues de su arribo, alzando los ojos le vió venir con otro morisco, atado y herido. Este, segun dijo, era del Bolodui, mancebo de muy buen talle, y amartelado de una hermosa mora, que sabiendo estaba cautiva en el real del marqués, resuelto á perder la vida, se salió del campo del reyecillo, é iba para Verja, tan solo para saber si era viva ó muerta su señora, y si podria verla ó hablarla: que yendo por aquella oculta via se encontró con Francisco Cervantes, el cual al verle venir solo, con bravo ánimo le acometió, y puesto el moro en defensa, habiendo disparado sus arcabuces y errado los tiros en la peligrosa escaramuza, no le dió lugar Cervantes á tornarlos á cargar, sino que cerrando con él, desnuda la espada, le hirió, aunque no de muerte. Viéndose el moro en esta situacion, puso mano á su alfange con ánimo acelerado, y principiando á dar sobre Cervantes anduvo incierto el combate largo espacio de tiempo, en que cada uno mostró el valor de su persona. Cervantes no le

de la dulce libertad, que es el principal movil del levantamiento de todo el estado granadino. Pasada la rota de Alvaro de Flores, nuestro Abenumeya, lleno de soberana gloria, ha entendido que todo el mundo es ya muy poco para él; y como vé su campo muy bien proveido de buenas armas y de gente valerosa amaestrada en la guerra, ha acordado venirte á buscar con gran poder; para lo cual ordenó que su ejército se dividiese en tres escuadrones, compuestos de arcabuceros y de gente escogida. La una division, compuesta de ocho mil soldados de mucho valor, trae por capitan al llamado Derri; la otra, que es de otros ocho mil, muy buenos tiradores, vendrá mandada por Abonuaile, natural de Guadix, bravo capitan tambien; y la otra, compuesta de solo monfis, toda gente aguerrida, es de tres mil hombres, exentos de temor, que manda el Habaquí, á quien tiene en mucha estima nuestro Abenumeya por su esclarecido valor. El orden que seguirán en el acometimiento de tu real, poderoso señor, es el que una escuadra deba venir por la parte de Ogijar, la otra por la de Dalias, y la otra por la de Adra, embistiéndote todas á un tiempo. La que ha de venir por la parte de Ogijar se propone dar por la calle del Agua, y combatir por la parte en que tienes encerradas á las moras; la de Adra dará por la del Olivar, y la otra acometerá por la calle de la Iglesia. No tengo otra cosa que decirte: la venida será mañana al amanecer, puestos todos de encamisada, para que andando en la batalla se

reconozcan mas fácilmente: esta es la verdad, y así apercíbete á la defensa.»

Luego que dijo esto el espía, no maravillado el marqués del poder del reyecillo, mandó que aquel saliera de allí, y trajeran al otro, el cual siendo preguntado sobre la determinacion de su soberano, la gente que traia, y dónde estaba, con muy buen semblante contestó de esta manera:

Razonamiento y confesion del otro espía.

«Has de saber, magnánimo y escelente señor, que yo soy de Bolodui, y del linage tan nombrado de los Albejarines, de quienes ya habrá oido hablar tu escelencia, pues son naturales de tus tierras. Yo, como mancebo, y deseoso de manejar las armas por mostrar el valor de mi persona, así como lo hicieron mis pasados, viendo la revolucion y los principios de esta guerra, me alisté al servicio del señor de Valor, que habíamos reconocido por rey. Pero viendo luego que la guerra no se seguia con el buen orden que era de esperar, resolví pasarme á la parte de las Cuevas, donde asisten mis parientes y se mantienen quietos. Por influjo de mi corta fortuna no pude despues poner este pensamiento en ejecucion, porque un dia me ví preso por casualidad de la vista de una mora muy hermosa, llamada Almanzora, en este lugar mismo donde estamos, y al que vine enviado por mi rey para el despacho de ciertos negocios. La hermosa mo-

ra me hizo detener aquí mas de lo conveniente, porque ambos quedamos prendados, y hecho concierto de casarnos, pudimos gozar de algunos dias de felicidad celestial. Sin embargo, la obligacion que tenia de volver en busca de mi rey, me separó de ésta mi nueva gloria, y de todo mi bien y consuelo: volví á Valor (¡ojalá no hubiera vuelto!) llevando siempre esculpida en el alma la imagen de mi Almanzora; me parecian mil años cada hora de ausencia, y así deseaba vivamente el fin de la guerra para pasar toda mi vida en la compañía de mi señora. Mas quiso el cielo que durando por mi daño, llegasen á esta parte tus militares banderas, adonde todo mi bien cayó en tus manos. Luégo que yo supe que Verja estaba ocupado por tu poderoso ejército, estando codicioso de averiguar la suerte y fin que habia tenido una prenda tan preciosa, y no pudiendo vivir sin ella, determiné aventurarlo todo, entregándome á la muerte ó á perpétua servidumbre por buscar, y aun si me fuese posible recobrar á mi querida Almanzora. Por este motivo deserté de mis reales, y tomando el camino de mi gloria, tuve el contratiempo de ser cogido y traido del modo en que me veo á tu presencia en el mismo lugar donde en otro tiempo fue todo mi contento. Mi ánimo era ponerme en tus manos, y salí como esclavo de Valor tomando la vuelta de Verja, cuando mi mala fortuna quiso que encontrase á un soldado tuyo, tan valeroso como el dios Marte, el cual despues de herirme me prendió. Pero sabrás, in-

vieto marqués, que en mi prision no hubo mucha resistencia por el vivísimo deseo que tenia de venir á Verja, y saber el paradero de mi alma: á no haber esto de por medio no fuera tan breve mi rendimiento, y antes hubiera consentido morir, que verme en prision. En mi estado actual no puedo huir de ser tu esclavo: de tus tierras son mis padres, y lo fueron todos mis pasados; y así haz de mí lo que quisieres. Pero si me has de dar la muerte, ó buen marqués, suplico á tu grandeza, que antes me permitas vér á mi Almanzora, con solo lo cual moriré consolado. Sobre lo que deseas saber acerca del estado del reyecillo, que así le llamais los cristianos, puedo asegurarte, escelente marqués, que vendrá contra tí á darte una cruda encamisada con tres grandes mangas de arcabuceros, y que cada manga ha de entrar por su parte: discreto eres, tienes valor, y de guerra entiendes; mira por tu campo y por tu persona. Ahora haz de mí lo que cumpla á tu voluntad; yo me ofrezco á servirte lealmente hasta el último instante de mi vida, y si admites mi voluntad la entregaré á tu servicio, y pondré mi gloria en andar siempre al lado de tu estribo.»

Con esto dió el moro fin á su razonamiento, dejando muy maravillado al marqués de la historia que le habia referido; y como su ánimo era tan clemente y virtuoso como noble, tuvo mucha compasion de aquel moro; y mandó que le curasen con diligencia y que le diesen racion distinguida, porque al fin era de noble sangre y descendiente de caballeros principales. Este moro

caballeros principales de Murcia y de otras partes, siendolo de la mayor distincion D. Diego de Leiva y el hijo del conde de la Coruña. El gallardo Andrés de Mora, sargento mayor del tercio, y su ayudante Pinar de Loaisa, andaban con toda la solicitud que requeria el caso, amonestando y exhortando con palabras que volaban á todos los capitanes y soldados del ejército, poniéndoles en su consideracion la fama inmortal que iban á ganar saliendo airosos de aquel peligro. Viendo el susodicho Mora que estaba ya todo el campo muy bien apercibido, y no faltaba mas sino que se mostrasen las contrarias moriscas banderas, se fue á la plaza de armas donde aguardaba el marqués, á quien informó de que estaba todo listo para la batalla. Muy satisfecho de esta noticia el valeroso Fajardo principió á hablar á la caballeria de su mando y á todos los gefes y capitanes que le rodeaban, con palabras llenas de mucha gravedad, en los términos siguientes:

Exhortacion del marqués de Velez á las tropas de su mando.

«Valerosos caballeros y escelsos capitanes, ayuntados aqui bajo de mis militares banderas para el buen servicio de S. M.; se os presenta la ocasion mas honrosa de que cada uno de vosotros ostente el valor que heredó de sus antepasados, para que la fama inmortal adquirida y ganada por ellos, venga á aumentarse y engrandecerse por vuestras obras. Y advertid que seria

para nosotros gran mengua que una gente tan débil y tan mal usada en la milicia, viniera á deshacer y aniquilar la gloria que con tanto afan llevamos ya ganada. Ninguno de los nuestros repare en la muchedumbre de los enemigos, sino en lo poco que valen! Tenemos noticia de que nos han de asaltar veinte y dos mil moros no mal armados, y nosotros no somos mas que dos mil; pero se ha de hacer cuenta con que cada uno de nosotros vale por mil de ellos: yo por mí solo me encargo de dos mil, y á mi caballo le sobran otros tantos. ¿Y qué son nueve mil moros para la infantería de nuestro valeroso campo, y otros nueve mil para vosotros, mis ilustres caballeros, que teneis tanto ánimo y tan acreditado esfuerzo? Pues todavia nos sobra el bélico sonido de nuestras claras trompetas y el de las resonantes cajas, cuyo espantable estrépito basta para desmayar á otros tantos diez mil enemigos. Asi teniendo todos unas ventajas tan ciertas y claras, no hay duda en que esté de nuestra parte la victoria: haga cada uno su deber como buen caballero, y procure que no se malogre la gloria de una empresa tan honrada como la que hoy nos viene á las manos.»

Esto dijo el valeroso marqués á la escuadra ilustre de su caballería, la cual prometió hacer todo cuanto en tal caso estaba obligada. Mandó S. E. que ningun caballero saliese de la plaza de armas hasta que él lo mandase; y en seguida pidió su lanza, de la cual fue servido luego, y era tan recia, que un hombre haria harto en poder-

llevar al hombro. La tomó el marqués, puso
encuentro en tierra, y arrimado á ella estuvo
an parte de la noche aguardando las banderas
emigas. Ya se habia vencido la soñolienta mo-
rra, y pasádose dos cuartos del alba esperada,
ando vinieron á avisar al marqués de que por
camino de Ogijar se habia sentido gran rumor
gente, á lo que respondió, que todo el mun-
estuviese bien alerta en aquella parte; y no
rdó mucho en llegar otro aviso á S. E. sobre
berse sentido otro rumor grande hácia la par-
de Dalias. El gallardo general mandó tambien
ue las banderas apostadas por aquel punto, es-
viesen bien apercibidas. Aun no se habia pa-
ido medio cuarto de hora cuando volvieron á
visar de que por el mismo camino de Dalias se
abia descubierto gran multitud de gente, que
lanqueaba mucho y venia á toda priesa. Man-
ó S. E. que se tuviese gran cuenta, y preguntó
uánto podria tardar en su arribo aquella escua-
ra. Sobre este último aviso, vino todavia otro,
reviniendo que por la parte de Ogijar y Anda-
ax se habia descubierto grande escuadron de
oros, todos de blanco, y caminando muy aprie-
. A esto respondió S. E. que pasase la palabra
secreto de uno á otro, para que todos los sol-
ados prontamente pusiesen las cuerdas en las
erpezuelas de los arcabuces, y estando ya pues-
todo á punto y bajo del orden que habia se-
alado el buen marqués, no tardó en oirse por
parte de Dalias el temeroso alarido de *al ar-*
-, *al arma, que viene el enemigo*. Luego aquel

confuso escuadron morisco acometió con mucha furia, dando su descarga de arcabucería en las banderas cristianas que estaban de aquel lado, y cuyos capitanes con valeroso ánimo resistieron la demasiada pujanza que traian los moros: hizo en ellos notable daño nuestra arcabucería correspondiendo á su carga; pero como ellos eran tantos, no hicieron aprecio del número de los que habian muerto, y rompiendo por el cuerpo de guardia de los cristianos, entraron hasta llegar á las banderas del reducido, mandadas por los capitanes Barrionuevo, Cantos y Cañavate. Defendieron estos aquella entrada heróicamente; y si los soldados que militaban bajo de sus banderas fueran de tanto valor como ellos, jamás pasaran los moros adelante; pero la gente del reducido, cobarde y bisoña, como poco acostumbrada á hallarse en tales ocasiones, se dejó poseer de un pánico terror, y dió á huir, desamparando sus banderas, y no parando hasta meterse en la torre de la iglesia. Por esta causa llegando los moros en confuso tropel, ganaron la bandera del capitan Barrionuevo, habiendo atropellado á su alferez. Viéndose el bravo capitan desamparado de sus soldados y en poder de enemigos su bandera, lleno de indignacion, como un leon desatado arremetió contra toda la escuadra morisca, yendo solo en su ayuda su buen alferez, y entre los dos hicieron tanto á cuchilladas, que tornaron á recobrar su bandera, matando al turco que la llevaba, y junto de él á otros muchos moros que se la defendian. Llegó esta noticia á S. E.

y mandó que nadie se saliese de la plaza de armas. A esta sazon se oyó de la parte de Ogíjar grande rumor de arcabucería, y la causa era haber llegado allí con grande pujanza y dando fuertes alaridos la otra division de enemigos; mas si traian pujanza, no hallaron menos en el valeroso Alonso Martinez Galtero, en sus oficiales subalternos, y en todos los bravos soldados que estaban de guardia en aquella parte. Aquí se comenzó una batalla cruel, donde murieron muchos moros á manos de los cristianos, habiendo hecho maravillas los de Murcia, porque como aquellos venian de blanco eran conocidos fácilmente, y por estos hechos pedazos; pero con todo eso el cuerpo de guardia fue rompido tambien, y todo el lugar se llenó de escuadras moriscas, que peleaban como dañados. A los capitanes de Lorca, á sus alféreces y sargentos no les holgaban las manos, porque cada uno de por sí guardaba su calle valerosamente, sin dejar pasar á ningun moro á la plaza de armas. Luis de Guevara, capitan bravo, guardó tan bien la calle del Agua, y mostró tanto valor en su persona, que fue maravilla; contándose mas de cincuenta moros muertos por su mano. No menos ardor mostraba Juan Mateos Rendon con su escelente compañía, pues por la parte en que estaba no pudieron sus enemigos dar un solo paso adelante: del mismo modo se distinguieron Juan Navarro de Alba, Juan Felices Duque, Adrian Leonés de la Alberca, y finalmente todos los capitanes de Lorca con sus soldados, que se distinguieron

matando é hiriendo en los moros duramente. Estos á la sazon habian ya rompido con gran pujanza todos los cuerpos de guardia, y por su parte hacian notable daño en los cristianos: allí mataron á un ayo del hijo del conde de la Coruña y á algunos otros soldados. El buen capitan Nofre Ruiz, apostado á la parte de Adra, aguardaba la tercera manga de moros que habian de venir por allí; y en cumplimiento de la orden que se le habia dado, se mantuvo firme en su puesto, aunque él y los suyos mas quisieran hallarse en la refriega que pasaba: de este modo se mantuvo dudosa la batalla hasta que abrió bien el dia, á cuya luz los cristianos obraban prodigios contra los moros. Siendo advertido el buen marqués del estado en que estaba la lucha, quisiera salir con su caballería contra los enemigos; pero como tenia noticia de que solamente habian llegado dos escuadras de moros, y faltaba la otra que debia venir por la parte de Adra, no se resolvió á dejar por entonces la plaza de armas. Andaba como digo la batalla dudosa, levantándose por todas partes gran vocería, y resonando las trompetas y cajas militares entre el choque de las armas, de modo que parecia hundirse aquellas sierras: era tanta la humadera de la pólvora, que no se podian divisar bien los unos á los otros; y sé decir, que si los moros fueran soldados y medianamente diestros en la guerra, allí acabaran con todos los cristianos, sin que escapara uno, porque veinte y dos mil hombres bien armados poco tenian que hacer para destruir á dos

mil. Quiso Dios por su misericordia librar de aquella afrenta al buen marqués de Velez y á los demas de su campo; para lo cual sirvió eficacísimamente un ardid. Andaba la batalla muy encendida por todas partes, y entiéndase que á punto de que los moros por ser muchos salieran con victoria, cuando se oyó una voz, que no se supo de dónde venia, ni quién la dió, diciendo: *á ellos, á ellos, que huyen, que huyen los moros.* Oida esta voz por los cristianos, cobraron grande ánimo, y aunque no osaban dar el *Santiago* sin la orden de su general, arremetieron á los moros, los cuales sobresaltados por aquella voz, y desmayados de todo punto, comenzaron á salir con priesa del pueblo, y á huir la vuelta de Andarax. Siendo de ello avisado el marqués mandó que prontamente se reconociese un olivar que habia á la parte de Adra, y que viesen si Nofre Ruiz con su gente estaba de guardia en aquel punto: hízose al instante la diligencia, y respondieron al marqués, que por allí no parecia otra cosa mas que el susodicho Nofre Ruiz, siempre firme en el puesto que se le habia señalado. Luego S. E. mandó á este capitan que partiera de allí y siguiese á los moros, como lo hizo, llegando á muy buena ocasion con su gente, y pudiendo muy bien mostrar su valor y la fortaleza de ánimo de sus soldados. Ademas, luego que el marqués vió que estaba seguro por la parte de Adra, mandó dar el *Santiago* á todo el campo, que tocasen las trompetas, y él al mismo tiempo con toda la caballería arrancó contra los mo-

ros alanceándolos, y matando á tantos por entre sus desventurados escuadrones, que estos entonces cayeron de ánimo enteramente, y puestos en fuga no aguardaron mas para sostener el impetuoso choque de las armas cristianas. Huyendo los moros parecia que volaban por los aires; y no pudiendo alcanzarlos los caballos, en un instante se escaparon todos por aquellas sierras, dejando cerca de tres mil muertos en los caminos. No olvidando el marqués que por la parte de Adra aun podria venir la tercera manga de moros prometida, mandó que se tocase á recoger, y estando de vuelta en Verja, quiso que aquellos soldados del reducido que huyeron de la batalla, en castigo sacasen los muertos del lugar al campo y los quemasen. Se hallaron muchos pertrechos de guerra de los moros, como escopetas, alfanges, gorguces y otras armas, que fueron de gran provecho: luego mando que al ayo del hijo del conde de la Goruña se le enterrase en la iglesia honradamente, y tambien á otros cristianos que murieron en la batalla. Esta fue tan sangrienta como gloriosa para los vencedores; pero teniendo ya necesidad de volver á tratar de las cosas de Granada y de lo que allí se ordenó, dejarémos al marqués de Velez hasta su tiempo, diciendo primero un romance que sobre el contenido de este capítulo hizo un servidor de S. E.

Despues de aquella victoria
que el reyecillo tuviera
del buen Alvaro de Flores,
tan dolorosa y sangrienta;

Con gran soberbia y orgullo
juntó consejo de guerra,
seis leguas habia enmedio,
donde su real asienta:
Luego envia tres espias
para descubrir la tierra
y el real de los cristianos,
si estaba puesto de guerra.
Los espias vuelven luego
y al reyecillo dan nueva,
que bien puede acometer
al de Velez y sus tiendas.
El de Velez muy confuso
estaba en estas comedias;
no sabe do estan los moros,
ni do tienden sus banderas.
Para saber algo dello
grande diligencia hiciera:
enviado ha dos espias
vestidos á la turquesca,
Que saben la lengua mora
como criados en ella.
Estos trajeron dos moros
que saben bien de la guerra:
Al uno dieron tormento,
y en él cantando da cuenta
como Abenumeya viene
á darle batalla fiera
Con tres escuadras de gente,
formadas de sus banderas,
y pasan de veinte mil
los que vienen de pelea.

El marqués luego se alista
para el alba venidera,
porque confesó el morisco
que antes que el alba rompiera
Habian de dar asalto
por las tres partes á Verja,
y asi puso el campo en arma
como muy diestro en la guerra.
Tan solo falta una hora
para que el alba aparezca,
cuando llegaron los moros
á dar crudo asalto á Verja.
Mas los famosos cristianos
no faltan en la pelea,
que con ánimo sobrado
dan en los de Abenumeya,
Y al romper del claro dia
la batalla va sangrienta.
Pero tanto es el valor
de las cristianas banderas,
Que hacen al enemigo
subir huyendo á la sierra.
El valeroso marqués
llevaba la delantera,
Matando y alanceando
al que delante cogiera:
él solo por su persona
mató moros mas de ochenta.
Toda la caballería
puso á Muley en afrenta,
matándole la canalla
que enviado habia á Verja.

Murieron mas de tres mil
moriscos en la pelea;
los demas fueron huyendo
esparcidos por la sierra.
Alcanzada esta victoria
el marqués se vuelve á Verja,
en donde le dejarémos
hasta que demos la vuelta.

CAPITULO XIII,

en que se pone cómo el marqués de Mondejar fue á la corte y luego volvió á Granada libre de las acusaciones que sus émulos habian provocado; y cómo enojado el reyecillo porque el marqués de Velez desbarató su gente, puso cerco á Vera, saqueó las Cuevas y las demas villas del marqués.

Ya hemos contado como salió de Orgiva el marqués de Mondejar, dejando allí su real, y poniendo presidio de valerosos soldados en los lugares mas fuertes, conforme se lo habia mandado S. M. Luego, pues, que el marqués llegó á la corte se le hicieron cargos de que estaba muy distante, y á los cuales cumplidamente satisfizo, sacándose en limpio su inocencia, y quedando libre de todo lo que le era imputado. Visto asi por S. M. le mandó volver á Granada para aguardar allí sus órdenes posteriores, y entretanto proveer desde allí de lo necesario á los presidios de las Alpujarras. Dejemos, pues, al mar-

qués de vuelta en Granada, y reconocido como leal y fiel vasallo, para decir algo del rey Abenumeya, que muy enojado por la derrota de su gente, resolvió destruir los lugares propios del marqués de Velez, y asimismo dió órden de cercer á Vera y tomarla por fuerza de armas, atento á que aquella ciudad estando cerca del mar, era muy conveniente para el fin de sus intenciones, y porque si venian los socorros de Argel ó de Fez tuviesen donde desembarcar las banderas africanas, sin que les parase perjuicio. Aunque es playa la mar de Vera tiene desembarcaderos muy buenos y cercanos, como son el puerto de Aguilas, los terros blancos, y otras calas grandes y seguros de las procelas del Oceano. Asi es que para esto Abenumeya queriendo tomar el parecer de sus capitanes y de los demas gefes de su campo instruidos en el ejercicio militar, los juntó en consejo de guerra; pero tambien le dejarémos aquí con los suyos para hablar de la barca que tomó la vuelta del poniente, llevando los despachos del reyecillo al de Fez, pidiéndole favor y ayuda para continuar la guerra de Granada.

Partido, pues, el bajel del Farallon de la mesa de Roldan, atravesando el mar de España, y llegando á las riberas de Berbería, tomó el derrotero de poniente, y le siguió hasta el famoso rio de Tetuan, en donde desembarcaron sólos dos de los que iban, y tomaron la vuelta de Fez y Marruecos. Luego que llegaron á la presencia del rey de Fez presentaron los despachos que llevaban de Abenumeya, y abierta una

carta escrita en arábigo granadino, se vió que decia así:

«A tí, soberano y poderoso rey de Fez y su «distrito, te conceda salud el santo Alá; Mahoma «tambien te bendiga y sea propicio para que con «valor y pujanza goces siempre el real cetro y «la corona con tanta razon por tí poseida. Has «de saber, muy poderoso señor, que el santo «Alá por su infinita misericordia ha querido que «el antiguo reino de Granada, de antes ganado y «poblado por las naciones africanas de esos tus «reinos, se haya levantado con justa razon contra «el rey de Castilla, que le tenia tiranizado cruel«mente y puesto en servidumbre perpétua; de «manera que los moradores de dicho reino de«seando recobrar la dulce libertad á fuerza de «armas, me eligieron por su rey como legítimo «descendiente de sus soberanos, y de aquel cla«ro tronco de Abenumeya; y para salir airoso «con su pretension, he acordado implorar tu fa«vor y real auxilio, el cual por tus mayores ja«más fué negado en los pasados tiempos á los «reyes de Granada. Alentado con esta confianza, «como deudo tuyo muy cercano, y de tu real «sangre procedente, te suplico que no me lo nie«gues, pues no hay derecha causa para negarlo. «Y para que entiendas si lo puedes dar con fun«damento, sabrás que debajo de mis banderas «militan mas de cien mil soldados de la secta «mora, todos bien armados; y no cuento toda«vía con otros doscientos mil que aguardan para levantarse la ocasion de tu socorro; sabiendo

«muy de cierto, que con él y el que juntamente «espero, del Gran Señor prometido, toda España «quedará pronto sometida á las africanas bande«ras y puesta bajo de las reales coronas de Afri«ca y Libia, como de antes solia estarlo. Suplico, «pues, á tu grandeza, que no sea iliberal en so«correr á tus deudos, pues de ello resultará al «cabo tanta gloria, honra y provecho. Queda tu«yo. De Granada etc.=Abenumeya, rey.»

El rey de Fez acabando de leer esta carta, se maravilló mucho de que se hubiera levantado aquel reino contra la grande potestad del rey Felipo; y luego entendió, como hombre prudente y considerado, que no podia tener buen fin semejante guerra, haciéndose á un soberano tan poderoso, que habiendo sujetado á casi todas las naciones del mundo, no consentiria largo tiempo dentro de sus mismas tierras aquel levantamiento. Así, consultando la razon, y no despreciando el éxito que pudiera resultar, dió á los mensageros del reyecillo su respuesta á las cartas que habian traido, y los despachó con algunos regalos, especialmente con una rica sortija de oro, en la cual estaban esculpidas sus reales armas. Con esto partieron de Fez los granadinos, y no pararon hasta donde habian dejado su bajel con los demas compañeros, los cuales se holgaron mucho con su llegada. Saliendo de allí con buen tiempo, arribaron en pocos dias á Sorbas, donde desembarcaron, y entrando por la tierra adentro supieron que el reyecillo estaba en lo alto de las Alpujarras en un lugar llamado Codbar.

Fueron allá, y llegaron al tiempo en que estaba ocupado en el consejo de guerra sobre la ida á Vera, de que ya hemos hablado. Luego que Abenumeya supo el arribo de los mensageros recibió de su mano muy alegre las cartas del rey de Fez y la sortija real que le regalaba; fueron luego las cartas abiertas, y se vió que en arábigo decian así:

«Prospere Mahoma tu estado, y te dé favor «para que salgas de tu pretension como deseas. «Recibí una tuya en la cual por via de parentes«co, y porque á ello obliga la razon, me pides «socorro para entrar en esos reinos de España, «diciendo que eres rey de Granada, y que te «has levantado con todo el reino contra la po«tencia del rey Felipo. Grande y dificultosa cosa «emprendes, y tal, que imagino no tendrá buen «fin; porque mal podrá ser contrastado por tí «aquel que tiene casi todo el mundo debajo de «su pie. Mira, pues, con atencion, y advierte «bien lo que pretendes, porque aquel que no «considera los fines, no puede acertar en los «principios. Los tiempos de ahora no son como «los pasados de que hablas, cuando entraron los «moros en España. Esta nacion tiene ahora un «rey, y en aquel tiempo si le habia, no tenia «justo título, ni las armas que ahora se usan en «la guerra se usaban entonces. Cada uno de los «vasallos que tiene el rey de Castilla vale tanto ó «mas que Rodrigo el que perdió la España; y «con tal rey y tales vasallos es muy dificil de con«quistar una nacion. Toma mi consejo, Abenu-

«meya, y reconcíliate con tu señor, pues asi le «puedo llamar: allana las banderas, humilla los «pensamientos, y no dés lugar á tu total perdi«cion. Si quieres vivir en libertad y no estar su«jeto á Felipo, sal de España, pasa el mar, y «vente á mis estados de África, que como deudo «que eres mio, descendiente de mi real sangre, te «aseguro de que serás de mí estimado y de mis gen«tes preferido á otros que andan á mi lado. Si no «quieres hacer lo que te aconsejo, sino seguir tu «intento, y acaso Mahoma te fuere tan propicio, «que le puedas llevar adelante, mejorándose tus «cosas, y dándote el Gran Señor el ayuda de que «hablas, yo tambien te ofrezco buenos socorros «si me dieres en España libres y desembarazados «puertos para su arribo, lo cual tengo por im«posible. Alá te guarde, y Mahoma te bendiga y «dé gracia para que aumentes su secta. De Fez «para lo que te cumpliere=Mahomat, rey de «Fez.» Leida esta carta por el reyecillo delante de los de su consejo, no quedó muy contento de lo que el de Fez le ofrecia, ni de los consejos que le daba; y asi dijo á sus capitanes, que estando ya levantados con tan poderoso ejército, lo que mas convenia en aquellas circunstancias era cobrar los puertos inmediatos á la ciudad de Vera, porque una vez tomados, no le cabia duda de que el rey de Fez le cumpliria su palabra, habiéndole enviado ya su real anillo y en él su sello. Conformáronse los capitanes moros con este dictamen, y añadieron, que aun cuando el de Fez no prestase el socorro prometido, el del Gran Se-

ñor no faltaria, y podia esperarse tambien el de otros soberanos de las costas del mar Líbico. En seguida Abenumeya salió de las Alpujarras y tomó la vuelta del rio de Almanzora, llevando consigo mucha gente de aquellos lugares, hasta llegar á la ciudad de Purchena, en donde fue muy bien recibido del valeroso capitan Maleh y de la tropa que mandaba. Sirvió de mucha satisfaccion al reyecillo que el Maleh aprobase su intento, y el viage que llevaba para la ciudad de Vera; y así le prosiguió yendo siempre por el rio abajo hasta llegar á las cercanías de Gurgena, donde se apartó de él, y tomando la vuelta de la atalaya de la Ballabona, se puso por allí en pocas horas á la vista de la ciudad, en donde habia ya noticia de la venida; y por esto estaba preparada para su defensa, con las puertas muy bien cerradas y hecha buena provision de las cosas necesarias. Luego que llegó el moro, lo primero que hizo fue destruir la poca gente de guerra que tenia la ciudad, y con quince mil hombres que llevaba ponerla un poderoso sitio, desde un punto tan cercano á las murallas, que las balas de la arcabucería alcanzaban de la una á la otra parte del pueblo. Puestos los de Vera encima de la muralla, tiraban arcabuzazos á sus enemigos, y les hacian mucho daño; por lo cual los moros derribaron varias casas del arrabal, y abrieron en las paredes maestras muchas troneras, desde donde tiraban á su salvo á los de la muralla. Dentro de la ciudad andaba un ruido espantoso entre mugeres, niños, soldados y ciudadanos, andando

revueltos todos unos con otros: los hombres acudian adonde mas combatida se veía la ciudad, recelando que el enemigo trajera escalas para tomar los muros; y con efecto si las llevaran los moros, hubiera sido por ellos ganada Vera sin duda alguna: las mugeres trabajando varonilmente con las faldas alzadas, unas hacian balas para que las tirasen sus maridos, y otras asaban carne y guisaban ollas para los defensores de la plaza. Todo era comun en la ciudad, y todos comian de lo que habia, sin apartarse un punto de la muralla por el temor de que el enemigo la escalase. Hacián de noche grandes hogueras en la plaza y por todas las calles, de manera que estaba la ciudad tan clara como si fuera de dia. Tenian como de reserva unos sesenta soldados de á caballo, y algunos decian que saliesen fuera de la ciudad á escaramucear con los enemigos, pensando otros que esto no era bien acordado, porque los moros eran muchos, y ellos luego serian muertos á escopetazos. Sonaban las cajas de guerra de los moros, y correspondian las trompetas de la caballería cristiana; de modo que dentro de la ciudad andaba un alboroto muy grande: asi estuvo Vera cerca de dos dias. Los moros llevaban una pieza de batir, y dispararon con ella un tiro al cubo de una torre, al cual hizo notable daño: esto sucedió el dia primero del cerco; pero quiso Dios que aquel tiro fue el primero y el postrero, porque rebentó la pieza por la demasiada carga que la echaron; pues á no suceder así, fuera entrada y saqueada la ciudad á pocos

tiros que tiraran. En la segunda noche de verse los de Vera en tanta estrechez, acordaron enviar á pedir á Lorca socorro con toda diligencia, y asi apenas rompió el alba abrieron con el disimulo mayor que se pudo una de las puertas de la ciudad, y por allí enviaron á dicho fin tres escuderos sobre buenos caballos. Apenas salieron fuera cuando picaron de espuela y echaron á volar con la rapidéz del rayo: luego que los moros los vieron les tiraron muchos escopetazos, y quiso Dios que no les acertara ningun tiro. El que de los tres llevaba mejor caballo llegó á Lorca á las once del dia, habiendo andado once leguas en seis horas: otro llegó á las doce, y ya á este tiempo estaba junta en cabildo la ciudad de Lorca deliberando sobre lo que se haria, porque estando Vera en la jurisdiccion de Granada, no habia obligacion precisa de socorrerla. Sin embargo se acordó que fuese Vera socorrida, y asi tocando luego la campana á rebato se juntó en la plaza mucha gente de guerra, á la cual se dieron arcabuces de los que casualmente tenia la ciudad en su sala de ayuntamiento, que habian venido de Cartagena para Huesca, y cuyo factor ó comisionado era Luis de Salazar, escribano de Lorca. En seguida proveyeron de plomo y cuerdas á todos los de la jornada, con tanta prontitud, que á la una de la tarde ya estaba lista para partir toda la gente de socorro. Se nombraron capitanes, de caballería á Diego Mateo, el Viejo, llamado Guevara, que habia venido del campo del marqués, y de infantería á Adrian

Leonés Alburquerque, hombre de mucho valor. Juntáronse en la plaza de Lorca ochocientos soldados de á pie, todos jóvenes y buenos tiradores, y unos ochenta de á caballo, compuestos de hijosdalgo, y de las familias mas distinguidas. Serian las dos de la tarde cuando la gente brillante de Lorca salia ya por la puerta de Nogalte, y tomaba la vuelta de Vera, sin que jamás se hubiese visto antes reunido un socorro con tanta presteza. Caballeros y peones salieron á rebato y volaron como aves, de manera que al anochecer llegó á la fuente de Pulpi toda la gente, y tomado un corto refresco, pasó de allí adelante sin parar un solo punto, y al romper del alba se halló ya al pie de las murallas de Vera gritando: *Santiago*, *Santiago*, *aqui está Lorca*, *que viene de socorro*. El reyecillo malo luego que vió salir de Vera á los caballeros para pedir socorro á Lorca, perdió la esperanza del buen éxito de su empresa, aunque toda aquella noche combatió la ciudad vigorosamente pensando todavia tomarla. Para saber cuando llegaria el socorro despachó espias y puso atalayas en los puntos mas elevados de la sierra: estas luego que descubrieron la gente de Lorca que acudia al socorro de Vera, haciendo humadas muy grandes, avisaron con la señal concertada al reyecillo para que pudiera retirarse. Las humadas se percibieron al tiempo que los de Lorca llegaban á la fuente de Pulpi, y el campo moro tomó inmediatamente la retirada por el rio de Almanzora: llegaron á las Cuevas, donde despues de haber saqueado el

lugar destrozaron un huerto muy hermoso del marqués. Cuando los de Lorca llegaron á Vera al amanecer del dia siguiente, ya el reyecillo habia pasado de las Cuevas, y marchaba para Purchena. Contentos los de Vera al verse asistidos de un socorro tan pronto y tan bueno, abrieron las puertas de la ciudad para que entrara á refrescarse en ella toda aquella gente. Mas luego que los de Lorca supieron que habia poco mas de dos horas de que el reyecillo partió de allí, acordaron seguirle, y aunque venian cansados de andar toda aquella noche, partieron tras él aceleradamente, y llegaron á tiempo de sorprender en el rio de las Cuevas á la retaguardia del enemigo, y trabar con ella una brava pelea. Pero como los moros caminaban á toda priesa, y no se pararon á la escaramuza, sino que siguieron marchando y tiroteando, recelosos los de Lorca de que la vanguardia rodease por la parte arriba del rio y los cogiesen en medio, se metieron en las Cuevas, que acabaron de saquear, porque sus moradores se habian ido con el reyecillo, y se volvieron á Vera, donde fueron muy agasajados, como lo merecian y habian bien menester por el trabajo que habian pasado. Es de saber que al tiempo en que los de Vera estando cercados pidieron socorro á Lorca, se dió aviso tambien á la ciudad de Murcia, la cual, aunque no tenia obligacion de acudir á aquella plaza sino á Cartagena solamente, se prestó á enviar tropas de socorro por hacer servicio á S. M. del mismo modo que lo habia hecho Lorca. Al pun-

to se tocaron cajas y echaron las campanas á rebato para juntar gente; y aunque se hizo toda la prevencion con la mejor voluntad, no pudo ser con tanta presteza como el caso demandaba, lo uno por la gran distancia que habia de Murcia á Vera, y lo otro porque su Corregidor mas era para letrado que para soldado. Al fin la noble ciudad de Murcia salió con cinco mil hombres muy lucidos y bien armados; pero cuando llegaron á Lorca ya eran pasados cuatro dias de que los de esta última ciudad hicieron levantar el cerco de Vera, como llevamos dicho. Con todo eso los de Murcia acordarón pasar adelante, llegar á Vera, é ir desde allí en seguimiento del enemigo; lo cual visto por los de Lorca, resolvieron marchar en su compañía, y para ello se pusieron á punto dos mil hombres, poco mas ó menos. Llegaron allí tambien á esta sazon las banderas de Zehegin, Mula, Caravaca, Totana y Alhama, que sabedoras de que Murcia, cabeza de su partido, hacia aquella jornada, habian salido todas igualmente con ánimo de socorrer á Vera. Todas estas banderas, que reunirian mas de diez mil hombres, salieron de Lorca una tarde; y poniéndose en camino por el orden que corresponde á la milicia, los de Lorca quisieron llevar la vanguardia, reclamando la antigua posesion en que estaban de esta preeminencia, por ciertas provisiones que dieron en su favor los reyes pasados yendo á la conquista del reino de Granada. No queria consentirlo Murcia, por ser cabeza de reino; y asi hubo sobre esto entre las

dos ciudades algunas diferencias. Las banderas de Zehegin, Aravaca, Totana, Mula y Alhama se pusieron de parte de las banderas de Lorca; y como Murcia llevaba un corregidor flojo, mas letrado que soldado, llamado Varela, no supo dar la orden que era menester en aquel caso, pues si él fuera tan buen general que ahorcara al punto á una docena de los promotores del motin, hubieran sido las resultas muy diferentes. Los de Lorca pertinaces en su propósito tomaron la vanguardia con toda diligencia, siguiéndoles las banderas que hemos dicho, y muy enojados de esto los de Murcia, quisieran romper con todos. Iban sin embargo allí caballeros muy principales y cuerdos, que sabian muy bien tomar el pulso á semejantes negocios, señalándose entre otros D. Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago, su hermano D. Francisco, D. Pedro Riquelme, D. Pedro Carrillo de Albornoz, y Pedro de Balboa, todos recienvenidos del real del marqués de Velez. Llevaban, pues, la vanguardia los de Lorca, pero no tan esclusivamente que dejasen de ir con ellos muchos de Murcia obstinados en sostener aquella punta: el capitan de los primeros era el licenciado Juan Leonés, hombre de mucho valor é hidalguía; el alferez de la bandera era otro hidalgo, llamado Juan Marin, soldado viejo de los de Flandes; su sargento era de Baeza, llamado Juan de Medina, hombre esperto en la guerra. Ademas habia otros muchos hidalgos de la ciudad de Lorca con aquella gente, como Leoneses, Guevaras,

Ponces de Leon, Ponces de Guevaras, Alburquerques, Falconetas, Estadillas, Navarros de Cervera, Alcázares, Loritas, y otros que no se cuentan. Llegaron presurosamente á la fuente de Pulpi, junto á la cual se alojaron los de Lorca en lo mejor de aquellos ranchos: llegaron los de Murcia, y se alojaron tambien entre los de Lorca. Estando ya todas las banderas alojadas, á poco rato se tocó un alarma, la cual fue falsa; mas túvose cierta pesadumbre porque un negro desmandado, con licencia ó sin ella, se llegó á la bandera de Lorca, que habiendo dejado sus primeros alojamientos estaba con su gente retirada á un cerrillo, y la quiso detener cuando bajaba con su capitan á toda priesa, acudiendo adonde se dió el alarma, que era á la parte de Vera. Asi como el negro hizo esta imprudente diligencia, un soldado de Lorca le dió un arponazo, y le mató, pasando adelante la bandera con su capitan hasta llegar á lo hondo del camino real. Súpose luego que el alarma habia sido falsa, y toda la gente, tanto de la una como de la otra parte, se volvió á sus alojamientos, subiéndose otra vez Lorca al cerrillo de donde habia bajado: se supo tambien la muerte del negro, que era de un caballero llamado Juan Tizon, y la causa por qué le mataron; pero no pudiéndose averiguar el matador se pasó por alto el caso en aquella noche. De la gente de Murcia salió á caballo un hidalgo, y tomó la vuelta de Vera para reconocer el estado en que estaba; haciendo esta diligencia de orden de la ciudad, que habia determinado no

pasar de allí sin saberlo: este hidalgo se llamaba Fulgencio de Esquibel, hombre de mucho valor, y hermano de Lorente Esquibel, que iba á la sazon por ayudante del sargento mayor del tercio. Llegó á Vera, donde dió noticia de que Murcia venia á su socorro y quedaba en la fuente de Pulpi. La ciudad lo agradeció mucho, y sin mas Esquibel en compañía de la gente de Lorca que habia hecho levantar el cerco, se volvió á juntar con la de sus banderas, trayendo razon de lo que habia visto. El corregidor, de cortos alcances, dijo una razon muy impropia del caso, y por ella se enojó con él D. Pedro Carrillo, diciéndole que era hombre ingrato y mal entendido en la guerra, pues respondia de aquella suerte á un hidalgo que se habia puesto en peligro de perder la vida yendo á desempeñar su comision por partes no conocidas, y por tierras de enemigos. Lo que dijo el Corregidor oyendo á Esquibel fue: *¡Miren con lo que nos viene ahora!* Los caballeros principales de Murcia procuráron que aquel negocio no pasase adelante; y viendo que la ciudad tenia tanta y tan lucida gente reunida en aquel tercio, con ánimo y disposicion para cualquier empresa militar, se acordó que supuesto estaba ya levantado el cerco de Vera, se fuese en seguimiento del enemigo, que estaba entonces cerca de Purchena á seis leguas de allí. Este acuerdo se comunicó á todos los demas capitanes del ejército que le consintieron; y para cortar desavenencias entre las gentes de Murcia y Lorca, fue ordenado que las

banderas y pendon de Murcia llevasen la mano derecha, y las de Lorca la izquierda; pero que fuesen caminando á la par. Dióse esta honra á Murcia por ser cabeza del reino, prescindiendo para esta jornada de las provisiones ó privilegios concedidos á Lorca por los reyes pasados para que llevase la vanguardia. Acordado así quedaron en que al otro dia por la mañana marcharia el campo tomando la vuelta de Almanzora adonde estaba el reyecillo, y en todo el real hubo aquella noche luminarias, hogueras y grande regocijo. Mas venida la mañana, cuando iba la gente á ponerse en marcha, se mudó de parecer diciendo Murcia, que sin orden de S. M. no era justo pasar adelante, ni seguir al enemigo, porque la salida que habian hecho era limitadamente á quitar el cerco de Vera, y estando ya descercada no habia fundamento para que aquella otra jornada se emprendiese. Triste y desconsolado quedó con tal acuerdo todo el campo; y no sin razon por cierto, pues si aquel tercio llegara á verse con el reyecillo, no hay duda de que le desbaratara y destruyera, acabándose la guerra de todo punto, porque del reino de Murcia se habian juntado allí doce mil hombres belicosísimos. Sin embargo al ver que la cabeza del partido revocaba lo que habia acordado, tuvieron que conformarse y no tratar mas de este asunto, volviéndose cada uno á sus respectivas tierras. Las ciudades de Lorca y Murcia ganaron fama eterna en la disposicion y prontitud con que prestaron á Vera este socorro; no pudién-

dola oscurecer los disgustos que se han referido ocurridos entre ellas. Para cortar el daño que hubiera podido resultar, los caballeros de Murcia procedieron tan generosa é hidalgamente, que sus nombres merecen aprecio y recuerdo eterno; por lo cual designarémos aquí el de los mas principales de las dos ciudades. Estos eran D. Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago; D. Francisco su hermano; Pedro Riquelme, D. Pedro Carrillo, Pedro de Balboa, Juan Tizon, Diego, su hijo; Bernardo, Cristubal, y Francisco Galtero; los caballeros Avalos, Lisones, Avellanedas; Sancho Riquelme, alferez del real estandarte; Ginés de Silvestre, sargento mayor; Bernardino Galtero; los caballeros Tomases; los Peralejas, y Alemanes Balobreras; D. Gerónimo de Ayala, D. Gerónimo de Santa Cruz, Francisco Fajardo, D. Juan Fajardo, D. Juan Vazquez, Rodrigo de Pux Marin, D. Enrique Rocaful, Juan Hurtado de Guevara, los Jaimes, Celdraves, Guzmanes y Pajanes; Mateo Borras, D. Pedro de Villaseñor, los Rodas Iofres de Loaisa; Junterenes, Cevallos y Tordesillas.

De Lorca fueron los siguientes:

Juan Leonés de Guevara, Juan Mellado de Guevara, Luis Ponce de Guevara, Martin de Lorita, alferez mayor de Lorca; Adrian Leonés Alburquerque, Martin Leonés Alburquerque, Adrian Leonés de Guevara, Luis de Guevara, Alonso de Leiva Ponce, Alonso de Leiva Marin, Diego de

Leiva, Pedro de Burgos Marin, los Falconetas, los Rendones, Alonso Teruel Alcaide, Alonso Teruel Marcilla, Juan de Teruel Marcilla, los Numeras, Quiñoneros, Piñeros, Perezmontes, y Manchirones.

Tambien de Caravaca vinieron con otras gentes nobles un capitan y alferez muy distinguidos; y por consiguiente de Zehegin, de Totana, de Alhama, y de la villa de Mula, de los cuales citarémos solamente algunas familias, tales como los Borras, Hitas de Avila, Rosales, Melgarejos, Datos, Torrecillas, y Lázaros Lasos de la Vega.

Hablando de estos Lázaros de la Vega es de saber que un caballero de ellos, llamado Juan Lázaro de la Vega, nieto ó biznieto de aquel Garcilaso que mandó matar el rey D. Pedro en Burgos, salió de Ciudad-Real por ciertas pasiones que allí hubo; y el rey D. Juan le envió á la villa de Mula para servir en aquella frontera con sus armas y caballo en compañía de otros muchos hidalgos que allí se hallaban. Este Juan Lázaro de la Vega casó con una señora de muy noble linage, llamada Botia, y de ellos descienden los Lázaros Vegas que existen en la villa de Mula y ciudad de Lorca, del reino de Murcia, sobre lo cual me rémito á la ejecutoria que he visto en poder de un escribano del ayuntamiento de Caravaca, llamado Antonio Lázaro de la Vega.

Dejando esto aparte, y volviendo á decir del reyecillo, así como este llegó á la ciudad de Purchena, sin que los socorros venidos á Vera de Lorca y de Murcia le hubiesen perseguido, hizo

recorrer y saquear todos los lugares del marqués causándoles poco mal, porque los moradores militaban ya bajo de las banderas del capitan Máleh; y así el daño principal recayó sobre las cosas comunes, como las iglesias y las propiedades del marqués, como palacios, casas y jardines, á fin de que este tuviera que repararlas si acaso las volvia á recuperar. Volvamos al marqués de Velez que dejamos en Verja, diciendo primero el romance que se hizo acerca del socorro de Vera.

Lleno de cólera ardiente
Abenumeya se halla,
porque el marqués de los Velez
venció á su gente en batalla,
Matándole tres mil hombres
de la gente mas granada;
y de lo que mas le pesa,
es dejar allá las armas.
Y asi, por aqueste agravio,
se la tenia jurada
de destruirle las tierras,
y dejarlas asoladas.
Para salir con su intento
á todo su campo manda
que se parta para Vera,
porque queria cercalla;
Y que si viene socorro
de Argel, halle allí entrada,
do desembarquen las gentes
en su ancha y grande playa.
El campo se marcha luego,
dejando las Alpujarras,

por el rio de Almanzora,
y junto á su orilla pasa:
Al Box destruye y al Boreas,
del marqués muy estimadas,
á Zurgena y Partaloba,
sin dejar piedra ni casa.
Tan solo deja á Cantoria
por ser fuerza muy nombrada,
y que para sí quisiera,
que está bien fortificada.
De Oria no hace cuenta,
que está tambien custodiada,
ni de los Velez tampoco,
porque tienen buena guarda
De sus mismos moradores
con lealtad estremada.
Pasa de allí el reyecillo
haciendo á Vera jornada,
Y entra por la Bellabona,
en donde está una atalaya:
á Vera la pone cerco
pensando luego ganalla;
Pero Vera se defiende,
porque tiene gente armada.
Tres dias la bate el moro,
no puede adelantar nada;
Y Vera puesta en peligro
con su gente en la muralla,
pelea muy bravamente
contra la mora canalla.
Las mugeres valerosas
se emplean en hacer balas

por servir á los soldados
que andan en la batalla.
Vera corriera peligro
si el asedio mas durara:
son muchos los enemigos
que la tenian sitiada,
Y acuerda pedir socorro
á Lorca, aunque está apartada.
Tres ginetes se aventuran
á atravesar por la escuadra
De aquella morisca gente,
y salir con su embajada.
Rompen por los enemigos
con braveza estraordinaria,
Sin que daño recibiesen,
aunque los tiran mil balas.
Corrieron todo el camino
sin pararse para nada;
Y el que buen caballo tiene
á los demas se aventaja:
en cinco horas por su cuenta
dentro de Lorca se halla:
Cuando dió el relox las once
su embajada ya está dada.
A las doce llegó el otro,
y el tercero á la una dada.
Lorca luego se apercibe,
y á las dos su gente marcha:
ochocientos hombres lleva,
porque con estos le basta
Para romper al contrario,
aunque mucha gente traiga;

tambien ochenta caballos
van en aquesta jornada:
Anochecieron en Pulpi,
y en Vera les tomó el alba.
Abenumeya que vido
venir tanta gente armada,
Levanta el cerco de Vera,
y para las Cuevas marcha;
y porque eran del marqués,
las destruye y las abrasa.
Con esto pasa á Purchena,
donde el Maleh ya le aguarda:
Lorca le sale al alcance
dándole en la retaguardia,
Y siguiéndole hasta el rio;
pero de allí se tornára,
porque ya toda la gente
venia muy alargada,
Y para Vera se vuelven;
la cual muy regocijada
los recibe, y los obsequia
dándoles muy finas gracias
Por aquel pronto socorro,
que fue de tanta importancia.
Mas tarde la noble Murcia
salió á hacer esta jornada,
Llevando cinco mil hombres,
gente toda bien armada;
Caravaca, Zehegin,
y tambien Mula la hidalga,
Totana, Albama con ellos,
como Murcia se lo manda,

Por ser cabeza de reino
en todo fue respetada;
mas cuando llegó esta gente
Vera estaba descercada;
Y no por eso perdió,
por no ser ya necesaria,
honor y gloria famosa,
pues ya salió á la demanda,
Do mostrara su grandeza
y virtud aventajada.

CAPITULO XIV,

en que se pone cómo el marqués de los Velez se retiró á Adra, y allí llegó el marqués de la Favara con cuatro mil hombres de guerra; y cómo el comendador mayor, con la gente que trajo de los tércios de Nápoles, acometió á los moros de Bentomiz y Frigiliana, siendo al principio maltratado en batalla por estos, los cuales al fin fueron vencidos y saqueados.

Ya contamos como el valeroso adelantado de Murcia venció á la gente del reyecillo, el cual escapó, dejando libre y desembarazada la plaza de Verja; pero aunque S. E. mandó quemar todos aquellos cuerpos muertos que quedaron en el campo, como pasaban de tres mil, receloso de que resultase algun inficionamiento que dañara su real, mandó retirarse de allí y pasar á Adra, que está distante una sola legua. Se entendió

tambien que tenia órden de hacerlo asi, porque S. M. habia mandado, que el comendador mayor de Leon D. Luis de Zúñiga y Requesens fuese por aquella parte con alguna gente de los tércios de Italia, y se la entregase al marqués de Velez, á fin de que acabara con ella la guerra de las Alpujarras. Para esto fue llamado el comendador mayor que estaba en Roma; y viniendo á Nápoles juntó de seis á ocho mil hombres de guerra de aquellos tércios de Italia, y embarcándolos en las galeras dió la vuelta de España. Llegado á Barcelona, donde tenia su casa, formó una compañía grande de bandoleros, á los cuales se concedió perdon general de sus malos hechos, porque fuesen con él á la guerra de Granada. Con esta valerosa gente, y la demas que él traia en las galeras, llegó á las partes de Bentomiz y Frigiliana; pueblos de moros levantados y puestos en arma, donde mandó desembarcar, y al punto combatir primeramente la fuerza de Bentomiz, que era muy alta y de áspera subida: puso en la vanguardia á ciertas compañías de la gente de Málaga y su axarquía, que habian venido á aquellos lugares por vengarse de un maltratamiento que los moros les habian hecho, queriendo que atacasen por una parte á la fortaleza, y por otra toda la demas gente de las galeras. Tocada el arma, las cristianas banderas comenzaron á subir la cuesta á toda priesa; pero los moros que ocupaban la altura, defendian la subida arrojando muchas piedras con una endiablada invencion: tenian preparadas muchas rue-

das de molino, y por los ojos de ellas metidos unos maderos gruesos y largos, y de este modo las arrojaban en derechura sobre las escuadras de los cristianos que subian por la cuesta; y no habia una rueda de estas que no se llevase rodando cincuenta soldados si los hallaba por delante, segun la furia y velocidad con que bajaban. Fue tanto el daño que estas ruedas y otras piedras de distinta clase hicieron en los cristianos, que daba grande compasion ver tanta mortandad; y que en pocas horas andaban á tan maltraer las escuadras de unos soldados tan valerosos y veteranos; pero la gente de Málaga y de toda aquella axarquía, mostrando una intrepidez admirable, subieron por la parte que les cupo hasta la altura del lugar, donde trabaron con los moros una cruda batalla, durante la cual llegaron arriba los del tercio de Nápoles, y dieron tambien crudamente con ellos. Los moros, sin embargo, se defendian y peleaban como leones, matando é hiriendo á muchos cristianos; pero de poco les valió todo su esfuerzo: fueron vencidos, y por último su lugar entrado, quedando en él muertos todos los que con la fuga no pudieron escapar de aquella rota. El saco fue grande, tomándose muchas moras y muchachos cautivos, bien que á precio de gran cantidad de sangre cristiana, y de la vida de soldados muy valerosos que allí fenecieron. El comendador mayor, alcanzada esta victoria, mandó enterrar los muertos y recoger los heridos; partiendo luego de allí con las galeras la vuelta de Málaga,

en donde dejó bien poblados todos los hospitales. Quédese aquí algunos dias el Comendador mientras se repara su gente, que bien lo habia menester despues de aquella batalla; y volvamos al marqués de Velez, el cual estaba ya en Adra, habiendo sentado su real como buen soldado y general esperto, y aguardaba las órdenes de S. M. Ya habia mandado llevar las moras que tenia á la fortaleza de las Cuevas para su mayor seguridad, y de allí fueron trasladadas á los Velez, siendo entre otros comisionados, uno de los conductores el moro Albexari, de quien atrás contamos cómo le prendió é hirió Francisco Cervantes, y se le trajo al marqués á Verja. Este moro llevaba en un macho á Almanzora, su dama, por mandado del marqués, y caminaba con ella lleno de contento por gozar de su vista, al paso que ella no se holgaba menos de la conversacion y compañía de Albexari, amándose mucho los dos; y si no fuera porque toda esta historia es de coscorrones, armas y batallas, trataríamos de propósito de los estremados amores y ternezas de ambos: solo sé decir, que llegadas las moras á las Cuevas, Albexari se volvió con los demas al real del marqués, y le sirvió muy bien y lealmente hasta la conclusion de la guerra.

Abenumeya, despues del cerco que tan en vano puso á Vera, se retiró con su campo á Purchena, resuelto á aguardar allí á los de Murcia y su reino, si acaso se empeñaban en seguirle; pero en vista de que no le seguian, determinó celebrar unas fiestas solemnes, y las mandó pre-

gonar para que se alegrara su gente. El programa de estas fiestas era el siguiente:

Al que mejor se portase en trabada lucha, se le darian cien escudos de oro y una corona de laurel. Al que se mostrara mas suelto, y corriera con mas ligereza, llegando el primero al puesto diputado, se le darian cien escudos de oro: al que de tres saltos alcanzase mas tierra, cien escudos de oro: al que mas peso levantara del suelo, cien escudos de oro: al que mas tiempo sustentara en el hombro un canto de seis arrobas, otros cien escudos de oro y un rico alfange: al que mejor y mas gallardamente danzase la zambra con una bella mora, se le daria una ropa de seda finísima hecha en Argel: á la mora que mejor danzase, se la daria una riquísima marlota y cuatro almaizales finos: al moro que mejor tañese y cantase á la morisca, y que mejor romance ó cancion dijese, un hermoso caballo aderezado y enjaezado: á la bella mora que mejor cantase una cancion arábiga, una hermosa marlota guarnecida de oro: al moro que mejor tirador fuese de canto, treinta escudos de oro y un alfange: al moro que mejor tirara con escopeta ó arco, diez ducados de oro: al que tirara con honda mas derecho y certero, otros diez ducados de oro.

Todas estas fiestas debian hacerse en la plaza de la ciudad de Purchena, que es al propósito muy ancha y grande, y para ello mandó que se arenase y aderezase, entoldando todas las paredes y ventanas con telas ricas de seda, y lienzos blancos y labrados. Se ciñó á estos juegos el

reyecillo por falta de disposicion para tener toros y juego de cañas, que hubieran alegrado mas á la gente de su campo. Señaló para estas fiestas el término de doce dias, sabiendo que podia estar quieto y seguro de asalto de los cristianos, atento á que el marqués de Velez estaba aguardando nuevas órdenes en Adra, y á que el campo de D. Juan de Mendoza, teniente del marqués de Mondejar, se mantenia en Orgiva sin orden de lo que debia hacer. Llegando el dia señalado para la peligrosa lucha entre los mancebos mas fuertes y robustos del ejército, mandó Abenumeya que á un lado de la plaza se pusiese un rico dosel de seda, hecho de los paños de las iglesias saqueadas por los moros, y debajo una silla donde él se sentase, con otros asientos al rededor de no tanto valor para sus capitanes y caballeros mas allegados. Sentados todos, comenzaron á sonar añafiles, dulzainas, atabales y otros muchos instrumentos de guerra para alegrar las fiestas: los terrados y ventanas estaban ocupados de damas moras muy hermosas y bien arreadas, toda la plaza llena de muchas gentes de las Alpujarras, de los rios de Almanzora y Almería, y de otras partes del reino de Granada, y todos los soldados listos y con sus armas á punto, como buenos militares, por si acaso fuese menester usar de ellas. Luego, al son de muchos instrumentos músicos, pareció en la plaza el valeroso capitan Caracacha, acompañado de gran séquito de turcos vestidos de grana. Enmedio de este escuadron tan lucido, el bravo capitan se

mostró con horrible presencia, desnudo, y trayendo solamente unos paños blancos muy ajustados para cubrir una parte de sus carnes, y todo lo demas del cuerpo reluciente por el aceite con que se habia untado, para que su contrario no pudiera hacerle presa con facilidad. De este modo mostraba muy bien el turco la robustez de sus miembros, y fornidos músculos de brazos y piernas, con la anchura de su pecho y espaldas. Caracacha no era hombre muy alto, sino de mediana estatura, de bien trabados miembros y grandes huesos, de tal manera, que en su persona se reconocia muy bien que habia fuerzas dobles que las ordinarias; y asi, mirándole, decian todos á una voz, que Caracacha daba muestras de hombre fortísimo. Luego que el turco hubo paseado toda la plaza, se paró enmedio de ella, que era el lugar señalado para la porfiada lucha, y no tardó mucho en sentirse por una de las calles que venian á la misma, gran ruido de cajas y añafiles, viendo entrar cincuenta bizarros moros con trages y libreas de color verde, muy hermosos, con mucha guarnicion de plata y franjas de oro. Todos estos eran tiradores de arcabuces, y asi como llegaron á la plaza dieron una bella carga de arcabucería, y siguieron su marcha con el mismo órden con que habian entrado. De enmedio de ellos salió el bravo capitan Maleh, desnudo tambien y con unos paños muy delgados solamente, trayendo en la cabeza un tocado de mucho precio, con franja de seda color de carmesí, y en los cabos dos hermosas

borlas, tambien de seda y plata. Delante del Maleh venia un pagecillo con un vestido del mismo color verde y guarnicion de plata, unas hermosas plumas verdes y blancas en la cabeza, y en el brazo izquierdo un dorado escudo, donde habia un campo azul, y media luna en él tambien de plata, la cual parecia tener asida por una de sus puntas la hermosa mano de una dama, con una letra en arábigo, que decia así:

Mientras mi Luna á la luna
tocare, tengo esperanza,
que menguante ni mudanza
jamás habrá en mi fortuna.

Llevábala el gallardo Maleh, aludiendo á que servia á una hermosa mora, llamada Luna, de quien estaba muy confiado en que nunca faltaria á su fé. Estaba esta puesta á una ventana con otras moras muy bellas para ver aquellas fiestas que habian de hacerse; y asi como el bravo capitan entró por la plaza, no apartaba los ojos de él la linda mora, contemplando la justa proporcion de sus miembros, no blancos ni morenos, pero adornados de un vello hermoso, que daba un estremo realce á las formas y bella construccion de su cuerpo. Ni mas ni menos quedó maravillada toda la gente de los doblados y robustos miembros del Maleh y de sus crecidos músculos, poblados de unas venas azules y muy hermosas. Y si la brava presencia del animoso capitan Cacracha habia parecido bien á todos, no menos complació la robustez y perfeccion del buen Maleh, especialmente despues de haber hecho una

entrada tan lúcida en compañía de gentes que tanto le honraban por su magnífica librea. Habiendo dicho cuál era la letra del escudo del capitan Maleh, será justo decir algo de la del buen Caracacha. Trajo este un magnífico escudo, el campo rojo claro, á manera de rubí, y dibujado en medio el rostro de una hermosa turca, que parecia un angel por su maravilloso tocado hecho á lazadas con cadejos de sus dorados cabellos. El cabezon de la camisa era bajo y muy labrado, al parecer de oro y grana; de suerte que se descubria claramente el blanco y terso cuello, al cual rodeaba un hermoso collar hecho de perlas orientales y piezas de oro: de las hermosas orejas pendian unas arracadas de finos rubíes al parecer; y finalmente este retrato le sacó un pintor célebre de Angel, y el buen Caracacha le trajo á España para memoria de su contento y recuerdo de su dama. Pareció con él en este dia pensando que teniendo delante aquel retrato, sacaria de su ánimo dobles fuerzas, como si ella misma estuviera presente: debajo del hermoso rostro de la dama se leía en turquesco la siguiente letra:

La luna, sol, ni lucero
no tiene tal hermosura,
como el retrato y figura
de la dama que mas quiero.

No parece sino que este retrato del capitan Caracacha fue sacado por industria en aquel mismo dia, pues su letra hacia punta con la del capitan Maleh, dando á entender por su concepto y sentido, que su dama era mas hermosa que la

suya, siéndolo mas que la luna, cuyo nombre era el de la dama del Maleh. Este no lo echó de ver por la distancia del lugar, y porque luego que entró en la plaza, lo primero que hizo fue poner los ojos en su dama, sabiendo la ventana donde habia de estar asomada; y asi como la vió y percibió que le estaba mirando, se llenó de tanto ánimo, que no tan solamente entrara en dudosa lucha con Caracacha, sino con aquel famoso Alcides, cuyas fuerzas fueron por el mundo publicadas, y en tanto tenidas. Las hermosas moras que acompañaban á la bella Luna estaban vestidas ricamente de esquisitas telas de damasco de diversos colores, hechas las ropas con cuanta bizarría pudiera usarse en aquel tiempo, y tocadas maravillosamente á la moderna usanza. La mas gallarda y ricamente vestida estaba la hermosa Luna, porque encima de una marlota de seda labrada en telar de varios colores, y que estaba toda acolchada sutil y artificiosamente, á la que llaman acedria, tenia puesta otra de terciopelo, una mitad azul y otra carmesí, golpeada con mucho orden, y formando la bella obra llamada escaramuza: la parte que era azul estaba forrada de una finísima tela de seda amarilla, color que sobresalia por las cuchilladas maravillosamente, y la parte carmesí forrada de una tela de seda plateada, que tambien hacia un admirable efecto. Tenia un zaragüel blanco, de ruan delgado, muy plegado; los zapatos una mitad azules y otra colorados, por todas partes argentados de oro fino: por la frente y sienes ceñido

un liston hermoso de nacar, y sembradas por él unas muy ricas perlas orientales: finalmente, estaba la bella Luna estremadamente hermosa, y costosamente ataviada, que no habia ninguno que la mirase, que no quedara preso de su vista. Abenumeya habia puesto muchas veces los ojos en la hermosa Luna; mas como sabia que la servia el valeroso capitan Maleh, se contentaba con verla y codiciarla, porque á intentar otra cosa, hubiera perdido un adalid tan aventajado, y con él mas de diez mil soldados que militaban bajo de sus banderas. En fin, asi como el Maleh entró en la plaza, dió por ella una vuelta acompañado de su gente, y pasando por delante de Abenumeya le hizo su acatamiento; despues se volvió á la parte donde estaban las damas, y haciéndolas tambien profunda reverencia, todas ellas se levantaron y le correspondieron con mesura. El valeroso Habaquí y un tio de Abenumeya eran los jueces de estas fiestas, señalados por él mismo, los cuales mirando la buena disposicion y talle del Maleh, le hicieron grandes elogios, y el Habaquí dijo: «Por cierto que si V. A. para mientes en ello, el capitan Maleh es de grande valor, y me parece á mí, si no estoy engañado, que en lo bien hecho y en la trabazon de los miembros hace gran ventaja á Caracacha; de manera que si corresponden las obras al buen parecer, de esta vez queda sobrado el Caracacha.» — «Lo mismo me parece á mí,» dijo Abenumeya, siendo de igual dictamen otros muchos caballeros y capitanes que allí estaban. Luego

vieron que el Maleh dejando su hermoso escuadron á un lado de la plaza, con gallardo semblante y paso á paso se llegó al capitan Caracacha, el cual desde que entró le estuvo mirando, maravillado de su contestura y buen talle, que demostraban ser hombre de mucho brío y grandes fuerzas. No menos consideracion le merecieron al Maleh el talle y garbo del africano turco, representándole un hombre de mucho valor y esfuerzo. Luego se saludaron ambos alegremente, alargándose la mano derecha, y el africano dijo á su competidor: «Celebro, valeroso Maleh, que tú seas quien ha emprendido probar sus fuerzas conmigo, porque holgaré en estremo de ver si tu valor llega á tu fama: como has estado siempre de presidio en el rio de Almanzora, tengo poca noticia de tus cosas, fuera de aquello que ha sonado en las Alpujarras y sus marinas.» El Maleh le respondió así á estas palabras: «Probar mi valor, bravo africano, no te hace á tí tan al caso, como á mí probar el tuyo; pues por él entiendo que te nombraron capitan para estas partes; y atento á esto tengo obligacion de probar si el valor de tu persona llega á tu tan alta presuncion.» Diciendo así quiso el acaso que volviese los ojos hácia el lugar donde un turco tenia el escudo de Caracacha, que no estaba á muchos pasos de ellos; y como viese el hermoso retrato de la turca y la arrogante letra en que decia, que era mas hermosa que luna, y sol, y lucero, entendió el bravo español Maleh, que el africano habia sacado en su escudo aquel retrato por com-

petencia del nombre de su señora, de lo cual muy enojado y lleno de ardiente cólera, pasó adelante con su discurso de esta suerte: «Y pues ahora estamos en la ocasion de probar cada uno lo que pretende, para poner mayor fuego al caso te pregunto: Dí, africano, ¿sabes qué cosa es luna?» El africano respondió: «¿Por tan torpe y de tan poco saber me tienes, que habia de ignorar qué cosa sea luna, cuando nosotros los africanos la ponemos en nuestros escudos, teniéndola por divina, y siendo insignia celestial de nuestras armas, gobernándonos por ella en nuestras prósperas y adversas fortunas?»—«Pues si eso es asi, como confiesas, ¿por qué, dime, defraudas el respeto que debes á la luna, y por ella pones en tu escudo el retrato de su dama, que es mas oscuro para mis ojos que la noche, respecto de la luna que me alumbra? Realmente, Caracacha, no tienes verdadero conocimiento de la luna, y para que le tengas, y sabiendo lo que es veas que el retrato de tu escudo se queda muy atrás, pon los ojos en la ventana de aquel bal con azul y dorado, donde resplandece un paño de terciopelo verde, y allí verás la luna, digna y merecedora de ponerse en cualquier honroso escudo, aunque fuera el del Magno Alejandro.» El valeroso africano fijó los ojos en la ventana que el Maleh le señalaba, donde habia reunidas muchas bellas moras, y una entre ellas que se distinguia por su adorno y mayor hermosura; por lo cual entendió que le hablaba de aquella á quien tenia por su luna; y afrentándose de que

el Maleh hubiera dicho de que con respecto á dicha dama la suya y el retrato eran noche oscura, le contestó diciendo: «Maleh, has despreciado mi retrato, y por él á mi dama, en lo cual has andado muy fuera de razon; y no me maravillo de ello, porque dicen que *quien feo ama, hermoso le parece.* Comparaste á mi dama con la noche, cuando con respecto á ella la tuya es una tiniebla palpable; traes en tu escudo su nombre, y tocando con la mano á los delgados cuernos de la luna: sea, pues, el modo de dirimir la disputa, el que ademas del premio prometido por tu rey que está presente, aquel que fuere vencedor del otro á tres caidas, se lleve ademas el escudo del vencido por trofeo y regalo á su dama.» Esto decia el valiente africano, teniendo por muy cierta la victoria de su parte. Contentísimo el Maleh, le dijo: «Por Mahoma te juro, valeroso Canaencha, que me has dado mucho gusto con lo que has dicho; aunque al mismo tiempo gran pesar, en alargar el éxito, poniendo la victoria de la lucha á las tres caidas; y así te ruego por lo mucho que debes á tu dama, que no vaya mas de á una sola caida.» A esta sazon llegaron el Habaqui, que era juez de aquel caso, y otros muchos capitanes, á saber en qué estaban altercando los dos competidores; y sabiendo que procedia la discordia entre ellos de tan honrosa ocasion, los concertaron, declarando definitivamente que la victoria debia alcanzarse á las tres caidas: en seguida se retiraron todos, y á ellos los dejaron solos. El valeroso Maleh eno-

jado muy de veras con el turco, quisiera mas llevar aquel negocio por fuerza de armas que por via de lucha; mas en vista de que á la sazon no podia ser otra cosa, se conformó en que el tiempo le ofreciese mas cómoda oportunidad de vengarse; por lo cual callando, la color mudada, y los ojos encendidos de fuego, se fue para el africano; quien no menos enojado le recibió, y asi á una los dos bravos competidores se asieron de los molletes de los brazos con tanta fortaleza en las manos, como si estas fueran unas fortísimas tenazas. Comenzaron á tentarse las duras fuerzas el uno al otro, llevándose á todas partes; ya atrás, ya adelante, ya alrededor, como si fueran dos bravos jabalíes, ó dos toros llenos de rabiosos celos. La presa que hizo el africano en el valeroso español, era mucho mas fuerte y eficaz; porque el primero venia untado de aceite, y asi el Maleh no podia afianzarse en sus carnes, deslizándosele en ellas las manos, cuando las suyas se presentaban á su competidor limpias, enjutas, y llenas de vello, en donde podia asirse con facilidad. Sintiendo esto el bravo Maleh determinó remediar prontamente aquella ocasion que le desfavorecia, y para ello dió hácia una parte un sacudimiento grande, en fuerza del cual hizo perder la presa al africano, aunque con mucha dificultad y dolor, porque en las duras uñas se llevó el pellejo, dejando bañados de sangre los lugares en donde se habian clavado. Asi que el bravo Maleh se vió suelto de aquella terrible presa, como si fuera un ave se arrojó al suelo,

y con las dos manos abarcó cuanta arena pudo de la que cubria la palestra, y era muy blanca y menuda, de la que llaman braja; y luego levantándose en pie, se fue para el africano, que venia ya sobre él con todo su poder, pensando cogerle debajo. Mas era tanta la furia que llevaba, que estando ya levantado el español, se resbaló en la misma arena, y vino á poner las manos en el suelo, sin poderse afirmar sobre los pies; por lo cual tocó por fuerza con el pecho en tierra, dejando en la misma arena mucha parte del unto de aceite de que habia venido barnizado. Asi que le vió el Maleh en esta postura, acudió sobre él con la presteza del pensamiento, para no perder la feliz ocasion que la fortuna le ofrecía, y de un golpe lanzó el arena que llevaba en los dos puños sobre las espaldas del turco, que ya se quería levantar. Pero no le dió tanto lugar el bravo español, porque cargando sobre él le obligó á tenderse segunda vez de todo punto en el suelo. Porfiando el africano por levantarse, se revolcaba mas y mas en la arena, de suerte que quedó lleno de ella; y perdió el aceite toda su delicadeza y blandura. Gozándose el Maleh de ver la porfía del turco, le dijo: «Caracacha, de esta vez la primera caida no será á tu favor,» y despues se separó un poco para dar lugar á que el turco se levantase. Levantado que fue quiso volver á embestir al Maleh ardiendo en viva saña; pero este le dijo, que la arremetida actual habia de ser para la segunda caida, respecto á que la primera ya la tenia él

ganada. Contradíjolo el turco, diciendo que si habia caido no era porque él le hubiese derribado, sino deslizándose en la arena, llevado de su propio impulso. Llegaron á esto los jueces, y examinando el caso, declararon que la arena sirvió favorablemente al Maleh y desfavoreció al turco: que la ocasion de la caida de éste fue haber querido coger debajo al Maleh, quien tuvo la fortuna favorable, pues por estar él bajo habia sucedido la caida del otro. De esta sentencia que declaraba vencedor al Maleh se indignó mucho el turco, y grandemente enojado arremetió á su adversario, el cual no rehusó la parada, antes bien le embistió con gran furia. Asiéndose los dos segunda vez, comenzaron á luchar dura y porfiadamente, fatigando sus brazos durante una hora larga, y pareciéndole á cada uno que tenia un monte á cuestas. Aquí fue todo el afan de sus trabajosos miembros, porque cada cual ponia en esta segunda lucha cuantas fuerzas alcanzaba, dándose recíprocamente grandes vueltas, y levantando mucha arena con la fuerza de sus pies. Como el aceite de que se habia untado el turco tenia ya perdida su calidad, el Maleh hacia firmes presas en las carnes del africano, no deslizándose en ellas las manos ni las uñas: era de ver tanta braveza y maña como mostraban allí estos dos valerosos moros, ya usando de la cautelosa zancadilla, ya desechándola y eludiendo el engaño. Daba horror aquel hijadear continuo, y los bufidos que daban, la espuma que les salia por la boca, y el copioso

sudor que brotaba de sus miembros: muchas veces, por no perder la presa hecha, hincaban las duras uñas en sus cuerpos de tal manera, que por muchas partes saltaba la sangre viva. De esta suerte pelearon gran parte del dia sin cansarse; mas como el bravo español habia nacido en mejor clima que el turco, y juntaba con su estraordinaria fuerza una gran soltura y ligereza, propiedad natural de aquellas gentes del reino de Granada, llevaba gran ventaja á su adversario, quien siendo tambien hombre de grandes fuerzas, por el contínuo cansancio vió aflojarse gran parte del brio que al principio mostraba. Sentíalo asi el Maleh, y por eso le apretaba con mas ahinco que hasta allí, de lo cual se espantaba el turco y decia, que aquel no era hombre sino un diablo del infierno, pues mientras mas luchaba mas le crecian las fuerzas, y esclamaba asi: «Santo Alá, ¡qué Hércules es éste, que con tanta fuerza me oprime!» Dicho esto, aunque parecia estar desfallecido, volvió á cobrar nuevo aliento, y apoderándose con sumo esfuerzo del cuerpo del español, le dió dos grandes vueltas; pero poco le valieron, porque enojado el Maleh de que durara ya tanto la lucha sin sacar fruto de su trabajo, poniendo toda su fuerza levantó del suelo al bravo turco, semejando en esto á Alcides cuando levantó de tierra al fuerte Gerion, y teniéndole en el aire hizo demostracion de dar con él en el suelo hácia el lado izquierdo; por lo cual el africano volvió con gran presteza los pies de aquella parte, á fin de que el

contrario le hallase firme; mas no le sucedió como pensaba, porque entonces el Maleh, con mayor brio y prontitud, dobló el cuerpo del turco del lado derecho, sin dejarle lugar para que volviese los pies á aquella parte, y dió con él en el suelo una caida tan grande, que dejó todo su cuerpo estampado en la arena, y con gran quebranto de tan desaforado golpe. Retirado un poco el Maleh, se paró á mirar herido á su contrario, el cual se levantó como un leon, y sin acuerdo de lo que habia de hacer en aquel caso, acometió desatinadamente á su adversario vencedor. El Maleh viéndole venir de esta manera, tuvo por mas cierta la victoria, y asi, haciendo demostracion de aguardarle para aferrarse con él, siendo muy otro su pensamiento, dejó que el turco, casi ciego de corage, le arremetiera, y entonces apartó á un lado el cuerpo, poniéndole delante el pie derecho, tan firme como la roca, que el mar y el viento combaten en valde. Dando en vacío el impetuoso turco, como iba tan recio, pasó su cuerpo adelante, y tropezando con la pierna del Maleh, cayó tendido en el suelo. Entonces toda la gente que miraba la lucha, levantó una gran vocería diciendo: «De mucho valor es el capitan Maleh, pues asi ha vencido á un competidor tan poderoso.» Las trómpetas y añafiles tocaron con alegría por la victoria alcanzada de su buen capitan Maleh, y el turco, lleno de ira, se levantó como un rayo queriéndole embestir otra vez. No dieron lugar á ello los jueces, acudiendo al caso, y diciendo

que la disputa estaba acabada, siendo el turco vencido por el Maleh, que le habia hecho dar las tres caidas; y asi sacaron del campo al turco maltratado, no estándolo menos el Maleh por el quebrantamiento de sus miembros, y de las uñas de su adversario. Al fin quedó vencedor con harta gloria, y pidió á los jueces que le mandasen entregar el escudo del capitan Caracacha que habia ganado: los jueces se le dieron, y esto fue lo que mas pesó al africano, que antes quisiera perder la vida, que el escudo con el retrato de su bella señora. El Maleh, tomando el escudo, y acompañado de su escuadron al son de trompetas, cajas y dulzainas, salió de la palizada, dió una vuelta á la plaza, y parándose en el lugar donde estaba el reyecillo, le hizo profundo acatamiento. Llamóle Abenumeya, y tomando una corona de laurel que estaba sobre una rica mesa, se la puso en la cabeza, y ademas le mandó dar el premio prometido. Con esto resonaron todos los instrumentos militares, y la gente con grande alarido decia: *Viva el capitan Maleh.* Quien á esta sazon viera al africano, conoceria el profundo pesar que tenia dentro de su corazon; pero si él estaba avergonzado, no lo estaba menos todo el ejército turquesco, considerando á su buen capitan vencido por un morisco español; y asi, cubriéndole con una ropa de fina escarlata, le sacaron de la plaza, y le consolaban diciendo: «Que no le diese pena aquella desgracia, porque era forzoso que uno de los dos venciese, no el que mas valia, sino el que la suerte qui-

siera.» El turco, mostrando alegría, dijo que aquello no le daba pena alguna, pero que se quejaba de haber caido dos veces por desgracia sin que el Maleh le tocase; y con esta plática llegó á su posada muy resuelto á tomar venganza. Su vencedor por el contrario, muy ufano al verse coronado de laurel por la mano del mismo Abenumeya, embrazó el escudo que habia ganado, y en compañía de muchos capitanes se acercó al balcon en donde estaba su señora, y la habló de esta suerte.

«Hermosa y clara Luna, que alumbrais mis ojos con vuestros resplandecientes rayos, aceptad este escudo que he ganado con vuestro favor, porque faltándome éste jamás le ganára siendo de un adversario fortísimo que queria deslucir vuestro nombre y belleza; pero siendo esta tal cual se muestra, y haciendo envidioso al sol, no ha permitido el cielo que se la pueda ofender ni dañar, y asi puso en mí la fuerza de ánimo necesaria para defenderla; bien que entiendo que vos, con una sola mirada, rindiérais á mi contrario.» Diciendo esto alzó el brazo con el escudo hasta el balcon que no estaba muy alto, y la hermosa mora, agradeciendo el presente y abajándose, le tomó con su blanca y hermosa mano, poniéndose al parecer todavía mas bello su rostro con la vergüenza que recibió de lo que el Maleh la habia dicho. Todas las otras damas que estaban con la hermosa Luna tomaron el escudo, y mirando el retrato que contenia, se quedaron maravilladas de aquella beldad; y de-

cian, que si la turca era tan hermosa como el retrato mostraba, mucha razon tenia el turco en servirla y defenderla, pues era una de las mas preciosas mugeres que tenia el mundo. La bella Luna informada de la pesadumbre que sentia el africano por la pérdida de su escudo, se le envió con un page, mandándole decir que tuviera en mucho aquel retrato; y pues tanto queria á su original, no se pusiese otra vez en contingencia de perderle. Mucha alegría recibió Caracacha con esta restitucion, y envió á dar grandes gracias á la dama por la merced que le hacia, prometiendo servirla en todo cuanto le mandara en España, en Argel, ó adonde él se hallase. El buen Maleh volvió al puesto que tomó en la plaza para ver si habia algun otro que quisiera salir á luchar con él; pero Muley Abenumeya le mandó apartar de allí para que otros capitanes probaran sus fuerzas en la palestra; por lo cual fue llevado á su posada con mucha honra, rodeado de su belicoso escuadron. A poco rato el Maleh volvió á presentarse en la plaza con otro vestido y nuevos adornos para ver á los que salian á la lucha, y llegó al mismo tiempo que tambien entraba en ella el capitan Caracacha, no menos ataviado y en compañía del otro capitan turco su camarada, y de muchos gefes del escuadron de su mando. Mas asi que se vieron el uno al otro, alterada la sangre no olvidando lo pasado, se hicieron mesura con disimulado proceder: el africano odiaba de lo íntimo de sus entrañas desde aquel dia al Maleh; y asi de allí en ade-

lante le procuró todo mal. Muy bien recibidos de los demas que estaban en la plaza estos dos bravos capitanes, principiaron luego á hablar de la pasada lucha, y de palabra en palabra vinieron sus ánimos á encenderse en mortal saña, porque el africano le dijo al español, que no hiciera tanto alarde de la victoria, pues no tanto la habia alcanzado por su esfuerzo, como por haber tenido él la desgracia de resbalarse dos veces en la arena: el valor de los hombres no se muestra en una lucha, ejercicio de brutos salvages, sino con las armas, y que en su manejo le demostraria á él y á todos los demas del reino granadino, que valia mas que ellos. El Maleh le respondió, que aquella era mucha altanería, y la arrogancia propia de un turco; pero que para el manejo de las armas habia hombres en las Alpujarras de mas valor que él; lo cual estaba pronto á acreditárselo si gustaba hacer la esperiencia. Quiso responder el africano, y aun pasar adelante; mas considerando que estaba presente el rey Abenumeya, se reprimió, y solo dijo que quedase aquello para otra ocasion en que podria tratarse mas largamente.

Estando en esto se oyó gran música de trompetas y cajas, y vieron entrar por la calle Mayor al capitan Mamiaga, compañero de Caracacha, que como ya dijimos vino tambien de Argel con otra escuadra de turcos. Entró en la plaza á guisa de lucha, esto es, desnudo, y mostrando la contestura de sus doblados miembros, y le acompañaba su brillante escuadron adornado de una

hermosa librea, pajiza y encarnada, con plumas del mismo color en los turbantes. Todos estos turcos eran diestros tiradores, y dieron una brillante carga de arcabucería á su entrada en la plaza. Mamiaga llevaba á su lado un pagecillo con su escudo, que era dorado en campo verde, con un leon rojo, al cual una hermosa doncella turca encadenaba con una cadena de plata, habiendo debajo del leon una letra que decia asi:

No la cadena me prende,
aunque sea fuerte y dura;
préndeme la hermosura
de aquella que está allende.

En esta letra aludia á una dama turca á quien el capitan amaba, y la habia dejado en Argel. Puesto ya el valeroso turco en la palestra aguardando competidor, le miraban todos con gusto, porque era muy bien hecho, y proporcionado de cuerpo y miembros; sobre lo cual dijo Abenumeya: «Gran valor muestra el turco; pero entiendo, que tanto este como los demas de su nacion, han pensado que le falta á la gente granadina; y por Mahoma que se engaña, porque para ser valerosos les bastaria haber nacido en España.» — «En el manejo de las armas, dijo el Habaquí, pueden ellos ser mas diestros; mas en lo que toca á brios, cosas he visto yo hechas por los granadinos en la guerra, á que ni por mucho alcanzan los turcos.» Pasara adelante el Habaquí contando algunas de ellas, si no interrumpiera la conversacion el súbito sonido de cajas y añafiles que acompañaba á un hermoso escuadron

de cincuenta soldados, todos tiradores y vestidos de verde y amarillo que entraron en la plaza. Su capitan era el valeroso Joraique, natural de Baza, que venia desnudo á la usanza de buen luchador, llevando un amigo suyo delante un hermoso escudo plateado con el campo de oro, y enmedio dibujada una grande granada verde, cuyo pezon era de plata, y en dos de sus hojas se leía una letra que decia asi:

Si no se abre la granada,
Baza será memorada.

Traíala el gallardo moro, porque todos sus pasados fueron alcaides de la fortaleza de Baza, y él pensaba serlo tambien, si por caso Granada y su reino quedaba por los moros, como antes lo habia sido; pero no le salió bien la cuenta, como diremos mas adelante. Llegados todos al palenque dieron una soberbia carga de arcabucería, y arrimándose luego á una parte de la plaza, dejaron en la palestra al Joraique, el cual mostrando la fortaleza de sus miembros en la desnudéz de su cuerpo, se llegó adonde el turco estaba, y le dijo: «Se hace tarde, y así vengamos pronto á las manos, porque luego han de entrar otros que se quedan aderezando.» Díjole el turco: «Pues si vienes tan de priesa, á la primera caida podremos dar fin á la palestra.» Respondió el Joraique, que le placía, y así los dos se aferraron con firmeza por los brazos, y era cosa espantable ver la furia con que comenzaron; de tal manera, que decian todos, que si terrible habia sido la lucha pasada, no lo era esta

menos, ni los segundos competidores de menor valor que los primeros; por lo cual pararon todos su atencion en ellos viendo que parecian dos toros furiosos, ó bravos osos, segun el ánimo con que el uno al otro procuraba dañar cuanto mas podia. Pero como el bravo español de Baza, partícipe del clima de Andalucia y Murcia, gozaba de la influencia de ambas provincias, hacia alarde de tanto esfuerzo, que muchas veces traia á mal traer al africano; el cual, como hombre sagaz y astuto, muy esperimentado en tales casos, y de nacion griego genízaro, hijo de turco, mostraba tanto valor, y se ponia tan bien, que el español morisco, aunque mas bravo, no podia vencerle. La lucha se mantenia indecisa, sin que entre los dos hubiera punto de ventaja, y de esto andaba muy corrido el buen Joraique. Viendo que era vano todo su afan, que la gloria del vencimiento pendia de una sola caida, y que la fortuna por cualquier azar pudiera dársela á él ó á su competidor, acordó de acabar por maña lo que no podia por fuerzas, pues en la lucha de todo podia usarse; y así desasiéndose del contrario luchando como estaban á brazo partido, tornaron á asirse de los brazos, y comenzaron á darse nuevos y récios vuelcos como al principio, llevándose con gran furia el uno al otro á todas partes. Notando entonces el Joraique que su contrario estaba muy cebado en aquellas vueltas, asiéndole de los brazos con sus manos, como si fueran unas terribilísimas tenazas, se dejó caer de espaldas en la arena, llevándosele tras sí, y

al tiempo en que el turco iba á caer sobre él, poniéndole los dos pies en los pechos le arrojó de la otra parte, haciéndole dar de cabeza una grande caida; y poniéndose luego en pie con la presteza de un ave, antes que el turco se levantara como queria, se echó sobre él con tanta fortaleza, que le acabó de derribar. En este instante dió un grito toda la gente diciendo: «Si fuerza tiene el Joraique, no le falta maña, pues con ella ha vencido á un contrario tan duro. Tañeron entonces con grande alegría las trompetas y añafiles del escuadron por la victoria que habia alcanzado su valeroso capitan. El africano, tan enojado como corrido, se levantó á toda priesa de la blanca arena, lanzando fuego vivo por los ojos, y dijo con voz trémula: «No es de varones claros y fuertes, sino de viles y cobardes, querer ganar por industria, honra y gloria contra los hombres valerosos, que lisa y llanamente ostentan el caudal de sus fuerzas; pero percibo que se juzga en mi desfavor dándote la gloria del vencimiento. Será forzoso para la satisfaccion de mi pundonor ultrajado, que el caso se apure por medio de las armas, porque no es decente que deje yo pasar la afrenta sin venganza.» Llegó en esto el prudente Habaquí con el tio de Abenumeya, que eran los dos jueces, y oidas las furiosas razones del africano, le hicieron salir del campo por evitar mayor escándalo, ofreciéndole que el caso se veria mas despacio, y se le guardaria justicia. Todo el bando turquesco estuvo muy próximo á romper por matar al Jo-

raique; lo cual sentido por algunos capitanes, le dijeron al reyecillo, que no era conducente pasase adelante la lucha, porque de ella podia seguirse grave perjuicio á sus intereses y á los del reino, que no estaban en punto de arriesgarse á las resultas de semejantes revoluciones; y asi, que cesaran aquellas contiendas, y se hiciesen los demas juegos. Abenumeya consideró que le aconsejaban bien, y mandó en seguida que saliese de la palestra el Joraique, y viniera adonde él estaba. Vino con efecto, y los jueces determinando el caso declararon, que toda maña es de valor en la lucha, y asi, que debia dársele el premio y la corona de laurel, á pesar de toda oposicion. Entonces el Joraique cubierto de un paño finísimo, y acompañado de su gente, que celébraba la victoria con la música de muchos instrumentos militares, fue sacada del campo. ¿Quién pudiera contar ahora el enojo y corage de los capitanes turcos? Si no fuera por el temor de dar al Ochali, rey de Argel, mala cuenta de su viage á España, juntaran su escuadron, y rompiéran con todo el campo granadino. Abenumeya mandó publicar la orden de que no hubiese mas lucha, sino que se siguiesen las demas pruebas y juegos que no eran tan achacosos á desazones. Muchos capitanes lo sintieron, porque estaban preparados para luchar, y ataviados de costosas libreas, los cuales eran Abenaix, Almozabar, el Gorri, Zarrea, Abonuayle, Gironcillo, Puertocarrero, Alrócaime, el Derri, y otros muchos valerosos moriscos. Fue acordado el dia siguiente

probasen sus fuerzas aquellos robustos varones, levantando con una mano el mayor número posible de ladrillos, y que al que mas se aventajase en esto se le daria un premio galan. Asi al otro dia de mañana, estando la plaza tan bien aderezada como el anterior, y tan poblados de gente los terrados y ventanas, se pusieron enmedio de ella donde todos los pudiesen ver cien ladrillos del tamaño usual, para que se tomaran de ellos los que pudiesen alzar los competidores. Estando ya Abenumeya sentado en su real silla debajo de un rico dosel, mandó que entrasen los que en este ejercicio quisiesen probar sus fuerzas. No tardó en entrar por la plaza Abenaix, capitan de Cantoria, bizarramente galan, y vestido de una hermosa marlota de grana franjada con muchos fluecos de plata, bonete de seda de la misma color, turbante con una pluma blanca y otra roja, y un rico alfange en el cinto. Calzábase de un gallardo borceguí azul, argentado con fuego, de tal forma, que el morisco parecia muy bien. Acompañábale un brillante escuadron de caballería con su rica bandera, en la cual llevaba pintado el castillo de Cantoria con una letra, que decia asi:

Tal la fuerza es de mi fuerte,
que no hay fuerza que la fuerce.

Daba á entender Abenaix en esta letra de su bandera, que la fortaleza del castillo de Cantoria era tal, que no habia otra mas fuerte en todo el rio de Almanzora. Entrando en la plaza con buen orden, y rodeándola toda, hecha la

reverencia al reyecillo y á las damas cortesanamente, se fue al puesto diputado para la prueba, en donde habia dos maderos no muy gruesos, tan apartados el uno del otro, cuanto alcanza la longitud de cada uno de ellos: sobre estos maderillos que estaban tendidos en el suelo, debian ponerse los ladrillos que cada uno se propusiera alzar, porque el que hubiera de probar su fuerza en esto, debia de meter la mano por entre los maderos. Llegado allí el valeroso Abenaix, fue sacando y poniendo sobre los maderos uno á uno hasta veinte ladrillos, de á tres libras de peso, y estos eran los que se proponia levantar en el aire con una mano, sin ser atados con cuerda ni con otra cosa, sopena de no ganar la apuesta; para lo cual se bajó al suelo, metió la mano por debajo de los ladrillos, y haciendo un grande esfuerzo levantó los veinte en el aire, y á bastante altura para que todos lo pudieran ver. Quedó la gente muy maravillada de que con una mano hubiese alzado los veinte ladrillos, que pesaban por lo menos sesenta libras, y que despues tornase á ponerlos á pulso sobre los maderillos como antes estaban. Habia presentes al caso dos veedores y un escribano para tomar nota y dar cuenta del número de ladrillos que cada uno alzase. Abenumeya maravillado tambien de que Abenaix con una sola mano hubiese alzado aquel peso en el aire, dijo á sus capitanes: «Bien puede decir Cantoria que tiene un valeroso y gallardo capitan.»—«Eso pregúntenmelo á mí, dijo el buen Maleh, que estaba bien cerca de Abenu-

meya. Cuando por mandado de V. A. salí de aquí con mas de diez mil hombres sobre Cantoria, estaba este allí con harto poca gente, y unos Almodovares, cristianos viejos procedentes de Murcia, los cuales me hicieron una resistencia tan brava, que despues de haber muerto y herido á muchos de mis soldados, tuve que retirarme sin poder llevar á efecto la orden de V. A.; y es muy cierto que si á los de Cantoria les hubiera venido el socorro que enviaron á pedir á los cristianos, no se gloriara hoy V. A. de que esta villa fuese suya, por el insigne valor de los capitanes y soldados que tenia dentro.» Cesó con esto la plática, porque se oyeron cajas de guerra y otros instrumentos, que anunciaron la entrada en la plaza del capitan Caracacha con su turquesco escuadron gallardamente ataviado: venia vestido de una rica tela de seda, color azul, muy guarnecida con franjas de plata, y traía en la cabeza un bello turbante de toca, blanca como el armiño, bandeada de oro, con un rico penacho blanco y azul. La librea de todo el escuadron era de los mismos colores, salvo que los borceguíes de los turcos eran rojos, y los de Caracacha datilados y argentados: tambien la bandera era azul, y traía enmedio una media luna de plata, y una letra de oro, que decia así:

Del Líbico mar salió
sin un punto ser eclipsada;
y si se gana Granada,
ninguna mas mereció.

El africano puso esta letra en su bandera,

dando á entender, que jamás fue ella vencida ni hollada en ninguna batalla de las que en Africa habia tenido; y que si se ganase Granada, ninguna de las banderas granadinas tendria tanto merecimiento como la suya, atribuyéndose á sí mismo la gloria del triunfo. Pasando, pues, el turco adelante, y habiendo hecho alarde de la gallardía de su persona y escuadron, saludó con grande acatamiento al rey, y luego se fue al lugar donde estaban los ladrillos puestos por Abenaix sobre los maderos; y pareciéndole que bien podria aventajarle con otros dos ladrillos mas, los puso encima de los veinte, metió la mano por debajo, y empleando todo el caudal de su fuerza, se probó á alzarlos; pero no pudo moverlos de su puesto, y en seguida quitó uno de los ladrillos, tornó á probar, y pudo tan poco como de primero; por manera, que quitando los dos que habia puesto, hizo la tercera tentativa, y levantó, sí, del suelo los veinte ladrillos, mas no tan alto como Abenaix; por lo cual, tornando á sentar los ladrillos, dijo: «Mal me va con los españoles, pues en dos pruebas á que he entrado con ellos no he podido ganar nada.» Con esto volvió á juntarse con su escuadron, y siguiendo el mismo orden con que habia entrado en la plaza, se tornó á salir, dando una gentil carga de escopetería. «Mas diestro está en las armas, dijo Abenumeya, que en la prueba de sus fuerzas el africano: tengo por hombres mas robustos y de mas nervio á los granadinos; de modo, que si estuvieran acostumbrados á los ejercicios militares,

ninguna nacion del mundo les hiciera un canto de ventaja en nada.»—«Asi es verdad, dijo el Habaquí, y con dos años solos que continúe la guerra, no habrá mejor gente, ni mas esperta en las armas en ninguna parte.» Oyéronse luego nuevas cajas y dulzainas, apareciendo en la plaza otro hermoso escuadron muy bien adornado, cuyo capitan era el moro Puertocarrero, hijo del alcaide de Gergal. Venia vestido de una ropa encarnada guarnecida con remates de oro; su borceguí hecho en Argel era datilado; el rico alfange colgado de un hermoso tahalí; bonete turquesco, y en él penacho blanco y encarnado; la bandera era roja, sin contener letra alguna, sino solo un zancarron y la media luna. Entró á la española como gallardo capitan, una gineta en la mano, y delante de él un page bien aderezado, que llevaba un rico escudo dorado, el campo azul, y enmedio una letra, que decia asi:

Si la que me fuerza á mí
poniéndome brio y fuerza,
ora estuviera ante mí,
se me doblara la fuerza,
como pareciera aquí.

La mora de que andaba enamorado Puertocarrero, era natural de su tierra, llamada en arábigo Fátima, y en castellano Brianda. Él á todos entónces pareció muy bien, aunque mejor debia parecer cuando por sus buenos méritos fue descuartizado en Granada: rodeó la plaza, pasó por delante de Abenumeya haciéndole grande acatamiento; y separándose de su escuadron, fue al

lugar donde habia de probar sus fuerzas, y halló los ladrillos descompuestos, porque Caracacha, mohino de no poder alzar mas que el Joraique, los habia esparcido por el suelo. No sabiendo el número de los que antès habian sido alzados, puso desde luego doce por el orden que era debido, y metiendo la mano por debajo, apenas pudo levantarlos del suelo, no siendo tan mala prueba alzar treinta y seis libras con una sola mano. Tomada nota del acto por quien tenia cuidado de hacerlo, Puertocarrero volvió á juntarse con su escuadron, y salió de la plaza gallardamente, dando una gentil carga de arcabucería y otra de hondas, que dieron placer con sus crujidos. Abenumeya dijo: «No me parecen mal los soldados honderos, porque á fe de rey, que en ocasiones son de grande importancia.»—«Son muy buenos ciertamente, dijo su tio Abenchoar, y en el tiempo antiguo no se usaba otra cosa que hondas y ballestas de palo, y con estas armas sencillas se obraban muy buenos hechos, de que nos queda profunda memoria.»—«Verdad es, dijo el Habaquí; mas ahora anda mejor la milicia porque hay buena arcabucería, con la cual se hace mas pronto la hacienda.» Estando en esto entró por la plaza el gallardo Maleh con su bizarro escuadron, bien vestido de morado, bonete y plumas del mismo color, y borceguí azul argentado; el tahalí azul, tachonado de plata, y de él pendiente un rico alfange. Rodeando la plaza se desplegó su bandera, que era morada, campeando en ella media luna grande de

plata, y debajo un sol, que parecia oscurecido por la luna; aprension natural de moros en dar mas estimacion á este planeta. Llevaba una letra de plata, que decia asi:

Es el sol una planeta
que á las demas les da lumbre;
mas la luz y la vislumbre
de mi Luna es mas perfeta.

Llevaba esta letra el Maleh, porque como ya hemos dicho, su señora se llamaba Luna, y la tenia en tanto, que decia, que los rayos de su hermosura oscurecian al sol, aunque á las planetas da luz con su lumbre. Llegando, pues, el moro al lugar en donde estaban los ladrillos, y poniendo veinte y dos de ellos por su orden, los levantó, aunque no mucho, del suelo, pero al fin fueron levantados un palmo; y con esto, posándolos, volvió gallardamente á juntarse con su escuadron. Maravillados quedaron todos de haberle visto levantar con una mano los veinte y dos ladrillos, y esclamaban: «¡Valeroso es el capitan Maleh!» Salió este de la plaza dando una hermosa carga de arcabucería; y dejando á Muley y todos los demas circunstantes muy enamorados de su buen talle y valor. Luego entró en la plaza el bizarro capitan Zarrea con su escuadron de tiradores muy bien aderezado: la bandera que traia era amarilla y verde, con una letra que decia asi:

Desespero, mas espero
que el tiempo hará mudanza,

y confio que Esperanza
me dará lo que mas quiero.

Zarrea amaba á una hermosa mora, y aunque no se veía correspondido, tenia firme esperanza de que su deseo se allegaría á buen fin. Entró el moro vestido de una tela del color de su bandera, trayendo un rico alfange, borceguí verde argentado, zapato amarillo, y en el bonete dos plumas, una amarilla y otra verde. Hecha su mesura á Muley, á las damas y capitanes, se apartó luego de su escuadron y fue á hacer prueba de sus fuerzas; pero no levantó sino catorce ladrillos, quedando corrido de no haber alzado mas. Con esto volvió á juntarse con su escuadron, y dando una gentil carga de arcabucería, salió de la plaza.

Entró luego en ella el capitan Gorri vestido de pardo damasco, guarnecido de franjas de oro, bonete de la misma tela con plumas pardas y blancas, un rico alfange y borceguí datilado. Su bandera era de una tela de color de cielo, sembrada de estrellas de oro, y una media luna de plata, con una letra que decia:

En mí no cabe placer
hasta que vea á Granada
de los moros conquistada.

El vestido de este capitan moro era conforme á sus pensamientos, como lo demostraba su letra: era hombre mayor y de buen juicio, por lo cual su presencia dió gran contento á todos; y habiendo llegado á la prueba de sus fuerzas, tomó diez y siete ladrillos, que alzó fácilmente

con una mano. Mostró en la ejecucion buen donaire; y despues, volviendo con grave paso á juntarse con el escuadron que le acompañaba, le hizo dar una buena carga de arcabucería y se salió de la plaza. Muley dijo: «No le falta valor al Gorri; al fin es hombre maduro, de sano juicio, y capitan de mucha esperiencia y confianza.»— «Verdad es, dijo el Habaquí, y á ley de moro hidalgo, aseguro que el Gorri se ha mostrado valeroso en todas las ocasiones pasadas, y especialmente en la de Verja, que si no fuera por él, nos hubieran tomado los cristianos casi todas nuestras banderas.» Apareció á la sazon en la plaza entre el ruido de muchas cajas bélicas, y seguido de un escuadron gallardo, el capitan Derri, hombre valeroso. Venia vestido de azul, con plumas, bonete y borceguíes del mismo color, y un rico alfange al costado: su bandera era tambien azul, y en ella venian pintadas cuatro cabezas de cristianos en señal de muchos que él habia muerto, con una letra que decia asi:

La gloria es matar cristianos,
que probar las fuerzas no
es gloria que contentó.

Y tenia razon este moro en la sentencia de su letra, porque no es correspondiente de hombres cuerdos mostrar sus fuerzas, pocas ó muchas, delante de amigos ó de enemigos; porque sabiendo cada uno los quilates del valor del que las prueba, tiene en algo ó en nada el resultado. Asi el Derri, célebre y codicioso capitan, entró en la plaza; y habiéndola paseado toda, se

llegó al lugar donde se hacia prueba de las fuerzas: puso en orden doce ladrillos, y con harto trabajo los levantó del suelo. Viendo luego que otros habian alzado mas, enojado dijo: «No tengo cuenta con pruebas, ni hago caso de ellas: mas vale maña que fuerza»; y tornándose de allí á su escuadron se salió de la plaza dando una buena carga de arcabucería. Abenumeya no estaba bien con este capitan, por lo que atrás dijimos de que le anduvo persiguiendo, codicioso de los diez mil ducados que por su cabeza prometió el marqués de Mondejar; lo cual no se le habia olvidado, aunque al presente aparentase tenerle en su gracia, movido de los ruegos de otros muchos capitanes: mas adelante veremos, que despues por poca ocasion le mandó ahorcar.

Despues del Derri entró en la plaza Gironcillo el de Granada, vestido muy gallardamente de rojo, con guarniciones de plata, bonete y plumas del mismo color, rico alfange dorado, pendiente del hombro derecho de un hermoso tahalí verde, borceguí verde argentado. Llevaba al hombro una buena escopeta de rastrillo, preciándose de tirador, que lo era estremado: en su bandera de color rojo venia pintada la famosa Alhambra con una letra castellana, que decia asi:

Si quiere el cielo y fortuna,
en tí, mi querida Alhambra,
espero danzar la zambra.

Mucho contento dió esta letra del Gironcillo á todos los moros y moras que estaban en las fiestas, y todavía mas á Fernando Muley. Dada

quién el premio y joya lleva
por su justo merecer.

Venia tan confiado en sus fuerzas este Alrocaime, que daba ya por ganado el premio; y asi luego que entró en la plaza, hecho su acatamiento á Abenumeya, á las damas y capitanes, se dirigió al lugar de la prueba; y viendo que Abonuaile habia levantado veinte y cuatro ladrillos, puso treinta, y dijo que habia de alzarlos, ó morir. Toda la gente principió á susurrar confusamente diciendo que el intento de Alrocaime era imposible; pero él entregando á un page su arcabuz, llegó, y metiendo la mano por debajo de los ladrillos, los levantó en el aire. Entonces sí que fue la gritería, esclamando todos: *Alrocaime ha ganado; por Mahoma que tiene grandes fuerzas.* Tornando el moro á sentar los ladrillos en su lugar, con gran contento y alegría se fue á buscar su escuadron, y se salió de la plaza, dejando maravillados á todos de su esfuerzo hercúleo. A la sazon ya era muy tarde, y aunque otros muchos probaron sus fuerzas, no hubo ninguno que alzara tanto número de ladrillos como Alrocaime.

Abenumeya se retiró á su posada acompañado de la gente del campo y de los capitanes que con él estaban: lo mismo hicieron las damas, yendo hablando todos del esfuerzo y valor de los capitanes que aquel dia se habian probado en los juegos. El rey mandó dar á Alrocaime el premio prometido, y aquella noche se pasó toda en grandes fiestas y danzas de moros y moras,

quedando para otro dia la prueba del que tuviese mas tiempo al hombro un marmol de cuatro quintales de peso. Venida la mañana Abenumeya fue á sentarse en su estrado con todos los capitanes del ejército, muy bien vestidos y ataviados. La plaza se pobló de mucha gente, así cómo los balcones, ventanas y terrados, en donde se veian muchas y muy lindas damas. Mandó luego Abenumeya que se trajese de la iglesia un marmol que habia servido para sustentar la pila del agua bendita: era una piedra de seis pies de largo, que pesaba diez y seis arrobas. Inscribiéronse para la prueba muchos capitanes, cuyos nombres se pusieron dentro de un vaso de plata, á fin de que fueran saliendo por su orden; y tambien habia allí sobre una hermosa mesa un relox de arena. Los capitanes inscritos para la prueba fueron Abenaix, Almozaban, el Gorri, Puertocarrero, Zarrea, el Maleh, Albonuaile, el Joraique, Alrocaime, el Habaquí, el Derri, Gironcillo, Caracaoh̃a y Mamiaga. En esto comenzó á sonar toda la música de cajas, atabales, añafiles y trompetas, mostrando grande alegría, y despues de haber tocado largo rato, metiendo Abenumeya la mano en el vaso, sacó un papel con el nombre del Habaquí: luego sonó una trompeta sola, y el rey dijo en alta voz, de modo que todos le oyeran: *Salga el Habaqui.* Levantóse el valeroso capitan, y se presentó en medio de la plaza, donde estaba el liso marmol, y con la ayuda de otra persona, porque era indispensable, se le echó al hombro derecho, y sintiendo gran pesadumbre. Allí asó,

mantuvo á la vista de todos, sosteniendo el marmol con su hombro un largo cuarto de hora, y no pudiendo sufrir mas, le dejó caer en el suelo. Quedó el buen Habaquí al verse exento de aquel peso, como si se descargara de un monte; y mostrando buen semblante, se volvió á su lugar diciendo, que aquella prueba era propia de animales. Al son de trompetas y dulzainas sacó luego Abenumeya otra cédula con el nombre de Zarrea, el cual tomando el marmol sobre el hombro, apenas pudo sostenerle medio cuarto de hora; y así le dejó en tierra diciendo, que mejor se apañaria á sufrir la descarga de una escopeta, que la carga de aquel marmol, y se volvió á su puesto. Tras de Zarrea salió el Derri, y no pudo aguantar el peso mas de otro medio cuarto de hora. Luego salió Gironcillo, que no pudo sufrir el peso ni un momento, sino que luego despidió la mala carga, diciendo, que mas valia pelear y matar cristianos, que someterse á una prueba tan brutal. Tras de Gironcillo salió el Gorri, y no llegó á sufrir el peso medio cuarto de hora; ni tampoco Puertocarrero que salió despues. Tras de este salió el gallardo Maleh, que aguantó un cuarto de hora, mostrando grandísimo esfuerzo, y no pudiendo sufrir mas, soltó el peso en el suelo. El Joraique se siguió al Maleh, y tuvo el marmol encima de su hombro cerca de media hora; quedando toda la gente maravillada de su fortaleza, y diciendo que era hombre de grandísimo valor: pasada la media hora dejó caer el duro marmol, y se volvió á

sentar en su puesto. En seguida salió Alrocaime, y luego que le vieron todos pensaron que ganaria el premio, diciendo: « Este famoso capitan ganará, pues por su estremada fortaleza aventajó á todos en la prueba de los ladrillos. » Alrocaime tomó al hombro el duro marmol, y sin moverse de un lugar, le sostuvo tres cuartos de hora, sufriendo inmenso trabajo: cuando vió que no podia pasar de allí se echó fuera, dejando caer el marmol en tierra, maravillándose todos de su esfuerzo. Luego salió el bravo Abenaix, y sufrió el peso de marmol una hora y cuarto, dejando espantados á cuantos le miraban. Salió despues el gallardo Almozaban, y sustentó el marmol hora y media sin cansarse; esfuerzo que asombró á todos; pero tanto quiso sustentar aquel peso, que le reventó sangre por las narices. Tras de Almozaban salió el capitan Caracacha, y tomando el marmol sobre el hombro, le sustentó un cuarto de hora. Luego salió su compañero Mamiaga, y no pudo sufrir mas de cuarto y medio de hora. Salió en seguida el bravo Abonuaile, tomó el pesado marmol, se le puso al hombro, y paseándose con él, aguantó dos horas, con tanto estrépito de la gente que le miraba, que no se oian unos á otros, espantados de que siendo el postrero hubiese ganado la joya. Sonaron entonces todas las trompetas y chirimías, mostrando grande alegria por la victoria de Abonuaile, y todos los demas capitanes fueron á darle la enhorabuena, y á sacarle de la plaza con grande honra. Mandó luego Abenumeya que se le diera el premio pro-

metido. Con esto cesó la fiesta y prueba de aquel dia, quedando para otro la del salto; y así aquella noche se pasó como la anterior en grandes fiestas, juegos y danzas. Venida la mañana se aderezaron todos los que habian de saltar, señalándose los mismos catorce capitanes; y cuando Abenumeya se dejó ver en su estrado acompañado de la gente mas principal de su ejército, principió la prueba del salto al sonido de mucha música que resonaba por todas partes. El primero que saltó fue el Gorri, y de tres saltos alcanzó diez y nueve pies; no habiendo podido saltar mas, porque desbarró al primer salto, y se descompuso. Saltó luego Puertocarnero, y alcanzó veinte y cinco pies; Zarrea veinte y cuatro; Abenaix veinte y siete; Almozaban veinte y ocho; el Maleh treinta; Albonuale veinte y ocho; el Joraique treinta y cuatro; Alrocaime treinta y seis; el Habaquí veinte y nueve; el Derri treinta; Caracacha treinta y dos; Mamiaga, su compañero, treinta; pero Gironcillo, que era suelto como un pensamiento, saltó cincuenta pies. A este, pues, se le dió el premio prometido al son de muchas trompetas y atabales. Pasóse en otras fiestas de placer el resto de este dia, y para el siguiente quedó aplazada la prueba de los corredores. Primeramente se le designó la carrera, que era de una media legua cumplida hasta la plaza en donde estaban puestas las joyas que se habian de ganar. Era usanza entre moriscos tomar espacios muy largos, y los corrian desnudos, cubriendo solamente las partes ocultas con pañue-

los. Juntáronse para correr mas de cien personas; pero ganó la joya un morisco de la villa de las Cuevas llamado Albexari, que era uno de los mozos mas sueltos que habia en el reino de Granada. Se le dieron sus premios, y Abenumeya le dió tambien á Puertocarrero diez ducados, porque casi llegó á la par de Albexari, solo que este tendió antes la mano y tomó la vara de las joyas.

Pasado este dia, quedaba para el venidero la prueba de quien tiraria mas largo un canto de media arroba. Para esto se reunieron en la plaza como en los dias anteriores con Abenumeya los caballeros, capitanes, damas, y todos los demas concurrentes; y habiendo tirado todos los que se presentaron á la prueba, ganó el premio un soldado turco de Argel, que se llamaba Mostafá, y era natural de Constantinopla. Mucha satisfaccion y contento causó al bando turco ver que un paisano suyo habia ganado aquel premio en España. Pasado este dia, quedaba destinado el siguiente para probarse los tiradores de honda, estando ofrecidos al que mas certero tirara con ella diez ducados. Llegado el otro dia por la mañana todos los capitanes hicieron reseña de sus escuadras, y entresacaron de ellas á los honderos, que eran aquellos que no tenian armas: de estos habia muchos á principio de la guerra, pero ya quedaban muy pocos, porque todos los demas se hallaban bien provistos de armas; de tal suerte, que solamente se hallaron ciento y cuarenta soldados honderos en todo el campo. Los

juntaron haciendo de ellos un escuadron, y les señalaron capitan para su entrada en la plaza, la cual hicieron con muy buen orden. Se puso á doscientos pasos sobre un madero de la altura de un estadio una rodela grande para que sirviera de blanco á los tiradores: la rodela era blanca con un pequeño círculo negro enmedio, y en el centro de este un punto blanco, á fin de que quien diera dentro de él ó mas cerca, ganase la joya de diez ducados prometidos por Fernando Muley. Dispuesto esto así fueron tirando uno á uno todos los soldados, y hubo muchos que hicieron estremados tiros, ya dando en la rodela, ya muy cerca de ella; de suerte, que se hallaron noventa y seis tiros dados con tanta fortaleza dentro del círculo de la rodela, que se hallaba ya casi deshecha, y el que mas pegó en el blanco del punto céntrico de ella, fue un mancebo moro llamado Alcolayar, natural de Ohanez. A este se dió el premio de los diez ducados, y despues todo aquel escuadron hondero principió á disparar piedras con sus hondas por el aire, metiendo tanto ruido como si fueran descargas de arcabucería, de lo cual se quedaban todos maravillados. Contento del ejercicio Muley Abenumeya dijo: «Realmente me ha gustado el escuadron de los honderos, y me parece que pueden hacer grande efecto en cualquiera ocasion.» Contestaron todos los capitanes, que aquellos honderos siempre se habian mostrado bravos, y distinguídose en dañar á los cristianos. Con esto se acordó que principiaran luego las danzas; y po-

niendo la plaza muy aderezada para el caso, tendidas muchas alfombras, todos los sugetos mas principales de la hueste se sentaron á la redonda, y Abenumeya en su estrado presidiendo la funcion. Reunidos muchos instrumentos para formar la orquesta; pensaron que para aquel propósito serian preferibles el laud y la sonaja; y así, colocados los músicos en su lugar, comenzaron á salir muchos mancebos moros, y danzaron uno á uno maravillosamente; de tal manera, que los jueces no se atrevian á declarar quién lo hacia mejor. Bailó Gironcillo con una mora hermosísima, natural de Almanzora, la cual dió tanto contento á todos, que el reyecillo mandó darla diez ducados y una marlota de seda. Luego entró á danzar Puertocarrero con otra mora muy hermosa tambien, y danzó con mas elegancia todavía que Gironcillo; y como la mora lo hizo igualmente bien, mandó Abenumeya que á la mora se la diesen diez ducados y una rica marlota, y á Puertocarrero el premio de la danza, que era una hermosa ropa de seda. . . . .

Luego salieron á bailar las moras solas, y hubo muchas que lo hicieron gallardamente, siendo la última que danzó la hermosa Luna, natural de Purchena. Salió la mora ricamente vestida de una marlota de damasco verde alcachofado, guarnecida de fluecos de oro; sacó un zaragüel de cambray muy delgado y muy rizado, y zapato de terciopelo azul, guarnecido de oro; el tocado era maravilloso, y el cabello tan bien puesto, que hubiera podido enlazar con él al mismo

la vuelta á la plaza, hecho su acatamiento al rey, á las damas, á los caballeros y capitanes que allí estaban, se apartó Gironcillo de su escuadron, y yendo á hacer prueba de sus fuerzas, puso en orden diez y nueve ladrillos, y los levantó felizmente. Todos los circunstantes se alegraron de que hubiese hecho tan buena prueba, y él con su escuadron se salió de la plaza tan gallardamente como habia entrado.

Asi como se retiró Gironcillo, entró otro valeroso capitan llamado Abonuaile, natural de Guadix, hombre de cuarenta años y de grandes fuerzas. Traia su escuadron compuesto de gallarda gente y bien armada; la bandera era blanca, con bandas azules y rojas, y pintado enmedio un escudo dorado sobre campo verde, con unas letras de oro, que decian:

Cuando vea el alameda
de mi Guadix deseada,
de moros será Granada.

No dió poco contento la letra de este bravo capitan á Muley y á cuantos estaban en la plaza. Venia vestido de paño verde aceitunado, con guarnicion de terciopelo negro; y hecha la acostumbrada mesura, apartándose de su compañía se fue al lugar de la prueba, y poniendo sobre los maderos veinte y cuatro ladrillos, los levantó con una sola mano sin pesadumbre; de suerte que bien se dió á entender que podria alzar otros dos mas. Levantó la gente gran vocería diciendo, que el bravo Abonuaile habia alzado mas ladrillos que ningun otro capitan. Abenu-

meya se quedó maravillado de tal fortaleza, y dijo, que no era posible ver mas. El Habaquí, Abenchoar, y otros capitanes que allí se hallaban, dijeron que le habian visto de un golpe de alfange hendir un cristiano desde el hombro hasta la cintura, y de otro golpe partir á otro por medio. «Gran fortaleza tienes, dijo Abenumeya, y yo me holgara que se encontrase con el alguacil mayor de Granada D. Pedro Maza para vengar de un golpe semejante á esos que decís la injuria que me hizo quitándome la daga; mas todavia espero que me pague el agravio con la vida y hacienda.» El valeroso Abonuaile dejando á todos muy contentos de su fuerza maravillosa, hizo dar á su escuadron una fuerte carga de arcabucería, y se salió de la plaza. Siguióle luego otro gallardo capitan moro, llamado Alrocaime, de las mismas tierras de Guadix. Era ya de edad madura, y le apuntaban las canas; alto, membrudo, de color moreno verdinegro, cejijunto, grande enemigo de cristianos, y que alcanzaba muchas fuerzas: venia vestido de turquesado, con muchas guarniciones de plata, quitadas de las casullas y frontales de las iglesias de cristianos que habia saqueado. Entró con su escopeta al hombro; su bandera era amarilla, y enmedio venia pintado un escudo de plata sobre campo azul, y en el centro una media luna plateada, con una letra, que decia de esta suerte:

Si fuerzas han de valer,
presto se verá en la prueba

quedaban todos suspensos; y con igual placer le oyeron esprimir en castellano la siguiente

CANCION.

Si D. Fernando Muley
en el Alhambra estuviera
con una y otra bandera
gobernando como rey;
Si el encumbrado Albaicin,
y toda aquella Alcazaba
que el rey Chico gobernaba,
nos diera en glorioso fin;
Y estuviéramos triunfando
con mil despojos y arreos
de los cristianos trofeos,
y Abenumeya reinando;
Si de Darro la riqueza
poseyera el bando moro,
y le sacara aquel oro
que tiene con tal riqueza;
Si de la Vega hermosa
se cogiera el bello fruto,
y al perro cristiano astuto
se diera muerte afrentosa;
Abenumeya estuviera
en descanso y en reposo,
y como rey poderoso
á todos mercedes diera.

Cantó esto Gironcillo tan bien y con tanta gracia, que á todos dejó enamorados; y aunque otros muchos moros quisieron competir con él,

se llevó el premio del caballo, por haber sido su cancion la mas grata. Mandó luego Abenumeya que cantaran las moras mas hermosas, y porque no sabian tocar el laud fue necesario tomar un adufe, y que al son de él y de unas sonajas á la usanza mora cantaran un romance. Ultimamente, importunada la hermosa Luna, cantó en arábigo esta

CANCION.

De nuestro rio Almanzora
las flores se vuelvan tales,
que produzcan inmortales
con gozo de gente mora;
Y que se vuelva Granada
á sus pasados contentos,
y los moros pensamientos
la hagan aventajada;
Y los capitanes moros
sean todos colocados
en la rueda de estimados,
llenos de ricos tesoros;
Y que á las moriscas todas
de estas sierras y Alpujarras
les den cristianos por arras
cuando celebren sus bodas;
Y se vea Abenumeya
en Granada coronado;
y poseyendo su estado
sea como el de Tarpeya.

En esto de Tarpeya hacia Luna alusion á Neron el cruel, como sabedora de las asechanzas

que algunos pusieron á la vida de Abenuméya, obligándole á andar escondido; y asi le trajo á la memoria la venganza que sobre ello podia tomar siendo rey; y siguiendo el ejemplo de aquel emperador. No holgó poco el reyecillo de la advertencia, y puso luego en ejecucion su venganza, como diremos mas adelante, aunque le costó la pérdida de la vida y del reino. Otras muchas moras cantaron despues de Luna, pero no tan bien como ella, y asi se llevó la ropa prometida. Despues de dado el premio, una de las moras que estaban allí ofreció cantar voluntariamente, y no por codicia de ninguna ganancia: Abenumeya la dijo que cantase, y que tan bien podria hacerlo que la diera otra joya. Era la mora muy hermosa, y vestia de luto por tener el corazon enlutado con la pérdida de su padre y de cuatro hermanos que murieron en la batalla de Verja: su pueblo era el Deirq, que habiendo sido saqueado de cristianos, la forzó el irse á Purchena con sus deudos. Obtenida la licencia para cantar la trajeron el adufe, y dijo que no queria tañerle, sino que la trajeran un plato de estaño, porque con él habia de hacer el son. Traido el plato le tomó la mora, y comenzó á hacerle bailar encima de una mesita moviéndole con una mano, y del movimiento que le daba resultaba un sonido sordo y melancólico, que provocaba á tristeza á todos los que le oian: despues, poniendo los ojos en Abenumeya llenos de lágrimas, que salian de su corazon, cantó con voz suave y delicada la siguiente

CANCION.

La sangre vertida
de mi triste padre
causó que mi madre
perdiese la vida:
Perdí mis hermanos
en batalla dura,
porque la ventura
fue de los cristianos:
Sola quedé, sola
en la tierra agena:
ved si con tal pena
me lleva la ola!
La ola del mal
es la que me lleva,
y hace la prueba
de dolor mortal.
Dejadme llorar
la gran desventura
desta guerra dura
que os dará pesar.
De las blancas sierras,
y rios y fuentes,
no verán sus gentes
bien de aquestas guerras:
Menos en Granada
se verá la zambra
en la ilustre Alhambra
tanto deseada:
Ni á los Alijares
hechos á lo moro,
ni á su rio de oro,
menos á Comares:
Ni tú, D. Fernando,
verás tus banderas
tremolar ligeras
con glorioso bando;
Antes destrozadas,
presas y abatidas,
y muy doloridas
tus gentes llevadas
A tierras agenas;
metidas en hierros,
por sus grandes yerros
pasarán mil penas.
No verán los hijos
donde estan sus padres,
y andarán las madres
llenas de litigios
Con eternos llantos,
muy descarriados
en sierras, collados,
hallarán quebrantos.
Y tú, D. Fernando,
no verás los males
de los naturales
que te estan mirando;
Porque tus amigos
quiere el triste hado
te habrán acabado,
siéndote enemigos.

Otro rey habrá
tambien desdichado
que amenaza el hado,
como se sabrá.

Y tú, Habaquí,
por cierto concierto
tambien serás muerto
mezquino de tí!

Los cristianos bandos
vienen poderosos:
volverán gloriosos
despojos llevando;

Y yo estoy llorando
con gran desventura,
y la sepultura
ya me está aguardando.

Cantó esto la hermosa y dolorida mora, y al final dió un suspiro profundísimo, que parecia habérsele rasgado el corazon, y á vista de todos se quedó muerta del grave dolor que de su cancion habia sentido. Quedaron todos maravillados del tal suceso, y mas que ninguno Abenumeya, temeroso de aquel mal pronóstico que la mora habia declarado de que seria muerto á manos de sus amigos. Los capitanes y caballeros que allí estaban dijeron que seria error dár crédito á semejante vaticinio, y hacer gran cuenta de lo que la mora habia cantado. Abenumeya la mandó enterrar honradamente, y todas las moras que presenciaron su muerte la lloraron mucho, pensando en la desventura que las habia pronosticado.

Estando en esto Abenumeya, llegó un moro de las Alpujarras diciéndole que habia necesidad de que el ejército fuera al instante hácia la parte de Andarax, las Albuñuelas y Guajaras; porque en Granada habia grande revolucion, y habia llegado el bravo capitan Céspedes; que pasando allá pronto el campo moro podrian cogerse los frutos de las tierras que eran grandes de uva, higos, pasa, peros, servas y membrillos, ave-

llanas, nueces, castañas, almendras y otras cosas semejantes; no dando lugar á que se aprovecharan de ello los cristianos que salian de los presidios de Orgiva buscando provisiones para su sustento. Con esta noticia no quiso Muley que se acabasen las fiestas, faltando todavía la prueba de los tiradores de escopeta; y en seguida hizo marchar al ejército sin parar hasta Valor, y de allí pasó á un lugar llamado Lucainena, donde se juntó consejo de guerra para arreglar las operaciones correspondientes á la empresa que se tenia entre manos. Acordaron que dos mil moros partieran al instante hácia las Albuñuelas y al puerto de la Ragua, porque se tenia noticia de que muchos cristianos, por orden de D. Juan de Mendoza, hacian allí un fuerte para poner gente de presidio que guardara aquel paso, donde los moros de aquellos lugares salteaban las escoltas y les tomaban los bastimentos; de manera, que los que estaban en el real de Orgiva padecian grande necesidad y no podian sostenerse. Para este fin habia en la altura del puerto de la Ragua obrando aquel fuerte una compañía de mas de cuatrocientos tiradores. Dieron en ellos los moros, y como eran muchos desbarataron á los cristianos, dejando muertos á muchos de ellos, y tomándoles la bandera y sus armas. Algunos pudieron escaparse de allí, ya hácia Granada, ya al real de Orgiva donde estaba D. Juan de Mendoza, que sintió grave pesadumbre del suceso. Mas no paró aquí la desgracia: el valeroso capitan Céspedes, por orden del Sr. D. Juan de

Austria, estaba puesto de presidio en la puente de Tablate para que los moros de la sierra no pudiesen bajar á los lugares que estaban sobre el camino de Granada; y habiendo tenido noticia de la derrota de los cristianos del puerto de la Ragua, deseoso de vengar la injuria, subió con su compañía á lo alto de la sierra buscando al enemigo. Ciertamente la salida fue desordenada; y asi correspondió el éxito. Los moros, reconociendo al instante la poca gente que traía, le acometieron con valor, y á poco tiempo toda la compañía con su capitan fue desbaratada, quedando éste muerto en el campo y su cuerpo despues hecho pedazos, pues por la fama de su valor, no hubo moro que no le hiciese herida: cogieron la bandera, y llevaron por gran reliquia el alfange ensangrentado de Céspedes al reyecillo. Sin embargo, Céspedes vendió bien cara á los moros su vida, peleando antes como varon fortísimo, porque se hallaron mas de cien moros partidos por su mano desde los hombros hasta la cintura con la fuerza de su poderoso brazo, manejando una espada valenciana que era la mejor del mundo, ancha de tres dedos, y tan fornida, que pesaba catorce libras. Doy fé de que la ví en Vera, la tuve en mi mano, y presencié el acto de pesarla. Fue tanto mas dolorosa la pérdida de este valiente capitan y los suyos, cuanto que D. Antonio de Luna que venia del real de Orgiva, pudo muy bien socorrerle, habiendo llegado muy cerca de allí, de modo que vió la batalla por sus propios ojos. Quiso luego disculparse alegando que no estaba

tan cerca, y que no podia salir del cumplimiento del orden que llevaba; pero este descargo es despreciable, porque ¿quién vé á sangre fria una batalla entre moros y cristianos, que no presta ayuda á los de su partido, y los deja perecer por no salir un punto de los límites de la orden que lleva? En mi opinion á lo menos, D. Antonio de Luna no quedó acreditado en esta ocasion de valiente, ni de buen soldado. Luego se supo en Granada todo lo que llevamos referido, y de ello sintieron gran pesar el Sr. D. Juan de Austria y el marqués de Mondejar; por lo cual queriendo ver pronto aquella guerra fenecida y escusar tantos males, se mandó enviar mucha gente en seguida al marqués de los Velez, quien, como ya dijimos, estaba en Adra aguardando órdenes de S. M.

CAPITULO XV,

en que se declara cuánta y cuán lucida gente se envió al marqués de Velez; cómo este y el Comendador mayor se recibieron bien en un acuerdo que se tuvo, y el marqués de la Fabara se indignó con el de Velez sobre un punto de honra.

Así que se supo en Granada la derrota del valeroso capitan Céspedes, y lo mal que D. Antonio de Luna se habia portado no asistiéndole ni favoreciéndole, por lo cual se despojó á Luna de su grado, y tambien del descalabro de los cristianos que estaban en el puerto de la Ra-

gúa, el Sr. D. Juan de Austria, muy pesaroso de estos dos quebrantos, mandó á D. Rodrigo de Benavides, caballero muy principal, que saliese de Granada con seis mil hombres, y los llevase á Orgiva, donde D. Juan de Mendoza tenia bajo de sus órdenes el campamento cristiano; pero llegando á Guadix vió que este pueblo necesitaba de custodia; por lo cual mandó, que se quedaran allí mil hombres de presidio, y pasó á Orgiva con cinco banderas y el resto de la gente. El marqués de la Fabara salió tambien de Granada para este mismo efecto con setecientos hombres, bien armados y tiradores todos, y con mas de cien caballeros, hijosdalgo de Murcia y de otras partes. Llegada que fue toda esta gente á Orgiva, se dió orden al general D. Juan de Mendoza para que fuese al campo del marqués de Velez en Adra llevando cuatro mil hombres bien armados; y que para esto pasara á Motril, donde se embarcara con aquellas tropas en las galeras de S. M. D. Juan de Mendoza en cumplimiento de esta orden, levantó el campo, y atravesando las Alpujarras por malos caminos y asperezas, llegó á Motril, donde estaban ya las galeras de Nápoles, y con ellas el Comendador mayor al frente de la tropa de D. Pedro de Padilla, que era toda muy brava y belicosa. Embarcados en las galeras de España unos y otros soldados, fueron transportados á Adra, donde estaba aguardándolos el marqués de Velez, el cual luego que todos saltaron en tierra, puesto en parte de donde pudiera verlos bien, les pasó re-

vista, y se holgó mucho de ver tanta infantería, y tan bien armada. El marqués de la Fabara luego que saltó en tierra, como buen soldado se presentó al marqués de Velez delante de su gente, que era muy buena, y habiéndole hecho su acatamiento, le dijo: «He venido aquí con setecientos hombres bien dispuestos para servir á vuestra señoría en esta guerra.» Como el de Velez tenia tratamiento de escelencia quedó poco contento del marqués de la Fabara que le habia dado señoría, y asi le respondió: «Vuesa merced sea muy bien venido; aquí todos estamos prontos á servir á S. M.» Como entendió el de la Fabara el menosprecio del marqués faltando á corresponderle con el tratamiento de señoría, desde entonces le cobró mortal odio, y de allí adelante jamás se avino con él. Pasó luego la gente del tercio de D. Pédro de Padilla, que era toda muy lucida, y compuesta de soldados viejos de los tércios de Nápoles: era ademas digna de notarse su bizarría, porque venian muy galanes. Saltó luego en tierra el Comendador mayor, y presentándose al marqués de Velez fue recibido por él con la distincion que merecia, y era correspondiente á un señor de tan alta clase. Al otro dia se entró en consejo de guerra para enterarse de las órdenes de S. M. y acordar lo que se debería hacer. En este consejo, segun dice Rufo en su *Austriada*, el Comendador mayor y el marqués de los Velez se repuntaron, lo cual es falso: túvose, como era razon, guardándose los miramientos debidos entre tan grandes caballeros en aquella

coyuntura; y en fuerza de lo acordado el Comendador mayor tomó luego con las galeras la vuelta de Málaga, dejando al marqués de Velez con un ejército de once mil hombres de infantería y ochocientos de caballería, todo escogido y sobresaliente. Muy contento el de Velez con estas fuerzas, y enterado de lo que habia de hacer, mandó que el campo marchara la vuelta de Lucainena en busca del enemigo que le aguardaba allí, aunque estaba sabedor ya de la mucha gente que el marqués tenia. Abenumeya no por eso se acobardó juntando en su campamento mas de veinte mil hombres, todos ya muy bien armados, sin contar otros treinta mil que, ó estaban en sus lugares, ó andaban repartidos por las sierras recogiendo los frutos maduros, que eran muchos, como ya hemos dicho. Levantado el campo el marqués de Velez dió la vanguardia al reino de Murcia para la primera embestida que se diera al enemigo; y marchando con mucho orden hácia Lucainena, luego que tuvieron delante á los moros, se detuvo S. E. un dia entero sin hacer cosa alguna, considerando la disposicion que deberia tomar para dar batalla al enemigo. Como los soldados viejos y otros caballeros vieron que el marqués retardaba y nada disponia, no entendiendo los motivos que pudiera tener para ello su buen general, mostrando grande arrogancia principiaron á murmurar de él y á decir cosas propias de soldados fanfarrones y lenguaraces. «Pese á tal, decian unos, »es este el leon que se come los hombres?»

Otros esclamaban: «¿Y es este el bravato que tanta fama tiene por el mundo?» Y otros últimamente gritaban: «Voto á tal que no vale un ardite, pues viendo á los enemigos, no osa embestirlos.» Estas y otras insolencias semejantes decian los soldados viejos de Nápoles, los del marqués de la Fabara, y á su ejemplo otros andaluces. Llegó todo á noticia del buen Fajardo, que ya habia tenido ocasion de oir por sus mismos oidos estos improperios, y lleno de cólera, como hombre no acostumbrado á sufrir demasías de nadie, disimulando con prudencia mandó reunir á todos los oficiales, capitanes, alféreces, sargentos, y caballeros principales que estaban en su ejército, y cuando los tuvo juntos, mirándolos audazmente les habló de esta manera:

Razonamiento del marqués de Velez á sus soldados.

«Valerosos capitanes y soldados fuertes, cuyo contento es seguir las tremolantes banderas del furibundo Marte, sabed: Que en estremo holgara mas de ser un pobre soldado, reducido á arrastrar una pica ó disparar un arcabuz, que de ser general, y llevar tan trabajoso cargo, como el que S. M. ha hecho merced de darme; porque siendo soldado, en cualquier ocasion mostraria el valor de mi persona, y desempeñando mi obligacion tendria nombre, y seria respetado mas de lo que lo soy ahora siendo general. Fórmase concepto de que ando en esta guerra á tardo paso, y

que no hago aquello á que estoy obligado; pues no es como se presume y de mí se murmura, porque yo no salgo de las órdenes que se me dan. Si por mí fuera, ya estuviera asolado todo el reino de Granada y aun toda el Africa; y para que se vea ser así como digo, y no éscusa propia, tomad esa carta de S. M. y ved lo que en ella se contiene.» Mandó luego que se leyese la carta del rey, y decia así:

«Amado pariente, en la guerra que llevais entre manos, proceded de modo que antes que« de reducida por bien esa rebelada gente, que «obligada por todo rigor. Procurad darla buen »fin, y cuando no pudiere ser de otra manera, »obrad á vuestro albedrio. De Madrid etc.»

Este era el contenido de la carta del rey, que ofrecia bastante descargo para cortar la murmuracion que andaba contra el valeroso marqués quien, siguiendo su razonamiento, añadió entre otras cosas: «Si alguno de los guzmanes quiere probar mi valor, y saber adonde llega, luego que me vea descargado del mando que me ha dado S. M., me hallará en Velez, donde quedará cumplida su voluntad en cuanto me demande, de la suerte que quisiere.» Al decir esto el valeroso Fajardo parecia que lanzaba centellas de sus ojos, y mostraba tan horrible aspecto, que mirándole á la cara, no habia hombre que no tuviera temor. Todos aquellos capitanes y caballeros se maravillaron de las espresiones del marqués, aunque muchos no dejaron de entenderlas, pues era cierto lo que habia dicho, sintiendo que no le

faltaban émulos en el campo. A otro dia puesto en orden su ejército, llegó á una llanura grande cerca de Lucainena, en donde se le mostraron los moros en gran muchedumbre, y muy bien armados. D. Juan de Mendoza sin orden del marqués tomó la vanguardia, dejando de batalla al reino de Murcia, y luego se comenzó una escaramuza brava, porque los enemigos estaban á la orilla de una rambla grande, y de allí se defendian y ofendian valerosamente. Pero el esfuerzo de los cristianos pudo mas, é hicieron tanto, que á los moros les convino el retirarse peleando para otra parte de la rambla, y á pesar de toda su braveza tuvieron al fin que desamparar el puesto y tomar el camino de la sierra. Llegó el marqués, y viendo que D. Juan de Mendoza, sin aguardar ninguna orden habia dado la batalla, muy enojado por ello le reprendió con ásperas palabras diciendo: «Ved, D. Juan, que hoy no habeis obrado como buen militar; pues habiendo yo dado la vanguardia á los de Murcia vos os la tomásteis, y sin orden mia acometisteis al enemigo, no teniendo consideracion al notable daño que os podia venir: os aseguro por el hábito de Santiago, que habeis puesto todo el campo en riesgo de perderse por un acometimiento tan mal entendido como el vuestro; y si con efecto se perdiera, no se os atribuiria la culpa, sino al general. Quiero, pues, que sepais, que esta liebre no se ha de tomar con el galgo, sino con el carro, y estad de aviso para otro dia, que sin orden no acometais en parte de donde podria veniros no-

table daño.» Viendo el marqués que se retiraban los moros tomando la vuelta de Valor, se fue á Ogijar, donde estuvo alojado un dia, y al otro pasó á buscar al enemigo, y le encontró aguardando con grande confianza y poderoso ejército la batalla junto de Valor el alto. Para desalojar á los moros de una altura que tenian tomada, el marqués sacó del campo dos grandes cuerpos de arcabuceros; dió el mando de uno á D. Pedro de Padilla, que tomó la mano siniestra, y el del otro al marqués de la Fabara. En el de D. Pedro de Padilla acertaron á caer algunos caballeros de Murcia, muy señalados por su valor, los cuales eran Alonso Galtero y Nofre Ruiz, capitanes, con Salvador Navarro, que de alferez de la caballería fue electo capitan de ella, porque D. Juan Pacheco estando indispuesto se tornó á Murcia desde Adra: tambien iba Andrés Navarro, hermano de este último, y mancebo de mucho valor, que no perdia ocasion de distinguirse, ora con la lanza, ora con la escopeta. Llevaba este caballero á su costa y mision sirviendo á S. M. dos caballos y seis criados. Ademas de estos sobredichos se señalaban entre la gente de Murcia los valerosos soldados y caballeros Juan de Tordesillas, Francisco de Lison, Alonso Lázaro y Francisco Pinar, veterano de Flandes y ayudante de sargento mayor. El marqués de Fabara con el cuerpo de su mando, compuesto de gente aventurera muy lúcida, tomó la mano derecha puesto de batalla, y vanguardia todo lo restante con la gente de D. Juan de Mendoza, la del reino

de Murcia y los de la ciudad de Lorca, á quienes llamaban el *tercio viejo*, por ser los primeros que siguieron las banderas del marqués: llamábanlos tambien los *pardos*, y *el tercio roto*, porqué no se arreaban de galas, mirando como las principales para ellos las armas, la pólvora y el plomo, y apreciando mas un palmo de cuerda para la escopeta que una camisa. Por estas cosas se daban dichos apodos de *pardos* y los del *tercio roto* á los de Lorca que se distinguian por su valor, y á mi parecer inmortalizaban su nombre en cuantas ocasiones se echaba mano de ellos. Asi como el marqués tuvo repartida su gente en la forma que hemos dicho, marchó en busca del enemigo, que no menos diligencia ponia en su defensa, y se hallaba ya prevenido para recibirle con todo valor. Los que primero comenzaron á escaramucear fueron los de D. Pedro Padilla, que con grande ánimo acometieron, y causaba maravilla la diligencia que ponian en cargar y descargar: tambien se mostraba valeroso con su gente el marqués de la Fabara. Los cuerpos de batalla y retaguardia embistieron al enemigo por medio, y los que iban delanteros eran los del tercio de Nápoles; pero como soldados de floja complexion, y acostumbrados á andar por tierra llana, no hacian lo que era conveniente en aquella ocasion; por lo cual, acercándose á ellos el general, les dijo: «Mas os preciais de galanes que de soldados, pues siendo tantos de Nápoles no habéis roto ya al enemigo, como lo requeria vuestra arrogánte presuncion; pero no os jactais si-

no de morder y maldecir á quien no conoceis, como gente descomedida, que no sabe qué cosa es respeto á sus gefes, ni tiene consideracion á los que valen mas. Y porque veais ahora ser verdad lo que digo, y sirva para castigo de vuestra soberbia, observad lo que hace la gente que no es de tanta estima como vosotros.» Al punto el esclarecido marqués se tornó al cuerpo de batalla, y mandó salir al tercio roto para tomar la altura de una ladera, y que por allí diese en el enemigo con toda furia. Apenas fue dada esta orden cuando la gente del reino de Murcia salió formando un gran cuerpo de mas de dos mil hombres valerosos, y con ellos los del tercio roto, abalanzándose como á un torrente sobre el enemigo, el cual hasta allí habia hecho terrible resistencia; pero como viese que aquellas eran las banderas de Murcia y Lorca, y que no podria sostener su impulso, desamparó el lugar, retirándose á toda priesa de allí, lleno de temor de aquella milicia, y tambien del efecto que producian en sus líneas unas piezas de campaña que llevaba el marqués. Visto por este que el enemigo desistia de la batalla, mandó que saliese al instante la caballeria dándole alcance. El valeroso D. Diego de Fajardo, hijo del marqués, correspondiendo á la generosidad de su linage, arremetió como un trueno, y poniendo los ojos en el guioncillo del reyezuelo no le perdió de vista, ni dejó de seguirle con tanto teson, que viendo ya este le iba á los alcances, tuvo que valerse de un ardid para libertarse de la muerte; y fue ba-

jar de su caballo, desjarretarlo, y subirse á pié con suma ligereza por partes ásperas, inaccesibles á los caballos. Muy pesaroso D. Diego de que se le hubiera escapado el reyecillo, mandó á un criado suyo llamado Ferrer, que quitase los jaeces al caballo: la mochila era de terciopelo carmesí, hecha de casullas de iglesia, muy rica, y franjada de mucha pasamanería de oro. Salvo Abenumeya, huyendo los de su campo por las sierras, habiendo dejado muchos muertos, el marqués de Velez, reconocida la victoria, juntó unos doscientos hombres de caballería, y dejando el campo á gran priesa se fue á Calahorra; acto á mi parecer inconsiderado, y digno tal vez de improbacion, porque con su ausencia dejó al ejército huérfano de su cabeza. Sin embargo, los demas capitanes eran tales y tan buenos, que no hacia mucha falta su general; y asi tomaron alojamiento poniendo una mitad del campo con las avanzadas necesarias en Valor el alto, y la otra mitad en Valor el bajo. En esta disposicion aguardaban noticias del marqués, y esperaban saber el motivo que habia tenido para marcharse á Calahorra, y dejar su gente. Este motivo, segun se aclaró despues, fue ir allá en busca de bastimentos, porque no tenia ninguno, y asi se lo habia escrito al Sr. D. Juan de Austria, que por esta razon pensaba ir con el campo á Calahorra, donde esperaba encontrar las provisiones necesarias. Y con efecto, el de Austria juntó los bastimentos que le pedia el marqués, pero no los habia enviado por falta de bagageros, y por estar

largo y muy penoso el camino por la copiosa lluvia que á la sazon se sufria. Hallándose el marqués burlado sin los socorros que esperaba, se tornó al campo, y le halló alojado del modo que hemos dicho; pero con harta falta de bastimentos y de General. A esta sazon los moros del Padul y de Gergal, que estaban como de paz, tornaron á levantarse, y de ellos se formó un cuerpo considerable que se fue á juntar con el reyecillo. Por este mismo tiempo fue preso por cristianos Puertocarrero, y llevado á Granada, donde le atenacearon por sus culpas y traiciones. El marqués se volvió á Calahorra con todo el ejército, y halló allí ya los bastimentos que necesitaba, de lo cual recibió mucho contento; pero luego se mostró una enfermedad grave en el campo, que causaba gran mortandad; de suerte que estaban mas poblados los hospitales de enfermos, que las banderas de soldados dispuestos para la guerra. Asi que al marqués le llegó noticia de que se juntaba tanto moro, partió al instante de Calahorra para Fiñana, llevando la vanguardia D. Pedro de Padilla: aquel dia se pasaron trabajos por la necesidad que habia de atravesar el rio muchas veces; y con todo eso no dejó el campo de andar la jornada de nueve leguas, aunque llegó muy de noche. Todavía estaban los moros á una distancia de otras nueve leguas rehaciendo su campo, con resolucion de dar la batalla al de Velez, y de una vez concluir la guerra, ó fenecer en ella por no pasar tantos trabajos. Abenumeya viéndose elevado á tanto poder y pen-

sando que no tendria menguante su fortuna, quiso tomar venganza de aquellos que le habian perseguido para cortarle la cabeza, y llevársela al marqués de Tendilla. Asi por muy poca ocasion mandó ahorcar á muchos de ellos, los cuales pasaron de trescientos cincuenta, segun yo he sido informado de varios moriscos que seguian sus banderas; y de tal manera procedia el reyecillo, que vino á ser odiosísimo á los suyos por sus crueldades. Muchos se apartaban ya de él y se iban por las sierras, y otros se mantenian quietos en sus lugares. Con todo eso era todavía grande el campo de Abenumeya, y tenia mucho poder, porque su gente estaba muy bien apercibida y armada para ofender á sus contrarios. Entonces se retiraron de sus banderas Gironcillo y otros gefes; porque habia mandado ahorcar al capitan Derri, que le persiguió mas que todos en el principio de su reinado, como atrás dejamos dicho. El marqués sabedor de que Abenumeya estaba tan pujante y apercibido para la batalla en las inmediaciones del Boloduy, salió luego de Fiñana y fue á buscarle: iba muy delante de la infantería, la cual era poca y llegaba cansada; pero sin aguardarla embistió á los moros que habian puesto por industria muchas mugeres y ganados en el Boloduy á fin de que los cristianos cayeran en aquel cebo, y con la codicia del saco olvidasen la pelea. Los moros hicieron resistencia poco rato, y luego principiaron á retirarse, la caballería los iba siguiendo, y á una buena distancia aquellos volvieron con

toda furia sobre el marqués y su gente, haciéndoles notable daño; de tal suerte, que como la morisma era mucha y estaba bien armada, lograron que la caballería se volviese atrás, aunque peleando siempre con buen órden. Los hermanos y capitanes Salvador y Andrés Navarro, Juan de Tordesillas, Francisco de Lison, y otros muchos valerosos caballeros de Murcia y Lorca se portaron tan bien en esta ocasion, que asistidos de los de su reino fueron parte para que el enemigo no los desbaratase ni les hiciera perder demasiado campo. Ya en esto llegó la infantería de Lorca que fue la primera, luego la de Murcia y su reino; despues D. Pedro de Padilla con todos los de su tercio, y el marqués de la Fabara, y reunidos todos hicieron tanto, que se recobró lo perdido. Amedrentado el bando moro huyó, dejando el Boloduy en poder de los valerosos cristianos, que al instante principiaron á saquearle codiciosamente, reprendiéndolos el marqués de que en aquella sazon estando el enemigo tan cerca se ocupasen de robar, sin consideracion al daño que les podria venir. Mas era tanta la codicia de los soldados, que no oian lo que decia el marqués, ó si lo entendian no hacian caso. Con efecto, luego que el enemigo vió á todos los del campo tan ocupados en el robo y tan descuidados de las armas, rehaciendo á toda priesa un cuerpo grande de mas de cuatro mil hombres, tornaron á embestir al marqués. Este, sañudo como un leon contra los suyos, les daba grandes voces tratándolos ásperamente de palabra;

y á duras penas pudo distraerlos de su dañada aficion, y reformando sus escuadrones presentarse á pelear con los moros; los cuales rabiando de ver que les llevaban sus mugeres y niños, peleaban desaforadamente; y fue tanto su teson, que el buen Fajardo tuvo necesidad de retirarse con los suyos, pero defendiendo siempre la presa ganada. Viendo los moros su imposibilidad de recobrarla, muy lastimados de esta pérdida y la de mucha parte de su gente, se volvieron al Bolodui, consolándose al cabo con que aquella cabalgada costó la vida á muchos cristianos por andar desmandados en el saco. El marqués se tornó á Fiñana, donde permaneció algunos dias reparando el campo de lo necesario, y haciendo curar á los heridos. Entretanto Abenumeya volviéndose á las Alpujarras llegó á Adra, y halló allí buena guarnicion, asi como en Verja; visto lo cual se fue á Andarax, donde se detuvo muchos dias gozando tranquilamente de la próspera fortuna, porque el marqués de Velez andaba lejos de allí. Ya entonces estaba Abenumeya aborrecido de todos los de su campo y de los mismos turcos de Argel por las crueldades susodichas; y entre los capitanes que se separaron de su ejército se señalaron el Nacoz, Gironcillo, el Maleh, Garral, Moxajar, Abenaix, y aun ademas de estos otros muchos gefes principales. Aquí principió la desgracia del reyecillo, dimanada del desabrimiento y tiránico proceder de que usó con los suyos, como dirémos mas adelante. Ahora pondremos el romance que se hizo por lo que llevamos contado.

Acabadas ya las fiestas
del reyecillo Fernando
en la ciudad de Purchena,
do se estuvo solazando,
Un correo le ha venido
á gran priesa suplicando,
que vaya á las Alpujarras
donde le estan aguardando,
Para recoger los frutos
que los árboles han dado,
porque los van destruyendo
desde Orgiva los soldados.
Luego parte Abenumeya,
su campo bien concertado,
y atravesando las sierras
á Valor habia llegado;
Y de allí se fue á Andarax
por ser mas acomodado.
Despacha cuatro mil hombres,
todos muy buenos soldados:
Dos mil á las Albuñuelas,
y otros dos mil á otro cabo,
que es al puerto de la Ragua,
en un peligroso paso,
En donde hacian un fuerte
muy seguro los cristianos.
Mas los moros dan en ellos,
y fueron desbaratados,
Y la cristiana bandera
queda en poder de paganos.
Y los de las Albuñuelas
gran reencuentro han hallado,

Donde emplearon las armas
contra un capitan honrado,
el buen Céspedes famoso
que está en Tablate alojado,
Por grande guarda y defensa
de aquel peligroso paso;
el cual como era valiente
contra el bando renegado
Acomete con los suyos
mostrando valor sobrado;
mas los moros eran muchos,
y destruyeron el campo,
Do murió el buen capitan
con renombre aventajado
de valiente, de famoso,
mas que otro ningun soldado.
Luego en Granada se supo
aqueste funesto caso,
y el de Austria luego provee
de enviar mas gente al campo,
Do estaba el de las Ortigas
aquel socorro aguardando
para fenecer la guerra,
que tanto tiempo ha durado.
El que socorro le lleva
es de un valor estimado,
D. Luis de Requesens
por este nombre llamado.
De Castilla y de Leon
es Comendador nombrado:
trújole el tercio de Nápoles
en la guerra bien usado.

El marqués de la Fabara
con grande hueste le ha entrado;
setecientos hombres lleva,
todos eran hijosdalgo.
Tambien D. Juan de Mendoza
le socorre con su campo,
porque el de Austria así lo ordena,
y se cumple lo mandado.
Once mil infantes tiene
el de Murcia Adelantado,
y con estos tambien lleva
ochocientos de á caballo,
Toda gente valerosa,
escogida para el caso;
y los del reino de Murcia
son los mas aventajados.
Con esta gente el de Velez
de Adra sale gallardo
en busca del reyecillo,
que tiene crecido campo.
En Lucainena le halla,
allí le ha desbaratado,
y hasta Valor le persigue,
do el reyecillo esforzado
Le aguarda, como valiente
mostrando ser buen soldado,
mas tambien quedó rompido,
su campo muy maltratado;
Y él se salvó por la sierra
del buen D. Diego Fajardo,
que le iba á los alcances
para prenderlo ó matarlo.

El moro dejá la silla,
y desjarreta el caballo,
y por lo espeso se mete,
inaccesible á caballos:
Asi es como se escapó
el rey desaventurado.
Triunfante el marqués de Velez
con doscientos de á caballo
Se ha pasado á Calahorra
por dar provision al campo;
el cual se queda en Valor
de comer necesitado.
Vuelve á él el buen marqués,
de Calahorra tornando;
desde allí se fue á Fiñana,
porque ya estaba avisado,
Que en Gergal ó Bolodui
gran morisma se ha juntado.
El marqués los fue á buscar
con su campo concertado,
Do hubo un gran reencuentro
y salió el marqués honrado,
cargado con los despojos
que tomara al moro bando,
Aunque Rufo en el Austriada
diga de esto lo contrario;
pues lo que Rufo allí dice
sobre este reencuentro, es falso,
Que la victoria se llevan
el marqués y sus cristianos,
y se tornan á Fiñana,
do quedaron alojados.

El moro se fue á Andarax,
llevando todo su campo,
y luego hablarémos dél
y de lo que hizo allí estando.

CAPITULO XVI,

en que se pone cómo Abenumeya viéndose poderoso pretendió tomar á Motril. Enamórase de la mora Zahara, y el moro Benalguacil, por celos que tiene de esta, trata con Avenabó, primo del reyecillo, sobre darle la muerte, urdiendo para el caso una gran traicion.

Ya hemos contado cómo Abenumeya se alojó en Andarax, y que andaba muy ufano de tener á su servicio tanta gente de guerra, aunque por sus crueldades y soberbias se habia hecho aborrecible. Con todo eso tenia gran partido entre los moros que seguian sus banderas de buena voluntad y le querian bien: entre ellos habia uno muy allegado suyo, llamado Benalguacil, buen militar, gallardo y valeroso, que amaba á una prima suya, llamada Zahara, viuda, porque su marido fue muerto á manos de los cristianos. Zahara era muy hermosa, tenia buena voz, tañia á la morisca y á la castellana, y danzaba estremadamente. Amaba de corazon á su primo Benalguacil, pero de suerte que entre los dos amantes se pasaban secretos sus amores. Este un dia hablando con Abenumeya de cosas de galantería y de damas, como hombre favorecido y bien andante

en tener por esposa á Zahara; pareciéndole que no se goza el bien que se tiene si no es comunicado, principió á contar al rey que tenia una dama hermosísima, dotada de mucho donaire y gracia, buena cantora y maravillosa bailarina. Tanto la elogió y supo decir de ella, que Abenumeya de resultas de haberlo oido, quedó muy amartelado de ella y con encendido deseo de verla. Disimulando su propósito á Benalguacil, y sin mandar, como pudiera, le rogó que la trajese á su casa, porque la queria ver, y hacerla grande honra y servicio. Aunque arrepentido ya el amante de haber alabado tanto á su dama, sufriendo su pena aquella misma noche, la llevó á casa del reyecillo, en donde á su ruego danzó y tañó, y dijo la cancion siguiente en lengua castellana.

Tus banderas ilustradas
veas, rey, con mil trofeos
de los cristianos arreos,
y con glorias levantadas
pasando los Pirineos:
Tu ventura sea tal,
tan alta y tan principal,
que iguales á Octaviano,
que fue emperador romano
con gloria escelsa inmortal.
Y de Granada el imperio
tengas como tus pasados:
los cristianos asolados
queden con gran vituperio
por tus gentes destrozados;

Y que te canten con glorias
tus señaladas victorias,
tanto que lleguen al cielo,
y á la redondez del suelo
les sean todas notorias.

Cantó esto la hermosa mora con tanta gracia, que de la suavidad y dulzura de la voz se quedó el reyecillo embelesado y fuera de sí. Luego de todo punto rendido á la bella Zahara, llamó á Benalguacil, y en gran poridad le dijo: «Amigo, harásme tamaño placer en cederme á Zahara, tu prima, porque sin ella no podré vivir ni una sola hora. En pago de este servicio yo te daré el lugar que quisieres escoger de mi reino, y te haré ademas otras grandes mercedes para que vivas contento tomando otra dama con quien puedas casarte.» Abenalguacil abrasado de furiosos celos, y muy confuso de lo que le habia oido decir á Abenumeya, respondió: «Poderoso señor, no es de reyes hacer agravio á sus vasallos: he tomado á Zahara para esposa, y si tu grandeza quiere quitármela me daria la muerte, y quien lo supiera te tendria por tirano. Pon los ojos, gran señor, en los leales servicios que te he hecho desde que levantaste tus reales banderas, y piensa en galardonarlos como rey, no dejándote cegar de la aficion de una muger.» Abenumeya le dijo buenamente: «Anda, vete ahora de aquí, y no perturbes mi contento: te he pedido por bien á tu prima, sabiendo que está en mi mano el tomarla por fuerza, y sin darte gratificacion: conténtate, pues, con que te daré bas-

tantes bienes para que vivas, y no me repliques mas en el asunto.» —«Antes me das con que muera, dijo Benalguacil; pero advierte que aunque seas rey, quedas obligado á pagar la injuria atroz que me haces: hoy podrá ser uno, y mañana podria ser otro.» Enojado de esto Abenumeya mandó á los de su guarda que prendiesen á Benalguacil. Quisiéronlo hacer, pero Benalguacil desesperado, y persuadido de que no podia perder mas de lo que perdia ya perdiendo á su bella Zahara, resuelto á morir puso mano á su alfange, y sin ningun temor acometió al reyecillo para herirle ó matarle; y sin duda lo hiciera, si no se lo impidieran los mismos de la guardia que se le pusieron delante con los alfanges desenvainados. Benalguacil dió en ellos poderosamente, los rompió á cuchilladas, y se escapó huyendo á la calle. Como era de noche tuvo lugar de poderse encubrir, y salió de Andarax yendo en busca de muchos amigos suyos que se habian apartado del servicio de Abenumeya, y eran mas de cuatrocientos, todos bien armados. La hermosa mora no cesando de llorar por aquella fuerza que se la hacia, se quedó muy á pesar suyo con el reyecillo, que la regalaba mucho, y la prometia mas, sin alcanzar que ella dejara de mirarle con aversion, porque preferia los amores de Benalguacil á todo cuanto el reyecillo pudiera darla. Gozaba él de Zahara á su placer; pero no estaba sin cuidado de la guerra y de los medios que adoptaria para sustentarla. Quisiera tomar algun puerto de mar adonde pudiera arribar

la gente que le habia prometido el rey de Fez; y con este designio se presentó delante de Vera, donde nada pudo hacer; é imaginando despues que tomaría con mas facilidad á Motril, determinó para el caso enviar á los turcos disimuladamente á Valdeleclin, para que el de Austria no sospechase, y sintiendo su intento socorriese á Motril con doblada guarnicion. Luego habló con un primo suyo, llamado Avenabó, buen militar, y le dijo: «Cumple á la seguridad de mi corona y á la de todo el ejército, que salgas al instante con los turcos á Valdeleclin; y si se cumple lo que pretendo, recibirás despues otro aviso, el que guardarás y ejecutarás como te fuere mandado, y de las gentes de aquellos lugares, juntando la que pudieres, partireis adónde señale mi orden posterior.» Avenabó haciendo luego provision para seis dias, partió, y se fue á Cadiar, llevando bajo de sus órdenes todo el escuadron turquesco á punto de guerra. Benalguacil tuvo noticia de esta partida de los turcos por su dama, que le dió cuenta de ello, asi como de que el reyecillo les enviaba un correo con la orden que habian de guardar, y como hombre agraviado discurrió algun ardid para darle la muerte. No halló otro mejor que inducir á los mismos turcos á que matasen al reyecillo, poniéndolos desde luego mal con él; y hecho el plan de su traicion, tomó consigo cien arcabuceros, amigos, y de su confianza, que tambien estaban descontentos con el rey, y se fue la vuelta de Cadiar: en el camino encontró el correo que llevaba los despachos, le mató,

se los tomó, y habiéndolos abierto, vió la orden que llevaba para Avenabó y los turcos. Esta decia así:

«Amado primo, me hareis placer si así como «el mensagero os alcance con mi despacho, os «partís para Pitos de Ferreira, y dad orden de «que llegueis allá antes del amanecer, que es co«sa importante. Estando allí, tendreis luego de «mí otro aviso, el cual guardaréis como os fue«re mandado.»

Entendido esto por Benalguacil acabó de confirmar la traicion que tenia en su pecho, provocado de rabiosos celos contra el tirano; y sabiendo que el reyecillo, por no saber escribir bien el arábigo tenia que valerse para esto de un secretario llamado Moxajar, el cual andaba tambien á la sazon agraviado de un mal tratamiento que le habia hecho, y era pariente muy cercano de Abenalguacil, á quien acompañaba por favorecerle en cuanto pudiera, leido y entendido que fue por ellos el despacho, le rompieron, y Moxajar formó otro bajo del dictado de Benalguacil, que decia de esta suerte:

«Amado y querido primo, valeroso capitan «del bando turquesco: á mi corona conviene que «á todos los turcos les deis cruda muerte, por«que me tienen agraviado, intentando dármela «á mí y alzarse con el reino. Para hacerlo me«jor, así como este mensagero llegue, aunque «sea de noche, saldreis á toda priesa con la gen«te, é iréis á alojaros á Mecina por el camino «que sea mas cercano. Cuando esteis en Mecina

«y los turcos alojados en su posada, daréis ór-«den para que al punto de la media noche cada «huesped mate al suyo; y para esto ahí va Abe-«nalguacil con cien arcabuceros, que os podrá «dar favor y ayuda. Asi como los turcos sean «muertos, dadle tambien cruda muerte á Benal-«guacil, porque lo merece, y de esto sabreis des-«pues la causa.»

Estendido este falso despacho, firmado de la mano de Moxajar, y cerrado del mismo modo que acostumbraba hacerlo con su señor, Abenalguacil partió luego para el punto en donde estaba Avenabó con el escuadron turquesco: ya le habia llegado un correo con orden para que estuviese alojado en Mecina hasta que se tomase otra disposicion. Avenabó acababa de leer este despacho cuando llegó Benalguacil con sus cien arcabuceros, y le entregó el otro que era falso: despues que Avenabó le hubo leido, se quedó espantado de un mandamiento tan cruel; y muy confuso, no sabia qué hacer, ni qué decir, sino suspirar y agitarse. No podia decidirse á ejecutar una maldad tan grande como la de dar muerte á aquellos que habian pasado el mar por darle ayuda á su primo, y que tan bien le habian servido durante una guerra que aun no estaba fenecida. Abenalguacil luego que vió al capitan Avenabó tan confuso, y que mostraba gran despecho en su semblante, conociendo que era tiempo oportuno de entablar su traicion, le habló de esta manera:

Razonamiento de Abenalguacil á Avenabó.

«Valeroso capitan, de clara y real sangre descendiente, de ánimo generoso, y de no menos valor que tus pasados fueron: un caso quisiera decirte, y no sé si lo haga. El rey me envia á tí con cien arcabuceros, para que te ayude y favorezca en una pretension, mas bien detestable que acertada: verdad es que el vasallo debe ser leal á su señor y hacer en todo su mandamiento; mas si es caso de traicion, me parece que no queda desobligado haciéndola por su señor. Veamos ahora, valeroso Avenabó, ¿en qué razon clara cabe, ó qué real pecho consiente, que una buena obra se pague con tanta crueldad, como quiere usar el rey tu primo con aquellos que tan bien y lealmente le han servido elevándole al estado en que está de tanta alteza? ¿Qué le ha hecho, dí, el bando turquesco, ó en qué le puede haber ofendido? ¿Por ventura es ofensa haber pasado el mar de Berbería para darle socorro? ¿Se ha sentido agraviado de que el Ochali, rey de Argel, condescendiera á sus ruegos enviándole un socorro tan bueno, y armas y provisiones para salir con su pretension, y estar puesto en el cuerno de la luna? ¿Acaso les ha hallado en alguna deslealtad, ó no han hecho el deber en cualquiera ocasion? ¿Quiénes son los que se han hallado mas pronto en los encuentros de mayor peligro, y los primeros que se han presentado á la batalla? Ninguno por cierto se ha mostrado al

enemigo con mas intrepidéz y denuedo que los turcos; ¿pues qué crueldad y desagradecimiento es este de mandar que muera el bando turco? No sé qué me diga, ni lo que de esto sienta, sino que tu primo el rey, indigno de tal nombre, quiere vender nuestra sangre; y quien no lo conozca no tiene sentido. Pues tú, claro Avenabó, que gobiernas las turquescas banderas, ¿qué dices de esto; qué puedes esperar de un tirano? Veo que los capitanes mas principales que estaban en su campo le han quitado la obediencia y se han retirado. ¿Qué es de Gironcillo? ¿Dó está Zarrea? ¿A dó se fue Abenuaile? ¿Qué es del Derri, que el tirano mandó degollar? ¿Dónde está el Rocaime, y otros muchos hidalgos que seguian sus banderas á espensas de sus bienes? No le hartan de sangre trescientos y cincuenta soldados degollados: no le hartan de dinero tantas haciendas usurpadas: no se abstiene de doncella que le parezca que le puede dar contento. ¿Y cuántas no ha estuprado? ¿Cuántas casadas no ha quitado á sus maridos? Veinte y dos mugeres le conozco, y se sirve sin embargo de todas las demas, no guardando ley ni amistad. ¿Pues qué tirano hubo que tal hiciese impunemente? Yo no hallo, oh claro Avenabó, que haya tigre tan cruel, áspid tan venenoso, fuego que tanto abrase, ni torbellino que tanto asuele. Duélete, pues, de tí, y de todos los que siguen las militares banderas: sé advertido, y tomando ejemplo en cabeza agena, imagina que [illegible]te la tuya podrá venir otro terremoto seme-

jante. Ya ves el fin que tendrá la guerra que traemos entre manos, si los turcos mueren, y los capitanes principales del campo andan fuera de la obediencia de su señor. ¿Qué será de todos nosotros? ¿Quién nos ha de defender? ¿Quién acaudillará las escuadras? ¿Quién vendrá á consejo en los casos de guerra? ¿Qué cuenta se dará al Ochali, rey de Argel? ¿Qué concepto formará el Gran Señor del reino granadino y sus gentes? Oh, Avenabó ilustre, á quien real sangre alimenta, derriba al tirano, y sé rey en su lugar: no aguardes á que mañana te postre por tierra, sin consideracion á tus buenos y leales servicios: recoge á los capitanes ausentes, consuela á los soldados, muestra á todos tu real y agradecido pecho, mantén en paz y amor á los tuyos, estima el bando turquesco, y sígase la guerra, que yo te doy mi palabra de que el hado nos sea favorable, que el bando granadino salga con su pretension, y que á tí se atribuya la gloria de sus crecidas hazañas y victorias, como es costumbre atribuirlas á los valerosos reyes y esforzados capitanes.»

Muy atento habia estado Avenabó Audalla á todo el razonamiento de Abenalguacil, encajándosele luego en el entendimiento dos cosas: la una el temor del tirano, y la otra el nombre de rey, sacándole la segunda de los apuros de la primera. Y como sea natural en los hombres el deseo de subir y valer mas, desde luego aceptó en su corazon el reinado. Maravillábale mucho la traicion de Abenumeya contra los turcos sin

haberle ofendido, y echaba de ver que era verdad lo que decia Benalguacil, de que por la tiranía de su primo muchos capitanes y otras gentes principales se habian retirado, causando en el campo grande detrimento, y poniendo á todos en peligro de perderse. Acudió, pues, á dos buenos medios: el uno provechoso al comun del reino, y el otro dirigido á la mayor honra y grandeza suya, animado ya del deseo de reinar. Con estos designios respondió así á Benalguacil: «Por cierto habeis hablado como hombre valeroso y de buena consideracion en las cosas de alta importancia. Yo, aunque no quiero ser rey, ni mi corazon abriga tal deseo, tengo interés en que se mire por el bien de todos, y se corte el mal que de semejantes tiranías puede resultar, y por donde nos viniéramos á perder; y así bueno es para evitar tales peligros, quitar á un tirano el mando y gobierno que ahora tiene, pues no faltará rey á quien de derecho le venga, y que dirija las cosas saludablemente. Vos que sois de tan buen seso y prudente, disimulad, y en vuestra presencia se comunicará el caso á los dos valerosos capitanes turcos: consultemos su ánimo, que si ellos nos son propicios, todo quedará pronto remediado, el ejército estará seguro, y la guerra pasará adelante, placiéndole á Mahoma.» Diciendo esto, mandó luego que los cien soldados de Abenalguacil fuesen alojados con los demas turcos; y tomando á este de la mano, le llevó á su posada, donde estando juntos envió á llamar á los dos capitanes turcos, previniendo que tenia

que tratar con ellos cierto caso reservado y de grande importancia. Luego, pues, que todos estuvieron reunidos, cerrada la puerta del aposento, y sentados en sus sillas, el capitan Audalla Avenabó les habló de esta manera:

Razonamiento de Avenabó á los capitanes turcos.

« Valerosos turcos, fuertes capitanes, acostumbrados á seguir con indomable esfuerzo las otomanas banderas, y que ahora en España asistís á las granadinas, por cuyo favor y auxilio os habeis hecho dignos de dobles pagas y de eterno reconocimiento, adquirido por vuestro afan y trabajo en la guerra que llevamos contra los cristianos: habeis de saber que por mi parte y la de todo el escuadron morisco sois queridos y estimados, como mereceis por vuestras obras. Solo hay uno que haga punta á vuestro valor, no mirando que está obligado á seros agradecido; antes bien ciego á este conocimiento, en lugar de galardonaros y recompensaros como correspondia á vuestro mérito, manda tiránicamente que en pago de vuestro esfuerzo se os mate, y á mí que sea el ejecutor de tamaña maldad, y de una sentencia tan injusta. Pero como yo procedo de sangre real, y no cabe en mi ánimo generoso acceder á tal propuesta, considerando por el contrario que habeis sido gran parte de nuestro remedio, y que por vuestro esfuerzo hemos llegado á la grandeza que no tendriamos sin vosotros, quiero aclararme mas, y haceros saber que Aben-

meya Muley es el autor de este atentado. Pero tambien espero, con el favor de Mahoma, que el designio no pasará adelante, porque tengo pensado impedir que un tirano tan cruel gobierne mas el imperio granadino. Para esto, pues sois gente valerosa, quiero que al principio me favorezcais, para que yo pueda favoreceros luego. Sois en todo cuatrocientos, y Abenalguacil tiene á sus órdenes otros cien arcabuceros, la cual fuerza es bastante para la primera entrada; pues muerto el tirano todo el campo estará de nuestra parte, hallándose harto ya de tanta sinrazon, y mirando como justo castigo su desgracia. Los ausentes capitanes se reducirán al servicio de las banderas granadinas, quitado de enmedio el autor de los agravios y el monstruo que los ha ahuyentado. Para que veais la verdad de lo que digo, y de que en mi pecho no se abriga traicion ni deseo de gobernar, tomad esa carta y leedla, que ella será la prueba mas cabal.» Diciendo esto Avenabó sacó la carta, y se la dió á los capitanes turcos Caracacha y Mami, que dieron crédito á su contenido, no pudiendo apurar la falsedad. ¡Oh traicion bien entablada contra aquel mismo que la habia hecho á Dios y á su rey! ¡Oh mezquino Fernando de Valor, cuán justamente viene el cielo á descargar sobre tí por tus maldades! Leida la carta por los valerosos turcos, que quedaron atónitos de semejante traicion, se resolvió al punto tomar venganza de aquel que nada sabia de ella; mas Dios lo queria asi por los pecados del desventurado reyecillo. Caraca-

cha le dijo á Avenabó: «Tú has procedido como corresponde á la sangre real de donde vienes, y por eso serás rey, á pesar de todo el mundo que lo estorbara: desde este punto te juramos por tal, y te prometemos no desamparar tus reales banderas hasta morir, ó dar fin y cabo á la guerra comenzada. Si fuere menester, yo escribiré á mi rey el Ochali para que envie luego de socorro mil turcos, que pienso lo hará á mi ruego. Con esto partamos luego esta noche, y vamos á Andarax donde tomarás la corona, y nosotros tomarémos venganza de tamaño agravio, guardándose entretanto mucho secreto.» Habiéndose acabado este trato y concierto contra el desventurado reyecillo, se salieron todos disimuladamente del aposento aguardando la venidera noche, y teniendo pronta la gente para marchar cuando la fuese mandado. Los dejarémos, pues, aderezando su partida, para tratar de otras cosas tocantes á nuestra historia, y volver al de Velez, habiendo puesto primero un romance de lo pasado.

Abenumeya contento
en Andarax residia:
tratando en conversacion
con Benalguacil un dia
De las damas mas hermosas
de toda la serranía,
y él habiendo referido
aquellas que conocia;
Le habló Benalguacil
de una amiga que tenia:

«Me has hablado de tus damas,
señor, yo hablo de la mia,
Que no la hay mas hermosa
en toda la Andalucía:
blanca es y colorada,
como la rosa mas fina;
Tañe, danza, canta á estremo,
que es un encanto el oirla;
es moza, bella y graciosa,
nadie vió tal en su vida.»
Abenumeya de oirlo
siente de amor la herida.
«Si te plugiese, Alguacil,
esa dama ver querria,
Solo por verla danzar
y cantar con melodía.»
Alguacil se lo promete
por hacerle cortesía,
Y aquella noche la lleva
adonde Muley vivia.
Cantó la hermosa mora,
y danzó como sabia:
Hase enamorado della
Abenumeya, y decia
á Alguacil que se la diese,
que á él no le faltarian.
Alguacil dice que no,
porque la dama es su prima,
y que se quiere casar
con ella, que era su vida.
Abenumeya se enoja,
y á Benalguacil decia,

que le haria prender
si en algo contradecia.
Con esto llama á la guardia,
Abenalguacil huía,
defendiéndose de todos,
y á la sierra se subia,
En donde halló otros muchos
á quien Muley perseguia.
Celoso y desesperado
muy grande traicion urdía,
Haciendo un despacho falso
á Avenabó y su cuadrilla,
que parecia del rey
malvado puesta su firma,
En el cual manda que luego,
sin aguardar solo un dia,
degüelle á todos los turcos,
que es cosa que convenia.
Tomó Avenabó la orden,
y vista su alevosía,
se la revela á los turcos,
y les dice que cumplia
Matar al ruin reyecillo,
que asi matarlos queria.
Los turcos ordenan luego
para Andarax la salida,
Y dar cumplida venganza
al agravio que sufrian.
Aquí, pues, los dejarémos
ordenando su partida,
Por decir de nuestra historia
lo que cumple que ahora siga.

CAPITULO XVII,

que trata del levantamiento de Galera, y cómo el de Velez fue sobre ella y la cercó. Pónese tambien la muerte del reyecillo por los turcos.

Corriendo la voz de la gran potencia del reyecillo por todos los lugares de los moriscos, y que ademas de estar su campo muy bien armado aguardaba todavía socorros de Berbería, los de la villa de Galera acordaron de levantarse. Esta villa era muy fuerte y populosa; y aunque estaba en tierra de cristianos, tenia al lado á la ciudad de Huescar, que podria dar mucha gente de moros andaluces muy valerosos, y tambien otro lugar llamado Orce, que levantándose pondria bastantes militares bien armados bajo de las moras banderas. Los de Galera comunicaron su designio á los moros de Huescar y de Orce, y los hallaron propicios; en vista de lo cual escribieron al Maleh de Purchena dándole cuenta de su intento, y rogándole que les enviara alguna gente de secreto para alzarse. El Maleh les envió luego doscientos soldados bien armados, y entre ellos algunos turcos, diciéndoles que saltaran sin miedo, porque él iria á socorrerlos con mas gente, y esto mismo escribió á los de Huescar y Orce. Los de Galera no aguardaron mas para poner banderas moras en su castillo y por todas las murallas, haciendo zambra y zala públicamente. Como los moros de Huescar estaban incorporados con cristianos viejos, no osaron le-

vantarse al mismo tiempo que sus vecinos, y aguardaron á que antes viniese el Maleh: lo mismo concertaron los de Orce. Los cristianos de Huescar, que eran muchos y valerosos, se pusieron luego en arma, y tanto á los mancebos moriscos de la ciudad, como á todos aquellos de que podian recelarse, los encerraron en una casa grande que llamaban la Tercia, donde se recogian los diezmos propios del duque de Alba, y otros frutos de la tierra, como trigo, cebada, vino, lino, cáñamo, etc. A otros que no eran de tanta confianza los pusieron en la carcel y en mazmorras. Con esta seguridad los cristianos de Huescar tomaron á toda priesa la vuelta de Galera, muy dispuestos á saquearla y quemarla, degollando á sus moradores levantados; pero no les avino como lo pensaban, porque llegando á Galera, y creyendo entrar allí fácilmente, dieron con mucha furia la voz de *Santiago y á ellos*, y al mismo tiempo recibieron de los de adentro una descarga tan fatal de arcabucería, que muchos de ellos quedaron muertos en el campo. Otros queriendo entrar en el pueblo trabaron una batalla cruda y sangrienta con los que defendian la entrada, que eran muchos y valerosos, y los cristianos llevaban lo peor. Visto esto y que todos sus esfuerzos, desde la mañana hasta mas del medio dia, no alcanzaron á vencer el impedimento de la entrada, y que se destruian sus banderas, acordaron los cristianos la retirada y volverse á Huescar, llevando los muertos y heridos que tuvieron. Llenos de corage, y an-

siosos por vengar la injuria y daño que habian recibido en Galera, asi como llegaron á Huescar se agolparon en tropel á la Tercia donde estaban encerrados los moriscos, y con el grito espantoso de *mueran los enemigos de la fé católica*, agujerearon con barrenas de cubos de carros las puertas del edificio, y por allí disparaban los arcabuces sobre aquella canalla reunida, matando á muchos de ellos. Parecia hundirse la ciudad con la gritería que andaba; era tanta y tan espesa la humareda de la pólvora, que no se veían los unos á los otros; y desesperados los moros de verse matar en aquel encierro, sin poder vengarse, tomaban piedras y palos gruesos para tapar los agujeros por donde les venia el daño, y que por ellos no pudiesen meter los de afuera los cañones de sus arcabuces. Muchos de los moriscos trepando por las paredes y ayudándose unos á otros, subian á los tejados, desde donde hacian á los cristianos el mal que podian, disparándoles piedras y tejas, andando así el negocio tan revuelto y encarnizado, que á no ponerse pronto remedio, toda la ciudad corriera grande peligro. La dicha casa del duque de Alba, llamada la Tercia, ardia por todas partes, y juntamente todas las provisiones y frutos que habia en ella de leña, cáñamo, lino, trigo, cebada, aceite, y demas artículos semejantes; de modo que ponia temor y espanto aquel espectáculo entre el alboroto, confusion y estrago de los dos bandos. Quiso Dios por su infinita bondad, que amainase aquella borrasca, llegando el corregi-

dor en compañía de muchos caballeros principales, de bastantes soldados y gente armada, que hicieron retirar de la Tercia á la parte cristiana amotinada, cortándose aquel escándalo antes que la noche cubriese el suelo de sus oscuras tinieblas. Retirados los cristianos pudo el corregidor socorrer á los moros de la Tercia, que no quedaron muertos ó heridos; pero muchos de ellos habian huido por los tejados, y otros salieron entonces de la ciudad y se refugiaron en Galera, donde fueron bien recibidos de los que estaban dentro. Por ellos supieron estos lo que habia pasado en Huescar, y los de la ciudad, recelosos de algun peligro, se pusieron al punto sobre las armas haciendo cuerpo de guardia.

El capitan Maleh, despues de haber enviado á Galera los doscientos soldados que tenia prometidos, habia tambien empeñado su palabra sobre ir personalmente á la defensa de este pueblo; y sabiendo que los de Huescar no solo habian salido de allí descalabrados, sino que despues habian alevosamente asaltado á los moros inermes que tenian encerrados en la ciudad, salió de Purchena con diez mil hombres, todos buenos tiradores, y tomando la vuelta de Cantoria, se metió por la rambla del Box, llegó á la boca de Oria, y atravesando la sierra del Chiribel, tierras del marqués de Velez, llegó á Orge, donde le estaban aguardando: allí dejó doscientos hombres para custodia y presidio de aquella fortaleza, y pasando á Galera durante el silencio de la noche, metió dentro otros doscientos, y

algunos turcos entre ellos. En seguida pasó con su escuadron á la huerta y viñas de Huescar, donde todos se emboscaron sin ser sentidos, ni que tuviese nadie noticia de ellos. Venida al alba, los de la ciudad estando sobre las armas acordaron de ir á dar una vuelta sobre Galera; y para que la gente estuviese apercibida se tocaban cajas, y las trompetas de la caballería. Luego vino noticia de que Orce se habia levantado entrandole gente de socorro, y que en sus torres tenia banderas moras. Quisieron los cristianos ir á Orce inmediatamente, y estando para salir tocaron á misa de nuestra Señora las campanas de la iglesia mayor. Los del Maleh, que estaban emboscados esperando á que se abriesen las puertas de la ciudad para entrar en ella de tropel, luego que oyeron las campanas, las cajas y trompetas, creyeron haber sido sentidos en la ciudad, y para que no los cogieran desapercibidos se salieron á lo raso de las viñas, que era parte muy segura para que los caballos no les pudieran dañar. Luego que los cristianos de Huescar principiaron á salir por las puertas descubrieron las banderas del Maleh, teniendo por milagro aquel suceso: ya era el dia claro, y gritando todos *arma*, *arma*, *moros*, *moros*, salieron caballeros y peones valerosamente para lanzar de allí á los moros; pero estos eran todos tiradores, y por las viñas, no pudiéndoles entrar los caballos, peleaban á su salvo y con ventaja. Los mas esforzados y que mayor daño hacian eran los turcos; con todo eso fue tan grande el valor de los cris-

tianos, que mataron mas de mil moros; y á los otros apretaron tanto, que los empujaron hasta el mismo pueblo de Galera, donde haciéndose fuertes, se trabó de nuevo una grande y sangrienta batalla. Mientras pasaba esto, los cristianos que quedaron de guarnicion en la ciudad, teniendo aviso de que algunos del bando del Maleh habian entrado en los arrabales, y pensando que algunos estarian escondidos en la Morería, dieron contra ella furiosamente diciendo: «Este es el dia en que no ha de quedar vivo ningun moro,» y principiaron á matar, herir, robar, y pegar fuego á las casas por todas partes; de modo que causaba suma compasion ver aquella crueldad que ejercian los cristianos encolerizados contra los moros: Huescar parecia otra Roma ardiendo. Por caso dos soldados entraron en la casa de un moro rico, como es costumbre buscar las casas mas apuestas en tales ocasiones, y despues de haber saqueado lo mejor de ella, y destruido lo demas, hallaron una joven mora, que era la mas hermosa de todo el contorno: los dos, codiciosos de tal presa, la echaron la mano, diciendo cada cual que era suya; y disputando sobre quién se la habia de llevar, sacaron las espadas, tomadas ya de la sangre de los moros que habian muerto, para ofenderse. A esta sazon llegó allí otro ruin soldado y de malísimas costumbres, que viendo á los dos repuntados y próximos á matarse por la bella mora, discurrió que para ponerlos en paz no habia otro remedio mejor que quitar de delante la ocasion de la

pelea; y asi se acercó á la hermosa doncella, y con una crueldad horrible la dió dos puñaladas en el pecho, de que al punto cayó muerta, moviendo piedad al mismo cielo. El villano, despues de haber ejecutado esta atrocidad, dijo friamente: «No es justo que dos soldados tan honrados y valientes se pongan á punto de quitarse la vida por una muger que vale tan poco.» Viendo muerta la doncella tan sin culpa y con tanta crueldad los dos soldados, impelidos de saña contra el matador, le acabaron á estocadas, diciendo: «No quedarás sin la pena de la maldad cometida, villano atroz, que has privado á la tierra de la mayor merced que la hizo el cielo, criando esta hermosura;» y en seguida se salieron de la casa desconsolados, dejando muerto al ruin asesino, que era natural de la Puebla de D. Fadrique, y junto dél á la hermosa doncella, que parecia un angel despues de muerta. A este tiempo el corregidor con mucha gente armada iba sacando á los cristianos de la Morería, llevándose á unos presos, é imponiendo á los demas que no saliesen de allí prontamente pena de la vida, con lo cual se cortó el daño, aunque el remedio llegó tarde, porque ya toda la Morería estaba ardiendo, y no alcanzó ninguna diligencia para apagar el fuego. Apaciguada esta guerra civil se halló el cuerpo de la hermosa mora, y se espuso en la plaza, donde á todos causó su muerte profundo dolor, admirándose de su belleza, y maldiciendo la villana mano del matador. Movido á piedad de la doncella el corregi-

dor; y maravillado de su hermosura, la mandó enterrar honradamente, y que encima de su sepulcro se pusiera una losa blanca con el siguiente

EPITAFIO.

Quiso mi gran desventura,
y el hado terrible y fuerte,
que se me diera la muerte
por mi grande hermosura.
Voluntad fue de un villano
que yo muriese temprano
por quitar una contienda,
y mi muerte fue la ofrenda
de un caso tan inhumano.

La gente de Huescar que estaba en Galera combatiéndola, tuvo noticia de lo que habia pasado en la ciudad; y pensando que los moros se hubiesen rebelado, levantando el cerco y dando fin á la batalla, se fueron allá, y la encontraron apaciguada. Los moros del Maleh y los de Galera fortificaron grandemente el lugar, levantando dentro muchos bastiones, y poniendo traveses por las calles, de manera que aunque entrasen los cristianos no pudiesen andar por allí sino á espensas de su vida. El Maleh, como discreto y bien avisado, considerando que aquel lugar estaba muy dentro de la tierra de los cristianos, y que por lo mismo sería con frecuencia cercado y combatido, dejó en él para su presidio cuatrocientos hombres, bravos soldados, y con el resto de su gente partió una noche para Purche-

na por los mismos pasos que habia traido, y dejando en Huescar una buena parte de su escuadron, pues pasaron de quinientos moros los muertos á manos de los cristianos.

A esta sazon estaba en Fiñana el marqués de Velez con su campo, y como supo el levantamiento de Galera y el aprieto en que habia estado Huescar, marchó luego á Baza, donde halló á D. Antonio de Luna, el cual así como vió que el marqués habia llegado allá, partió al punto para Granada y dió cuenta al Señor D. Juan de todo lo que habia pasado en Galera. S. A. mandó ir á las Alpujarras al duque de Sesa con seis mil hombres para que pusiese fin á aquella guerra. Como vió el de Velez que D. Antonio de Luna se habia ido á Granada, y que habia en Baza bastante gente para su defensa, marchó luego con su gente á Galera, y poniéndola sitio principiaron entre moros y cristianos algunas escaramuzas, en las cuales estos últimos sacaron la parte peor. Viéndolo el marqués mandó hacer grandes y fuertes trincheras para que los cristianos pudieran tirar á su salvo; pero así que alguno descubria su cuerpo fuera de la trinchera, era muerto al punto por los moros, famosos tiradores que habia dentro del pueblo. Al marqués se le habia ido gran parte de su campo en Calahorra y en Fiñana, y para rehacerle tuvo necesidad de enviar por gente á Lorca. De esta ciudad salieron al punto cuatro capitanes, tres de infantería y uno de caballería, á saber: Martin de Lorita, nobilísimo y bizarro soldado, con doscientos hombres;

Gomez García de Guevara, gentil hombre y gallardo militar, con otros doscientos; Adrian Leonés, el de la Alberca, con otros doscientos; Alonso del Castillo, el mozo, fue de capitan de la caballería, llevando ochenta caballos con gente muy bizarra y lucida. Estos seiscientos hombres de á pie, y los ochenta de á caballo salieron de Lorca á toda priesa para el campo del marqués, quien con ellos quiso un dia dar un asalto á Galera, tomando la vanguardia cierta gente de Huescar; pero en la arremetida fueron muertos y heridos muchos cristianos: los de Lorca que iban entonces de batalla, se pasaron á la vanguardia, y dieron un ataque vigoroso, de modo que hicieron gran daño á los moros, mas no recibieron menos, y les convino retirarse hasta las trincheras. El capitan Lorita que iba al frente de los de Lorca, mostrando aquel dia su gran valor, fue muerto de un balazo que le entró por debajo del peto: en el mismo asalto murió de otro balazo el capitan Adrian Leonés, dando estas dos muertes grave pesar al marqués, que mandó llevar sus cuerpos á Lorca, donde fueron enterrados con mucha pompa y doloroso llanto, por ser nobles varones y de gran valor. Ademas de estos murieron otros muchos capitanes, alféreces y sargentos de otras partes que concurrieron á aquel ataque; y reconociendo el marqués que Galera no se podia tomar sin artillería, no consintió que se la arremetiera de nuevo, sino que luego dió aviso á S. A. de lo que pasaba para que remitiese lo necesario al objeto de tomar y arruinar

aquel lugar que era muy fuerte, y tenia dentro gran defensa. Estando un dia el marqués en un alto reconociendo la situacion de Galera, y el lugar mas á propósito para colocar la artillería, el capitan Fernando de Leon que le acompañaba con el mismo objeto, vió que ciertos moros salieron del pueblo á un llano que eran las eras, y al punto pidió licencia al marqués para ir á pelear con ellos. Este quiso disuadírselo, aconsejándole que los dejara, y que esperara mejor tiempo y ocasion para mostrar su valor. Sin embargo Fernando de Leon prosiguió importunando al marqués hasta que le dijo, que pues tanta gana tenia de batirse con aquellos moros, hiciese lo que gustara. Fernando de Leon tomando cien soldados de doscientos que allí habia, se despidió del marqués y descendió por un ramblizo que iba á dar en las heras donde estaban los moros; y cuando llegó allí los acometió de improviso gritando *Santiago y á ellos*. Los moros viéndolos venir casi no dieron lugar á que los acometieran, porque estaban bien armados, y parecia haber salido por industria para aquel caso; de modo que entre ambos cuerpos se movió al instante una grande y terrible escaramuza, donde el valeroso capitan Fernando de Leon pudo mostrar todo su esfuerzo; pero de poco le sirvió su valentía, porque en un punto se la quitó una bala, dejándole allí muerto, casi á presencia del marqués que los estaba mirando. Al verse faltos de su gefe los cristianos, inciertos y atemorizados, pero sin dejar de pelear, se fueron retirando has-

ta el ramblon, y allí los abandonaron los moros, que no osaron pasar mas adelante, recelosos de alguna emboscada: en esta escaramuza murieron muchos de las dos partes. Los moros que quedaron se metieron en Galera con los despojos cristianos, llevándose entre ellos la cabeza de Fernando de Leon, que pusieron luego en una pica, y la colocaron en la punta de una torre. El marqués pesaroso de esta desgracia, se fue de allí con los demas soldados que habian salido del real, donde estuvo aguardando la artillería y municiones que necesitaba para asaltar en regla aquella plaza.

Ahora nos conviene dejar al marqués sobre Galera, y volver á las Alpujarras para declarar el fin que tuvo la traicion de Abenalguacil y Avenabó. Dice, pues, la historia, que asi como estos acordaron de ir á Andarax y matar al reyecillo, tomaron el camino una noche, y llegaron allá antes de amanecer. Al momento se fueron al alojamiento del rey, y abiertas las puertas, á pesar de la guardia, llegaron hasta el mismo cuarto y hasta la misma cama en donde estaba durmiendo con dos mugeres al lado. En medio del aposento habia una hacha de cera encendida, á la luz de la cual Abenumeya, que despertó asustado, reconoció á los dos capitanes turcos, á su enemigo Abenalguacil, y á su primo Avenabó, y con real semblante les dijo: «Qué osadía es esta de entrar en mi palacio con tanta violencia?» El capitan Caracacha le respondió: «Traidor, ahora lo verás»; y llegándose á él, sin respeto al ca-

racter de rey, le echó la mano el primero, y en seguida Abenalguacil, Avenabó y los demas turcos. Luego se dió por perdido Abenumeya, y con la turbacion no acertaba á hablar; pero al fin esforzándose les preguntó por qué causa le trataban de aquella suerte. Míralo, dijo Caracacha; y sacando las cartas se las dió para que las leyese. Luego que las hubo leido el reyecillo se enteró del fin de la traicion, y así dijo: «Por cierto, amigos, y por el santo Alá, que esta es una calumnia, y quien la ha urdido es Abenalguacil, porque le tomé por fuerza á su prima, que ahí está presente: la firma es de Moxajar, que solia ser mi secretario, y ahora anda por ahí decaido de mi gracia; por manera que si lo mirais sin pasion, guardándome el derecho que me corresponde de justicia, me hallaréis sin culpa.» Los turcos ciegos de enojo contra el desventurado, no le admitieron descargo alguno, y se cerraron en que habia de morir; y viendo Abenumeya que no podia ser menos, pues nadie habia que hablara en su defensa, mirando á Abenalguacil, le dijo: «A Alá plegue, infame traidor, que por la misma causa que muero, mueras. Y tú, Avenabó, que tal has consentido, pares en lo que yo paro, y en mis desdichas procedas. Una cosa os sé decir á todos, y es, que muero cristiano, no en la secta de Mahoma, que desconozco.» Los turcos por darle mayor pesadumbre, alzaron por rey á Avenabó delante de él, y todos le besaron la mano; al cual espectáculo dijo el reyecillo: «No te tengo envidia, porque al fin pararás en lo que

yo he parado. Desdichada ha sido mi suerte, é infausto fue aquel dia en que D. Pedro Maza me quitó la daga de la cinta, pues por eso vine á dar inconsideradamente en tal despeñadero.» Los turcos le echaron luego una soga al cuello, y le ahorcaron con crueldad. Este es el pago que suele dar el mundo á los que se fian de promesas vanas; y asi mire cada uno como acabó este desventurado, que fue tenido por rey, y muerto á manos de aquellos mismos que le habian prestado obediencia. Al momento fue su casa saqueada, sacándose de allí muchas cosas ricas y cuarenta mugeres que tenia á su servicio: se dió cuenta del suceso á la milicia, que se holgó mucho de su muerte, porque era cruel, y en seguida fue enterrado, no con pompa real, sino como suele hacerse al mas infeliz. Todas las alhajas que se encontraron en la casa de Abenumeya se repartieron entre Avenabó y los dos capitanes turcos. Abenalguacil no pensó en otra cosa que recoger á su amada prima Zahara; mas no le avino como pensaba, porque Huzen, capitan de los turcos, luego que vió la hermosura de la mora, quedó prendado de ella, y tuvo ánimo para pretender su mano. Abenalguacil le dijo, que no formara semejante propósito, porque Zahara era prima suya, y habia de casarse con él, como entre los dos estaba concertado. Huzen insistió en que no, porque él la queria para sí, y llevarla á Argel cuando feneciese la guerra. Sobre esto los dos amantes echaron mano á las armas, y se mataran uno á otro si el nuevo rey Avenabó no los

apaciguara, poniéndose de por medio, y tomando en depósito á la mora para dársela despues al que tuviere mas derecho, ó á quien ella prefiriera. Toda la gente se quedó maravillada de ver postrado en tierra tan pronto á aquel que habian servido como á rey; pero como el vulgo es novelero, se echó pronto al olvido, y si acaso alguno tuvo pesar de la muerte de Abenumeya, le disimuló, y no lo dió á entender. De esta suerte quedó reconocido Avenabó por rey de los granadinos, y fue coronado con grandes fiestas. De allí á poco tiempo, en un dia claro y sereno, mandó que se juntasen todos los capitanes y personas mas principales del ejército, á los cuales mostrando gravedad en el rostro y autoridad grande, habló de esta manera:

«Invictos capitanes y valerosos soldados, sabed, que por ruegos de Mahoma ha querido el santo Alá que mi primo Abenumeya tenga el castigo merecido por su tiranía, permitiendo que con su muerte cesen los escesos, y que yo le suceda en la posesion de su silla, bien contra mi voluntad, porque no quisiera poner sobre mis hombros un cargo tan pesado. Sin embargo, vosotros habeis querido obedecerme, y yo tambien como rey quiero recibiros debajo de mi amparo, dirigir vuestras banderas, trataros con amor, y conservaros en una eterna amistad, sin haceros agravios ni demasías. Si el santo Alá fuere servido de que salgamos con nuestra pretension, y me veo en Granada restaurado en el trono que mis pasados poseyeron, prometo que ninguno de

los que siguen mi estandarte real se quedará sin el premio debido á sus afanes y leales servicios. Mas lo que ahora conviene hacer ante todas cosas es dar cuenta de lo ocurrido al rey de Argel, con quien tengo amistad, y sé tambien que se holgará mucho de que haya venido á mis manos el cetro del estado granadino, sabiendo muy bien que le merece mi real persona. Por lo que toca á la persecucion de las cristianas banderas, no habrá ninguno que la haga con la voluntad que yo, tanto por odio natural, como por el aprovechamiento que con el favor del santo Alá pueda resultaros, y que no será poco. Así, pues, leales amigos, escríbase luego á los valerosos capitanes ausentes para hacerles saber que está ya fuera del mundo el autor de sus agravios, y que pueden con plena seguridad volver á mi presencia, pues restituyéndose á sus banderas pienso hacerles mercedes, y aun por lo que ya han servido en la guerra doblarles el sueldo.»

Con esto Avenabó concluyó su razonamiento, dejando muy gustoso al congreso de su buen decir, especialmente aquellos que ya le conocian por hombre de mucho valor, probado en el discurso de la prolija guerra. Por todo el campo se movió un confuso susurro, cual le suele hacer un enjambre revuelto de abejas yendo desmandado. Unos esclamaban: Sea para bien tu eleccion; otros decian: largos años la goces con fin próspero y adelantamiento en tus estados: últimamente otros gritaban: Viva el rey Avenabó, nuestro defensor, y el vengador de nuestros agra-

vios. En seguida le vistieron de una hermosa marlota de color de púrpura, le pusieron una bandera en la mano izquierda, y una flecha de arco en la derecha á la usanza turca, y tomándole en los hombros los caballeros mas principales del ejército, fue coronado segunda vez, y proclamado con placer de todo el campo, que gritaba: Viva Avenabó, rey de Granada y de la Andalucía. Concluida esta ceremonia, y guardando todos silencio, el capitan Caracacha habló á Avenabó de esta suerte:

«Para bien seas coronado, nuevo rey de Granada, y reconocido de todos los que te obedecemos y besamos las manos. Yo te doy mi palabra de jamás volver á Argel hasta que estés sosegado en tu palacio y gobernando pacíficamente tus estados como lo estuvieron tus mayores. Si fuere tu voluntad que por tu servicio pase yo á Africa personalmente y te traiga toda la gente de socorro que quisieres, sé que el Ochali me la dará de la mas robusta y armígera que se halle en toda la Libia. Si no tu alteza escoja á quien guste que vaya allá, y parta sin dilacion: dése luego aviso á los capitanes ausentes y á los pueblos rebelados contra Abenumeya para que vengan á reconocerte por rey y obedecerte; mas si hubiere alguno que lo rehusare, me ofrezco á postrarle de tal modo, que por su rebelion pierda muy pronto la hacienda y la vida.»

Con mucho gozo oyó Avenabó el discurso de Carbagio Caracacha, y dándole gracias por la nueva oferta, al punto se apercibió para el via-

ge de Africa un turco llamado Daux, sagaz y discreto, llevando de regalo al Ochali, rey de Argel, muchas albajas de oro y esclavos cristianos. Los capitanes ausentes y los pueblos que se habian rebelado á Abenumeya no tardaron mucho en venir á prestar su obediencia y besar la mano al rey nuevo, quien viéndose tan pronto sublimado en la rueda de la fortuna, formó larga esperanza de que la guerra habria buen fin á su favor. Con esto principió á poner orden en lo que se habia de hacer, como veremos en el capítulo que viene, y sobre lo pasado se dirá el romance siguiente.

Los de Castilleja moros,
los de Orce y de Galera,
puestos estan de concierto
con otros moros de Huescar,
Que tomen todos las armas,
que se alcen con la tierra,
y al Maleh pidan socorro
que estaba dentro en Purchena.
Galera hizo primero
de aquesta maldad la muestra.
Vino el Maleh de socorro
á la gente que le espera.
A Huescar puso emboscada
muy oculta por la huerta;
mas teniendo sentimiento
los cristianos salen fuera.
Con ellos traban batalla
muy cruel y muy sangrienta:

muchos mueren de ambas partes,
mas de los moros sin cuenta.
El Maleh visto su daño,
retirádose ha á Galera;
el bando de los cristianos
tambien se retira á Huescar.
Dado han en los moriscos
encerrados en la Tercia,
y el Maleh aquella noche
tambien se acoge á Purchena.
El marqués está en Fiñana,
con su campo va á Galera,
donde la dá dos asaltos;
mas valdria no los diera.
Mucha gente le mataron
de una y otras banderas:
allí mueren capitanes
y oficiales de la guerra,
Con otros muchos soldados
que mató la gente fiera.
A Fernando de Leon
le cortaron la cabeza,
Y la pusieron los moros
en su castillo por seña.
Al de Austria escribe el marqués
diciéndole que Galera
No podia ser ganada
sin piezas que la batieran.
En este tiempo fue muerto
el Muley Abenumeya,
Y los turcos le mataron
por una traicion que urdiera

el moro Benalguacil
de celos que del tuviera.
A Audalla toman por rey,
que Avenabó se dijera:
presto se sabrá la causa
de lo que mas sucediera.

CAPITULO XVIII.

Batalla que pasó entre Abenalguacil y Huzen, capitan de los turcos. Avenabó vá con su gente sobre el presidio de Orgiva, donde hubo una recia accion. Cómo el de Sesa salió de Granada, y los moros dieron sobre su ejército.

Lo primero que acordó Avenabó despues de coronado fue ir con su gente sobre el presidio de Orgiva para destruirle, y estando ya resuelta esta espedicion, Abenalguacil le pidió por merced, que le diera á su prima Zahara para casarse con ella. Tuvo noticia de esta demanda el capitan de los turcos Huzen, y tambien se la pidió al rey para el mismo fin, diciendo que él la merecia mejor que Abenalguacil. Avenabó se halló confuso en este caso, no sabiendo determinar á quien darla; y así acordó ponerlo en manos de la bella mora, la cual fue traida á su presencia, y preguntada sobre á quien de los dos pretendientes que estaban delante queria por marido, respondió que á ninguno de ellos, y que no tenia voluntad de casarse por entonces. Dada por la mora esta sentencia absoluta, los dos aman-

tes se cobraron mas aversion que la que hasta allí se habian tenido, y cuantas veces se encontraban se miraban desdeñosamente, entendiendo que el uno era causa de que el otro no fuese favorecido por su dama. Con estas imaginaciones llegó á tanto el odio entre ellos, que se desafiaron, señalando por única defensa alfanges y albornoces. Con este designio un dia al ponerse el sol se salieron del real sin que nadie lo echara de ver, y habiéndose alejado poco mas de una milla, al pasar un arroyo que bañaba un prado hermoso, muy cómodo para el caso, mostrándose la luna clara, porque le faltaba poco para ser llena, y dando de sí luz bastante para poner por obra cualquiera cosa, el granadino le dijo al gaditano: «¿Para qué nos cansamos buscando lugar mas oportuno ó mas cómodo para nuestro intento que lo es este? No pasemos adelante, y ahora, bárbaro, pon mano á tu alfange, y haz todo cuanto puedas contra mí, pues yá lo has probado con quitarme á Zahara.» Diciendo esto Benalguacil echó mano al suyo, y ambos al punto se acometieron como si fueran dos bravos toros, dándose el uno al otro enormes golpes, y tan precipitados, que causaba espanto ver la fortaleza con que chocaban los dos alfanges, saltando de ellos chispas por el aire, como si se batieran en un fino pedernal. Asi anduvieron bregando mas de media hora, de manera que estaban ya los alfanges tan mellados que parecian sierras, y los albornoces hechos pedazos, y harpados por mil partes, sin que todavia se reconociese venta-

ja del uno al otro. Pero Dios, que paga y premia á cada uno conforme á las obras que tiene hechas, permitió aquí que Abenalguacil pagase la traicion que hizo á su señor; y así parecia que le habia caido la maldicion que Abenumeya le echó al tiempo de su muerte, porque estando peleando con toda furia, y mirando por donde podria mejor dañar á su contrario, se le representó la imagen del desdichado reyecillo, teniendo al cuello la soga con que le habian ahorcado los turcos; y al verle asi, acordándose de la traicion cometida, corrió por todos sus miembros un hielo penetrante, que le causó gran desmayo y turbacion, y ya no pudo mas menear las armas contra el turco. Advirtiendo este su flojedad, no quiso perder la coyuntura favorable que la ocasion le ofrecia, y con mayor ánimo le tiró un golpe desaforado á la cabeza, el cual no reparó por la causa ya dicha. Abenalguacil, quedó de él mal herido y tendido en el suelo, pero aun mas atemorizado de la vision y del recuerdo de su delito que de la llaga recibida. Viéndole asi el turco, y conociendo que aquella herida era mortal, no quiso hacerle otras mas, sino quitarle el alfange de la mano; lo cual sintió Benalguacil, y esforzando la temerosa voz, le dijo al turco: «Huzen, estame atento á lo que ahora te dijere antes de espirar. Sabe que tú no me has muerto, y así no te glories de eso en tiempo alguno: quien me ha muerto ha sido Abenumeya, pues cuando ahora estaba combatiendo contigo se me puso delante de los ojos con aquel crudo lazo al cue-

llo que sirvió de instrumento de su muerte; y ten entendido que mi traicion fue la causa de ella, por celos de mi prima Zahara, la que por fuerza me habia quitado: yo fuí tambien el que hizo los despachos falsos para Avenabó y los turcos. Una cosa te suplico, y es, que antes que de aquí te vayas me des sepultura, á nadie digas que aquí me dejas, y de Zahara te guardes: advierte que es una Circe, y cuida no te traiga al estado en que me ves.» El valeroso capitan turco espantado de aquel espectáculo, herizándosele el cabello, miraba revolcarse por su sangre á Benalguacil, y cómo se le acababa la vida. Sintiendo, pues, un impulso vehemente de apartarse de aquel lugar, abrió con los alfanges un hoyo profundo, y metiendo allí el cadaver de Benalguacil, le cubrió de tierra y piedras recogidas al margen de aquel arroyo. Hecho esto partió sin detenerse á Andarax, trayendo por todo el camino ocupada la imaginacion de lo que Benalguacil habia declarado, y pesaroso ya de haberle muerto, considerando que Zahara podria traerle tambien á aquel lastimoso estado. Llegando á Andarax entró con disimulo en su posada, y el siguiente dia Avenabó repartió oficios, dió cargos y alcaidías, y reformó algunos capitanes. Tenia este un hermano menor, mozo de distinguido valor, al cual nombró alguacil mayor, que despues del rey es entre los moros el cargo mas preeminente. Dejó á Dalí en su capitanía, y al turco Carcax, recienvenido de Africa, le nombró capitan de la compañía del Derri, á quien mandó

ahorcar el difunto Abenumeya. Los cargos mayores y mas principales de alcaidías y capitanías se las dió Avenabó al Habaquí, cometiéndole el gobierno del rio de Almanzora, que comprende la tenencia de Almería, Filabrés, Basa, Guadix, su patria, el estado del Cevete y otros cargos. Nombró á Noaibe general de Granada, su Vega, y todos los lugares de la Sierra-Nevada. Despachó en seguida para Argel al moro Orcaime, pidiendo socorro al Ochalí, aunque entiende muy bien que ya habria llegado allá Daux; pero queriendo obligarle mas le hacia nueva remesa de esclavos y de presentes: esto fue causa de que el rey de Argel le enviase socorro de gente, como dirémos mas adelante. Avenabó hacia copiosa provision de armas, compraba á los mercaderes berberiscos muchas cosas, y luego las repartia todas entre sus soldados por poco precio. Con esto y su gran benevolencia acrecentó mucho su campo, y se ganó en todo y por todo la voluntad de todos los individuos de su ejército. Por este tiempo el Señor D. Juan de Austria tuvo noticia de estas novedades y prevenciones del reyecillo, y en su consecuencia mandó, como ya hemos dicho, que saliese el duque de Sesa con un buen campo para las Alpujarras, y que acudiese primeramente al socorro de Orgiva, donde el príncipe sabia que el moro tenia designio de entrar. Púsole espuelas á su pretension una derrota, que tuvieron los cristianos saliendo de Orgiva á buscar bastimentos. Llegaron á un barranco llamado Tarrascon, y allí les salió al encuentro una multitud de mo-

ros con tanto poder, que todos los cristianos fueron muertos, escapando vivos solos tres que llevaron la triste nueva de su derrota. Sabido esto por Avenabó, y tomando mayor osadía, determinó meter por fuerza de armas en Castil de Ferro una grande guarnicion para que los mensageros de Argel hallasen proporcion de desembarcar sin embarazo de las armas cristianas. Asi sin aguardar un solo punto mas, levantó su real de Andarax, y se fue sobre el presidio de Orgiva, entendiendo que podria tomarle sin gran resistencia, y matar á todos los cristianos que allí hubiese. Para el éxito de esta empresa dió la vanguardia del campo á cuatro capitanes de los mas valerosos que tenia, llamados Barbuz, Carcax, Macoz y Arrendate con diez mil hombres de pelea: Avenabó en persona iba en la batalla, y el Dali llevaba la retaguardia con dos migueros. Siguiendo el ejército su marcha con este orden llegó á Orgiva, donde mandó luego Avenabó hacer grandes trincheras para el abrigo de sus soldados. En Orgiva habia un capitan valeroso, llamado Francisco de Molina, el cual con sus soldados defendió el pueblo heróicamente; pero este no tenia defensa ninguna, ni el reparo de castillos, siendo su única esperanza estar cerca de Granada, de donde le podria venir socorro con prontitud. Mas antes que viniese pusieron los moros en tanto aprieto á los moradores de Orgiva, que llegaron ya á faltarles las municiones, el agua y otras cosas precisas. Estaba en el mismo pueblo otro capitan famoso, llamado Juan Alvarez Bohorqués, á

quien se encomendó la defensa de un portillo, y mostraba con su gente gran valor: el malvado Avenabó mandó que se le apretara sin intermision hasta tanto que á los cristianos les vino á faltar el plomo enteramente, y este capitan valeroso para continuar su defensa no halló otro remedio que deshacer en menudos pedazos una bajilla de plata, y tirarlos á sus enemigos en lugar de balas. ¡Oh, capitan dignísimo de inmortal renombre, que tenias en mas la debida defensa de tu puesto que la riqueza de tus bajillas! Asi se mantuvieron muchos dias aquellos valerosos cristianos hasta que el Señor D. Juan, nombrado generalísimo de aquel reino, envió el socorro que ya hemos dicho del duque de Sesa á los que estaban cercados en Orgiva. Salió este al fin de Granada con seis mil infantes y trescientos caballos, gente toda muy bien apuesta para rechazar á Avenabó. Pero llegando el duque á un lugar llamado Acequias, le acometió el mal de la gota á que era muy achacoso, y esto fue nueva causa de que el arribo del socorro se dilatase. Sabiéndolo el de Austria quiso que D. Luis Quijada, su ayo, reemplazase en aquella jornada al duque, y que este se quedase, pero no lo consintió, y asi mal dispuesto como estaba prosiguió su camino, enviando adelante para mas diligencia á un capitan llamado Vilches con ochocientos hombres, á fin de que sin tocar en Lanjaron llegara á Orgiva, y diera aviso al capitan Francisco de Molina de que le iba gran socorro. Para asegurar mas el caso, luego que partió Vilches envió el duque tras él

otros mil soldados, y por último S. E. se puso en camino con todo lo restante del campo. Noticioso Avenabó de la venida del duque dividió su ejército en dos partes, mandando que la una mantuviese el sitio, y la otra saliera al encuentro del enemigo, al mando de los capitanes Arrendate, el Dalí y el turco Huzen. Los cercados no tuvieron noticia de la salida de toda esta gente del real de Avenabó, porque se practicó de noche. Arrendate estando emboscado con los suyos en parte que no era visto por la gente de Vilches, dejó á estos pasar primeramente para acometerlos por la espalda, al mismo tiempo que el valeroso Dali los acometia por el frente; de manera que los cristianos se quedaron enmedio, muy embarazados sobre un terreno fragoso. Sin embargo dieron en los moros con braveza y se defendian maravillosamente; pero como Arrendate cargó con tanto poder y llevaba mas gente, tuvieron los nuestros que retirarse pensando que la del duque estaría ya muy cerca. Su pensamiento fue vano, porque el valeroso Dalí les apretaba tanto, que no tuvieron otro remedio que subirse peleando á una altura, y desde allí defenderse esforzadamente para no morir todos antes que llegara el socorro del duque. El capitan Perea con la gente que salió tras de Vilches, llegó primeramente, y no pudo hacer nada de provecho, porque los moros eran muchísimos, todos tiradores, y sabian muy bien la tierra. Al fin llegó el campo del duque en socorro de los suyos; mas siendo ya casi de noche se descubrió de una

emboscada el capitan Nacoz con su compañía, dando grandes alaridos, y acometió con tanta braveza, que parecia hundirse todos aquellos valles. Peleaban los del duque valerosamente, y no alcanzaba todo su esfuerzo, porque el Dalí y Arrendate vinieron sobre ellos, matando y destrozando sin piedad; y como los nuestros no sabian la tierra, y era ya de noche, sufrian una muerte cruel, no pudiéndose guardar de aquel caso inopinado: todo el campo se halló atajado entre las tinieblas, y las fieras armas de los moros hacian sobre él á su salvo lo que querian. Luego se cubrió la tierra de heridos, de cadáveres y de sangre, cundiendo el daño cada vez mas en las cristianas banderas, llegando á tanto el temor, que sin vergüenza se metian los soldados huyendo por aquellas quebradas espesuras, y dejaban desamparado á su valeroso general, quien como nieto de tan grande abuelo, los llamaba á voces, y los exhortaba de esta suerte:

Razonamiento del duque de Sesa á sus soldados.

¿Qué furia del infierno os acomete,
y qué fantasmas veis que os amedrentan,
que así huyendo vais á rienda suelta
sin mas respeto á aquello que os obliga
á ser de gran valor como herederos
de la española sangre belicosa?
¿Por qué dejais así vuestras banderas?
Mirad que sois de España hijos caros;
volved á la batalla, no esteis tímidos;

mirad que dirá el mundo de vosotros,
que sois cobardes, viles y abatidos,
pues de una gente infame vais huyendo,
que no sabe qué cosa sean armas.
Cualquiera de vosotros vale tanto
como ducientos de ellos en campaña;
y si huís, no quiera Dios del cielo,
que digan que yo soy general vuestro;
ni prosa ó verso nunca jamás digan,
que yo truje conmigo tan vil gente,
que huyó de las armas y su furia:
mirad que vale mas morir con honra,
que no vivir infames en el mundo,
adonde reputados de cobardes
sereis perpetuamente de los hombres.
Mostrad valor, esfuerzo y gallardía,
y no porque la noche os amedrente
dejeis de aspirar á fama eterna.
Mirad que los contrarios son moriscos,
y que no son de Francia las escuadras
de los que os retirais con tal infamia.
A ellos, á ellos, fuertes españoles;
España, España; á ellos Santiago,
que es gente vil; á ellos que ya huyen
del solo ver las armas españolas,
que tanto por el mundo son temidas.
Ganad, varones, hoy renombres claros
de vuestras fortalezas y hazañas,
que ya el tiempo os promete la victoria.

Diciendo estas cosas el valeroso duque, salta del caballo sin temor alguno, y embrazando su fuerte y acerada rodela, embiste á los moros con

ánimo sublime, preciando mas morir en la batalla que rotroceder un solo paso. Sus eficaces palabras y el ejemplo maravilloso que daba personalmente hicieron tanta impresion en sus soldados, que avergonzándose de haber huido y no haber hecho su deber como esforzados varones, se tornaron á juntar, gritando animosamente: *Santiago, victoria, victoria, que el enemigo huye.* Esta voz fue eficacísima para alentar á los soldados cristianos, é infundió en los moros grandísimo temor, creyendo que á aquellos les habia entrado gran socorro de gente. ¡Oh buen duque, nieto del soldado mejor que tuvo el mundo, cuán bello ejemplo diste de tu gran valor en el momento que estaba próximo á perderse todo el campo! Pues tu tio el valeroso D Gabriel, digno de proceder de tan clara sangre, y de otros dos bravos soldados D. Luis y D. Juan tus deudos, no hicieron menores cosas que ahora tú dando este ejemplo con que redujiste á todo un campo ahuyentado y sin aliento á tomar otra vez las armas y pelear con mas fortaleza que pudiera hacerlo el mismo Marte. ¿Qué Julio Cesar, qué Torcuato, qué Hector, qué Alejandro, qué Fabio que acaudillaran un ejército tan atemorizado como el tuyo, supieran sacar de él mayor partido? Aunque era oscura la noche no podrá nublar el resplandor de tu grandeza, el de tu ánimo sublime en una ocasion tan difícil y peligrosa como la que te puso en las manos la fortuna, y de la cual saliste con tanta gloria.

¿Y qué no podria decirse del valeroso duque

D. Luis, flor del tronco de Cardona, y del gallardo D. Juan de Mendoza? No otra cosa por cierto sino que cada uno de ellos parecia un fiero Marte batallando con los moros. De tal modo pelearon los valerosos cristianos, que pronto se vieron libres de las emboscadas del enemigo, y retirándose con buen orden tomaron la vuelta de Acequias; lo cual no fue poco hacer, respecto á que todo el campo habia estado á punto de perderse, si no le salvara el gran valor del duque de Sesa. Llegando á Acequias S. E. al otro dia por la mañana, pasó revista al ejército, y mandó que los heridos fueran llevados á Granada para su curacion, queriendo él pasar adelante para Orgiva con el resto; mas no lo pudo hacer tan pronto como convenia por las asperezas del camino y fragosidad de las sierras. Sin embargo se levantó entretanto el sitio de Orgiva, porque Avenabó creyendo que el duque daria en el valle, se pasó con su campo á Lanjaron, para defenderle la entrada. Desitiada Orgiva se dió orden al capitan Molina para que pasase de allí y se fuera á Motril con su gente. El buen Molina ordenó luego la partida, dejando antes clavadas algunas piezas de batir, y otras que eran las mejores, enterradas. Entretanto el duque andaba revuelto con Audalla Avenabó, y le traia distraido para que Molina pudiera hacer aquel viage á su salvo. Gran multitud de moros corrió la Vega de Granada por Guejar y el Puntal, é hizo rica presa en pastores y ganados. Bien quisiera el Sr. D. Juan hallarse en tales ocasiones; mas le

era defendido. Poco despues por causas importante, y para tratar negocios de la guerra, se mandó al duque que volviese; bien que si se encontrase de camino con Audalla le asaltara con el mayor esfuerzo que fuese posible. A esta sazon supo el duque que el moro queria ir á las Albuñuelas, y por verse con él marchó al momento con su campo para el mismo lugar. Los dos ejércitos iban hácia allá caminando, pero por distintas partes, de donde no se podian ver el uno al otro. El duque llegó el primero, se aposentó en lo mejor del lugar, y á todo lo demas mandó poner fuego: lo mismo hizo con otro llamado Prastabal, y con Velair y otras poblaciones de moros que estaban por allí cerca, porque los moradores daban bastimentos á los enemigos. Hecho esto se volvió á Granada el noble duque, dejando grande guarnicion en las Albuñuelas, y por capitan al valeroso Pedro de Mendoza. Llegando el duque á Granada, el Sr. D. Juan acordó con él lo que se debia hacer, y que referirémos en el capítulo siguiente, diciendo primero un romance de lo pasado, por no perder el hilo.

El moro Avenabó Audalla
con campo fortalecido
para Orgiva se marcha,
que es de cristianos presidio.
De trincheras la rodea
por traella á su partido;
mas los de adentro esforzados
con valor se han defendido.

De muy poco les valiera
si no fueran socorridos;
mas el de Austria que lo supo
socorro envia cumplido.
El de Sesa es general,
en la milicia perito,
y seis mil infantes lleva
de valor reconocido;
Con ochocientos caballos
que para el caso ha pedido.
Avenabó que lo entiende
su gran campo ha dividido;
Una parte está en el cerco,
la otra se va al camino,
por do el de Sesa venia
buscando á Audalla enemigo.
Cuatro capitanes salen
del escuadron sarracino,
Dali, Nacoz, Arrendate,
y Huzen, que de Argel vino.
Todos se emboscan y esconden
entre los robles y pinos.
Vilches que llega el primero
fue asaltado repentino,
Que los moros le acometen
con furia, qual torbellino;
el buen capitan Perea,
que detrás de Vilches vino,
Muy bien quisiera ayudarle;
mas fuele el hado maligno,
porque el Nacoz al Dalí
le ayuda con buen destino,

Y tal esfuerzo, que espanta
la furia con que allí vino.
Mal lo pasan los cristianos;
retirarse les convino
Hácia atrás con toda priesa
por donde habian venido,
entendiendo que el de Sesa
les daria pronto auxilio.
Mas en las manos cayéron
de Arrendate, moro fino,
el cual los deshace y mata
con dolor nunca sentido.
En esto llega el de Sesa,
mas tambien muy mal le ha ido,
por ser oscura la noche,
y estar el sol escondido;
Y á esta causa su escuadron
fue de los moros rompido,
porque todos con espanto
de la batalla han huido.
El duque los animaba
con valor engrandecido,
y tanto hace por su parte
que su campo ha reducido,
Y con furor acomete
á aquel que los ha ofendido.
Peleando los cristianos
contra el bando fementido,
Se retiran poco á poco
á Acequias, de do han salido.
Los moros luego se vuelven
al campo de do han venido:

Avenabó deja el cerco,
á Lanjaron se ha acogido,
porque el duque no le entraba
en su valle enriquecido.
Los de Orgiva á Motril
le van tomando el camino,
porque el de Sesa lo manda,
y es cosa que asi convino.
A las Albuñuelas parte
el de Sesa Paladino:
gran parte de ellas quemaba,
y otros lugares vecinos,
Porque daban bastimentos
al campo de los moriscos.
El duque vuelve á Granada,
que el de Austria así lo quiso,
Dejando allí en su lugar
á D. Pedro Mendocino
con setecientos soldados
de valor esclarecido.

CAPITULO XIX.

El Sr. D. Juan y el duque de Sesa con dos campos entran en las Alpujarras, y van sobre Guejar, ocurriendo otras cosas.

Asi como el duque de Sesa llegó á Granada, el Sr. D. Juan teniendo noticia de que el marqués de Velez estaba todavia en Galera, y que despues de los asaltos que le habia dado, recibiendo mucho daño, le enviaba á decir que

aquel pueblo no podia tomarse sin artillería, escribió inmediatamente á S. M. una carta, que decia asi:

«Muy poderoso Señor: V. M. sabrá que la «guerra de Granada va de mal en peor, porque «los moros se han armado muy de propósito, «hacen notable daño en las escoltas y en los pre«sidios, y si les acometen, no aguardan batalla, «salvándose por las sierras; de modo que hay «guerra para toda la vida. Ahora se ha levanta«do un lugar fortísimo, llamado Galera, y se«gun soy informado del marqués de los Velez, «no puede ser tomado sin artillería: yo holgara «mucho de ir sobre Galera, pero seria dejar atrás «los enemigos. Querria, pues, que V. M. me die«se licencia para que yo y el duque de Sesa en«trásemos con dos campos por las Alpujarras, «para que con brevedad se diese fin á tan pro«lija guerra, que lleva ya dos años de duracion, «estando hoy todavia peor que el primer dia, y «si no se ataja, como digo, nunca tendrá tér«mino.»

En vista de esta carta mandó S. M. al Señor D. Juan y al duque entrar con gran gente en las Alpujarras, que despues que hubiesen desbaratado á Avenabó y su campo, fuese S. A. sobre Galera, y asistiese al marqués de Velez, dándose orden al Comendador mayor de que proveyese de artillería, para poner con esto fin á la guerra. El Sr. D. Juan, obtenida esta licencia, ordena al punto la salida en busca de los moros de la Alpujarra, y llevando consigo al duque de

Sesa parte sobre Guejar, aunque mas hubiera querido ir sobre Galera: no convenia hacerlo dejando enemigos detrás. Los dos famosos generales partieron á las Alpujarras llevando cada uno diez mil infantes y mil caballos, bien repartidos, y convinieron en seguir distinto camino uno de otro, pero procurando llegar todos al amanecer sobre Guejar, y juntarse en un mismo punto. Los dos campos marcharon, y el de Sesa acertó á tomar el camino mas llano y trillado: S. A. tomó las alturas y fue por caminos ásperos y dificultosos de andar, habiendo dado la vanguardia á un capitan llamado Diego de Quesada, por ser valiente y práctico en aquellos pasos. Llevaba la retaguardia un caballero nombrado Garci Manrique con toda la caballería, y el Sr. D. Juan iba de batalla, llevando delante un real y hermoso guion: de esta suerte marchaban de noche á la luz de las estrellas aquellos dos fuertes escuadrones. El campo del Sr. D. Juan, á pesar del conocimiento que Quesada tenia de la tierra, al bajar de un monte erró el camino, de suerte que fue preciso dar un buen rodeo. El duque como iba por lo mejor, marchaba sin pesadumbre. A esta sazon tuvieron aviso los moros de Guejar por los de Granada de que el hermano del rey D. Felipe iba en persona á darles cruda guerra y acabar con ellos. Los de Guejar tuvieron sobre esto consejo de guerra, y en él resolvieron desamparar el lugar, é irse volando á la sierra: al punto cargaron con sus bienes, se llevaron las mugeres é hijos, y dejaron únicamen-

te algunos viejos que no podian caminar con ellos. Al salir el sol llegó al lugar el valeroso duque, pensando hallar allí al enemigo; pero ya no encontró mas que á dichos ancianos que fueron luego degollados: una buena parte de su gente á toda priesa siguió á los moros que iban huyendo, y por último alcanzó á la retaguardia, donde llevando los moros algunos buenos tiradores, trabaron escaramuza con los cristianos, los cuales les tomaron algunas presas; pero luego salieron de la espesura del monte muchos moros, y dando en los cristianos poderosamente les tornaron á quitar todo cuanto habian ganado. Con esto los cristianos maltratados, y dejando algunos muertos, se tornaron al real. Ya estaba muy salido el sol y S. A. no llegaba al puesto designado por causa de haber errado el camino D. Diego de Quesada, lo que traía al príncipe mohino y enojado, entendiendo que el duque habria ya desbaratado á los moros, y pesándole de no hallarse en la ocasion que venia á buscar. Llegado el Sr. D. Juan adonde estaba el duque, se tuvo noticia de que por la falda de la sierra habian aparecido muchas moras, según de lejos blanqueaban. Los cristianos entendiendo que serian las mismas que habian huido del lugar, se desbandaron en gran número á toda priesa para alcanzarlas; pero en llegando al sitio fueron recibidos con una gentil carga de arcabucería, porque para engañarlos los moros se habian disfrazado con aquellas tocas. Trabóse escaramuza entre los dos bandos, y al fin los moros

se metieron en la sierra y fueron á Valor, donde estaba Avenabó con su campo. En esta escaramuza murió el capitan Quesada, y con él otros ocho soldados: los demas se acogieron al real con harto dolor de la pérdida de su buen capitan, aunque despues murió otro Quesada ó Quijada, que causó un sentimiento todavia mayor al ejército, como dirémos adelánte. S. A. se parecia en todo y por todo á su valeroso padre Carlos V, en la afabilidad, en el real trato, ademan, habla y donaire; asi todo el campo estaba tan contento con su vista, que era maravilla. Ahora dejarémos de hablar de él para decir cómo Avenabó recibió en Valor á los moros que llegaron huyendo de Guejar. Tuvo el nuevo rey mucha pesadumbre de ver la cobardía de aquella gente, y con grande ira y desabrimiento les habló á todos de esta manera:

Brava reprension de Avenabó á los moros que huyeron de Guejar.

Hombres ingratos, infames, y desconocidos á los favores que la fortuna os habia hecho, deparándoos la ocasion de vencer las cristianas banderas y adquirir sobre vuestros enemigos un poder soberano; que asi la perdisteis, sin tener empacho de venir huyendo de un mozo que no ha abierto aun los ojos á la luz del mundo, carece de esperiencia en el militar oficio, no sabe qué cosa sean armas, ni tiene ejercitado el oido con el son de la caja y la trompeta. ¿Es posible que por

solo el nombre de su venida desamparáseis los presidios que confiaba yo fueran bien defendidos por vuestro valor, y que ninguna cuenta tuviéseis con el mio, que amedrenta á toda España? Vano es mi poder, y vano el renombre que teníais ganado en tiempo que la tierra hecha un lago de sangre por vuestras armas y esfuerzo, temblaba de vosotros: todo ha desaparecido para no recobrarse jamás. ¿Por ventura, cobardes, me teníais tan en poco á mi campo y á mí, que no os pudiera socorrer? ¿Tan poca confianza teníais de mi valor, para que no os sacara de cualquier peligro, por grande que fuese? Pues decidme, si tan poco aprecio os merecia mi esfuerzo, ¿por qué me dísteis corona; para qué me alzásteis por vuestro rey? Si no habeis de hacer lo que á mi valor sois obligados, mas quiero que me deis la muerte: antes morir, que verme en poder de los enemigos cristianos. No sois vosotros como los de Galera, que siendo poco prácticos en la guerra, y mal esperimentados en las armas, hacen todavia dentro de sus murallas temblar al enemigo que los sitia. Cuando no mirárais otra cosa, ni que hubiérais delante un ejemplo tan perspícuo, no debíais mostrar tal cobardía, y hacer una retirada tan infame, sino mostraros como firmes rocas y muros fortalecidos contra el bando cristiano, aunque viniera con mucho mayor poder. Tambien tengo queja de vosotros, valerosos turcos, pues siendo tan diestros en las armas, y habiendo temblado España de vuestro valor, ahora que mas convenia mos-

trar sus finos quilates, habeis caido en una bajeza tan grande. Si asi ha de ser, matadme, pues como tengo dicho, lo tendré por un beneficio soberano, en comparacion de verme entre las manos de mis enemigos los cristianos, á quienes tanto aborrezco por las obras que de ellos tengo recibidas.» Con esto el furioso Avenabó acabó su razonamiento, mostrando en el rostro terrible braveza; mas en seguida un turco llamado Noaite, alcaide de Guejar, le respondió de esta manera:

Razonamiento del turco Noaite á Avenabó.

«De culpa nos cargas Avenabó, por lo cual es necesario dar disculpa por mí y por todos los demas soldados de tu ejército, pues todos somos miembros de tu real persona, que es la cabeza; de tal suerte, que hallándose mancha de culpa, á todos alcanzaria parte de ella, y asi para que yo y los demas quedemos disculpados de lo que tu real Alteza nos culpa, yo quiero ser el abogado. En cuanto al miedo que dices hemos tenido, bien satisfecho estarás por lo obrado en los pasados tiempos y en todas ocasiones contra el bando cristiano, donde se ha mostrado siempre nuestro valor exento de miedo ni cobardía; y juro por Mahoma, que jamás supimos qué cosa fuese miedo, y fuimos siempre lo que somos y seremos, aunque el mundo se hundiera y fuese en nuestro daño. La causa del desamparo de Guejar no fue temor ni cobardía, sino haber te-

bido aviso por tus espías de Granada de que venian sobre nosotros dos gruesos campos, el del Príncipe austriaco y el de Sesa, y detrás de ellos el resto de España. ¿Pues cómo en un presidio de tan poca importancia y sin murallas, querias tú, Avenabó, que resistiesen doscientos soldados, sabiendo muy bien que tus fuerzas y las nuestras estan en la fragosidad de las sierras nevadas? Siendo esto así no cumplia á tu Magestad que aguardáramos el ímpetu de tanto poder en una villa tan flaca y débil, donde se perdiera la fama de nuestros hechos, como tú dices, especialmente estando Guejar tan vecina de Granada. Sabes, digo, que lo mejor de tu defensa está en las montañas, y no tienes que quejarte de nuestra venida, porque te es imposible sustentar la guerra fuera del amparo de la sierra, en donde la caballería no puede hacer su efecto. Nos pones por ejemplo, que los moros de Galera, nada espertos en la milicia, muestran gran valor, y hacen mucha resistencia al bando cristiano: los de Galera pueden hacerla muy á su salvo, porque el lugar es una peña por dentro y por fuera; toda armada sobre profundas y firmes bóvedas, de modo que los de dentro tirando por saeteras hacen gran daño á los enemigos, sin ser ofendidos ellos. Por eso cien soldados valen allí por mil, y aunque se bata á Galera con artillería, y aunque se la eche por tierra, los que estan dentro no pueden ser dañados, teniendo debajo del suelo grandes aposentos donde alojarse; de manera que si no se la mina y vuela con pólvora, jamás Ga-

lera será ganada. Advierte ahora que de todo lo dicho fallece Guejar, que no tiene murallas, fosos, ni defensa fuera de la fuerza viva y personal de aquellos que la quieran sostener; y asi ciento, doscientos, ni trescientos soldados de presidio, es muy claro que no hubieran podido defenderse de veinte mil hombres que vinieron sobre ellos: por todo lo cual mayor honra ha sido dejarla que defenderla; pues vale mas perder un lugar hecho de paredes viejas, que no trescientos buenos soldados. Las paredes no te podrán sacar de ningun peligro, y trescientos soldados reservados para mayor ocasion, te podrian librar de alguna notable afrenta. Con esto he satisfecho á la culpa que me cargas, si bien me has querido entender. No te acuerdes de Guejar, que es un pueblo inhabitable, yermo, y en vano el de Austria ha hecho presa en él con el grande ejército que trae. Si fuera la ínclita Granada, Guadix el fresco, la ilustrada Baza, lo que se hubiera desamparado, gran razon habria para que nuestra infamia sonara por el mundo, y fuéramos todos reputados por cobardes; mas Guejar, soberano Avenabó, bien sabes que no es el fin que se pretende: vamos al blanco, busquemos ocasion mas grave, y lleve tu Alteza á profundo y seguro puerto; esto es lo que hace al caso, y no disputar con sobrado corage por una cosa de tan poca importancia. Por ahora la sierra es nuestra madre, y ella nos defiende, no consintiendo ser hollada de caballos. Asi no estimes en tan poco nuestro valor, pues el de Sesa lo estimó en mucho cuando de noche

le asaltámos con tres bravas emboscadas, de suerte que tuvo que retirarse á Acequias á toda priesa, mal de su grado. Venga toda España y no la temas, que el socorro africano llegará con brevedad, y el tiempo se mudará en tu favor: lo que has de hacer, valeroso Audalla, es tener para el desembarque pronto algun puerto seguro. Da sobre Almuñecar con tu campo, embiste con Salobreña, y esto sea sin dilacion, porque el Ochali no habrá faltado á tu demanda, y pronto tendrás unida á tus banderas la africana gente, que has de estimar en mucho, pues con ella darás fin á tu glorioso intento.»

Asi dió fin á su razon el valeroso turco, dejando á Avenabó desenojado, y á toda la gente militar alegre y satisfecha del discreto descargo que presentó en su favor. En seguida mandó el reyecillo que el campo tomase la vuelta de Almuñecar y Salobreña, llevando todo el aparato necesario de escalas, municiones y otros pertrechos de guerra. Mandó tambien que el campo se dividiese en dos partes, viniendo á dar cada una en su lugar, y todos á un mismo tiempo y sazon. Marcharon luego las dos divisiones sin parar hasta que llegaron á los dos lugares referidos, y les pusieron terrible cerco, principiando por combatirlos fuertemente con mucha escopetería. Otros arrimaban escalas para subir á la altura de los torreones y almenadas murallas; pero de poco valé su recio asalto, porque los dos lugares estaban defendidos de muy buenos soldados, y mas querian morir que perderlos. Esta-

ba en Almuñecar un valeroso capitan, llamado D. Lope de Valenzuela, que en defensa de la plaza hacia maravillas matando á muchos de los moros. No menos grandeza de ánimo mostró la gente de Salobreña teniendo por capitan un soldado insigne, llamado D. Diego Ramirez. Finalmente viendo Avenabó que no podia salir con su propósito, determinó retirarse con su campo, dejando mucha de su gente muerta al pie de las fuertes murallas. Mas no por eso se amedrentó ni cansó; antes bien tomó la vuelta de Valor con ánimo de presentar batalla al de Austria y al de Sesa. Entretanto el hijo valeroso de Carlos V, reconociendo que las cosas del Alpujarra tardaban en arreglarse, y que no veia la hora de verse en Galera, mandó partir para este lugar, á fin de quitar de enmedio aquel padrastro, y volver despues mas despacio sobre los moros de las Alpujarras. Este pensamiento del valeroso príncipe mereció la aprobacion del duque, y de los demas gefes y capitanes del ejército; por lo cual S. A. dejando con un escuadron muy poderoso al duque, partió luego hácia Galera, acompañado de muchos caballeros y soldados, que llegaban á seis mil. Llegó á Guadix sin encontrar impedimento ninguno, y de allí pasó á Baza y á Huescar, donde halló al marqués de Velez con su gente. Hízosele á S. A. gran recibimiento, tanto por la gente del campo, como por la de la tierra, señalándose en esto el marqués, y mostrando aquella grandeza de ánimo de que siempre fue dotado. El Señor D. Juan le contemplaba muy de pro-

pósito, maravillado de su gallardo parecer, garbo y talle, y diciendo entre sí, que no sin razon era tanta la fama del marqués, pues bien se mostraba en su aspecto y robusta corpulencia ser varon de grande esfuerzo. Despues que en esto contentó sus ojos el Señor D. Juan, abrazó al marqués con semblante muy alegre y sereno, y le dijo unas palabras semejantes á estas: «Ahora digo, valeroso Adelantado, que la fama no dice tanto de vuestro valor, como en vos se muestra, y que tengo mucho placer en dejar satisfecha mi vista de lo que antes vuestra celebridad me tenia anunciado. Vengo aquí por mandado de S. M. para asistir en la guerra debajo de vuestro amparo y proteccion, porque de un capitan tan valeroso no puede menos de sacarse grande enseñanza en el arte de la milicia. Asi podeis estar seguro de que no saldré un punto de vuestra orden, porque siempre debe tomarse de un soldado tan distinguido y esperimentado en la guerra, como vos lo habeis sido siempre.» El marqués mostrando alegre semblante, y manteniéndose descubierto, respondió con avisadas palabras de esta suerte:

«Yo soy, príncipe escelso, quien siente un gozo indecible en ver y conocer personalmente á V. A. por ser hijo de un emperador tan famoso, cuyas banderas tuve la dichosa suerte de seguir, y tambien por ser hermano de nuestro ínclito rey, el cual por hacerme una merced singular, quiso darme este cargo trabajoso, bien escusado para un hombre de mi edad. Sea V. A. muy bien venido, porque con su llegada me por-

dré ir yo á descansar á mi casa, como será mucha razon, atento á que mis años no me permiten ya andar en el trabajoso oficio de la guerra, bastando lo que hasta aquí se ha pasado.»—«Con todo eso, respondió el Señor D. Juan, me hareis gran placer en instruírme de lo que tengo que hacer.» En esto llegaron á hablar con el marqués otros caballeros principales, porque habia muchos que por su celebridad deseaban conocerle, y á la sazon no se hallaba príncipe de mas valor y esfuerzo, ni podia decir ninguno de los mas famosos que le aventajaba en nada. Hablando, pues, con él el Señor D. Juan, el comendador mayor, y otros muchos caballeros, llegaron á Huescar, donde S. A. fue recibido con grande alegría, y aposentado en el alcazar de la ciudad. El marqués habiéndose despedido del príncipe, sin apearse del caballo, se salió en seguida de la ciudad, acompañado de sus criados y de algunos caballeros de Murcia y Lorca, tomando el camino de Velez, para donde ya iba adelante su recámara.

No pasaron muchas horas sin que el Señor D. Juan preguntara por el marqués, y respondiéndole que ya habia partido del real, sintió la falta de un capitan tan valeroso. Mandó luego S. A. que se juntase consejo de guerra para ver lo que se haría acerca de Galera, y se acordó que ante todas cosas se reconociese su situacion para plantar con acierto la artillería en las partes que mas daño pudiesen hacer. Las personas que concurrieron á este consejo fueron: el Señor

D. Juan, el Comendador mayor, Luis Quijada, D. Lope de Figueroa, D. Pedro de Padilla, D. Pedro de Sotomayor, el capitan Molina que estuvo en Orgiva; últimamente fueron entre todos veinte y cuatro caballeros, todos capitanes famosos de los de Flandes y de Italia, y ademas de estos se comunicaban las cosas tocantes á la guerra con otros soldados viejos esperimentados en la milicia.

Conviene ahora dejar á S. A. y á los demas de su campo, por decir algo del duque de Sesa, que andaba con grande ejército por las Alpujarras, deseoso de dar una batalla decisiva á Avenabó, habiendo puesto antes gente de guarnicion en los presidios mas necesarios para que las escoltas que saliesen de Granada anduvieran seguras. Para esto metió gente en Acequias, en las Albuñuelas, y en las escabrosas Guajaras, poniendo por otras muchas partes guardas y vigías que pudieran descubrir á los enemigos, y dar oportuno aviso. Llegó el duque á Orgiva, lugar suyo propio, y dejó allí un buen escuadron de soldados; por todo lo cual hubo alguna dilacion en hallar á Avenabó, que escusaba cuanto podia encontrarse con el duque, mientras no le viniese el socorro que aguardaba de Africa. De esto hablarémos despues, y sobre lo dicho se dirá por epílogo el romance que sigue:

El hijo de Carlos V
se salia de Granada,
con él el duque de Sesa
para ir á la Alpujarra.

Veinte mil soldados lleva,
toda gente aventajada:
lleva tambien mil caballos
con la nobleza de España.
Ricas banderas tendidas,
que el aire las tremolaba,
á Guejar hacen camino
junto a la Sierra-Nevada,
Porque se tiene noticia
que hay de moros grande escuadra.
El de Austria hace dos campos,
por marchar fácil la estrada:
Toda la noche caminan
hasta que ya vino el alba.
El duque llegó primero
á Guejar, moros no halla,
Que se salieron de allí
en la misma madrugada,
porque tuvieron aviso
de los moros de Granada,
Que un gran campo va sobre ellos
á recorrer la Alpujarra.
Algunos viejos hallaron
que pasaron por la espada.
Tras de los moros camina
el buen capitan Quesada,
y corriendo muy apriesa
alcanzó la retaguardia:
Trabaron escaramuza,
los cristianos nada ganan,
unos y otros se retiran,
y cada bando se aparta.

Los moros á los cristianos
hicieron una emboscada,
vestidos como mugeres,
y en un llano los aguardan;
Quesada con su escuadron
pensó coger la manada;
mas cuando llegan á ella
les dan una rociada
De buena arcabucería,
mostrando furia muy brava.
Los cristianos se retiran
dejando muerto á Quesada,
Y con él ocho soldados
por codicia desdichada.
A Valor se van los moros,
donde Avenabó estaba,
El cual muy mal los recibe:
buena fraterna les daba,
porque dejaron á Guejar
sin valerse de las armas.
Mas un turco muy famoso
le ha salido á la parada,
diciendo que es cosa justa
tener á Guejar en nada,
Audalla con mal designio
á Almuñecar caminaba,
y á tomar la Salobreña,
por ser puerto de importancia
Para que salte la gente
que del Africa esperaba.
Almuñecar se defiende,
Salobreña no va en zaga,

Porque tienen de presidio
gente valerosa y brava.
Avenabó se retira
sin la presa que pensaba,
A Valor se torna el moro
Con acuerdo que tomara,
el de Austria se parte luego
á Galera que está alzada,
Dejando gran campo al duque,
que queda en el Alpujarra.
A Huescar llegó su Alteza,
donde el de Velez estaba,
Y al que se holgó de ver,
porque era mucha su fama.

CAPITULO XX.

El Sr. D. Juan puso sitio á Galera. Bravos asaltos que se dieron al pueblo, los cuales escribió el alferez Tomás Perez de Hevia, vecino de Murcia, que seguia las banderas del Sr. D. Juan, y anduvo siempre en el ejército.

Queda dicho en el capítulo pasado, que el valeroso marqués de Velez se fue de Huescar sin despedirse del Sr. D. Juan, quien sintió mucho su ausencia por la falta que allí le hacian el valor y la esperiencia de un capitan tan sobresaliente; pero considerando que esto ya no tenia remedio y convenia proseguir la guerra con celeridad, S. A. habiendo tenido consejo con las personas principales que le asistian, determinó

pasase el campo inmediatamente sobre la villa de Galera, por ser la que mas habia resistido á los reales ejércitos, y en quien los moros rebeldes tenian puestos los ojos y su mayor confianza por la defensa que habia hecho al marqués de Velez cuando pocos dias antes fue sobre ella, y por parecerle que quitado este obstáculo no quedaba otro ninguno en que tropezar hasta el rio de Almanzora, donde tambien los moros se habian encastillado y hecho fuertes: que así irian ganándose reputacion y fuerzas, y se le quitarian al enemigo, acabándose una guerra que llevaba ya año y medio de duracion. Teniendo yo escrito en mi libro todo aquello de que tenia noticia por vista propia, ó por relacion sobre lo ocurrido en esta guerra, no habiéndome hallado en el cerco de Galera, y deseando escribirlo con la misma entereza y verdad que hago lo demas, tuve necesidad de buscar informacion, y en fuerza de mis diligencias esquisitas adquirí noticia de que el alferez Tomás Perez de Hevia, vecino de la ciudad de Murcia, y soldado veterano muy distinguido, que siguiendo las banderas del Señor D. Juan se halló en esta jornada, habia hecho un escrito sustancial, breve y compendioso del sitio de Galera, y de lo que dia por dia iba allí sucediendo. Se le pedí, y habiéndomelo dado, me pareció por su estilo y método, que contenia la verdad desapasionada, y que mostraba muy bien haber sido hecho por persona en quien concurrian el conocimiento y la práctica del arte militar: así acordé copiarle á la letra, sin qui-

tar ni poner cosa alguna, y su tenor es como sigue.

Dice, pues, ahora el alferez en su discurso, que S. A. salió de la ciudad de Huescar para sitiar el fuerte de Galera miércoles por la mañana del 18 de enero de 1570, con todo su campo, que constaria de once á doce mil infantes, de sesenta y tres compañías, incluyéndose en ellas el tercio de Nápoles y los demas soldados que el marqués de los Velez tenia consigo, repartidos en tres divisiones, de que eran maestres de campo Antonio Moreno, D. Lope de Figueroa y D. Pedro de Padilla, y ochocientos caballos, yendo por cabo de ellos D. García Manrique; que en esto no se contaban los caballeros cortesanos, aventureros, y otra gente que seguia el campo, y era mucha; pero que la artillería no vino aquel dia con el ejército sino al siguiente, porque se quedó en Huescar, á causa de no haberse acabado de encabalgar.

Marchó el campo la distancia que hay desde Huescar á Galera, que es una legua no larga, con este orden: D. Pedro de Padilla llevaba la vanguardia con su gente del tercio de Nápoles; la batalla D. Antonio Moreno con su division, y la retaguardia D. Lope de Figueroa con la suya.

Alojóse este dia el campo todo junto en un valle que tiene aquella tierra por la parte de tramontana, donde corre un rio pequeño, y la caballería que habia ido á la mano derecha de la infantería por otro camino mas llano del que llevaban las banderas, se alojó en el propio valle,

mas á la parte del levante de la infantería, y en este mismo sitio ha quedado.

Aquel dia por la noche se tocó arma en todo el campo: salió á ella el Sr. D. Juan, y puesto en la plaza de armas, se reconoció luego que habia salido de unos bagageros que inconsideradamente se alteraron, y dieron está voz. Mandando cesar el rumor y aquietar el campo, S. A. se tornó á su tienda.

El siguiente jueves salió S. A. con una banda de arcabuceros á reconocer bien la situacion de la tierra, aunque dos dias antes que saliese de Huescar ya lo habia hecho, yendo acompañado de algunos caballeros é infantès, los cuales trabaron una pequeña escaramuza con una manga de arcabuceros que los moros habian echado fuera del lugar para estorbarles el designio que llevaban, y en la que murieron cuatro soldados, y salieron heridos diez por cierto desorden que hizo un capitan de los que habian ido con el Príncipe. Reconocidos los sitios en donde pareció mas conducente que se plantase la artillería, mandó S. A. que el tercio de Nápoles con algunas otras compañías que se le añadieron de las demas, porque estaba falto de gente, tomase la vuelta del pueblo, rodeando por la parte del mediodia, y descendiendo de la cumbre de unas montañas y valles que por allí tiene Galera, sobrepujándola, bajase hasta las heras que estan en lo llano á la parte del poniente, donde se alojaría, como lo hizo, para batir desde allí el lugar, y tenerle mas oprimido. La division de D. Lo-

se mejoró de situacion tomando el lugar que habia dejado el tercio de Nápoles en aquel valle, acercándose mas á la poblacion que la de D. Antonio Moreno, que como se ha dicho, miraba al levante. Durante la noche el tercio de Nápoles principió á levantar una trinchera desde el rio, que teniendo su nacimiento de la parte de levante, traía su corriente por el valle abajo hácia poniente, y pasaba á la larga por la fachada del pueblo hasta la parte de tramontana, que viene á estar frontera de Huescar. En esta misma noche se hizo una plataforma, en donde se colocaron un cañon reforzado con tres medios cañones para batir al pueblo por la parte del poniente leveche, que es lo mas llano de aquel sitio, y donde tiene situadas las heras.

Desde el viernes al amanecer estuvieron plantadas dichas piezas de campaña, se empezó á jugar la artillería, y continuó hasta la hora de vísperas, batiendo la torre de la iglesia que estaba fuera de la muralla del pueblo, y apartada de ella unos sesenta pasos. Esta torre era de una argamasa fuerte, en la cual practicaron los enemigos algunas troneras, y por ellas los escopeteros disparaban sobre la gente de nuestras trincheras. Cuando por casualidad se acertó á hacer este descubrimiento, ya habian muerto cinco soldados, y quedaban heridos otros muchos de los tiros que salian de allí; por manera que pareció muy conveniente ganarla para cortar el daño que se recibia de aquel punto. Felizmente las piezas de artillería hicieron pronto grande efecto sobre

ella, y los soldados cristianos la ganaron con facilidad, porque luego fue abandonada por los moros que la guardaban, recogiéndose al pueblo sin lesion, bajo el amparo de la escopetería que los defendia desde las murallas. En esta arremetida murieron diez soldados, y quedaron heridos otros, distinguiéndose mucho D. Lorenzo Tellez Portugués, marqués de la Fabara en Sicilia.

Como vamos tratando del sitio de esta villa, parece conveniente antes de pasar adelante, dar alguna idea de su posicion, á fin de que puedan entenderse mejor las particularidades que iremos refiriendo.

Galera es un pueblo mas largo que ancho: su longitud se estiende desde el mediodia á la tramontana; y su latitud de poniente á levante. El circuito no es grande, aunque por tener angostas las calles y ser las casas pequeñas, bien que no mal labradas, contenia mas vecindario del que mostraba á primera vista. Su forma es la de una galera que está con la quilla arriba, de lo que se presume tomó su nombre. La popa de ella, usando de los nombres de que se sirvió el campo cuando llegó á este lugar, mira á la parte del mediodia, y la proa en derechura á la tramontana y camino de Huescar. El pueblo se edificó sobre una peña tajada á la redonda, salva la parte que venia á tener por frente las heras, donde se habia alojado el tercio de Nápoles, y estaba la iglesia, la cual parte, como se ha dicho, era algo llana, pero no tanto que dejase de ser por allí tan fuerte como las demas,

teniendo delante un foso, abierto despues de la rebelion, el que sin ser muy grande, ayudado de la disposicion del terreno, era muy suficiente para su defensa. Por la parte de la popa, que era la mas alta y recta, descollaba un castillejo labrado á lo antiguo, con un rebellin que llegaba hasta unos seis pasos de la muralla, dejando en medio una pequeña calle que dominaba á todo el lugar. La muralla, hecha asimismo á lo antiguo, no era muy alta, y tenia algunos torreoncillos, sin ningun género de traveses, ni de otra fortificacion ingeniosa ó nueva.

Siguiendo el símil que hemos puesto de que el pueblo parecia, así como se llamaba, una galera con la quilla arriba, digo que estaba fundado sobre la propia piedra en la cinta ó corona, quedando de allí abajo muy alto é inaccesible. Por las bandas de levante, mediodia y poniente hasta llegar al foso que nuevamente habian abierto, parecian unos valles ó ramblizos de mas de doscientos pasos de anchura por la parte que menos, los cuales servian de defensa, como un foso natural, bien que por la parte de la popa no eran tan hondos y mas llanos: por la de tramontana hacia el mismo oficio el rio pequeño de que ya hemos hablado. Circundaban por todas partes á Galera lomas y cumbres elevadas, pero á mas de cuatrocientos pasos de distancia: con todo eso desde ellas pudieron batirse algunas casas y disparar contra las defensas. Era tan dificil la arremetida, que parecia imposible ganar el pueblo por asalto, porque aun cuando se arra-

saran toda la muralla y las casas, que por la mayor parte estaban arrimadas á ella, desde allí abajo habia una altura tan grande de peña tajada y pelada, que no se podia batir, y por donde con mucha dificultad pudiera un hombre subir teniendo quien le ayudara, que aun quedando llano todo el pueblo, los que estuvieran dentro de él conservarian los reparos que tenian hechos, y los que les ofrecia la disposicion y natural asiento del lugar para salir y atender á la defensa, manteniéndose á cubierto. Es verdad que por ser el ramblizo de la popa algo llano y menos hondo que los otros, ofrecia mas comodidad para acometer á la poblacion, y ganarla por esta parte antes que por las demas.

Habia dentro unos tres mil hombres de pelea; la mayor parte naturales del lugar, y el resto de los circunvecinos, que dias atrás se habian acogido allí con sus familias y haciendas. Tenian tambien de guarnicion unos cuatrocientos moros de las Alpujarras, y berberiscos con algunos turcos, bien que pocos, y á quienes los demas llamaban forasteros y les daban sueldo, como á buenos soldados y gente práctica en la guerra. Habria unas cuatro mil mugeres y criaturas de ambos sexos, haciendo de gefes ó cabeza de todos dos hombres de los mas ricos y principales del propio lugar, los cuáles administraban los oficios de guerra y de justicia, habian repartido los cuarteles, nombrado capitanes para dirigir la pelea, y hecho todas las provisiones que habian entendido serles de provecho. Tenian copiosa cantidad de

trigo, harina, carne salada, pasas, higos, granadas, habas, garbanzos, y otras cosas de sustento, y tambien agua dulce muy buena de beber, y un pozo manantial que habian abierto despues de la rebelion. Sus armas se reducian á unos doscientos arcabuces, andando escasa para ellos la municion, y á dos falconetes, que formaban toda su artillería, y los habian puesto en la torre del castillo, desde donde no produgeron ningun efecto: de estos falconetes el uno se ganó á los cristianos cuando el marqués mandó dar el primer asalto á Galera.

El viernes por la noche se comenzó á hacer otra trinchera por la parte de la popa, tomándola desde una loma que estaba mas á la banda del mediodia, y de ella tiraba la vuelta del siroco, continuando despues hasta llegar á unos treinta pasos de la peña sobre que estaba fundada la muralla del pueblo; y en una plataforma que allí se hizo, se plantó un cañon reforzado, dos medios cañones, y una pecezuela: con esta artillería principiaron á batir el pueblo al amanecer del sábado. A mano derecha de esta batería, en una loma alta de las que tiene la popa por delante, se plantaron tres sacres sobre otra plataforma que allí se hizo, los cuales tiraban contra el fuerte, y se ciñó este puesto de una pequeña trinchera, desde donde nuestros arcabuceros disparaban contra los enemigos cuando se descubrian. En otra loma que estaba á la siniestra mano, por la parte del poniente de la misma popa, se plantaron otros cuatro sacres, y

se hicieron trincheras, que servian para el mismo efecto que las demas.

Las piezas puestas en las heras y las de popa estuvieron siempre batiendo el pueblo; las de las defensas jugaban solamente algunas veces; pero ni las unas ni las otras lo hacian con el calor conveniente, por no tener las municiones que eran necesarias, y no haber llegado las que cada dia se esperaban de Cartagena; trece piezas de artillería mas, que tambien se traian de allá.

Desde el jueves hasta el lunes próximo siguiente durante todo el dia no hubo novedad, ni se causó grande efecto, aunque la artillería batió siempre al pueblo. En este intervalo de tiempo haciendo las trincheras, entrando y saliendo de guardia en ellas, y asistiendo la gente al servicio de la artillería, mataron los moros á un capitan reformado, á otro de los artilleros, y á veinte y ocho soldados, quedando heridos algunos mas.

Ganada la torre de la iglesia por la batería de las heras, y alargada aquella trinchera, se acercaron mas las piezas á la muralla, y habiéndola batido todos estos dias por esta parte, que con respecto á las demas estaba llana, segun se ha dicho, el Señor D. Juan ordenó en la mañana del martes, que por allí se diese á los enemigos un asalto á la sorda, tanto para reconocer la batería, que era el fin y principal intento, como para entrar en la poblacion habiendo oportunidad para ello, y aprovechando la ocasion, si acaso se les ofreciese, como suele suceder, ya que

no para tomarla, á lo menos para que ganadas algunas casas de las que estaban como pegadas y cosidas á la muralla, pudiera entrar dentro nuestra gente, y sustentándose allí ir acabando de ganar el resto del lugar.

Para este efecto los nuestros llevando al frente dos capitanes del tercio de Nápoles, algunos caballeros y soldados particulares, acometieron por esta parte, y llegando al foso pequeño que allí habia, le pasaron con facilidad: algunos de estos soldados subieron ya sobre la muralla, y entraron en algunas de las casas que estaban mas abrazadas á ella; pero los moros habiendo tocado al arma y salido á defender su batería con grandísima algazara, opusieron á los nuestros la resistencia mas animosa, de modo que sin poder dar un paso adelante, tuvieron que retroceder de allí, y perder cuanto terreno habian ganado. Trabóse una cruel pelea entre los cristianos por entrar y los moros por defender la entrada, siendo tal la gritería de unos y otros, que juntamente con el ruido de la arcabucería, causaba espanto oir y ver aquella accion. Finalmente, sostenida mas de una hora resolvieron los nuestros retirarse con no poco daño recibido, pues perdieron uno de los dos capitanes, y el otro fue herido, y quedó muerto un caballero muy principal llamado D. Juan Pacheco, del hábito de Santiago: tambien D. Juan de Castilla salió mal herido de un arcabuzazo, de que murió despues; asimismo que Pagan de Oria, hermano del príncipe Juan Andrea de Oria, que fue herido de otro

arcabuzazo que le pasó los dos muslos: de los soldados murieron veinte y cinco, y salieron malamente heridos otros muchos.

Pasada esta cruel refriega, nuestra artillería continuó batiendo las fortalezas del pueblo, aunque mas flojamente que al principio, por falta de municiones, no habiendo llegado todavia las que ya se esperaban por horas de Cartagena, juntamente con los otros trece cañones. Tanto por esto, como porque estando muy altas las baterías era poco el efecto de nuestra artillería, á causa de la mala disposicion del sitio, y porque el escarpe que obraba, ni podria levantar lo batido de la muralla, ni era posible fuera tanto, que igualase á la peña tajada, para que al arremeter se pudiese subir por él y ganar la plaza, se acordó obrar una mina por este mismo punto, cortando por debajo de lo batido la peña que no era muy fuerte, sino blanca y arenisca, y por lo mismo practicable con facilidad, encargándose de la ejecucion Francisco de Molina, que fue gobernador de Orgiva cuando estuvo sitiada, segun ya hemos dicho, asistido de un ingenioso veneciano. Hecha la mina el jueves por la tarde, se metieron en ella cuarenta y cinco barriles de pólvora.

El viernes, dia veinte y siete de dicho mes por la mañana, habiendo acordado el Sr. D. Juan con su consejo, que pues ya estaba cerrada la mina y la tierra batida, lo que parecia mas posible, segun la disposicion del terreno y de la muralla, era que volándola levantase bastante

abertura para entrar la batería y tomarla, se diese un asalto general, así por esta parte de la popa, como por la de las heras, que con lo que de nuevo se habia batido por allí despues del primer asalto, parecia haberse abierto camino bastante por donde los enemigos pudiesen ser combatidos y entrados con menos impedimento y mayor facilidad que de antes. Resuelto esto así, se dió la orden del asalto en la forma siguiente:

Que el tercio de Nápoles por la misma parte de las heras diese este dia otro asalto, llevando los soldados unas mantas que para el caso se habian hecho, á fin de que los moros ocupados en la defensa de aquella batería, se sorprendiesen al sentir el estrépito y estrago de la mina volada por la parte de la popa; que con el polvo que levantase, el humo y estruendo de la artillería, que jugaria al mismo tiempo, se hiciese la arremetida, habiendo señalado para la ejecucion cinco compañías de la division de Antonio Moreno que fueran de vanguardia, otras cuatro de la misma division que estuviesen de batalla para su socorro, si fuese menester, y otras siete de la de D. Lope de Figueroa de retaguardia, guardando las demas su alojamiento, y la caballería la campaña.

Serian ya las ocho de la mañana cuando al maestre de campo D. Pedro de Padilla y á las compañías que de aquella division estaban señaladas para el asalto, se les dió la señal de acometer por su batería, lo cual hicieron con de-

miedo; y pasando ligeramente el foso ganaron la muralla y las casas mas pegadas á ella, en donde habian entrado ya la primera vez. Los moros salieron á esto esforzadamente para defender sus personas y haciendas, trabándose al instante entre los unos y los otros una cruda pelea, hasta venir á echar mano de las espadas: los cristianos obraban maravillas por entrar, y los moros no se quedaban atrás, defendiendo sus hogares con bravo furor: los unos gritaban, *Santiago*, *Santiago*; los otros, *Mahoma*, *Mahoma*, y batallaban de esta suerte largo tiempo, cayendo de ambas partes muchos muertos. En este dia la gente de Murcia y Lorca con los lugares de su jurisdiccion se portaron heróicamente, cubriéndose de gloria como acostumbraban, y haciéndose dignos de llevar aquel real blason que habian ganado de seis coronas de oro. El ruido y la vocería eran tan grandes, que no se podian entender unos á otros, ni tampoco verse entre el polvo y la densa niebla de la pólvora; pero amontonándose los cristianos, los moros no tenian necesidad de echarse las escopetas á la cara, ni de apuntar á sus contrarios, sino de disparar sobre el confuso remolino que formaban. No obstante mostrában los nuestros tanta obstinacion, que hubieran entrado en el pueblo si no se lo impidieran unos fuertes traveses que habian hecho los moros para esta defensa; pero durante su porfia recibieron mucho daño, sin poder dar un paso adelante. En esta demanda quedaron cuatro capitanes muertos, y tres gravemente heridos de arcabuzazos; salie-

ron heridos tambien algunos alféreces; de los soldados murieron mas de ochenta, quedando gravemente heridos unos ciento y cincuenta. Causaba mucho dolor ver herido igualmente de un arcabuzazo al maestre de campo D. Pedro de Padilla.

Viendo el Señor D. Juan que andando la batalla tan revuelta y sangrienta entre los nuestros y los moros, tenia la ocasion oportuna en las manos, no quiso soltarla del copete; antes mandó al punto que se pusiese fuego á la mina que estaba á la parte de la popa, segun antes se habia acordado. La mina hizo su efecto, aunque no tanto como se esperaba, por haber salido algo ladeada del punto principal; sin embargo causó notable daño, porque con el movimiento que hizo al tiempo de volar, derribó gran parte de la peña tajada con la muralla y las casas que estaban construidas sobre ella, de manera que formó un escarpe por donde se podia acometer mejor que antes, quedando todavia agria y dificil la subida, por lo que los de adentro podian con facilidad defender el acceso, como lo hicieron.

Al ver nuestros soldados que habia reventado la mina, y creyendo que el efecto fuera mayor del que habia sido, como desde fuera parecia, codiciosos de verse envueltos con los enemigos, ó por mejor decir, de coger la presa que esperaban, y esto es lo mas cierto, porque se decia que habia en el pueblo muchos esclavos, y mucho dinero, joyas y ropa, sin aguardar orden de nadie, ni esperar, como fuera justo, que se

hiciera el reconocimiento de la batería, y se diese la señal del asalto, portándose como gente bisoña, licenciosa y mal disciplinada, y gritando *Santiago, cierra España*, principiaron á subir por la cuesta arriba furiosa y desconcertadamente. Los alféreces advirtiendo el desorden de los soldados, y que no habian sido parte para detenerlos la eficaz persuasion y grande resistencia de los capitanes, resolvieron hacer lo mismo arrojándose tambien con ellos para darles fuerza y calor, pues en aquella disposicion de la gente se tuvo este acuerdo por acertado: lo propio hicieron luego los capitanes con algunos otros soldados particulares y la gente suelta que con deseo de pelear y de señalarse se habian metido entre ellos. Con el ímpetu que llevaban llegaron las banderas hasta arrimarse al rebellin del castillejo.

Los moros que amedrentados del movimiento de la mina y del daño que habia hecho al reventar, volando por el aire mas de veinte de ellos que estaban de guardia distribuidos por la parte que alcanzó de la muralla, se habian retirado á lo interior de la poblacion, y los demas que estaban no muy lejos de aquel peligro, oyendo tocar al arma por algunos de los suyos, y que de varios puntos distantes daban voces los centinelas, avisando que se les entraban los cristianos, acudieron todos de golpe á la batería, siguiéndoles tambien algunas mugeres y muchachos; y viendo que los nuestros estaban ya tan inmediatos, como hemos dicho, dando un grande alarido como tenian de costumbre, y que le ponian

en el cielo, acometieron con ánimo desesperado á los cristianos, disparando sus arcabuces, aunque no podian ser muchos por la escasez de municiones que siempre tuvieron, y arrojando piedras hasta venir á estar pie con pie y herirse con las espadas furiosamente. Deteniéndose los nuestros por la resistencia y defensa brava que les hacian los moros, pelearon con tanto esfuerzo y ceguedad, que era cosa de espanto; pero no pudieron marchar adelante, ni ganar un paso mas de la poblacion. Las banderas que con algunos soldados habian llegado al rebellin, y que á causa de haberle hallado alto y fuerte, y por la mucha resistencia que se les hacia por los de adentro, se habian parado y acumulado sin poder ir adelante, principiaron á remolinarse; lo cual visto por un alferez á quien pareció flojedad estar allí de esta suerte, llamando á algunos amigos y camaradas suyos, procuró subir sobre el rebellin á despecho de cuantos le defendian. Tres veces lo intentó, y otras tantas fue rechazado y derrumbado abajo: porfiando en su intento, y queriendo subir la cuarta vez, le cogieron la bandera, y pugnaron por arrancársela de las manos; pero el valeroso alferez la defendió heróicamente á cuchilladas, y aunque quedó muy mal herido y lastimado, principalmente por haber caido de lo alto del rebellin abajo, quedó ufano de haber podido conservar su bandera.

En este tiempo no holgaban los muchachos, ni las mugeres, ántes bien con suma diligencia andaban allegando piedras junto á los que pelea-

ban, y de las mugeres dos se señalaron entre las demas por su valentía y presencia de ánimo peleando admirablemente. La una iba capitaneando y animando á todos por la batería, descubriéndose con denuedo y poniéndose al alcance de los arcabuzazos y cargas de artillería que partian de nuestras trincheras y plataformas: la otra peleando con una espada en la mano acometió á un soldado que muy confiado en su valor subia al rebellin, y le hirió cruelísimamente; pero no contenta con esto le agarró con grande esfuerzo y derribó á sus pies, y en un punto le degolló y quitó un coselete y morrion que llevaba, sin que nadie se lo pudiese defender. Esta brava mora se llamaba la Zarzamodonia, era corpulenta, recia de miembros, y alcanzaba grandísima fuerza: se averiguó que en este dia mató ella sola por su mano á diez y ocho soldados, no de los peores del campo.

Andaba la batalla tan cruel y obstinada por ambas partes, que en el espacio de tres horas no se echaba de ver se hubiese aflojado el corage de los unos, ni de los otros; pero los moros llevaban la ventaja, porque morian muchos cristianos, bien que de ellos no pudiera ser menos la mortandad, á causa de las descargas de la artillería y de los arcabuzazos que de todas partes llovian sobre el pueblo. Ya á este tiempo habiéndose retirado de su batería el tercio de Nápoles, y llegando á ella nuevos moros de refresco en ayuda y socorro de los que todavía peleaban furiosamente, llenos de brio y corage por haber ob-

fendido aquella parte tan bien, y hecho retroceder á los soldados nuestros, que tanto los apretaban, se hacia la empresa mucho mas dificil, creciendo la resistencia, y subsistiendo la misma dificultad de que por estar tan alto el rebellin del castillo no era posible subir por él ningun viviente, para ganar la poblacion; al mismo tiempo que tampoco podia hacerse la entrada por otra parte. Por eso principió á notarse en los nuestros alguna flojedad, y reconocida por S. A. mandó al instante que las cuatro compañías de batalla acometiesen vigorosamente, como lo hicieron con grande ímpetu y pujanza; pero estas banderas nuevas llegando al sitio en donde las demas hicieron represa, y comenzando los soldados á detenerse un poco, fue necesario enviar dos de las otras siete compañías que habian quedado de retaguardia para que acometiesen juntamente con las otras, sin que produjesen mayor efecto, porque hicieron la misma detencion y represa que las pasadas. Ya habia cerca de cuatro horas que duraba la pelea y nuestros soldados peleaban con desigualdad, y quando los enemigos se mantenian con tanto brio, que era claro resultaria de la obstinacion una ruina muy grande y poco fruto; pues parecia que la fortuna para ser de todo punto favorable á los cercados, permitió que en aquel momento se cayese un pedazo grande de la muralla con las loasas que estaban pegadas á ella, enterrando vivos á mas de treinta soldados; y no solamente hizo este daño, sino que los pedazos que se desmoronaron juntándose con el te-

bellin del castillo por donde habia la única esperanza de poder subir y entrar en la poblacion, se hizo el paso mucho mas dificil, y quedó aquel punto casi inexpugnable. Por esta razon el Señor D. Juan mandó tocar la retirada, y los soldados entraron en el real, dejando muertos tres capitanes, y todos los demas quedando heridos de pedrada ó de arcabuzazo, por cuyas resultas murieron despues otros dos. El maestre de campo D. Lope de Figueroa salió mal herido de un arcabuzazo que le dieron al principio del asalto, y el otro maestre de campo Antonio Moreno salió tambien mal herido de las pedradas que los moros le tiraron. Todos hicieron su deber como buenos y valerosos soldados en esta sangrienta jornada; pero murieron unos ciento y cincuenta infantes, y quedaron heridos mas de cuatrocientos, añadiendo á este número todos los alféreces y sargentos de las banderas.

Entendióse que los moros recibirian tambien notable daño, y no pudo ser menos, aunque de pronto no se pudo apurar; pero se supo despues por algunos que salieron del fuerte y se vinieron al campo del Señor D. Juan, que la mortandad de los moros habia sido grande.

Al retirar los cadáveres de los cristianos muertos se halló que habia muchos heridos por las espaldas, dejándose entender que murieron de los arcabuzazos de los nuestros, poco diestros en aquel ejercicio; y no pudo ser menos, porque ademas de la confusion grande que hubo durante el asalto, y la corta distancia que mediaba en-

tre la batería de los enemigos y nuestros soldados que peleaban al pie de ella, no se podia disparar con tanto acierto, que por dar en los unos no se diese algunas veces en los otros; y habia tanta mayor razon para presumirlo, cuanto que la mayor parte de nuestra gente era bisoña y poco práctica en el manejo de las armas.

Visto por S. A. el ruin suceso que habian tenido los asaltos pasados, la poca muestra que daban de rendirse los enemigos, que la poblacion se mantenia no menos fuerte que al principio, y que se conseguia muy corto efecto de la artillería para pensar que perseverando en batir con ella al fuerte podria abrirse camino para ganarle, aunque fuese de mucha importancia para el caso arrasar las casas, derribar los reparos y los traveses que de ella se formaban, porque la disposicion del terreno favorecia todavía mucho á los cercados; pensó que de preferencia á todo se continuase usando la máquina de las minas, como mas provechosas y de mayor sustancia que los demas medios. Asi, pues, ordenó, que por la misma banda de la popa, á unos treinta pasos mas á la mano derecha, y cuarenta ó cincuenta á la izquierda de la primera mina, se abriesen de nuevo otras dos, entrando con ellas tan adelante que pudiesen volar el rebellin y castillo. Al punto se pusieron por obra las dos minas con mucho calor, fundando en el efecto de este instrumento la esperanza del éxito de toda la jornada. En el capítulo siguiente declararémos cuál fue, y ahora sobre el pasado insertarémos el siguiente

ROMANCE.

El hijo del mas famoso
monarca que se ha hallado
sobre el fuerte de Galera
gran campo habia juntado.
Doce mil infantes tiene,
con ellos mil de á caballo;
recluso llevó en tres tercios
todo el campo señalado.
De D. Pedro de Padilla
es el uno muy nombrado;
D. Lope de Figueroa
lleva otro tercio estimado,
y el otro Antonio Moreno,
soldado viejo afamado.
A Galera reconoce
D. Juan el hijo de Carlos;
De fuertes bravas trincheras
todo el fuerte ha rodeado
con todas las plataformas
que es al caso necesario.
Treinta y seis cañones planta
que baten de cada lado,
y despues de ser batido
se dió muy crudo asalto.
Mas los moros le resisten
con valor aventajado,
do muchos cristianos mueren
con furor hechos pedazos,
Porque el valor de los moros

es grande, aunque estan minados.
Dos asaltos se les da,
mas todos fueron en vano,
Porque el sitio es duro y fuerte
y con valor defensado.
Capitanes quedan muertos,
los alferez destrozados,
Y con ellos juntamente
muertos mas de mil soldados.
El valeroso D. Juan,
visto desto el mal recado,
Manda abrir otras dos minas,
porque quedase asolado
el fuerte de aqueste modo;
que otro mejor no han hallado.
Los moros en este medio
en su consejo han entrado,
sobre qué es lo que harian
en un caso tan pesado.

CAPITULO XXI.

Los moros de Galera viéndose tan aquejados entran en consejo sobre lo que tienen de hacer: sobre el acuerdo se revuelven los naturales con los forasteros: fin que tuvo esto. Continúa el duro sitio, y se dice lo que mas pasó en Galera.

En el capítulo pasado queda dicho que el Sr. D. Juan viendo el poco efecto de la artillería batiendo á Galera, y que en darla asaltos se habia perdido el tiempo, y causado la muerte

de muchos capitanes y soldados, acordó tornarla á minar por dos puntos, considerando que seria el medio mejor y mas cierto de entrar en el lugar sin que la gente de su campo pasara por un daño y peligros tan notorios como hasta allí habia pasado. Asi se puso luego por obra la apertura de las dos ocultas minas; pero no pudo hacerse con tanto secreto, que dejaran de advertirlo los moros de Galera. Amedrentados estos tuvieron al instante consejo de guerra sobre lo que deberian hacer para su remedio, y estando juntos los capitanes mas famosos con otros soldados, naturales y forasteros, un capitan turco de aquellos que habian ido con el Maleh propuso lo siguiente, como hombre esperimentado y de buen juicio en los asuntos de mayor gravedad.

Razonamiento del capitan turco á los de Galera.

«Muy bien teneis entendido, valerosos capitanes y fuertes soldados, el apuro en que ahora estamos todos, y que es muy grande, porque al mejor tiempo de nuestra defensa nos han faltado las municiones que para el caso son tan necesarias, asi como sin ellas decae la esperanza de nuestro último remedio. Es verdad que estamos abastecidos de los demas artículos tocantes á nuestra subsistencia; pero como digo nos falta el mas precioso. Hasta ahora nos hemos sostenido valerosamente contra el Adelantado de Murcia y sus banderas; mas de aqui adelante las habremos con el hermano del rey de España, que

tiene consigo gran poder. Y se puede colegir que su designio será no apartarse del sitio que nos tiene puesto, sin dejar primero arrasada nuestra fortaleza, y pasarnos á todos á cuchillo por la resistencia que le hemos hecho. Sobre faltarnos las municiones, sin las cuales son inútiles y de ningun efecto nuestras armas, hemos perdido mucha gente valerosa en los asaltos pasados, tenemos á nuestro cargo gran número de mugeres y niños, que seria muy doloroso verlos degollar delante de nuestros ojos, y no poderlos valer. Atento á esto, gente esforzada é ilustre, es mi parecer, salvo el vuestro, que pongamos la esperanza de nuestra felicidad ó destruicion en las manos de la fortuna, y que en una noche oscura y tenebrosa nos salgamos del pueblo que hasta ahora hemos sustentado, en esta forma: Yo con mi gente tomaré á mi cargo la mitad de las mugeres y criaturas, y me saldré algo adelante por la parte del rio adonde estan las famosas banderas de Murcia que tanto daño nos tienen hecho por el valor singular de sus capitanes; y si la fortuna me fuere favorable, amparado de las tinieblas de la noche me iré en derechura á Seron, donde seremos bien recibidos. Tome á su cargo la otra mitad de la gente uno de los capitanes mas valerosos de la tierra, salga un poco despues que yo haya salido, y marche por la via de Orce á toda priesa; tome de allí por la noche la vuelta á la boca de Oria, y pase á Purchena, donde está el esforzado Maleh. Si la fortuna nos es contraria y los enemigos nos sien-

ten, claro está que darán en la una cuadrilla ó en la otra: en la que dieren ayúdese ella, haciendo en su defensa lo que pudiere, y entretanto se pondrá en salvo la otra cuadrilla. Es posible que quiera el santo Alá por los ruegos de nuestro profeta Mahoma, que no seamos sentidos de los enemigos, infundiendo en sus ojos un pesado sueño, y en su vigilancia descuido, con que todos nos podamos salvar. Este es mi parecer, y entiendo que seria saludable; ahora sobre lo que llevo propuesto responda el que mas supiere y entendiere de este caso, y tómese el parecer mejor, de forma que á todos nos esté bien.»

Asi habló el turco, muy confiado en su valor y en la fortuna, aunque es cierto que en esto no andaba acertado, pues por la parte que debia salir habia tres capitanes de Murcia valerosísimos, con soldados de la mayor confianza, los cuales estaban tan alerta, que no hubiera pájaro, por sutil vuelo que tuviese, que no fuera sentido, y cayendo en sus manos dejase entre ellas sus ágiles plumas. Mas no tan solamente estaban por aquella parte los de Murcia, sino que un poco mas adelante las banderas de Lorca con capitanes de no menos valor, y soldados tan determinados y activos como los primeros; verdad es que los de Murcia estaban mas cerca del pueblo que los de Lorca y de otras partes; mas como todos eran de un mismo reino, estaban prontos á favorecerse los unos á los otros.

Volviendo ahora al caso, digo, que asi como

el capitan turco dió fin á su razonamiento, hubo sobre ello muchos y diversos pareceres entre los demas del consejo. Unos sostenian que el turco decia muy bien, y que su parecer era acertado y saludable para todos: otros sostenian que no, respecto á que no se podria salir bien con el intento, sino que todos se perderian; y asi mas valdria pelear aguardando lo que ofreciese la fortuna, porque entretanto podría su rey socorrerlos y verse libres de aquel apuro con menos peligro. Estando confiriendo sobre estas cosas, uno de los capitanes de tierra de Castilleja, hombre de mucho valor y esfuerzo, habló con gravedad de esta manera:

Razonamiento del capitan de Castilleja en respuesta al del turco.

«Muy atento he estado, valeroso turco, á lo que propones, y á todo cuanto se ha argumentado despues sobre tu dictamen; y me parece que no es justo hacer lo que con tu razon has intentado, porque está clara la contradiccion á lo que dices de salir por la parte del rio, y que tú serás el primero. Se arguye desde luego, que despues que estés fuera con la gente que has nombrado, si acaso fueses sentido de las centinelas cristianas, y sus escuadrones te saliesen al encuentro, tú como hombre solo, y sin carga que te duela, te podrias descabullir y poner en salvo, desapareciendo al amparo de la sombra de la noche, y dejando á todos los demas en

manos de los enemigos que acabarian con su vida, ó los sujetarian á un cautiverio perpétuo, puestos una vez en la condicion de no escapar ninguno: lo mismo sucederia á la otra escuadra que hubiera de seguir á la tuya, como propones. Y asi á tí y á todos los demas que estais presentes digo, que mas acertado es pelear, porque el lugar en que estamos, aun casi sin defensa, es muy dificultoso de ganar, y lo será mucho mas estando tan bien defendido: esto hace mucho en nuestro favor, y ya que nos hemos puesto en un caso como este, no conviene desistir de él, ni retroceder un solo punto de lo comenzado, sino que luego se dé aviso á nuestro rey, informándole de nuestra situacion, y suplicándole que de los treinta mil hombres que tiene en su campo, nos envie quince mil; pues cuando con este número no podamos conservar la tierra que estamos defendiendo, á lo menos podremos salir á la vista de nuestros enemigos, ó ponerles una esforzada resistencia, y tomar despues seguro puerto hasta que el santo Alá provea otra cosa. Este es mi parecer, que con bastante fundamento contradice al tuyo, y á cuantos le sostienen hablando en tu favor »

Esto dijo el capitan morisco Estaracordio, dejando contentos á todos los demas gefes. Mas el turco lo desaprobó, como quien sabia en lo que habia de parar aquel asedio; y por otra parte lleno de indignacion, porque el morisco habia dicho que en saliendo fuera del pueblo amparado de la noche se salvaria furtivamente, dejando su

gente entregada á la venganza de los cristianos, replicó diciendo: «Tú estás muy casado con tu parecer, sin tener esperiencia de los casos de la guerra, y me has dicho que seria capaz de huir y ponerme en salvo amparado de la noche, lo cual no se ha hallado jamás posible de hacer en la nacion turquesca. Tú que tienes ese parecer lleno de sospecha, lo harias antes que otro alguno, pues como dice un refran, *quien las sabe las tañe*, y *quien tiene las sospechas, tiene las hechas.* Entre turcos no se cometen bajezas semejantes, y solo se hallan entre vosotros los moriscos, que sois movibles como el ligero viento, sin constancia ni firmeza en nada, traidores á Dios y á su rey, como se ha manifestado en muchas ocasiones, y ha sido la causa de que el Gran Señor no os haya enviado socorro para concluir la guerra. Si tú no te determinas á salir de la fortaleza, á pesar de tus enemigos, es por temor que los tienes, y porque no sabes andar por otros lugares ni salir del tuyo, como el conejo que quiere ser preso y morir dentro de su madriguera. Yo con la vida satisfago mi honor: solo me pesa morir encerrado como cobarde, sin poder vengar mi muerte, no sabiendo quién me la dará.»

El capitan morisco de Castilleja, muy enojado de que el turco hubiera dicho que él y todos los de su pais eran traidores y de poca fe y asiento, se levantó al punto, y echó mano á la espada para matar al turco, siguiéndole otros capitanes con el mismo intento. El turco puso ma-

no á su alfange con sobrado valor, y se fue contra todos ellos, á sazon en que á las voces que habian dado se juntaron muchos turcos y forasteros de los que el Maleh dejó en Galera, y como viesen que todos se levantaban contra el capitan de su nacion, tomaron las armas y se principió entre ellos una quimera sangrienta, de la cual no pudieron dejar de salir algunos heridos. Viendo los moros naturales de Galera que los turcos y forasteros se habian trabado en disputa con los moros de Castilleja, de Benamanreal y Orce, procuraron apaciguarlos con la mayor diligencia, estorbando que se mataran entre sí los mismos que habian venido á pelear contra los cristianos; y tanta gente se juntó para el caso, que al cabo, no sin mucha dificultad, se cortó aquel escándalo, y se apagó el gran fuego que se habia encendido. Muchas mugeres concurrieron á este fin, especialmente la Zarzamodonia, á quien todos respetaban por su acreditado valor. Un turco quedó mal herido de esta borrasca, y para apaciguar á todos los de su nacion se acordó que el turco se casara con una hermosa doncella mora, natural de Galera, quedando de este modo hechas las paces, bien que con la prevencion de que los turcos apartados de los demás guardarian su cuartel, y los de Castilleja el suyo, porque no se tornasen á enredar en alguna otra nueva disputa.

Si durante esta revuelta los de nuestro campo teniendo noticia de ella acometieran, entraran con gran facilidad en el pueblo y le ganáran,

Tomás Perez no tuvo noticia de este alboroto; y asi la relacion que acabo de hacer no es suya, sino de un morisco que se halló en él.

Volviendo ahora al diario del alferez Tomás Perez que teniamos comenzado, dice que pasado el último asalto y principiadas á abrir las minas, en el domingo próximo llegaron al campo las piezas de artillería y municiones que se esperaban de Cartagena, y en seguida se acordó que las dos piezas reforzadas, un tercio de culebrina, y otras cuatro piezas de la fundicion de D. Juan Manrique de Lara, que no tenian otro nombre por ser invencion suya, se plantaran en la loma que estaba á la mano derecha, juntamente con las demas que ya allí habia: que otras cuatro piezas de estas de D. Juan se plantasen en la otra loma de la mano izquierda con las que de antes estaban en ella, para que ademas de batir al pueblo, aun no muy vivamente, y tirar á descubrir y limpiar las defensas, jugasen todas con la mayor furia el dia en que el pueblo fuera asaltado, para estorbar que los moros salieran tan desvergonzadamente, como lo habian hecho antes, á defender su batería: este fue buen acuerdo.

Cerca del rio, contra la parte que mira al gregal, en un llanito que hay allí por donde va á desembocar el ramblizo de esta banda, se plantaron otras cuatro piezas de las de D. Juan Manrique, que batian las casas y la muralla, con el fin de causar estorbo á los enemigos, haciendo muestra de acometerlos por allí el dia del asalto, y divertirlos de las otras baterías con el cui-

dado de guardar esta tan bien como las demas.

El lunes treinta, entre las once y doce del dia, se vino á los nuestros por la batería de popa un muchacho de unos doce á trece años, muy ladino en la lengua castellana y bien hablado, que habia ido á llevar la comida á los centinelas de aquella parte, los cuales mientras comian, le encargaron que hiciese la guardia; pero el muchacho, viendo la comodidad que se le ofrecia para su intento, haciendo señas á los soldados que estaban en las trincheras para que no le tirasen, se arrojó por la batería abajo, y de allí fue con prontitud recogido por los mismos soldados, á fin de que no fuese muerto por los enemigos, que tocando arma al instante le comenzaron á escopetear. El muchacho fue llevado á la presencia del Señor D. Juan, quien preguntándole de dónde era, supo que habia nacido en la villa de Orce, y venido allí con otros vecinos al principio del levantamiento, los cuales estaban en el pueblo haciendo armas contra los cristianos todas las veces que se ofrecia.

Siéndole preguntado por las demas cosas de Galera, fue refiriendo el muchacho la desazon que hubo entre los forasteros y los naturales acerca de dejar aquella fortaleza, y cómo si aquel dia fuera Galera asaltada por los cristianos, la entraran con mucha facilidad, que los moros estaban muy atemorizados de la obra de las minas que habian sentido muy bien, y procuraron contraminar; pero que dejaron de hacerlo, por no tener instrumentos y las herramientas necesarias para

ello, ni artífice que lo púdiera entender bien. Preguntado sobre si los moros tenian bastimentos, dijo que los que se pudieran gastar en dos años, y que el agua jamás podria faltarles, pero que lo que mas necesitaban eran municiones de pólvora y plomo, lo cual estaban aguardando, y ya no podria tardar juntamente con el socorro de Avenabó. De todas estas cosas fue dando muy buena cuenta el morillo, al cual lléraron luego á Huescar con cédula de libertad por haberse venido á los cristianos; y este, que vive hoy dia en Hellin, ha servido para tomar muy buenas noticias de lo que allí pasó.

Viendo los moros que el muchacho se habia salido del fuerte, y maravillados de que no se hubiese hecho pedazos al tiempo de arrojarse de la batería abajo, suponiendo que descubriria y contaría todo cuanto habia pasado en el fuerte, dando razon de la parte mas flaca y que necesitara de reparos, ordenaron hacerlos inmediatamente, poniendo defensas por aquellas partes que estaban amenazadas por las nuevas piezas de batir que los nuestros habian plantado; y ademas de esto en aquella misma noche, por una mina que salia al rio, despacharon á cuatro ó seis moros para ir á Purchena y traer pólvora y plomo. Como la noche era oscura no fueron sentidos de los centinelas cristianos, y asi fueron y volvieron con brevedad: algunos quieren decir que les proveyeron de lo necesario los moros de Huescar. De los que salieron fue á la vuelta cogido uno que traia pólvora y plomo, y los demas en-

traron en el fuerte por la mina susodicha, tan oculta para los cristianos, que de ella no se supo hasta despues de ganado el pueblo, porque el moro que se cogió, jamás quiso descubrir su secreto, aunque fue atormentado.

En estos dias de sábado y domingo salió Don Juan Enriquez de Baza, hermano de D. Enrique, señor de Galera y Orce, en compañía de mucha gente de guerra, y habiendo entrado por la boca del rio Almanzora en un lugar llamado Urraca, fue desbaratado y obligado á retirarse con grande menoscabo de la tropa que llevaba. En este mismo dia salieron del castillo de Oria ciento y cincuenta soldados y catorce caballos, dieron en el lugar de Cantoria, y sacaron de allí por fuerza de armas mucho ganado vacuno y cabrío, durando la pelea desde la mañana hasta la noche, en que los cristianos se recogieron á Oria con la presa, aunque el Maleh vino al socorro de los moros de Cantoria.

En los mismos dias salieron de Lorca seiscientos hombres y setenta caballos con alguna gente de Almazarron, y dieron tambien en Cantoria, donde estaba ya el Maleh. Pelearon todo el dia del lunes, y mataron á muchos moros, sin que de los cristianos faltase un hombre: solo perdieron un caballo del capitan Juan Felices Duque por su culpa; pues apeándose á cortar la cabeza á un moro, se le hirió el caballo y se fue á los contrarios. Sin este mataron á otros cinco; porque un moro viejo armado de un gorruz peleando en la campaña, se metió detrás de un

grueso lentisco, y asi como pasaba algun caballo le daba un gorguzazo; violé empero un caballero de Lorca y le alanceó. Al fin fueron cargando tantos moros sobre los cristianos, que les convino á estos retirarse, yéndoles siguiendo sus enemigos mas de tres leguas por el rio de Almanzora abajo hasta llegar á un lugar llamado Zurgena, junto á Vera, de donde los moros no osaron pasar por miedo del socorro que de esta última villa podia venir á los cristianos; y asi tornaron á Cantoria, dejando mas de doscientos de los suyos muertos de arcabuzazos. Los de Lorca se volvieron á la ciudad, alcanzada esta victoria en el dia de San Millan; por lo cual se celebra allí fiesta todavia. Iba por general de esta gente el Doctor Huerta Sarmiento, hombre de gran valor, y alcalde mayor de Lorca en aquella sazon: este mismo fue quien despues de la guerra sacó á los moriscos del marquesado de los Velez y de otros lugares.

En dichos dias domingo y lunes entraron en las Alpujarras doscientos soldados valencianos, buenos tiradores, y entre dos lugares llamados Murtas y Turon fueron muertos todos por los moros, que les tomaron las armas y les hicieron muy al caso para la continuacion de la guerra. Dejando ahora estás entradas parciales, que no se contienen en la relacion de Tomás Perez, porque, ó no tuvo noticia de ellas, ó no le hacian al caso, para acabar con la posible brevedad la historia del sitio de Galera, volveremos á tomar el hilo de la susodicha relacion.

De allí á dos dias que salió el muchacho del fuerte de Galera, y dió cuenta de lo que él pudo alcanzar sobre lo que pasaba allí dentro entre la gente de guerra, estando la noche oscura, los centinelas de á caballo puestos hácia la parte de Seron y á la otra orilla del rio, tomaron á un moro, mancebo de unos veinte y dos años, que se habia salido por la mina secreta que hácia aquella parte tenian los moros, y por donde les entraba agua para sus menesteres. Al principio no pudieron ver al moro, ni sentir sus pasos, de modo que ya llevaba andada una milla cuando los centinelas le descubrieron y prendieron, sin que pudiera ponerse en salvo: le llevaron á la tienda de S. A. y habiéndole preguntado de dónde era, dijo que de Castilleja, y que habia estado en Galera desde el principio de su levantamiento. Preguntándole por qué se habia salido del fuerte, contestó que iba con diligencia en busca de Avenabó para que les acudiese con socorro; y habiéndole pedido noticia de las cosas de Galera, y sobre el estado en que se hallaba la gente que la defendia, refirió sustancialmente lo mismo que el muchacho habia dicho, aunque mas por estenso, diciendo que los moros andaban confusos y llenos de miedo, desde que sintieron la obra de las nuevas minas, porque esto era lo que les causaba mas espanto; y así mediaba entre ellos mucha disparidad de parecceres, queriendo los cuatrocientos forasteros que habia dentro del lugar que salieran de allí todos una noche, pues era ya imposible defenderle de tantas baterías

como se habian plantado, y mucho mas volviendo á minarlos de nuevo: que cuando no los combatieran con otras armas que las minas, los soterrarian y se hundirían con ellas: que aquel campo no era como el que poco antes habia traido sobre ellos el marqués de Velez, sino que en este estaba un hermano del rey de España con todo su poder, y no se apartaria de allí hasta allanar la tierra y arrasarla, pasando á cuchillo á cuantos allí morasen, sin perdonar á ninguno, porque ademas de ser aquel lugar el primero que en todo el reino se habia levantado y puesto en defensa, estaria S. A. muy enojado y ofendido por la muerte de tantos y tan buenos soldados, y por las palabras descomedidas que cada dia pronunciaban á gritos desde la muralla contra él, las cuales no le habrian menos indignado: que ademas de esto no tenian armas para defenderse y con que ofender á los cristianos, siendo ya muy escasas las municiones que les quedaban para las escopetas que habia; por manera que cuando estas cosas necesarias les venian á faltar, sucedia todo lo contrario á los cristianos, que estando en su propia tierra la recibian cada dia de refresco: que de porfiar en defenderse no sacarian utilidad ni provecho alguno, sino ponerse en la necesidad de quedar allí todos muertos y hechos pedazos, pereciendo como bestias ó gente sin razon; y que tanto cuanto mas se dilatase la salida, menos comodidad habria para ello, porque los cristianos iban ciñéndolos y apretándolos mas con trincheras á cada momento: que en la actualidad ha-

llándose todos embebidos en la construccion de las minas, muy descuidados, y sin aviso de lo que se trataba, era el tiempo mas oportuno de hacer la salida; y que en una noche, pues entonces eran largas, amparados de la oscuridad, dándose buena maña y diligencia, podrian caminar cuatro ó cinco leguas, y ponerse en salvo; fuera de que podria ser les ayudase la gente de su rey Avenabó, y les favoreciera la naturaleza del terreno por ser áspero y lleno de quiebras; en fin, que las mugeres y gente inútil se podrian echar adelante, quedando detrás los varones y gente mas robusta para hacer frente á los cristianos. Dijo todavia mas este moro, que el capitan llamado Alacre Ozmin, natural de Galera, habia respondido al forastero que propuso lo que va dicho, que todas aquellas razones eran aparentes, ataviadas de una buena composicion de palabras, y faltas de fundamento, porque no era propio de hombres y soldados valientes, de que tanto se habian jactado, hacer aquella locura que él aconsejaba, y que solo mereceria la aprobacion de los cobardes, medrosos, y enemigos del trabajo que allí se les presentaba: que aun cuando lo que decia viniese á suceder, aunque cosa imposible, como lo pintaba de palabra, ninguna honra se ganaría desamparando la fortaleza que por su rey estaban obligados á guardar y defender hasta la muerte: de la resolucion de rendirla y desampararla que jamás se habia visto tomasen los soldados de honra y provecho, sino los mas infames, viles y pusilánimes, faltos de toda

virtud y perseverancia, siempre se procuraba cohonestar con la estrechez á que hubieran llegado los cercados, faltándoles ya todas las cosas mas necesarias, como las del comer y beber; pero que aun cuando esto sucedia, los soldados valerosos probaban antes todos los remedios humanos que se podian hallar, comiendo animales inmundos, como perros, gatos, asnos, ratones, y hasta los cueros de las rodelas, zurrones y adargas, cocidos, segun se habia visto muchas veces: mas ellos no habian llegado á tal estremo, porque tenian trigo, cebada, harina, habas, garbanzos, uvas, granadas, higos, pasas, carne salada para muchos dias, y abundancia de agua que no les podria faltar: que en lo que hablaba de escasear las municiones, este era el menor inconveniente de todos, porque aunque fuera mejor tener mucha copia de ellas, con las que habia podian muy bien defenderse y ofender á los cristianos, mayormente teniendo lanzas, picas, arcos, ballestas y piedras, que todas eran armas principales, y en particular la piedra, pues en ella consistia la mayor defensa del lugar, como por esperiencia se habia visto en los asaltos pasados: que ademas de esto tenian una situacion fortísima, en la cual, defendiéndose como varones esforzados, podian esperar el socorro que su rey les habia prometido; siendo este un remedio mucho mas preferible, que no el que se proponia de echar adelante la gente inutil de niños y mugeres, y que quedasen detrás los hombres robustos, peleando con los enemigos y defendiéndolas; por-

que aun cuando esto se pudiera hacer con la facilidad que se decia, era imposible salir bien de aquel trance, teniendo los cristianos mucha gente alerta, y tanta caballería, la cual en sintiéndolos y viéndolos salir fuera, los rodearian y ceñirian por todas partes, sin darles lugar ni reposo hasta hacerlos pedazos á todos: que si alguno llegara á escaparse sería el que encontrase una mata en donde esconderse, y aun no se sabe si podria estar allí mucho tiempo sin que le descubrieran, porque los cristianos son tan aficionados á la presa enemiga, que todo lo buscan y escudriñan, especialmente donde van mugeres, en quienes todos tienen puestos los ojos por la ganancia que de ellas se esperan, y por las joyas que suelen siempre llevar consigo: que suponiendo fuese de noche la salida, Dios sabe el que pelearía é hiciera su deber, porque aun de dia claro, cuando todos tenian abiertos los ojos para mirar la virtud de unos y los méritos de otros, cuantas veces habia peleado con los cristianos durante aquel sitio, no habia dejado de notarse bastante flojedad en algunos, aunque generalmente todos habian hecho lo que podian. Por tanto les rogaba que dejasen aquella vana novedad y nueva industria, que lejos de provecho, tan solamente les prometia mucho perjuicio: que pusiesen toda la esperanza de su libertad en hacer cada uno bien su deber y menear bien las manos, no en la infame fuga que tenian pensada: que nadie hablase de desamparar la tierra ni rendirla, porque el que tratara de ello sería castiga-

do como merecia; pues defendiéndola ella misma, les serviria de escudo para salvarse y vencer á los cristianos, ó de sepultura siendo vencidos y muriendo como varones. Añadió el moro, que los cuatrocientos forasteros insistiendo en su propósito de salirse fuera del lugar, disputaron mucho con Ozmin y los demas del pais, habiendo el caso llegado á términos de querer batirse unos con otros; y que aunque por entonces el altercado estuviera concluido, andaban todos desabridos y mal contentos unos de otros, teniéndose entendido que el mayor número se inclinaba á la fuga, por el gran miedo que habian cobrado á las minas.

Preguntósele tambien al moro si los de Galera hacian contraminas ó algunos reparos contra los que los minaban; y respondió que no, porque no habian atinado á hacerlo; y asi era á la verdad, pues como gente bárbara, sin práctica ni prudencia, nunca se pertrecharon de lo necesario para defenderse, como lo hubiera hecho otra gente mas esperta, y sirviera de no poca utilidad para detener alli al ejército muchos mas dias de los que estuvo acampado; mediante lo cual, y por la inclemencia de la estacion, el sitio hubiera tenido diferente éxito.

La relacion de este moro, siendo conforme á la que el muchacho habia dado antes, circuló por todo el campo con no poco regocijo, porque de los asaltos pasados quedaron los soldados tan tibios y descontentos, que se echaba bien de ver la desconfianza que tenian de ganar la for-

taleza; pues ademas de parecerles que los enemigos se defendian esforzadamente y que trabajarian en la espugnacion, habian concebido un temor vano, procedente del rumor que algunos esparcieron torpemente, diciendo que las calles de Galera estaban todas minadas y atrincheradas con reparos fuertísimos; de suerte que despues que se la hubiese entrado habria mayor peligro que en el asalto, porque viendo los enemigos que no podian sustentar los reparos hechos, irían dejándolos poco á poco para retirarse á otros, y volando finalmente sus minas, dejarian enterrados á todos cuantos estuviesen peleando. Todo ello era presuncion y mera vanidad, como se demostró despues, porque á los moros ni les pasó tal designio por el pensamiento, ni tuvieron ingenio para hacer minas, contraminas, traveses, defensas, ó cualquier otro de los reparos que emprende la gente práctica en la guerra. Enterado de todo lo susodicho el Señor D. Juan, y del intento que tenian los moros de salirse fuera, con el deseo de estorbarles la fuga en cualquier evento, mandó que reforzasen las guardias de las trincheras, y que por la parte del rio se metiesen seis compañías mas de las que habia, por la presuncion de que por allí procurarian su salida, segun lo que habia dicho el muchacho de ser la mas cómoda que tenian para el caso. Mandó tambien el Señor D. Juan que por aquella llanura anduviese una buena partida de caballería, y fijó un cuerpo de guardia, estando siempre listo y sobre las armas para acudir adonde fuese me-

nester: otros se pusieron por otras partes con las mismas prevenciones de cuidado y vigilancia.

En este dia por la noche mandó S. A. que D. García Manrique, cabo de la caballería, saliera con doscientos caballos, tomando la vuelta de Seron, y el valle de Purchena, distante de allí unas seis leguas hácia el mediodia, para tomar lengua del designio que tenia el enemigo por allá, y descubrir si á los cercados les venia algun socorro; pero al ponerse el sol del martes siguiente se volvió sin traer noticia ninguna, porque siendo descubierto tocaron al arma en todos los lugares de aquella parte, y se pusieron en defensa, recogiendo su gente y sus ganados.

A eso de las diez de la noche del mismo martes se tocó al arma por las centinelas de las trincheras de las heras, porque hubo indicios de que los enemigos querian echarse fuera del pueblo por aquella parte. Todo el campo distribuido en tres escuadrones aguardó el caso hasta mas de las doce; pero habiéndose reconocido que no habia novedad, cesó la inquietud, y la tropa se restituyó á sus alojamientos. Súpose despues que en efecto los del pueblo habian intentado salir, y como vieron que los habian sentido, dejaron de hacerlo.

A la misma hora de la noche del miércoles siguiente, dia primero de febrero, hubo un suceso muy semejante al de la pasada; pero el jueves por la mañana los centinelas de á caballo trajeron presos á dos de cuatro moros que habian salido del pueblo la noche anterior cuando se to-

có al arma. Examinados estos refirieron sustancialmente lo mismo que habian dicho antes el muchacho y el otro moro; pero asegurando además, que en aquella noche ó la siguiente á mas tardar saldrian los que estaban dentro del pueblo, porque asi lo tenian tratado.

En estos dias se continuaba la obra de las minas, y los moros iban reparando el daño que les hicieron las pasadas, y el que les hacia diariamente la artillería, aunque este era poco, como antes se ha dicho; pero el jueves á las once de la noche se arrojaron por la batería de la popa hasta cincuenta moros, y cerraron con la gente que trabajaba en las minas, disparando algunos arcabuzazos, y tirando multitud de piedras con tanto denuedo y agilidad, que antes de dar tiempo á los nuestros para tomar las armas y ponerse en defensa, llegaron á las bocas de las mismas minas. Francisco de Molina, á cuyo cargo estaba la construccion de ellas, luego que sintió el ruido y la gritería que por la mina adentro iban metiendo algunos gastadores que huían de las pedradas y arcabuzazos de los moros, puso mano á la espada, por no tener allí otras armas, y envolviendo el brazo en la capa salió á reconocer lo que era. Llegó, pues, á la boca de la mina, y halló que los moros entraban ya por ella; y acometiéndoles á cuchilladas logró echarlos fuera. Como era tan grande la vocería de unos y otros, luego se tocó arma en las trincheras, y acudió toda la gente del campo que estaba en ellas; lo cual visto por los enemigos tocaron á

recogerse, muy contentos de lo que habian hecho, auuque no salieron con su intento: hirieron á cuatro soldados, y dejaron á Francisco de Molina muy lastimado de las pedradás.

Por orden del Señor D. Juan salieron el viernes algunos de á caballo, tomando la vuelta de Seron con el mismo fin que la vez pasada; pero todo lo que hicieron se redujo á que los de vanguardia habiendo encontrado tres ó cuatro moros con sus bagages, que iban hácia Cullar, dejaran escaparse á dos con las cargas, porque estaba muy oscura la noche, y á los otros dos que quedaron los alancearan, por no haber querido rendirse ni darse presos.

La fagina de nuestras trincheras era toda de atocha, por no haber en todo aquel territorio otra cosa de que hacerse, y porque pareció que era suficiente para el reparo de la tropa, pues los enemigos no tenian artillería con que ofenderla; y considerando los moros que estando tan cerca las trincheras, pues la de la popa especialmente la tenian á menos de veinte y cinco pasos de distancia, les sería facil y poco arriesgado ponerlas fuego, concertaron hacerlo asi en este dia durante la noche. Aguardaron á que dieran las doce, y bajando por esta batería dos solos á la sorda, con alpargates bañados de aceite, y con muchos cabos de cuerda, breados de resina y pez encendidos, llegaron sin que los sintiesen á las trincheras, y las prendieron fuego; con lo cual ardieron al instante levantando grande llamarada, porque el atocha que estaba muy seca se ar-

rebató facilísimamente. Los cristianos luego que vieron andar por sus trincheras al furioso Vulcano tocaron arma, y en seguida todos los soldados que estaban en ellas de guardia acudieron á apagarle, aunque no se pudo hacer con tanta prontitud y facilidad que dejara de quemarse mucha parte. Los moros que bajaron á poner el fuego se retiraron á su puesto, y desde la muralla hirieron á algunos soldados de los que andaban por allí, aunque pocos.

El sábado por la mañana los centinelas de á caballo trajeron á un moro que habian cogido cerca del campo, el cual iba á meterse en el lugar, cargado de pólvora, plomo y cuerda; y puesto á la prueba de tormento confesó, que él y otros seis compañeros habian salido á buscar municiones para la arcabucería, y que todos venian determinados á introducirlas en el pueblo, porque hacian mucha falta, y al mismo tiempo decir á los sitiados que se mantuviesen firmes y se defendieran con buen ánimo, que pronto les vendria socorro.

Al siguiente dia domingo los mismos centinelas de caballería prendieron á otro de los seis susodichos, el cual dió su declaracion muy conforme con la del primero. Se ha querido decir que estos moros eran enviados por el Habaqui, general del campo de Avenabó, á cuyo cargo estaban el rio de Almería, Filabrés, Almanzora, Cenete, Guadix, Seron y otros lugares de las Alpujarras.

El lunes, dia seis de febrero por la noche, se

acabaron de cerrar las minas, sin ocurrir especial novedad durante los tres dias anteriores, sino el que cada noche se tocaba á arma, con lo cual se desvelaba á S. A. y se tenia en pie gran parte de ellas á los tercios divididos en escuadrones. Se presumió con fundamento que el sábado y domingo habian estado los moros muy determinados á salirse del pueblo, y que no lo hicieron por haber sentido los toques de arma que se daban en el campo: su fuga era imposible, porque no habia paso que no estuviese tomado, y asi acertaron en mantenerse quietos. En este dia el Sr. D. Juan envió una banda de caballería hácia Purchena para obtener noticia de los enemigos, recelando el socorro que aguardaban los sitiados, porque ya estaba acordado que el dia siguiente se diese el asalto á la poblacion. Esta banda de caballería no produjo efecto, y se volvió al campo el martes cuando ya estaba dado el asalto y tomado el lugar.

Teniendo entendido el Sr. D. Juan que estaban ya las minas cerradas y en disposicion de poderlas volar cuando se quisiese; pareciéndole que con lo que la artillería habia hecho durante los últimos dias, despues de las quiebras que las murallas y defensas de los enemigos sufrieron antes, y con las mellas y estragos que causarian las minas nuevas, ya se podria asaltar á la poblacion y ganarla con el favor de Dios, tomó las disposiciones convenientes para este trance. Pero conociendo que por el desorden y la falta de disciplina de su gente de guerra, en lo cual

no se atribuia pequeña parte de culpa á algunos capitanes, se habia dejado de ganar el lugar cuando se le dió el asalto anterior, despues que consideró con la detencion y juicio claro que en aquel caso se requeria, todo lo que debia hacerse para el feliz éxito de la empresa, mandó juntar en su tienda á las dos de la tarde á los maeses de campo, y demas gefes y capitanes del ejército; y estando reunidos salió en cuerpo S. A. de su aposento, con un baston en la mano, mostrando en su persona y grave semblante el mismo aspecto de su padre Carlos V, de fama eterna. Luego que dejó á todos contentos de su vista, les dirigió con gravedad y compostura las siguientes palabras:

Exhortacion del Sr. D. Juan á los maeses de campo y capitanes de su ejército.

«Valerosos capitanes y maeses de campo que por vuestras hazañas y altos hechos gozaréis de inmortal fama, la cual no podrán oscurecer el tiempo ni la envidia; ahora ha llegado el caso de que alcanceis mayor reputacion volviendo por España y por su honra, para que no quede mancillada por la infamia de los moros rebeldes, que sin temor ni respeto alguno se han opuesto al rey, mostrándose sus enemigos con armas, haciendo grandes daños en sus pueblos, y cometiendo sacrilegios escandalosos en desprecio de nuestra santa religion. España y la religion santa que profesamos piden justa venganza contra

tamaños escesos; y así siendo vosotros firmes columnas de este esclarecido suelo, haced vuestro deber, vengando vuestras injurias. Muera ese bando de Mahoma, ardan sus casas, allánense por tierra los muros de sus pueblos y los cimientos de sus torres, viértase y riegue el suelo la sangre mora, pásese á cuchillo toda esa vil canalla, ningun sexo perdone el duro acero, ni la edad tierna se reserve de la guadaña de la muerte, alcanzando furibunda á todas partes, no quede decrépito, ni tierno infante que aplique el labio con dulzura al pecho materno, que se eximan de tan riguroso destino. Habida esta memorable victoria, yo empeño mi palabra, como hijo del ínclito Carlos, de interceder con el rey para que tenga cuenta de todos aquellos que en este caso se distingan ostentando su gran valor, y les obtendré mercedes para que en adelante abunden en bienes de fortuna, quedando sus buenos servicios bien remunerados: ademas les ofrezco de mi parte una amistad eterna é inviolable, que el tiempo no alterará. Mas al que mañana en el asalto no hiciere su deber, se le dará el castigo correspondiente á su infamia, y será tratado como merece quien se muestra cobarde en semejantes casos.» Así habló el gallardo príncipe, y dió á todos licencia para retirarse. Hiciéronlo con mucho contento los circunstantes, dando firme palabra á S. A. de hacer cuanto estuviera de su parte en aquel trance, y en seguida pasó cada uno á su alojamiento á anunciar á sus soldados que el dia siguiente se daria

el asalto general, contando con que todos se portarian como varones esforzados.

Breve noticia de la planta y asiento de las baterías, para la mejor inteligencia del asalto.

Las baterías que se plantaron delante de Galera, como ya hemos dicho, eran tres: la una estaba á la parte de las heras por donde el tercio de Nápoles habia arremetido dos veces á la poblacion; la otra estaba por la parte de la popa, en cuyo punto se abrieron de nuevo las dos minas; y la otra por la parte donde últimamente se habian plantado cuatro piezas de las de D. Juan Manrique, que batian al pueblo por la parte del jaloque levante. Bajo de esta consideracion se diô la orden del asalto en esta forma:

Señaláronse tres compañías de las del tercio de Nápoles para que arremetiesen por la batería de las heras, como siempre habian hecho, y que estaba por frente de su alojamiento y trincheras; que otras tres compañías del tercio de D. Lope hiciesen lo propio por aquella parte que caia entre levante y mediodía, y que dijimos jaloque, en donde se habian plantado las cuatro piezas de D. Juan Manrique, que por el reconocimiento de lo que habian batido se entendió que harian mucho efecto para la batería de la popa, estando puesta en ella la esperanza de ganar el lugar. Se diputaron cuatro compañías del tercio de D. Antonio Moreno, mandándolas que arremetiesen tambien por aquella parte, mezclándose

con ellas todos los capitanes, alféreces, soldados, caballeros aventureros y cortesanos que quisiesen hacerlo, dándoles á entender que aquella era la voluntad de S. A., y que se serviria de ello para que peleasen todos, y ninguno se escusase con decir que estaba de guardia cerca de su real persona, como lo habian hecho durante el asalto pasado, permitiendo ir solos á los soldados de las banderas, y siendo causa tal vez por su negligencia de que el lugar no se ganase aquel dia: así, sabida la intencion del príncipe, y viendo que no se podia presentar causa justa ni demostracion aparente para rehusar el cumplimiento de la orden que se les daba, no quedó uno que no se alistase para el asalto, siendo entre todos mas de doscientos y cincuenta. A este tercio de Antonio Moreno le llamaban comunmente en el campo, *el Sr. D. Juan*, porque S. A., toda su familia y corte estaban alojados en el sitio que ocupaba él, y porque de el mismo se sacaban las compañías que hacian la guardia al príncipe.

Ademas de esto se mandó que de todas las compañías que quedaban del propio tercio se sacasen los capitanes y cabos, por ser gente mas lucida y gallarda, para juntarse con la compañía del capitan D. Gabriel de Montalbo, vecino de Granada, y que arremetiesen con las otras cuatro compañías; de manera que serian unos mil hombres los señalados para asaltar por la batería de la popa, sin contar con los que ya se han dicho, y que debieran tambien hacerlo por los otros puntos, pues aunque no hubiera entera

confianza de que se hiciese por ellos mucho efecto, todavia se conseguia gran ventaja en divertir la atencion de los enemigos, acometiéndolos por distintas partes mientras estuvieran ocupados en defender la de la popa, y los nuestros pudiesen con mas comodidad ofenderlos y entrar en la poblacion.

Ordenóse tambien que algunas otras compañías de los tercios estuviesen á retaguardia de las señaladas para socorrerlas siendo necesario, y que las demas con el resto del ejército se quedasen de guardia del acampamento, avisando que á las seis de la mañana del dia siguiente todos estuviesen á punto en los puestos que se habian designado. El acuerdo que se tuvo acerca del modo de dar el asalto, fue el siguiente:

Que á las seis de la mañana se diera fuego á las minas, y en el instante de reventar, toda la artillería plantada en las partes susodichas disparase y prosiguiese obrando con mucha furia y diligencia hasta las siete; que entonces se reconociesen las baterías por soldados de confianza esperimentados, y que hallándolas en disposicion de ofrecer comodidad para poderse entrar, volviera la artillería á jugar otra hora de la misma manera que antes habia hecho, y en aquel estado arremetiese nuestra gente de improviso, mezclada con el humo y estruendo de los cañones, y el polvo de las baterías, teniendo por señal para hacerlo, que de cada una de las plataformas se dispararía una sola pieza, haciendo en seguida una descarga general.

Pero que si reconocidas las baterías no pareciese por entonces conveniente que se diera el asalto, se dilatase hasta tanto que los reparos y traveses que lo dificultaban se hubiesen allanado; y quedaran las baterías con bastante disposicion para arremeter por ellas los soldados, con menos riesgo y mayor ventaja: bien entendido que si fuese necesario, se dejase por aquel dia el asalto, y todo el tiempo conveniente para darle un buen éxito. En cuanto al modo de pegar fuego á las minas hubo diversos pareceres, porque algunos soldados y personas inteligentes pensaban que á cada una de ellas se le hiciese un caño de pólvora, el cual desde su fogon viniese á juntarse con el otro á igual distancia, y que juntos así se les diera fuego para que á un mismo tiempo rompiesen las dos minas; sospechándose que si se hacia de otra manera poniendo fuego á cada una de por sí, aunque quisiera hacerse con mucha diligencia, no seria posible dejar de salir la una primero que la otra; lo cual seria causa de que el movimiento que hiciese la primera, por estar tan juntas las dos, viniese á cegar el cebadero de la otra, de manera que con esto impidiese su efecto. Otros fueron de parecer que debia hacerse de esta suerte: tomárase un cabo de cuerda no largo, y se partiese por medio, que cada pedazo se atacase á su mina, para que los dos fueran quemándose igualmente, y á un mismo tiempo llegase el fuego de los cabos á los fogones de las minas, pues de esta suerte reventarian á una las dos, y se quitaria la sospecha de que el efec-

to de una perjudicase á la otra. Habiéndose conferido y platicado sobre el particular, se acordó que la última opinion era la mejor y mas acertada.

El martes siguiente, siete de febrero y dia de Carnestolendas, á la hora designada, el Señor D. Juan se adornó de unas ricas y lucidas armas, con peto y espaldar blancos, y siete listones de oro, en que brillaban esquisitas grabaduras y trofeos; el relumbrante y fortísimo morrion adornado de un penacho bello y elegante, sentado sobre una rica medalla de la imagen de nuestra Señora de la Concepcion, hizo muestra de su persona á la puerta de su tienda; y habiéndole visto los maeses de campo, gefes y capitanes del ejército, asi como tambien todos los cortesanos, caballeros y soldados aventureros, hicieron lo mismo al punto, tomando el trage de guerra, y armándose cada uno con lo que tenia. Igualmente se arreó lo mejor que pudo toda la caballería, y era cosa digna de ver la elegancia y hermosura de un ejército tan lucido y gallardo. Estando ya todos listos y colocados en los puestos que se habian señalado, mandó el Señor D. Juan pegar fuego á los dos cabos de cuerda puestos á los fogones de las minas, lo cual se ejecutó inmediatamente; y habiendo pasado cerca de medio cuarto de hora en irse quemando, todo el campo aguardaba ver el efecto con tanto silencio y suspension, como si allí no hubiera gente ninguna. Al fin el cabo de cuerda de la mina de la mano siniestra se quemó antes que el otro, llegando el fuego al fogon donde estaba puesta

la pólvora del cebador, y al punto rompió la furiosa mina con grande estampido, levantando un buen pedazo de la peña, gran parte de lienzo de la muralla y un trozo del castillo; de manera que fue muy razonable el efecto producido. Aunque al principio el terrible estruendo y movimiento grande que causó la mina al reventar, hizo creer que las dos habian salido, luego que se apaciguó el polvo y la humareda, se echó de ver que no era así, sino que habia disparado una sola de las dos, atribuyéndose el no salir la otra á muchas causas, y siendo la principal no haber dado fuego por los dos cañones á un mismo tiempo. Causó esta contrariedad mucha confusion y desabrimiento en todo el campo, sin embargo de que podria sacarse bastante provecho del estrago causado por la mina que rompió con felicidad. Pero todavía por la disposicion del terreno quedaba muy fuerte y de dificil espugnacion el lugar, de tal modo que con cualquier defensa que hicieran los moros, aunque no fuera mucha, hubieran podido defenderse é impedir que fuera entrado, no siendo á costa de un copioso derramamiento de sangre.

El Señor D. Juan, aunque recibió alguna pesadumbre de que no saliese la otra mina, mandó que como estaba acordado jugase toda la artillería de las plataformas, y que los soldados estuviesen apercibidos para acometer, pues no queria que se perdiese la ocasion de ganar el lugar, respecto á que pensaba se le entraria fácilmente por las bocas que la mina habia abierto, y la

artillería obraba de presente, que era mucho. Miraba S. A. como vergonzoso para un campo de tanta pujanza la dilacion que ponia en el éxito de aquella jornada, y le parecia que siguiendo con la misma flojedad, podrian resultar graves inconvenientes, porque los moros de Galera tomarian mas ánimo que hasta allí, y seguirian su ejemplo tanto los de la Alpujarra, como los de los rios de Almanzora y Almería. Por lo cual considerando que no hacía falta á su propósito el efecto de la mina fallida, dijo á los maeses de campo y á los demas capitanes con palabras que volaban lo siguiente:

«Ea, valerosos capitanes y fuertes soldados, ya ha llegado el tiempo de la victoria; y para alcanzarla la misma poblacion nos manifiesta que basta ya lo hecho, y no tenemos necesidad del esperado efecto de la otra mina; porque cuando hubiera la tal necesidad, Dios en cuyo servicio estamos la hiciera salir. Asi no se haga cuenta de ella, sino arremetamos con esfuerzo y ánimo valeroso, seguros del buen éxito.» Diciendo estas y otras semejantes razones, como ínclito capitan recorrió todas las filas de los soldados animándolos, y proveyendo y ordenando lo que para el caso era necesario.

Los moros escarmentados del daño que les causó la primera mina, pues mató á mas de cincuenta hombres que cogió descuidados en el cuerpo de guardia, fueron ahora mas advertidos, porque habiendo congeturado por las disposiciones de la noche pasada y del dia presente, que

las minas nuevas iban á volar, y darles en seguida el asalto, procuraron apartarse del sitio en que habian sentido trabajar por debajo, dejando solamente algunas centinelas en parte conveniente y segura de la muralla, para que desde allí avisasen de lo que en el campo pasara y tocasen á armas, siendo necesario que acudiese el cuerpo de guardia que tenian en la plaza. Luego que vieron que ya la mina habia reventado, mandaron subir á cuarenta ó mas soldados á la parte del castillo que habia quedado en pie para reconocer el estrago hecho y acudir á lo demas que la necesidad demandase: asimismo principiaron á reparar el portillo abierto, aprovechándose para el caso de los colchones y lana suelta, tierra, piedra, maderos y demas materiales que podian servir para la fortificacion, mientras les daba lugar la artillería, que no cesaba de batirlos. Entretanto no holgaban los demas vecinos de la villa que fueron haciendo trincheras y traveses por las calles, de modo que apenas se podia pasar por ellas; el cual trabajo, ayudado de la disposicion del terreno, podia servirles de harta utilidad y amparo en aquel trance en que estaban. Asimismo distribuyeron ochenta ó noventa hombres por toda la batería hecha para su defensa, proveyéndoles de muchas piedras, que eran las armas en que ellos mas confiaban; y no sin razon, porque con las piedras se defendieron en el asalto pasado: sin esto iban haciendo otros reparos y prevenciones que les parecian convenientes, ó que exigia la necesidad en aquella ocasion.

S. A. aunque al tiempo de reventar la una mina mostró dársele poco de que la otra no hubiera salido, con todo eso no dejó de sentirlo, porque contaba con lo que habria obrado, que junto con lo que la artillería fuera arrasando, quedara mas fácil la entrada del lugar, y porque le parecia que en el estado actual, ya que se entrase seria á costa de mucha sangre, porque la tierra que se habia de ganar se mantenia aun bastante fuerte. S. A. quisiera que la jornada se hiciese á la menor costa posible de gente, porque amaba mucho á sus soldados, y asi considerando que si la mina que quedaba por salir saliera como la otra, no dejaran entre las dos de hacer escarpe con lo que cayera por su impulso y movimiento, proporcionando á su gente con menos riesgo el alcance de la victoria, sin dejar por eso el negocio de la mano, ni de encomendar á la fortuna el éxito de la empresa en el estado que tenia la plaza: así juntó á su consejo y en él se acordó que fuesen algunos á reconocer el caño de la mina entera: que si por acaso el movimiento de la otra mina no le hubiese cegado el fogon, procurasen de alumbrarle cebándole de nuevo con pólvora, y la hiciesen volar como mejor se pudiese: que entretanto se practicaba esta diligencia, la artillería prosiguiese batiendo la tierra sin cesar un punto. Tomada esta resolucion se mandó que el ingeniero con algunos soldados y personas particulares fuesen á hacer el reconocimiento, los cuales llegando á la boca de la mina, y habiendo alumbrado y descubierto

el cañon, le hallaron limpio; de manera que con facilidad podia luego aplicarse el fuego y volar la mina. Hízose saber esto al Señor D. Juan, que recibió gran contento de la noticia, y mandó que al instante se la pusiese fuego, como se hizo. La mina entonces salió con facilidad del mismo modo que la primera, volando con un gran trozo de la otra peña otra parte del lienzo de la muralla, y todo lo que restaba por arrasar del castillo; pero se hizo la abertura de tal manera, que causaba otra dificultad mayor que las pasadas, lo cual desalentó estraordinariamente los ánimos de todos, dándoles á entender, que de ningun modo sería posible ganar el lugar y entrarle en este dia. El movimiento de esta mina fue tan grande, que escedió muchísimo al de las pasadas, porque el hueco y hondura de ella penetraba hasta quince pasos mas adelante que las otras, y por aquella parte la batería de la peña debia de ser mas fuerte que ninguna de las que se habian volado; y asi como halló mayor resistencia la pólvora, hizo mayor ímpetu, y abrió de tal suerte todo lo que levantó, que aunque quedó derribado lo que quedaba del castillo y mucha parte de la muralla, la peña se hendió de arriba abajo, quedando recta y mas fuerte que estaba de antes, pareciendo ser el lienzo de una robusta muralla, hecho por industria para la defensa del lugar; y no solamente la parte de la muralla y castillo que esta mina habia volado quedó de la manera que va dicho fortificada, sino que tambien vino á fortificar lo demas, inutilizando lo que habia batido

la artillería, y lo que rompió la otra mina, pareciendo imposible de ganar el pueblo en el estado que dejó la entrada. No causó esto pequeña confusion y desconfianza en el campo, discurriendo todos que la batería habia quedado mas fuerte, como en efecto lo estaba, que al darse el asalto pasado; y asi blasfemaban de las minas y del inventor de ellas, pareciéndoles que solo se habian fabricado para perjuicio de los ejércitos, y no para alcanzar de ellas alguna utilidad ó provecho.

Habiendo reconocido los moros que en este dia se les queria dar otro asalto, y que primeramente se volarian las minas fabricadas, estaban metidos dentro del lugar en parte segura, para volver despues de la esplosion á sus puestos y defender su batería con seguridad. Pero viendo que ya habia reventado la primera mina, y pensando que no quedaba mas, guiados por la regla del asalto anterior, se volvieron á la muralla, guarneciéndola con mas de cien soldados; y asi cuando estalló la segunda mina cogiéndolos desprevenidos, voló é hizo pedazos á mas de cincuenta de ellos. Causó tal espanto á los que quedaban aquel fracaso, que ya sin guardar orden, dejar puestas centinelas, ni mirar por lo que convenia á su defensa, remedio y salvacion, pensando que estaba minado todo el lugar, y que en ninguna parte podrian estar seguros, se retiraron con mucha turbacion á la parte de la proa que les parecia estar mas guardada y segura: juntamente se fueron con ellos cuantas personas ha-

bia por las calles y quedaban en las casas desde la popa hasta la mitad del lugar; de manera que la batería quedó desamparada, sin haber en ella ni en todo el lienzo de la muralla persona alguna que la guardase ni defendiese; accion bestial, y digna al fin de la torpeza de aquellas gentes. En esta sazon Dios nuestro Señor, por su bondad infinita, hizo facil y llano lo que los nuestros tenian por muy dificultoso y casi imposible, que era entrar al pueblo sin grandísimo daño y derramamiento de sangre; pero en fin quiso Dios teniendo cuidado de los suyos, que aquella tierra se ganase sin el peligro y estragos que se esperaban. Estando, pues, la batería abandonada y derribada la muralla, sin guardia ni centinela alguna de los moros que pudiese dar aviso del mal que les podria venir, por una feliz casualidad un soldado vizcaino, ayudante de la artillería, llamado Lasarte, deseoso de distinguirse en el cumplimiento de su deber, se habia quedado escondido al pie de la cuesta junto á la muralla en unos peñascos que la mina habia derribado, y viendo que por allí no parecia moro ni persona alguna que defendiese la batería, comenzó á subir por la cuesta arriba con la espada en la mano, una rodela, y un fuerte morrion en la cabeza, y no hallando resistencia ni impedimento, pasó tan adelante, que llegó á un torreoncillo en que estaba plantada una bandera, la tomó, y se volvió con ella por la batería abajo hasta que llegó á nuestras trincheras. Visto esto por otros soldados, que serian de veinte á vein-

te y cinco, y qué del mismo modo que aquel se habian quedado escondidos entre los peñascos, habiéndose salido de entre las trincheras y puestos al pie de la cuesta, comenzaron á subirla, estando mirando el campo todo, tanto lo que Lasarte habia hecho, como lo que estos iban haciendo, y que desde la muralla no se les hacia resistencia, ni habia hombre que les defendiese la subida. En fin, estos adelantaron tanto, que se pusieron sobre la muralla, ocuparon el sitio del rebellin y castillo, y viéndose encima, con la batería ganada, y el lugar entrado casi sin pensarlo, como cosa de sueño, comenzaron á dar grandísimas voces diciendo: *Arriba, arriba; adentro, adentro; España, España; victoria.* A este tiempo iba ya subiendo por la cuesta arriba con mucha diligencia otro buen golpe de soldados, que se habian arrojado de las trincheras para ir á ayudar á los amigos, y hacer otro tanto como ellos, si fuese menester.

Luego que los moros oyeron la gritería que los nuestros levantaban sobre la muralla, reconociendo la falta que habian cometido en dejar abandonadas la batería y las roturas del muro, asegurados ya de que no habia mas minas que volar, pues andaban por allí los cristianos con plena seguridad, acudieron presurosamente y comenzaron á pelear con ellos disparando una gran carga de arcabucería, y arrojando al mismo tiempo con violencia mucha cantidad de piedras, que eran las armas con que mas dañaban, por ser muy certeros y diestrísimos tiradores de ellas.

Con esto vinieron á juntarse y herirse unos á otros con las espadas, chuzos, picas, y otras armas enhastadas que tenian los nuestros. Estos recibieron la carga que les dieron los moros, y aunque sufrieron grande estrago, no por eso dejaron de disparar una buena rociada de arcabucería, ni perdieron un palmo del terreno ganado, trabándose una cruelísima batalla entre ambos partidos.

Los soldados que estaban abajo formados en escuadron aguardando la orden del asalto para acometer, viendo que los primeros que habian subido estaban ya peleando dentro del lugar, y le tenian ganado, y que otros muchos soldados subian á gran priesa por la cuesta arriba, comenzaron á inquietarse, y se desbandaron tras de ellos en tropel por hallarse en la accion. Los capitanes, alféreces, sargentos y otros caballeros particulares, á quienes el Sr. D. Juan habia encargado formalmente la observancia de las órdenes que tenia dadas, y que sin ella nadie tuviera la imprudencia de acometer, como se habia hecho en el asalto pasado, se apresuraron á detener á los soldados; y como viesen que nada alcanzaban con las exhortaciones de palabra, desnudaron las espadas y principiaron á castigarlos repartiendo cuchilladas; pero ni lo uno ni lo otro fue bastante para detenerlos, ni hacerles mudar de propósito, diciendo á voces que querian dar favor á los amigos, que ganado ya el lugar estaban dentro peleando; y que siendo muchos los moros, los matarian á todos, si no acudian pron-

to á socorrerlos. En esto un caballero de Murcia, llamado Salvador Navarro, capitan reformado de caballería desde que el marqués de Velez habia dejado aquel cerco, dijo á los capitanes que detenian á los soldados: «Señores: ahora no es tiempo de dejar la ocasion del copete, ni de impedir que los soldados consigan la victoria que tienen de su parte, habiendo ya ganado la fortaleza al enemigo. Advertid que si ahora se pierde el lance, podrá ser muy dificultoso recobrar lo ganado; y asi sigamos todos la victoria que Dios nos quiere dar, y de la que poco ha teníamos tan remota esperanza.» Diciendo esto, él con los demas soldados rompieron en tropel por medio de todos los que lo estorbaban, y principiaron á subir por la cuesta arriba. Algunos de estos capitanes y caballeros que intentaban detener á los soldados, viendo que ya no les era posible alcanzarlo, y sintiendo dentro del pueblo la vocería y el grande estrépito de las armas, faltando tambien á la orden que se les tenia dada, se fueron con ellos, no ménos codiciosos de tomar parte en la accion.

Otros gefes y capitanes que se quedaron, bien contra su gusto, temiendo la indignacion del Señor D. Juan, mostraban en su semblante que no habia estado en su mano contener aquel desorden de los soldados. S. A. habiendo visto el grande efecto que las dos minas habian hecho, pero pareciéndole que la batería quedaba como se ha dicho, muy dificil de acometer, tenia mandado que la artillería jugase sobre ella sin parar un

punto hasta que hubiese oido misa, durante el cual tiempo la gente del campo se mantuviese pronta para arremeter, pero sin hacer movimiento alguno hasta que se le diese la orden. Y estando todavia S. A. oyendo la misa en una capilla pequeña que por allí se le habia hecho, sintió que la artillería no disparaba; y por otra parte percibiendo el ruido de los arcabuces, y la gritería que levantaban los nuestros con los enemigos, preguntó muy alterado qué era aquello: á esta sazon llegando por allí Lasarte con la bandera que habia cogido y algunos soldados que le acompañaban, se respondió al príncipe que un soldado habia ganado la bandera que tenian los enemigos en el torreon dé la muralla, y venia á echarla á sus pies; lo cual visto por otros soldados habia dado motivo á que arremetieran sin orden de sus gefes, pero que felizmente habian ganado la batería y entrado en el pueblo, donde estaban peleando con los enemigos. Oyendo ésto S. A. con mucha turbacion dejó la misa en el estado que estaba, y saliendo de la capilla encontró á Lasarte que traia la bandera, é hincando la rodilla en el suelo, dijo á S. A.: «Vuestra Alteza se sirva de mí y de esta bandera que saqué del fuerte de los enemigos: por mi causa han entrado en el pueblo muchos soldados, y le van ganando de todo punto: mandad, señor, que se los socorra á toda priesa para que se consiga la victoria.»—«Os habeis portado como buen soldado, respondió S. A., y no es poco lo que habeis ganado con lo que habeis hecho.» Tomó en

seguida la bandera de la mano de Lasarte, se la dió á un páge para que se la guardase, y pasando adelante con ligereza llegó á las trincheras, en donde vió que el pueblo estaba ya en el estado que se ha dicho. Considerando, pues, que el suceso venia de la mano de Dios, mas que de providencia humana, recibiendo en su ánimo gran consuelo, y aprovechándose de la ocasion, pasó adelante de las trincheras exhortando á los soldados, y llegando personalmente casi hasta el pie de la cuesta á la sazon en que los moros peleaban como desesperados con los nuestros. Todos los soldados que estaban de la parte donde se hallaba el Sr. D. Juan, viendo que su general supremo pasaba tan adelante y los animaba, arremetieron todos de tropel sin quedar ninguno, salvo la caballería, que por necesidad tenia que guardar sus puestos para que no pudieran escaparse los moros, habiéndoselo asi mandado S. A. Pero hubo muchos que dejaron los caballos á sus criados por hallarse en la accion, como lo habian hecho Salvador Navarro y otros amigos suyos de la ciudad de Murcia, los cuales juntamente con los de Lorca mostraron en este dia su gran valor y esfuerzo, asi como lo habian hecho siempre en cuantas ocasiones se ofrecieron. Con todo eso los moros enojados de sí mismos, y culpando su grande ignorancia, peleaban como gente aburrida, con tanta rabia y furor, que los nuestros tuvieron necesidad de volverse atrás, perdiendo lo que habian ganado, porque sobre el ímpetu de los enemigos llovia sobre

ellos desde los terrados tanta multitud de piedras, que no les daban lugar para cargar y descargar los arcabuces, ó poderse valer de las espadas. Hasta las mugeres entraban en la batalla como los varones, distinguiéndose siempre la celebrada Zarzamodonia, de quien ya hablamos mas arriba, que armada de un estoque y una rodela hacia en los cristianos tanto daño que espantaba; de modo que fue preciso que un soldado se aprovechase de un momento favorable en que no le veía para poderla disparar un arcabuzazo, del cual murió la mora valerosa, dejando ejemplo y mucha fama de su esfuerzo: hubo otras muchas moras que por el mismo estilo se señalaron en aquel dia, y murieron peleando varonilmente.

En este tiempo los del tercio de Nápoles que debian acometer por la parte de las heras á la batería que tenian enfrente, y asimismo los que habian de hacerlo por la que estaba entre levante y mediodia, oyendo el ruido que pasaba dentro del lugar, y los gritos de victoria que resonaron por todo el campo, sin aguardar ya la orden competente acometieron con furia por sus respectivas baterías, y entraron tambien dentro del lugar. Los primeros que entraron por esta parte de las heras fueron tres capitanes de Murcia: el primero llamado D. Pedro Zambrana, el segundo D. Luis Carrillo, y este al entrar fue herido en la cara de un arcabuzazo que le pasó las dos mejillas, aunque no por eso dejó de entrar por la batería con grande ánimo; y el ter-

cero Francisco Galtero, capitan muy valeroso, y que tambien fue herido de otro arcabuzazo por debajo de la barba, de suerte que se pensó que la bala le habia degollado: quiso Dios que no encarnó mucho, y así por eso no dejó de pasar adelante como un leon, animando á los suyos. Con ellos entraron despues otros muchos capitanes de Lorca, y el primero susodicho D. Pedro Zambrana no tardó en salir malamente herido. Todos estos comenzaron á pelear bravamente con los moros, y á ellos se juntaron muy pronto la gente de Caravaca con su valeroso capitan Fernando de Mora, que fue uno de los primeros que subieron, el capitan Carreño de Zehegin, el capitan Melgarejo de Mula, el capitan Mora de Totana, y el capitan Cayola de Alhama. Todos estos últimos correspondian al tercio de D. Pedro de Padilla, y con ellos concurrieron otros esforzados capitanes y muchos soldados valerosísimos del tercio de Nápoles, dando envidia y sumo gozo la arrogancia con que entraron en la batalla. De las otras baterías en donde estaba la gente andaluza y de Castilla, tampoco es posible ponderar el valor y esfuerzo de los ánimos con que acudieron todos á la pelea. Viéndose los moros tan vigorosamente asaltados y con tanto furor combatidos, perdida de todo punto la esperanza de vivir, se juntaron en gran copia hasta ocho mil de ellos, y apretaron tanto á los cristianos, que como ya se ha dicho los hicieron volver muy atrás hasta la batería de las minas, y aun hubo algunos soldados que

viéndose en tanta apretura comenzaron á descolgarse por la batería abajo; de suerte que todos los nuestros se apiñaron, y no pudieron dejar de recibir gran daño cayendo sobre los cimientos derribados, en donde les sobrevenia una gran rociada de balas enviadas por el escuadron turquesco, que peleaba con terrible furor, y no cesaba un momento en llevar adelante la defensa. Pero poco les valió á todos su denuedo, porque estaba allí la flor de España, que viendo la deseada ocasion de mostrar su valor heróico, comenzó á gritar: *Cierra España*, *Santiago*, *Santiago*, y metiéndose en seguida por lo mas denso de la polvareda, fue en busca del escuadron enemigo. Mas era tanta la gente que cargó en la batería aportillada, que ni los unos ni los otros tenian necesidad de apuntar con las escopetas, sino disparar al confuso monton de los contrarios, haciéndose de ambas partes grande estrago; y era tanto el que obraban los moros con las piedras, como los cristianos con las balas, porque no habia piedra que dando de lleno no matase ó hiriese malamente á algun hombre. Un caballero del hábito de S. Juan, llamado D. Francisco de Quiñones, natural de Zamora, queriendo subir á una altura desde donde algunos moros hacian mucho daño á los cristianos, y teniendo ya puesta arriba la mano para subir, un turco le cortó los dedos con el alfange; mas no por eso desistió de su propósito el valeroso mancebo, antes viendo sus dedos cortados, retirando aquella mano se asió con la otra, y con gran ligereza saltó ar-

riba, á pesar de quien se lo estorbaba: por desgracia apenas hubo subido cuando le hicieron los moros muchas heridas, y con grande ímpetu le despeñaron de lo alto abajo medio muerto. Aquí fue herido malamente en un pie D. Pedro de Sotomayor, y fue preciso retirarle á las tiendas, adonde llegó casi al mismo tiempo que el susodicho caballero de Zamora, el cual daba mucha lástima, viendo que la cruz blanca que llevaba se habia tornado roja con su sangre. Era tan grande la vocería de unos y de otros, tanta la confusion, tanto el estruendo de los arcabuces, de los golpes de las espadas, del crujido de las armas, de los dolorosos gemidos de los heridos y moribundos, de las cajas y atambores de los cristianos, de las dulzainas y añafiles de los moros, de los atabales y trompetas de la caballería, etc., etc., que todo causaba espanto, y parecia hundirse el mundo: no se oian los unos á los otros por mas esfuerzo que hiciesen para darse á entender; no habia medio de trasmitir las órdenes de los gefes y capitanes á sus soldados; y asi andaba todo tan revuelto y confuso, cual pudo estarlo entre los que levantaron el edificio babilónico.

Viendo el Señor D. Juan á sus escuadrones tan empeñados en aquella peligrosa lid, y temiendo que aflojara su valor cuando ya estaban tan á punto de ganar la victoria, dejando con ánimo esforzado su puesto de general, fue á la muralla como otro cualquier soldado, decidido á subir donde estaban los suyos peleando, sin que

nadie fuera parte para impedírselo; mas estando ya al principio de la cuesta, de enmedio de la confusa pelea salió desmandada una bala, ó bien fuera tirada por industria al resplandor del hermoso y luciente peto, la cual dió en un costado á S. A., haciéndole una grande abolladura; de modo que traía tanta violencia, que á no ser el peto fortísimo y de fino y acerado temple, allí quedara muerto el soberano príncipe, poniendo á todo el campo en la mas terrible confusion, malográndose la victoria de una guerra tan peligrosa, y cubriéndose toda España de doloroso llanto. Sin embargo no haciendo caso el Señor D. Juan del golpe recibido, y mostrando en su valor ser hijo del invicto Carlos V, pasó adelante con su propósito de llegar á la derribada muralla, donde estaba trabada la pelea. Su ayo el respetable Quijada, á quien no muchos dias despues sobrevino la muerte, como dirémos mas adelante, andando muy solícito en las cosas del príncipe, y habiéndole visto en semejante peligro, le fue á la mano y contuvo, diciéndole con graves palabras: «Decid, Príncipe, ¿qué hado acerbo os ha podido mover así para que dejeis el lugar y baston de general, y os metais á la par de los soldados mas comunes en un peligro tan grande, sin ninguna sazon, ni pedirlo el tiempo? Refrenad esa arrogancia, y volved atrás, no deis causa con vuestra muerte á que todo el campo pierda la esperanza de salir con la victoria que tiene ya en la mano. No es tan importante el negocio de Galera que merezca el que un príncipe,

tan esclarecido como vos, se arriesgue como los demas soldados, y que se quiera poner en peligros semejantes, especialmente teniendo capitanes y maeses de campo tan valerosos, y soldados tan esforzados, que es una maravilla ver á cada uno cumplir su deber. Volved, volved, y no paseis mas adelante, conduciéndoos de manera que el rey nuestro augusto hermano y toda la nacion española, no pierdan las esperanzas que tienen fundadas en vuestro inclito valor y brillantes disposiciones.» El Señor D. Juan oyendo á su ayo hablar de aquel modo, sujetándose á la obediencia que siempre le tuvo, refrenó su ánimo, y volviéndose á su lugar no quiso pasar mas allá de las trincheras. En aquel momento andaba muy sangrienta la batalla; pero nuestra heróica gente hizo tanto con su indomable esfuerzo, que los enemigos principiaban ya á retirarse, desocupando con mucha diligencia toda aquella parte de la popa; y metiéndose dentro del lugar hácia la proa, forzados de la lluvia de balas que sobre ellos enviaban los nuestros: los moros se retiraban peleando; pero atemorizados ya se acogian á los reparos y traveses formados en las calles; y otros se metian por las casas, y desde allí oponian gran resistencia batallando como leones. No obstante estos obstáculos los nuestros estaban ya apoderados de todo el lugar, aunque andaban por él dificultosamente, porque de los terrados llovian piedras sobre ellos; y aun peleaban los moros con tanta obstinacion, que fue necesario irles ganando calle por calle, casa por casa, y ter-

rado por terrado, haciendo en ellos tal mortandad, que no se podia andar sino por encima de sus cuerpos: nunca hicieron señal de rendirse, y asi morian á manos de los nuestros como bestias, á fuerza de cuchilladas y arcabuzazos; en fin con el auxilio de Dios y la perseverancia fue ganada toda la tierra.

Duró el combate, despues de entrado el lugar, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde: en este dia solo murieron de los enemigos dos mil y ochocientos hombres, y como unas ochocientas mugeres y criaturas, que compondrian entre todos el número de tres mil y seiscientos: se cautivaron hasta otras mil y quinientas personas de mugeres y niños, porque á hombre ninguno se tomó con vida, habiendo muerto todos sin quedar uno en este dia, y en los asaltos pasados. Tambien de los nuestros pasaron de doscientos los muertos y de trescientos los heridos, de los cuales muchos murieron despues. Se usó de tanto rigor y severidad con las mugeres y criaturas, que me parece se llevó el estrago mucho mas allá de lo que permitia la justicia, y era propio de la misericordia de la gente española, que siempre se señaló hasta en favor de los bárbaros: no hubo piedad para ninguno, alcanzando la muerte no solo á las mugeres, sino tambien á las criaturas bautizadas; y tamaño rigor se ejerció por haberlo mandado asi el Señor D. Juan, á fin de que el acerbo castigo sirviese de ejemplo á los demas rebeldes que quedaban por las Alpujarras, temiendo mostrarse en

adelante pertinaces y con arrogancia contra S. M., por cuya causa se echó el bando de que no quedase con vida en aquel pueblo hombre, muger, ni niño. Sin embargo considerando S. A. que llevar adelante esta orden tenia algo de atroz, mandó templar su dureza, disponiendo que se perdonase la vida á las mugeres y á los niños de cinco años abajo, quedando su libertad por premio del vencedor que los hubiera ganado.

Cumpliéndose todo lo que el Señor D. Juan habia mandado, y consumada la toma de Galera con tanta honra y gloria de los cristianos, dirémos ahora alguna cosa de los moros pertinaces en su bestial rebelion, ó á lo menos darémos noticia de dos casos que sucedieron dignos de memoria.

En Galera habia un moro muy rico que tenia muger y dos hijas doncellas muy hermosas, de unos veinte á veinte y dos años de edad; el cual viendo que el lugar se entraba por los cristianos, y que yá estaba perdida la esperanza de remedio, fue corriendo á su casa desesperado, y ageno de piedad degolló á sus dos hijas en un aposento de donde su madre no las pudiera sentir, y las decia: «Amadas hijas mias, perdonad al aburrido padre que con el mas acerbo dolor de su alma os sacrifica para que los cristianos ufanos de la victoria y cargados de trofeos no puedan gozar de vosotras, y despues de esta afrenta os veais en tierras agenas reducidas á la esclavitud.» En seguida las degolló y dejó en aquel aposento, desde el cual pasó al de la desdichada madre, y la

dijo: «Amada muger y compañera mia en las felicidades y en los trabajos, ya ha llegado el fin de nuestra amistad: los cristianos han entrado victoriosos en nuestro lugar, con determinacion de no dejar á nadie vivo, por haberlo mandado asi su general: yo holgaria que nuestra vida se alargase muchos y felices años; pero el hado duro no lo permite, sino que á toda priesa nos viene persiguiendo. Para mí sería doblado dolor que vos, bien mio, viniérais á poder de manos agenas, habiendo sido tan regalada de las mias; y para evitar esta desventura cruel tengo obligacion, como marido que tanto os ha amado en esta vida, de poneros en libertad, asi como ya lo he hecho con nuestras hijas: mediante el favor del santo Alá todos cuatro nos veremos esta noche juntos en el paraiso que deseamos.» Dicho esto y llorando amargamente degolló á su turbada esposa; y no contento todavia, asi á la madre como á las hijas las echó en un pozo para que los cristianos no las hallasen. Luego al punto salió á la pelea gritando: «Ea, amigos, ya no queda que perder mas de lo perdido, muramos todos como buenos»; y diciendo esto se abalanzó por enmedio de las furiosas armas de los cristianos, matando á algunos de ellos por su mano, y matara á muchos mas si le dieran mas tiempo; pero luego un soldado tirándole un arcabuzazo, le privó de la vida.

Una doncella muy hermosa que habia perdido á su madre durante la infancia, supo que en la bateria de las heras, habian muerto á su padre;

y tomando de la mano á dos hermanitos que tenia, se salió de su casa y la prendió fuego. En seguida cogió debajo del brazo izquierdo á los dos niños, y empuñando una espada con la mano derecha salió á la batalla, y peleó denodadamente con los cristianos hasta que la mataron, y á sus dos hermanitos juntamente.

Asimismo sucedió á un caballero de Murcia, llamado Andrés Navarro, hermano del capitan Salvador Navarro, que saliendo de Valor un moro huyendo del furor de las armas cuando el marqués de Velez se mejoró contra el reyecillo, al ver que una dama que llevaba en su compañía y la amaba en supremo grado, no podia andar bastante, y sobrecogida del temor que la habia causado el ruido de la batalla y la barahunda de la gente de guerra, al irlos ya á los alcances el cristiano victorioso, y no pudiendo salir con su intento, que era escapar subiéndose á la sierra, se volvió el moro como un leon dañado á la desdichada muger, y con un puñal la mató, para que el cristiano, que era el susodicho Navarro, no la gozase. Luego el moro se metió por partes que no pudo seguir el caballo del cristiano, quedándose este espantado de la cruel y horrenda hazaña.

Saliendo de Granada otro moro para irse en compañía de aquellos que fueron allá la pasada noche de Navidad, de que ya hemos hablado, y llevando consigo dos hijas pequeñas, la una al hombro, y la otra, que sería de unos doce años, de la mano, al ver que con ellas no podia andar tanto como el escuadron moro caminaba, y

creyendo que los cristianos venian en seguimiento de ellos, tuvo por grande estorbo para su espedicion las dos hijas que llevaba, y resolvió descargarse de ellas, degollando á la grande con un puñal, y enterrando viva á la pequeña en una montaña de nieve: asi se fue listo á la sierra con los demas compañeros. Todas estas cosas que prueban la fuerza del amor, son tan dignas de memoria como las que hacian los romanos.

Si en el cerco de Galera se hubieran encontrado los moros tan bien prevenidos de armas y municiones como lo requeria el caso, y ellos fueran tan buenos soldados como valerosos y determinados á morir, ó nunca los cristianos ganaran la tierra, ó si lo alcanzaran fuera á costa de un copiosísimo derramamiento de sangre; de modo que se pudiera muy bien decir: *Si Africa llora, España no rie.* Pero quiso Dios por su infinita bondad que aquel lugar se ganase con menos dificultad de lo que se pensaba, y el triunfo causó mucha alegria en toda España. Una cosa es muy notable, que aunque el cielo de aquella tierra sea oscuro y lluvioso, Dios no quiso que lloviese entonces, siendo la estacion de invierno, porque el campo de los cristianos no pasara trabajos: pues si hubiera llovido, necesariamente se hubiera levantado el sitio, y el ejército fuera á acuartelarse en Huescar hasta el buen tiempo, porque todas aquellas lomas y quiebras fueran barrizales, y atolladeros todas las ramblas; de modo que costara grandísimo trabajo hacer allí los servicios convenientes al ministerio de la guerra.

En este caso los soldados como eran bisoños, poco prácticos, regalones, y no acostumbrados á padecer ni sufrir trabajos, es muy probable que dejaran el campo, y se fueran á sus casas que estaban cerca, como se vió que lo hicieron en todo el discurso de la campaña por muy pequeños motivos, ofreciéndoseles comodidad para ello. Esto se reconoció claramente el miércoles inmediato á la toma de Galera, que nevó y llovió tanto, que por esta causa fue necesario detenerse allí el campo otros siete dias hasta que el cielo y el suelo facilitaran la marcha para retirarse con la artillería. Entretanto se dió orden para desmantelar el lugar, poniendo fuego á las casas y acabando de allanar la muralla. Hecho esto y repartida la presa, el Señor D. Juan, en nombre de S. M. mandó echar un bando para que nadie osara edificar en aquel sitio, habiendo sido asolado por rebelde á la corona real; y si los herederos de D. Juan Enriquez, de quien era, quisiesen repoblar por allí, pudiesen hacerlo á la parte de las heras, en la llanura, y sin forma alguna de muralla. Aquí concluye la noticia del asedio de la villa de Galera, y para concluir la relacion de la guerra de las Alpujarras, insertarémos sobre lo pasado el siguiente

ROMANCE

de la presa de Galera por el Sr. D. Juan de Austria.

Cercada tiene á Galera
D. Juan el hijo de Carlos,

Quinto, llamado el famoso,
rey de España y sus estados.
Gran campo tiene consigo,
que era placer el mirallo:
muchos grandes le acompañan
de este suelo nuestro hispano,
Duques, condes y marqueses,
muchos de pechos cruzados,
hijosdalgo y caballeros,
hombres ricos, mayorazgos,
Y otros de otras muchas suertes
y de diversos estados,
con otra muy mucha gente
de valerosos soldados.
Al punto quiere batirla,
y acabar con los cercados;
con trincheras plataformas
tiene el campo asegurado.
Por tres partes se combate
con cañones reforzados:
despues de haberla batido
se le dió el primer asalto.
Fué la batalla sangrienta,
murieron muchos cristianos:
tornan de nuevo á batirla
con cañones mas doblados,
Asalto se dió segundo;
mas fue el daño muy sobrado
que los cristianos reciben
por ser el muro guardado
De los moros fuertemente
réciamente peleando.

El Señor D. Juan que entiende
que el batista sale en vano;
Manda hacerle dos minas;
porque el fuerte sea minado.
Las minas salen furiosas;
muy gran parte han derribado
Del lienzo de la muralla
con parte de otro peñasco.
Hízose gran batería,
mas quedó dificultado
El poderse arremeter
por lo que está derribado.
Los moros como se vieron
de las minas maltratados
De aquel sitio se retiran;
mas al lugar se han entrado
sin dejar la batería
con guarda, y á mal recado.
Un soldado de los nuestros
viendo que el sitio han dejado,
por la batería sube
valiente y determinado;
Sin ser de nadie impedido
al rebellin ha llegado,
y tomado ha una bandera
de nuestro enemigo bando,
Y con ella se tornara
sin ser de nadie enojado.
Otros soldados que vieron
lo que hizo este soldado
A la muralla se suben
sin ser defendido el paso:

toda la gente cristiana
al punto hace otro tanto.
Al arma se toca luego;
y arremete todo el campo.
Los moros que lo han sentido
contra sí mal enojados,
Por dejar la batería
olvidada y sin recaudo,
salen luego á defender
á los cristianos el paso,
Y se traba una batalla
muy grande por defensarlo.
Unos llaman á Mahoma,
otros dicen *Santiago*,
Otros gritan cierra *España*,
muera el bando renegado:
todo el dia se pelea
hasta que el sol iba bajo.
Los cristianos con esfuerzo
la victoria han alcanzado:
tres mil matan de los moros
que anduviéron peleando,
Y de niños y mugeres
mataron casi otros tantos:
dos mil tomaron cautivos,
poniendo el lugar á saco.
Luego mandara su Alteza
que fuese el lugar quemado:
este fin tuvo Galera,
y fue merecido pago.

CAPITULO XXII.

Desmantelada Galera el Señor D. Juan se fue á Baza. Se da razon de las personas de cargos que murieron en Galera, y de los heridos.

La toma y destruccion de Galera se divulgó luego por toda España y hasta Argel llegó la noticia, al mismo tiempo en que el Ochali tenia dispuestos dos mil turcos, todos genízaros y escelentes soldados, para enviarlos á las Alpujarras. Este al punto desistió de su intento, y los demas moros levantados del reino de Granada concibieron tanto terror de lo sucedido, que perdieron enteramente sus buenas esperanzas al ver que un lugar tan fuerte como Galera ya estaba asolado, y habian muerto en él, sin que quedara uno de tantos y tan valerosos moros y turcos. El Ochali, rey de Argel, no se atrevió á contrarestar la gran potencia que el príncipe D. Juan llevaba en su campo; pero quien mas tembló del caso fue el capitan Maleh, que tenia allí á la sazon una hermosa doncella, la cual habia ido á ver á unas parientas suyas muy cercanas, y hallándose allí cuando se levantó el lugar murió entre las demas mugeres al tiempo de su rendicion. Dicen de ella que era hermosa en estremo, de modo que la fama de la bella Maleha era celebrada y universal por todo el reino de Granada. Asi que se supo la rota de Galera en el rio de Almanzora, se dijo tambien que entre la asolacion y ruina del lugar se habian quedado escon-

didos unos quince moros y moras en partes muy ocultas y secretas, especialmente en el caño ó mina por donde el agua del rio entraba en Galera; porque los cristianos aunque llegaron á aquel sitio, viendo que el pozo tenia agua no se persuadieron de que pudiera haber allí persona viviente, cuanto mas que desde arriba no podia notarse ni descubrirse por donde entraba la mina, ni la longitud de ella. Ademas, pues, de estos moros y moras de que hemos hablado, se quedaron escondidas otras personas en lugares ocultos, sin que tuviesen noticia de ellas los cristianos, que asi como acabó la pelea, y siendo ya de noche, se ocuparon principalmente de sacar sus muertos de entre los moros, y juntarlos todos hácia una parte para darles sepultura. Los soldados cansados de pelear, y despues de haber buscado su provecho durante aquella noche, que fue muy oscura, se recogieron á sus cuarteles, sin cuidar de otra cosa hasta el dia siguiente, que debian emplear en el enterramiento de los muertos, y en quemar el pueblo, segun se les habia mandado. Entre los moros que estaban escondidos no oyéndose ya rumor de guerra, salió uno á la boca de la mina, y vió que era muy de noche, que todo el suelo estaba cubierto de nieve, y llovia copiosamente; por lo cual determinado á saber el fin en que aquello habia parado, subió á lo alto del lugar, espantándose de tanta mortandad como se manifiesta por aquellas calles. Yendo adelante con gran recelo, se halló con otro moro que hacia la misma investigacion; y habiéndose reconocido

despues de haberse causado mucho temor el uno al otro, preguntándose quién eran, dijo el que salió el último, que en el hueco de una casa tenia escondidas ciertas mugeres y criaturas, y que habia salido á observar en qué estado estaban las cosas. Que á él le parecia ser muy cómoda la noche, y que el campo estaba descuidado, por lo cual podrian salir de aquel sitio muy á su salvo, y poner en cobro las mugeres y niños. El otro que habia salido al mismo efecto, convino con su parecer, y ambos acordaron que se saliese por la mina del agua, y no por las baterías. Asi, pues, los de la casa se fueron á la mina, y por la boca que salia al rio comenzaron á andar de la media noche en adelante, y siguiendo el agua abajo salieron á bastante distancia de allí sin ser sentidos de nadie. Parecia un milagro de Dios que los niños chiquitos no llorasen ni bullesen en aquella sazon, yendo todavia (como trastornados por el estruendo de la artillería pasada). De este modo se escaparon estos y algunos mas por otras partes, ayudados de la oscuridad de la noche, viniendo á juntarse unos y otros al amanecer cerca de la venta del Peral, desde donde por una travesía que se hace de un pinarejo que va á dar al rio de Almanzora, se metieron llorando su desventura, aunque por otra parte contentos de haberse salvado de tan gran peligro, en un lugar que se llama Urraca, siendo ya bien de noche, porque las mugeres no pudieron andar mas. Por fin, allí se hallaron puestos en salvo, y dando noticia á los del lugar de lo que

habia pasado, se supo luego por la gente del rio de Almanzora, y de allí fué avisado Avenabó, el cual sintió gran pesar, porque tenia prontos quince mil hombres para ir con ellos á socorrer á Galera. En Purchena supo luego el capitan Maleh lo que pasaba, y lo sintió muchísimo por la razon especial de tener á su hermana en Galera; y asi triste, pensativo y temeroso, no esperando próspero fin de tales negocios, buscó quien fuera allá secretamente, y averiguara si se hallaba su hermana entre las demas mugeres muertas, ó si estaba cautiva.

Por fortuna un mancebo moro que la amaba mucho y la habia servido muchos años pretendiendo ser cuñado del Maleh, dijo que él iria á Galera, y traeria noticia cierta de la suerte de la Maleha. Su intento era, en el caso que la hermosa mora estuviese cautiva, ir á echarse á los pies del Sr. D. Juan, ofreciéndose á ser su esclavo, y rescatando á su señora, casarse con ella, y quedarse en Huescar, ó pasarse á vivir á Murcia. Determinado al viage el enamorado moro se despidió del Maleh, y montando en un brioso caballo tomó el camino de Galera: luego que llegó á Orce, que estaba despoblado, entró en una casa que él conocia, y dejó allí encerrado su caballo, con copia de pienso para que se pudiese mantener. Luego á media noche estando el tiempo llovioso entró en Galera, donde le espantó el gran número de muertos que iba encontrando, y con que tropezaba á cada paso; pero viendo que todo estaba tan embarazado, no

solo por la destruccion del lugar, sino tambien por los traveses de las calles, que le hacian perder el tino, aunque sabia muy bien la casa donde estuvo alojada su señora, no quiso continuar su marcha por la confusion de aquellas entradas y salidas hasta qué viniera el dia, y con la claridad pudiera acertar el camino por donde habia de ir. Se arrimó á una trinchera, sin poder pegar los ojos en todo el resto de la noche, atormentado de su imaginacion, y atemorizado de los ahullidos dolorosos de los perros y otros animales, que parecia se lastimaban de su desventura con la pérdida de sus dueños. Al romper del alba el animoso moro buscó un punto de donde pudo descubrir todo el campo del Señor D. Juan, y quedó admirado de su gran potencia; en seguida buscó la casa donde su señora habia de estar, y entrando en un patio de ella encontró á un lado muchos moros muertos, y mas adelante muchas moras muertas, entre las cuales reconoció muy bien á su querida Maleha, como quien la tenia tan impresa en el alma. Aunque la mora estaba muerta de tres dias, se conservaba tan bella como si estuviera viva, fuera de la estrema palidéz que ocasionó la falta de la sangre que habia vertido de las heridas. Estaba en camisa la hermosa Maleha, en lo cual manifestó el cristiano que la mató ser de ánimo noble, pues aunque la habian quitado la ropa, la dejaron la camisa, que era rica y labrada de seda verde á su usanza. Al parecer los cristianos acabaron de saquear el lugar y de matar á todos

los moros, siendo ya muy de noche el dia que entraron en Galera; y aunque el Sr. D. Juan mandó que al siguiente se derribase la muralla, no se habia podido hacer por estar lloviendo y nevando de continuo: esta es la causa porque los cristianos aun no habian vuelto al lugar, y la mora se mantenia entre las demas muertas, cubierta con aquella camisa tinta en sangre. Tenia dos solas heridas, y ambas en el pecho, dando mucha compasion ver tal belleza tratada con tan horrible crueldad. Asi que el moro vió y reconoció á su señora, oprimido de gran dolor su corazon, la tomó en sus brazos, y echando un raudal de lágrimas de sus ojos la besaba mil veces en la fria boca, y la decia: «Bien mio, esperanza de mi consuelo, no pensé yo al cabo de siete años que te ha servido, alcanzar la gloria de juntar mis lábios con los tuyos, aunque frios, porque la muerte ha triunfado de tu belleza. ¿Cristiano cruel, cómo tuviste valor para sacarla del mundo? ¿Quisiste bien algun dia; fuiste algun tiempo enamorado; supiste lo que es una muger hermosa? Dí, sí, ó no. Si no lo sabías, no me admiro de tu crueldad bestial; mas si lo sabías, ¿por qué no te acordabas de que fuiste amante, y que esta dama hermosísima que tenias delante de los ojos era un retrato de la tuya, para que detuvieras la mano airada al tiempo de herirla? Si por caso te hubiera enojado ú ofendido algun moro, en hora buena que en él vengaras tu saña; ¿pero cómo podia merecer esta pena un angel, criado para ser objeto de adora-

cion? ¿Pensabas, miserable, que la gloria de un general cuando triunfa del enemigo estaba en matar á una beldad, que no se habia conocido mayor en el reino de Granada? Mal pensaste, y peor hiciste, que semejantes atrocidades son indignas de los que menean las armas: con los varones esforzados debias hacer alarde de tu valor, y no contra quien ningun daño te podia hacer. Cruel, mataste á quien daba vida y muerte con sus ojos, á aquella que tras de su mirar se llevaba mil almas colgadas. Dí, villano, ¿si no la mataras, dejaras de alcanzar mayor gloria y provecho, teniendo presa á quien á tantos sabia prender? Yo fuera á buscarla donde la tuvieras, y en lugar de un esclavo hallarias dos, porque te sirviera como tal, entregándome en tus manos. Mal lo miraste, cristiano, y yo te juro por el alma de mi bien, que cuanto pueda te he de buscar para darte el galardon que merece tu villana mano.» Y asi lo hizo este moro, como se dirá mas adelante; pues muchas veces se hallan las cosas que bien se buscan. Volviendo ahora al caso digo, que el moro despues de haber desahogado su pasion, y cansádose de abrazar y besar con mil amores á su señora difunta, estaba determinado á aguardar la noche para al abrigo de su sombra poderla sacar de allí, y llevarla consigo al rio de Almanzora; pero viendo luego que era caso dificultoso, mudó de intento, y resolvió darla allí sepultura, disimulando cuanto pudo el lugar donde la dejaba depositada. Tomó luego un carbon, y en la pared, que era

blanca, escribió en lengua arábiga este

EPITAFIO.

Aquí la bella Maleha
yace, hermana del Maleh;
yo el Tuzani la enterré
por ser mi señora idea.
Matóla un perro cristiano;
mas él me vendrá á la mano
donde perderá la vida,
pues de mi bien fue homicida,
como pérfido villano.

Luego que el Tuzani, asi se llamaba el moro, acabó de escribir el susodicho epitafio, se salió de Galera siguiendo el rio abajo por la mina del agua, teniendo ya de antes noticia de ella; y como la caballería cristiana se habia separado de allí despues de rendido el lugar, tuvo el moro la facilidad necesaria para salir del rio y meterse por un ramblizo oculto, el cual siguiendo, no fue de nadie descubierto, porque no cesó de nevar y llover; y luego que llegó á Orce tomó su caballo en la casa donde le habia dejado, y no paró hasta Purchena. Allí refirió al Maleh cuanto habia visto, la gran mortandad de moros, moras y criaturas que halló por las calles y las casas, entre las cuales habia encontrado muerta á su hermana, y dádola sepultura: todo lo cual sintió él mucho, y lloró amargamente la pérdida de su amada hermana Maleha, dando ocasion á que sobre esto se hiciera el siguiente

ROMANCE.

En Purchena está el Maleh,
que no osaba salir della,
con deseo de saber
lo que pasaba en Galera;
Y estando un dia en consejo
con muchos moros de guerra,
vuelto á ellos suspirando
de este modo les dijera:
«Mucho deseo saber
lo que ha pasado en Galera;
como sostiene el asedio
y cerco que está sobre ella.
Le daria por muger
á mi hermana la pequeña,
al que me dijese ahora
lo de Galera y de Huescar;
Si es ganada, ó no es ganada,
si está libre, ó está presa,
porque tengo allí á mi hermana
la que le llaman Malbha,
Que fue á ver á mis parientes:
ojalá que allá no fuera!
y si Mahoma quisiese
decir lo que pasa en ella,
Yo le hiciera sacrificio
de una cristiana doncella.»
Allí habló un moro mozo,
diciendo de esta manera:
«Ofrezco hacer ese viage
por ganar tan alta empresa:

siete años serví á tu hermana
sin alcanzar cosa de ella.
Porque veas si es asi,
he aquí un retrato della.»
Allí sacara el retrato
en una hoja pequeña
De un blanco y liso papel,
que cualquier la conociera,
pareciendo tán al vivo,
que dijeran que era ella.
Otro dia de mañana
se saliera de Purchena
en un ligero caballo
que rucio rodado era.
Borceguí lleva calzado,
y un alpargate de seda;
lanza y adarga llevaba,
y un alfange en la corréa.
Y en el arzon de la silla
una escopeta de piedra,
que el moro la entiende bien,
que en Valencia lo aprendiera.
Toda una noche camina
por una áspera sierra,
sin temer fuerza cristiana,
porque amor va en su defensa;
Y al tiempo que el sol salia
descubre el campo de Huescar.
En Orce aguardó la noche,
que entrar oculto quisiera,
Y allí dejó su caballo
con recado que le diera,

en una casa escondido,
y él parte por una senda.
En Galera entraba el moro
por sitio que conociera,
sin ser de nadie sentido,
porque el cielo llueve y nieva.
El moro se espanta al ver
tan destruida la tierra,
y de encontrar tantos muertos
de la batalla sangrienta:
Y como era ya de noche,
no puede atinar la puerta
do entiende que está su dama,
ó la piensa hallar muerta.
Y si muerta no la halla,
que es cautiva es cosa cierta
aguarda que venga el dia
para poder dar la vuelta.
El dia siendo venido,
la casa bien conociera;
sin temor se mete el moro
hasta el patio, donde viera
Estar muchos moros muertos
de cuchilladas muy fieras.
Mas adentro en una sala
vido muchas moras muertas,
Donde muerta tambien halla
á la hermosa Maleha.
Con lágrimas en sus ojos
la abraza, y mil veces besa,
con palabras muy sentidas
solemniza su tristeza.

El cristiano hubiese mal
que mató tanta belleza:
mas yo juro por Mahoma
de tomar de ello la enmienda.
Con esto el moro buscaba
por la casa una herramienta
para poder sepultar
á su infeliz dama muerta.
Un azadon ha hallado,
y con él hizo una huesa;
llorando entierra á su dama,
cubriéndola bien de tierra
Hácia una parte del patio
que no fuera descubierta;
y en la pared con carbon
un epitafio escribiera,
Que el nombre suyo declara
y el de la bella Maleha.
Habiendo hecho esto el moro
de Galera se saliera
Por la mina que va al rio
muy secreta, y de manera
que de ninguno fue visto
por la lluvia que cayera.
A Orce se vuelve el moro,
do su caballo le espera:
en él huye muy lloroso
y vuelve para Púrchena
donde le contó al Maleh
la ruina de Galera,
y cómo á su buena hermana
entre otras halló muerta.

Dicen que este moro animoso era de Cantoria, ó de los Velez, y le llamaban el Tuzani: estaba tenido por muy ladino y valiente, y tan aljamiado, que nadie le pudiera tomar por morisco, habiéndose criado de niño entre cristianos viejos. Asi que este llegó á Purchena dando la nueva de lo que habia pasado en Galera, y del gran campamento de los cristianos, resuelto á vengar la muerte de su dama, se salió del rio de Almanzora en trage de soldado cristiano, tan bien puesto, que al verle nadie le creyera morisco. Una buena espada en un tahalí bien hecho, su escopeta de rastrillo, tambien muy buena, y que él sabia manejar, porque habia estado muchas veces en Valencia y en Játiva, y en otros lugares donde se usan semejantes armas, y en donde compró aquella llave de su escopeta. Saliendo asi de Purchena, y llevando recados del Maleh para que los moros de aquel rio no le impidieran su camino, no paró hasta Baza; de allí se fue al campo del Señor D. Juan, y se llegó á las banderas del tercio de Nápoles. Despues contarémos lo que hizo este moro, que es digno de memoria, y ahora trasladarémos aquí otro romance que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro.

ROMANCE.

Mastredages marineros
de Huescar y otro lugar
han armado una Galera
que no la hay tal en la mar.

No tiene velas, ni remos,
y navega, y hace mal;
el castillo de la popa
tiene muy bien que mirar.
La carena es una peña
muy fuerte para espantar;
quien pudo galafatarla,
bien sabe galafatar.
No lleva estopa, ni brea,
y el agua no puede entrar
sino por escotillon,
hecho á costa principal.
Marinero que la rige
Sarracino es natural,
criado acá en nuestra España
por su mal y nuestro mal:
Abenhozmin ha por nombre,
y es hombre de gran caudal.
Confiado en su Galera
va diciendo este cantar:
«Galera, la mi Galera,
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo,
y del Príncipe D. Juan,
Y de su gente española,
que te viene á conquistar.
Si de este golfo me sacas
delante pienso pasar
A la vuelta de Toledo,
Madrid y el Escurial:
el Pardo y Aranjuez
los presumo visitar,

Y llegar á las Asturias
do otra vez pudó llegar
Abenhozmin mi pasado,
que vino de allende el mar,
Y poseyó las Españas
casi mil años, ó mas.»
Estas palabras diciendo
la Galera fue á encallar;
No puede ir adelante,
ni puede volver atrás.
Cristianos la rodearon
para haberla de tomar;
Toda es gente belicosa,
con ellos el gran D. Juan.
Comienzan de combatirla,
y ella quiere pelear
Sin darse á ningun partido;
antes quiere allí acabar.
Fuertemente la combate
el de Austria sin la dejar;
Con cañones reforzados
comienza á cañonear.
Poco vale combatirla,
que es fuerte para espantar,
Hasta que le arrojan dentro
pólvora, fuego, alquitran,
con que la dan cruda guerra,
y al fin la hacen volar.
Asi acabó esta Galera
sin poder mas navegar.

Para manifestar la importancia de la toma de Galera daremos noticia de los caballeros, capita-

nes y alféreces que murieron y salieron heridos durante el cerco y en los asaltos que se dieron á su fortaleza.

Gefes y capitanes heridos. El marqués de la Fabara, el maese de campo D. Pedro de Padilla. *Los capitanes* Rui Francos de Buytron; Vilches; Valenzuela; Gomez García de Guevara, de Lorca; D. Pedro Zapata; D. Pedro de Sotomayor; D. Alonso de Luzon; Pedro Ramirez de Arellano; Juarez; D. Felipe de Samano; el capitan y sargento mayor Salante; Lázaro de Heredia; D. Pedro de Zambrana; D. Sancho de Leiva, D. Luis Carrillo; D. Diego y D. Rodrigo de Mendoza; Francisco de Molina; Torrellas; Salinas; Tordesillas; Salvador Navarro; Francisco Galtero; D. Fernando de Silva; D. Juan de Benavides; D. Juan de Perea, del hábito de San Juan; Juan de Velasco; Pagan de Oria, hermano del Príncipe Juan Andrea; Diego Vazquez de Acuña.

Idem muertos. D. Juan de Castilla. *Los capitanes* Beltran de la Peña; Martin de Lorita, alferez mayor de Lorca; Adrian Leonés, de Lorca; Carlos de Antillan; D. Antonio de Peralta; Pedro Mendez de Sotomayor; Maqueda; Pedro de Lujan, entretenido; Mendoza, continuo del rey; el capitan de campaña del tercio de Nápoles; el capitan Baltasar de Aranda; D. Juan Pacheco, del hábito de Santiago; D. Juan de Castañeda; el capitan Zurita.

Alféreces heridos. El alferez de Diego Vazquez de Acuña; Tomás Perez de Avia, entretenido; Camarga; Barrios; el sargento Bustillos; el alfe-

rez Tapia; Baltasar de Aranda; Juan Ponce; Barahona; Francisco Riquelme; Bocanegra; el alferez del capitan Valenzuela; el alferez y el sargento del capitan Peralta.

Idem muertos. D. Juan de Benavides, Zorita.

CAPITULO XXIII.

El Señor D. Juan llegó á reconocer el castillo fuerte de Seron, y allí le mataron los moros cuatrocientos soldados, entre ellos á su ayo D. Luis Quijada. Tócanse otras cosas dignas de memoria sucedidas á la parte del poniente.

Acabada de ganar la inexpugnable fortaleza de Galera con muerte de tantos y tan valerosos capitanes, alféreces y soldados, fue necesario que todo el campamento se detuviese allí siete dias por estar lloviendo y nevando continuamente; cosa que pareció de misterio, porque aunque se estaba en el rigor del invierno, no habia llovido una gota de agua durante todo el tiempo del asedio. Luego que el cielo se tornó claro y sereno, y que los caminos se orearon para que se pudiera retirar la artillería con comodidad, mandó S. A. que el ejército tomase la vuelta de Baza, quedándose en Huescar los heridos hasta su curacion. Hubo sin embargo cuatro capitanes de Murcia, á saber; D. Pedro Zambrana, Francisco Galtero, Salvador Navarro, y D. Luis Carrillo, y el alferez D. Francisco Riquelme, que aunque estaban mal heridos no quisieron dejar el campo,

sino seguir las banderas del Señor D. Juan; y con su ejemplo salieron despues otros muchos capitanes. Pero de todos ellos ninguno estaba herido de mas peligro que el capitan de Murcia Francisco Galtero, porque la herida le cogia debajo de la barba, no muy lejos de la vena orgánica: este era hermano de Alonso Martinez Galtero, aquel que en la batalla de Verja se habia portado tan valerosamente, que salió todo bañado de sangre de los enemigos que habia muerto por sus manos, y que dió en el mismo dia un consejo tan acertado, que si el marqués le quisiera tomar, se acabara entonces la guerra del reino de Granada. Por desgracia S. E. pensando de otro modo; no le tuvo por seguro y pasó por ello fácilmente sin pensar bien el caso. Llegando á Baza con su ejército el Señor D. Juan, supo que D. Enrique habia salido desbaratado de la entrada del rio de Almanzora, perdiendo gran parte de su gente; y pesándole mucho á S. A. determinó entrar por el mismo rio para poner fin á la guerra de aquellos lugares, dejando en todos bastante presidio, y pasar luego á las Alpujarras, juntándose con el duque de Sesa, y no descansando hasta que quedase sofocada toda la rebelion. Ya estaba S. A. determinado á seguir este plan, cuando recibió cartas del duque, las cuales leyó, y decian asi:

Cartas del duque de Sesa al Señor D. Juan.

«Esclarecido príncipe: he hecho todo lo posible por llegar á las manos con Avenabó; mas el moro

lo rescusa, y cifra todo su negocio en darme alarmas falsos, y andar siempre tras de mis escuadrones por cansar á los soldados, saliendo á las escoltas para desbaratarlas y robarlas. Si por caso nos hallamos alguna vez en rompimiento de batalla, siempre es en parte donde pueda presentármela á su salvo, junto á la sierra mas fragosa que se halla al paso, porque esta es su amparo; de forma que andando de esta suerte jamás se acabará la guerra. Para que se termine es necesario que V. A. ande por una parte con un ejército, y yo con otro por estas Alpujarras. Si de esta suerte no se hace, hay guerra para siempre: véngase V. A. por acá lo mas pronto que pueda. Está por los mios Castil de Ferro, adonde se tiene entendido que ha de venir á los moriscos el socorro de Africa. Guarde Dios nuestro Señor la Real Persona de V. A. muchos años. De Orgiva etc.»

Esta carta apresuró la marcha del príncipe hácia el rio de Almanzora, saliendo luego de Baza con su campo hasta un pueblo llamado Caniles, distante dos leguas, donde se alojó. Allí se dispuso que el Señor D. Juan saliese con tres mil hombres de á pie y de á caballo para reconocer á Seron, y que el resto del ejército permaneciera en Caniles, donde le dejarémos para decir alguna cosa del duque, pues hace ya mucho tiempo que no hablámos de sus cosas.

Dice ahora la historia que Avenabó como tan interesado, fue uno de los que primero tuvieron noticia de la rendicion de Galera; y consideran-

do que ninguno de todos los demas lugares tenia tanta fortaleza, y que por esta causa la guerra que llevaba adelante el hermano del rey D. Felipe no podria menos de parar en daño suyo, lleno de temor jamás osaba entrar en batalla con el duque de Sesa: divertíale disimulando su cobardía, y solo se ocupaba en ir tras de las escoltas para los presidios. Con este propósito dió gran cantidad de soldados moros al capitan Dalí, y le mandó que se apostara siempre en las estrechuras de los caminos para que no se le escapase escolta alguna, á la cual dejara de quitar los bastimentos que llevase. Por su parte procuraba andar cerca de las banderas cristianas, ocupándolas bastante para que no osasen acudir á favorecer las escoltas, y procurar de este modo que el Dalí pudiera siempre salir victorioso contra ellas; porque sabia muy bien, que aunque el duque no tenia tanta gente, llevaba artillería y gran cantidad de caballos, en lo cual le aventajaba mucho. Asi no le osaba esperar ni dar batalla, sino entretenerle y fatigarle para que sus soldados, hartos de los trabajos que pasaban inútilmente por las sierras, desertasen, y fuera sucesivamente deshaciéndose el ejército enemigo hasta el punto que viéndose el duque sin gente se saliera de las Alpujarras y las dejase libres. Pero S. E. no tenia tal designio, y solo pensaba en acabar la guerra, ayudado del príncipe, como ya se ha dicho.

Por este tiempo salió de Granada una gruesa escolta de cuatrocientos soldados bien dispues-

tos; y el Dalí en seguida se puso en el camino tomando la parte mas secreta para dar sobre ellos de improviso. Avenabó teniendo aviso de esto salió tambien por el camino de Acequias, que es un pueblo que está sobre el camino de Granada, para que si el duque venia á proteger la escolta, encontrase allí impedimento que se lo estorbara, mientras daba en ella el Dalí con los suyos. Con efecto, así que el duque supo la venida de aquella escolta, pensando que traeria bastimentos para su real, salió á la parte de Acequias por librarla de cualquier peligro: luego se encontró allí con Avenabó, por lo cual se trabó á deshora una escaramuza cruel entre los dos ejércitos; pero el duque mandó jugar ciertas piezas de campaña que llevaba en el suyo, y por su efecto se retiró Avenabó muy poco á poco, sin mostrar pesadumbre alguna, para que el duque se entretuviera en perseguirle, y entretanto el Dalí tuviese tiempo de habérselas con la escolta y desbaratarla. El valeroso duque viendo que Avenabó se retiraba, resolvió marchar á un lugar cercano, llamado Poqueira, rodear por allí el monte, que era muy alto, y dar en Avenabó por la retaguardia; mas este no inadvertido de semejante industria, se retiró un poco mas adentro. En este tiempo el Dalí cayó sobre la escolta de los cristianos cerca de Lanjaron, con tanto poder, que si no fuera por el esfuerzo del buen capitan que traia, llamado Andres de Mesas, soldado viejo y valeroso, y de D. Pedro de Velasco, pariente muy cercano del condestable, á quien por ser buen militar

enviaba S. M. para que reconociese el estado de la guerra de las Alpujarras, y poniéndose de acuerdo con el duque se adoptaran por via de negociacion los medios convenientes de terminar las disensiones con los moriscos; digo que al verse estos dos capitanes tan audazmente acometidos por los moros, animando mucho á los suyos, dieron en ellos con tanto ímpetu, que se vieron por último los moros obligados á retirarse. Viéndolo el Dalí escitaba á los suyos, diciéndoles á grandes voces que se mantuvieran firmes, y que no temiesen á los cristianos, que eran pocos; que considerasen cuanto les iba en quitarles los bastimentos que llevaban al duque para su ejército. Con esto cobraron aliento los moros, y volvieron á la batalla con grande ánimo; pero fueron bien recibidos de los cristianos y de ambas partes se trabó una pelea tan reñida, que á D. Pedro de Velasco llegaron á tomarle el caballo, y él quedó á pie con la espada y rodela por defensa, obrando prodigios como soldado valeroso. Poco sin embargo les valiera su denuedo á los cristianos si la discrecion del duque no les proporcionara socorro en tal apuro; porque como vió S. E. que Avenabó, despues de haberle presentado la batalla, se habia retirado con poca ocasion, pensó desde luego que su ánimo no habia sido otro que entretenerle con las apariencias de pelea, enviando por otra parte gente bastante para que diese en la escolta que venia de Granada. En fuerza de esta presuncion mandó que al punto saliesen cuatrocientos caballos de los mejores del ejército, y

con ellos otros tantos peones bien armados, para que tomasen con la mayor diligencia el camino de Granada hasta encontrar la escolta que venia, y que deberian convoyar. Salieron al instante dichos caballos, llevando cada uno á las ancas un peon, y á toda priesa tomaron la vuelta de Granada; mas aun no habian andado una legua, cuando oyeron la arcabucería que andaba entre los cristianos y los moros del Dalí. Oyendo el estrépito de la pólvora, y guiados por él al campo de batalla, apretaron el paso, y llegaron á tan buen tiempo, que los cristianos llevaban ya lo peor, por ser muchos los moros que habian caido sobre ellos; pero así como vieron estos encima aquel tropel de caballos, hicieron de su gente dos partes, para que la una diese en ellos y la otra en la escolta. Al principio creyeron que la caballería llegaba sola; pero cuando vieron saltar un peon de cada caballo, y que juntos todos acometian gritando *Santiago, Santiago*, no quisieron los moros aguardar mas, y tomando por amparo la escabrosidad de la sierra, desaparecieron repentinamente, y cesó la batalla, quedando de ambas partes algunos muertos: así llegó la escolta al campo del duque, que no fué mal recibida. El Dalí fue á juntarse con Avenabó, dándole cuenta de lo mal que le habia salido su intento, y de allí se retiraron todos á Andarax. El duque se fue con su ejército adonde llaman los Algines, con ánimo de hacer allí alto; y llegando entre Ferreira y Cadiar, junto al rio de Júbiles, al ponerse el sol, se alojó el ejército can-

sado en el sitio mas fuerte que para su seguridad se pudo hallar, y permaneció allí algunos dias, durante los cuales un valeroso capitan moro, llamado Noabe, con quinientos arcabuceros, se atrevió á alarmar el campo del duque; pero los nuestros desde una emboscada le dieron á una tan terrible descarga, que malamente roto pudo escapar de sus manos. Ahora conviene dejar al duque alojado en Jubiles, para hablar del Señor D. Juan que estaba en Caniles, habiendo mandado ir á reconocer la villa de Seron, como queda dicho.

Su Alteza llegó con su campo á un lugar llamado Caniles, y allí dió orden de seguir por el rio de Almanzora, dando sobre Seron, Purchena, y los demas lugares de aquel rio hasta que que se diera fin á la guerra de Granada. Con este intento salieron tres mil hombres de á pie y de á caballo tomando la vuelta de Purchena, y en el camino se le dió noticia al Sr. D. Juan de que no podia llegarse á aquel punto siguiendo el rio abajo, sin tocar primero por las faldas de Seron, donde habia gran copia de moros que con buen campo aguardaban que llegase allí. S. A., de acuerdo con los demas capitanes, y con su ayo Quijada, determinó que diesen desde luego sobre Seron, al cual punto llegaron el dia siguiente al romper el alba. Maravillóse de ver tan alto é inexpugnable aquel puesto, coligiendo que si su fortaleza se ponia en defensa, habia de ser aun más dificultoso de ganar, y con mayor costa de sangre que la villa de Ga-

lera. Los moros, noticiosos de antemano de la venida del ejército contrario, se valieron de un ardid para perderle mas pronto; y con este intento mandaron que las mugeres y las criaturas salieran del lugar tomando la vuelta de la sierra, y que delante de ellas fuera la mitad de la gente de guerra que tenian, quedándose la otra mitad escondidos en el castillo. Asi, pues, las moras y los muchachos principiaron á salir del lugar llevando delante y detrás de ellos una buena tropa de moros, bien prevenidos de arcabuces. Los cristianos que los vieron salir de aquella manera comenzaron á gritar: «A ellos, que huyen, no se nos vayan á la sierra, porque si se van, no tendremos derecho á ellos.» Diciendo esto y considerando que el engaño de los moros pudiera salir favorable á su intento, los cristianos acometieron al lugar por aquella cuesta arriba, y cuando llegaron á lo alto, mas codiciosos de robar que de batallar, se hicieron dos mangas, de las cuales la una siguió á los moros y moras que á su parecer huian, y la otra se metió en el pueblo, y principió á saquear las casas con mucha diligencia. Las moras que habian salido de allí, se pararon todas y se sentaron en tierra: llegaron los cristianos y las prendieron, y algunos soldados fueron tras de los moros que las llevaron para pelear con ellos. A este tiempo pareció en lo alto de la sierra una humadera no muy grande, que era señal cierta que tenian los moros adoptada para socorrerse; y apenas se divisó cuando por la parte de Tijola vieron aso-

mar unas banderas con mas de diez mil soldados moros, todos tiradores. Los que habian salido del lugar con las moras se volvieron luego sobre los cristianos, que los seguian con un ímpetu terrible, y les dieron una brava descarga de arcabucería; de tal manera, que convino á los cristianos retirarse hasta el punto en que sus compañeros habian alcanzado á las moras, á fin de hacer desde allí rostro á los moros hallándose todos juntos. De poco les sirvió este acuerdo, porque venian contra ellos los moros con gran pujanza, é iba acercándose el poderoso socorro que aguardaban; por lo cual principiaron á escopetear á los cristianos, trabándose entre unos y otros una brava escaramuza. Pero en ella llevaban los nuestros lo peor; de suerte que se vieron forzados á desamparar las moras y volver las espaldas á sus contrarios, que los fueron persiguiendo, matando, hiriendo, y cautivando á muchos de ellos. En aquel momento los moros que veian lo que pasaba desde el castillo en que estaban escondidos, entendiendo que los cristianos que entraron en el lugar estarian ocupados en el saqueo, salieron de donde estaban ocultos, y lo primero que hicieron fue tomarles todas las salidas para que ninguno se escapase: los demas, que eran mas de mil, dieron luego sobre los que estaban robando, muy descuidados de aquel peligro, y mataron á muchos de ellos, yendo buscándolos por las casas; de suerte que no se escapaba ninguno. El Sr. D. Juan que estaba con la caballería á la orilla del rio, viendo por la al-

tura venir aquel socorro, y otro ademas por el mismo rio, que traia el Maleh con mas de seis mil moros, mandó á toda priesa que se tocase á recoger, recelando el peligro de la gente que andaba por la altura y dentro del lugar. Tocaron luego las trompetas y las cajas; pero los soldados que estaban embebidos en el saqueo, pensando qúe aquella señal se hacia para que cesaran, se estuvieron quietos, llevados de su desenfrenada codicia, y sin atender á lo que les obligaba el arte militar. Mas cuando vieron luego sobre sí tanta multitud de moros, entendieron que el aviso de recoger era bueno y oportuno; y queriéndolo hacer no pudieron, porque, como dicho es, les tenian tomadas todas las salidas, y si alguno escapaba era por gran ventura y especial favor del cielo. Tanto los miserables cristianos que habian ido tras de las moras, como los que se habian quedado en el lugar engolosinados con el robo, viéndose todos tan cercados y oprimidos, que no podian escapar por ninguna parte sin notorio daño, unos resolvieron meterse dentro de la iglesia haciéndose allí fuertes, y otros romper por los pasos defendidos, y bajar adonde estaba la caballería. De aquellos que tomaron esta última resolucion escaparon muchos, y los demas quedaron allí muertos, porque la salida era por unas calles muy estrechas que estaban tomadas por los arcabuceros moros. Muchos cristianos murieron de la primera rociada de arcabucería; pero luego que con la espada en la mano vinieron á embestirse unos y otros,

se trabó una escaramuza cruel y sangrienta, en la cual murieron no pocos moros. La caballería no podia socorrer á los nuestros, porque los caballos no podian andar por aquellas estrechuras. Puestos en defensa los cristianos que se refugiaron en la iglesia, ofendian á los moros con teson, esperando que el Sr. D. Juan les socorriese; mas era vana su esperanza, porque el Maleh en compañía del alcalde de Tijola y mas de seis mil moros, embistieron á la caballería cristiana, de suerte que impidió que pudieran ser socorridos los del lugar. El Maleh llevaba consigo unos cincuenta hombres de á caballo, armados de muy buenas escopetas, á modo de herreruelos de Flandes, los cuales acometieron con furia, y dieron una buena descarga de arcabucería: retirados estos entraron los moros de infantería y dieron otra carga muy cruel, que hizo grande estrago en los nuestros. Viéndose apretado el Sr. D. Juan, y que su gente de infantería andaba desconcertada, principió á animar á sus soldados, y á fuerza de voces y exhortos reunió bastante número de ellos, con los cuales y la caballería hizo frente al enemigo; pero reconociendo S. A. la ventaja que le llevaba, mandó luego que sus banderas fueran retirándose con buen orden, y de modo que los suyos no fuesen desbaratados. En aquel momento andaba gran vocería y confusion por todas partes, porque dentro del lugar se oian los tiros de arcabucería que andaban entre los cristianos y los moros, y á la margen del rio no habia menos estrépito. El Sr. D. Juan

lleno de valor andaba por todas partes animando á su ejército, y ordenando la retirada para que se hiciese con buen concierto y sin dejar de pelear. Los moros no los dejaban un punto, y les decian palabras injuriosas, como *ahora pagaréis lo que hicísteis en Galera*. Andando la accion tan revuelta le dió á S. A. una bala en la celada, de suerte que se la abolló. Esto dice Rufo, pero otros afirman que no le pegó sino en el acerado arzon trasero de la silla, y que de allí botó y mató á un soldado, natural de Baza. En seguida vino otra bala diabólica de los enemigos, y alcanzó al buen D. Luis Quijada, ayo de S. A., dándole un golpe tan malo, que le pasó el muslo, y le rompió la canilla. Luego que el príncipe supo la desgracia de su ayo, sintió gravísimo pesar, y mandó que con toda diligencia se le llevase á Caniles. Los moros vinieron siguiendo á los nuestros mas de una legua; pero recelosos luego de alguna grande emboscada, no pasaron adelante, y se volvieron á Seron, donde hallaron trabada gran batalla entre los moros y los cristianos que estaban dentro de la iglesia. Estos se defendieron valerosamente todo aquel dia, y parte del otro; pero habiéndoseles acabado las municiones, y viendo que no eran socorridos, tuvieron que rendirse á discrecion; unos fueron muertos, otros declarados cautivos, recibiendo todos el justo pago de no haber atendido al cumplimiento de su obligacion por cebarse en el robo. Pesóle mucho de su desgracia al Señor D. Juan, que no pudo remediarla, y pasó á Ba-

za, donde se hicieron todas las diligencias posibles por la curacion de D. Luis Quijada, sin obtenerse buen resultado; de manera que murió pocos dias despues, causando á S. A. gran dolor, como si hubiera perdido á su propio padre. El único consuelo que quedaba en aquella desgracia era hacer al difunto solemnísimas obsequias, y un enterramiento digno de un buen general y militar esclarecido; para lo cual el Señor D. Juan mandó que todos los capitanes mostrando gran tristeza salieran con sus compañias, y llevaran los atambores destemplados y los pífanos tocando dolorosamente; que los alféreces llevasen las banderas tendidas, y arrastrando por el suelo, y los soldados con los arcabuces al revés de como se suelen llevar. De esta suerte fueron pasando por su orden los tres tercios del ejército, el de Nápoles que era de D. Pedro de Padilla, el de Antonio Moreno, y el de D. Lope de Figueroa. Iba detrás de toda la infantería D. García Manrique con la caballería, los estandartes arrastrando, y tocando las trompetas sonatas lúgubres, de tal modo, que cuantos oían aquella música sentian en su alma profunda tristeza, y prorrumpian en llanto, aunque fueran de duro y empedernido corazon. En la retaguardia de la caballería llevaban el ilustre cuerpo de D. Luis Quijada dentro de un ataud cubierto de paños negros, y le acompañaba inmediatamente el Sr. D. Juan con muchos caballeros principales, duques, condes, y marqueses, y señores de estado, todos vestidos de luto. Con esta ceremo-

nia llegaron á S. Gerónimo, y allí fue sepultado el noble caballero con tanta honra y grandeza como si fuera un rey; teniéndolo muy bien merecido, tanto por haberse hallado sirviendo al emperador en todas las guerras de Flandes, Francia é Italia, como por haber sido ayo de un Príncipe tan escelso como el Sr. D. Juan de Austria. Creemos piadosamente que el alma de D. Luis subiria al cielo con el oloroso incienso que se quemó en los altares de S. Gerónimo, porque siempre habia empleado la vida en pelear contra enemigos de nuestra santa fé, y por último murió batallando con ellos como soldado valeroso. Hechas las funerales obsequias con tanta solemnidad, de orden de S. A. se puso sobre su sepulcro en un marmol blanco y pulimentado este

EPITAFIO.

Cortó la dura parca
el hilo de la vida
á aquel que en vida y muerte siguió á Marte,
y al hijo del monarca
de fama mas crecida,
le fue adoptivo padre en toda parte.
Sintió el segundo Marte,
hijo de aquel famoso
D. Carlos, dolor fuerte,
en ver la dura muerte
de su querido ayo, piadoso
Quijada, que ya el suelo
el cuerpo cubre, y el alma goza el cielo.

La muger del buen Quijada, que era del linage de los Ulloas, se halló en este tránsito doloroso, y haciendo grandes lamentos fue muy conhortada del Sr. D. Juan, ofreciéndose S. A. á mirarla en adelante y respetarla como á su misma madre.

Luego despues mandó el Príncipe que tomase el campo la vuelta de Seron, con ánimo de asolarle y vengar así en los moros la muerte de su ayo. Comenzaron á marchar por el rio de Almanzora para dar en Seron, donde los dejarémos hasta su tiempo, y dirémos algo del duque y de Avenabó, que estaban en la Sierra sin llegar á las manos, porque el moro ponia todo su estudio en eludir la batalla, y cansar al duque, dando tiempo á que sintiera la necesidad de bastimentos, y en fuerza de ella se le deshiciese el ejército. No andaba en esto muy engañado el moro, porque efectivamente el duque tenia gran campo y padecia necesidad: de esta suerte buscando á Avenabó para dar fin á la guerra, llegó á Pitos de Ferreira, pasó á Ogijar, y de allí se fue á Valor, pero en ninguna parte pudo hallarle y darle la batalla. Toda su diligencia y trabajo eran inútiles, porque el perro de Avenabó le huía siempre la patada, pensando vencerle huyendo; porque, como se ha dicho, sabia muy bien que en el campo del duque andaban ya muy escasos los bastimentos, y á él no le faltaban. Un dia, pues, estando en Andarax, pronunció á sus capitanes el razonamiento siguiente:

«Ahora, capitanes valerosos y fuertes solda-

dos, quiero valerme con nuestros enemigos del mismo ardid que usó el prudente Fabio Máximo de Roma con los de Africa, en el tiempo de aquellas crudas guerras que hubo entre romanos y africanos. Todo consistió en ir dilatando á los enemigos la batalla, sin llegar al rompimiento de las armas con ellos, trayéndolos á la necesidad de rendirse por falta de medios para proseguir la guerra. Y no se crea que es cobardia rehusar la batalla al enemigo, si se le puede vencer sin peligro ni derramamiento de sangre; pues es prudencia y discrecion ardides de buenos soldados y generales sagaces. Asi, pues, sabiendo yo que el duque tiene grande falta de bastimentos, y que su campo padece, por haberse metido en parte de donde sin comprometer su honor no puede retroceder ni desistir de su propósito, no viniéndole de Granada el sustento que espera por momentos con escoltas, quitándole estas y destruyéndolas los nuestros, dad al general y á su ejército por perdidos. Asi digo que el valeroso capitan Partal asista en Orgiva, siempre inmediato al campo del duque para que cualquier escolta que venga de Granada se la quite, llevando consigo mil soldados valerosos. Digo tambien que el capitan Moxaxar con otros mil soldados corra desde la taha de Andarax hasta la tierra de Gador, y vuelta de Almería y Adra, haciendo cruda guerra; y el Garal con cinco compañías estienda su distrito hasta Ventomiz y la vuelta de Velez Málaga, teniendo allí sus espías para saber lo que pasare por aquellas partes. El capitan Arrendate

con seis banderas tome la Sierra-Nevada y sus faldas, y el capitan Puntal con siete banderas llegue hasta la Vega y puertas de Granada, estando todos siempre alerta para coger las escoltas, y no dando lugar á que lleguen al campo del duque. De esta suerte yo sé que amainará su loca presuncion, porque el hambre le pondrá en tal aprieto, que le convenga abandonar su intento y salir de las Alpujarras. A esotro campo del hermano de Felipe que el duque aguarda por horas, yo le pondré tales tropiezos é inconvenientes, que no llegue á la Alpujarra tan presto como piensa, porque en Seron, que es lugar fuerte, hay mucha gente de guerra con el valeroso Maleh, y el alcaide de Tijola; de modo que la vista de Seron le ha costado ya al de Austria mas de quinientos soldados y la vida de su ayo, de lo cual ha sacado mas pena que gloria; y si por caso tomare á Seron, que no le costaría poco, luego le pondrémos por delante á Tijola, que es un fuerte inexpugnable, y asi le irémos entreteniendo hasta que el duque se apure de todo punto y se deshaga su ejército. En este intervalo de tiempo nos vendrá el socorro de Argel, pues ya envié yo á decir al Ochali que la pérdida de Galera no hace ni deshace nuestro intento principal, y que no por eso deje de enviar la gente que tiene pronta para venir á España. De esta manera podremos luego dar fin con nuestros enemigos, y salir triunfantes de la empresa comenzada, á pesar de todo el mundo.»

A la conclusion de este discurso todos los del

consejo de Avenabó aplaudieron su buen juicio, teniéndole por muy discreto y sagaz en la direccion de las operaciones militares. Asi como él habia indicado salieron inmediatamente á sus respectivos lugares los mismos capitanes que designó. Por aquel mismo tiempo el duque con gran conato buscaba el ejército de Avenabó para presentarle batalla, sin haber advertido que él de intento andaba huyendo la ocasion.

Volvamos ahora al Señor D. Juan que tomó con su campo la vuelta de Seron, y luego que llegó allá mandó al valeroso D. Lope de Figueroa que con su tercio asaltase la fortaleza: hízolo con tanto esfuerzo y felicidad, que en una sola accion la rindió y desbarató. Espantados los enemigos de tan impetuoso ataque salieron de allí huyendo para Tijola; y habiendo quedado Seron desamparado, fue en seguida saqueado y abrasado: allí se ganaron tres banderas, la una de ellas blanca, teñida por muchas partes de sangre de cristianos.

Aunque el duque de Sesa tenia rodeado por todas partes á Avenabó para obligarle á venir con él á las manos, la necesidad de víveres á que se hallaba reducido, hacia gran perjuicio á su intento, porque á no haber sido S. E. tan franco y benévolo para remediar en cuanto podia á todos los necesitados, no le quedara hombre vivo; pero siendo tan grande el apuro envió al marqués de la Fabara con una escolta numerosa, y muy lucida á la Calahorra y á Guadix para que trajese bastimentos al campo. Salió el marqués

acompañado de la gente de Sevilla, que era muy buena, y no estaba mal armada, y llevaba gran bagage, y en él muchos soldados mulatos para que se curaran, porque no eran de ningun provecho en el campo. Caminando de esta suerte el marqués llegaron al puerto de la Ragua, que es de áspero y angosto tránsito; de manera que por él no pueden pasar sino dos personas juntas. En este punto estaban apostados dos valerosos capitanes moros, el uno llamado el Marzape del Cenete, y el otro el Picini de Verja, juntando entre los dos cerca de mil hombres, todos arcabuceros de los monfis: estaban allí guardando aquel paso, sabiendo que habian de dar en él las escoltas que salieran de Granada para el campo del duque; y como vieron que aquella iba al contrario para Granada, se estuvieron emboscados sin salir al marqués que llevaba la vanguardia, é iba bastante adelante de los demas. Habiendo dejado pasar mas de la mitad de la gente, y viendo luego los moros que se habia alargado tanto el marqués, salieron de la espesura del monte, dando en los bagages y en la retaguardia con tanto ímpetu y fiereza, que de la primera rociada de arcabucería mataron á muchos de los nuestros. Viéndose estos asaltados súbitamente y con tanto poder, se turbaron y descompusieron, no sabiendo qué hacerse; de modo que algunos de ellos poseidos de miedo huyeron, y siguiéndolos los moros fueron muertos y destrozados sin remedio alguno: los cristianos enfermos sufrieron la peor parte, porque ni podian huir, ni pelear,

y asi morian muchos: otros se precipitaban por aquellas laderas abajo con temor de la muerte, que ellos mismos se tomaban con sus manos. Viéndolos los moros en infame fuga y desbaratados, tomaron mayor brio para ofenderlos, y los perseguian sin dejarles tomar aliento. Fue tanta la griteria que levantaron, que se oyó en la vanguardia, y al instante el buen marqués tornó animosamente con la gente que llevaba, y á toda priesa embistió á los moros, matando por su propia mano á siete ú ocho, y dando voces á los suyos para que embistiesen con ellos, mirándolos como gente cobarde y de poquísimo valor. Cobraron ánimo los cristianos con las palabras del marqués, y luego acometieron á los moros con tanta valentía, que los hicieron retirar precipitadamente. Visto esto por muchos de los nuestros que andaban desmandados, se reunieron con los suyos en seguida, é hicieron grande estrago en los enemigos, los cuales huyeron dejando sí muchos cristianos muertos, pero tambien perdiendo no menor número de su parte. Si no hubiera sido por el ínclito valor del marqués, fuera sin duda esta refriega todavia peor que la de Alvaro de Flores; pero él, como buen soldado, recogió todo el bagage, á los suyos que andaban dispersos, y con buen orden llegó á la Calahorra, donde se proveyó de todo lo que necesitaba, asi para los heridos, como para la subsistencia del campo del duque.

Luego supo el caso S. E. por algunos soldados que huyendo se volvieron á sus reales, y con-

taron cómo por ir muy delante la vanguardia habian hecho los moros tanto estrago en el bagage y la retaguardia. Muy pesaroso el duque de este daño, juró vengarle en los moros, y para ello mandó que marchara inmediatamente el ejército hácia Castil de Ferro, que era el punto donde los moros aguardaban que arribase el socorro de Africa; y para estorbar que tomasen tierra por allí, quiso que se atacase la fortaleza con intento de ganarla. Pasando por el territorio de Dalias, donde tenian los moros muchos sembrados, y ya en sazon de segarse las cebadas tempranas, mandó el duque que á todo se pegase fuego para que perdiesen la esperanza de su remedio, y no pudiesen aprovecharse de aquellas mieses y panes, despues de haberlas guardado con gran diligencia durante su crecimiento y maduracion. Llegó el duque á Castil de Ferro y le combatió réciamente, aunque habia dentro buena guarnicion con algunos turcos y otros capitanes. A esta sazon llegaron allí las galeras con el Comendador mayor, y viendo lo que pasaba, se holgaron de llegar á tan buen tiempo para poder obrar por mar y el duque por tierra la pronta rendicion de la fortaleza; é hicieron tanto, que los turcos perdieron la esperanza que tenian de recibir por allí el socorro que aguardaban de Argel. Con efecto, al mismo tiempo llegaba este á tomar tierra en España por Castil de Ferro, guiándole el turco Carbagi, como estaba concertado; pero acercándose y oyendo la recia batería que daban los cristianos á la fortaleza por tierra, al paso que

las galeras hacian lo mismo por la mar, el capitan sobrecogido de temor mandó luego mudar de rumbo á los navíos en que venia el socorro, y que eran catorce galeotas grandes cargadas de bastimentos, armas y muy lucida gente turquesca; y con gran dolor en su corazon, por haber llegado tan tarde, fue buscando otro lugar mas cómodo donde pudiera tomar tierra su gente. El duque habiendo ganado aquella fortaleza, puso en ella buena guardia, y se fue á buscar á Avenabó para darle la batalla. Las galeras se dirigieron á Málaga y al Puerto de Santa María para aguardar allí las órdenes posteriores que se les diesen.

Avenabó no tardó en saber que Castil de Ferro quedaba en poder de los cristianos, de lo cual le pesó mucho, y especialmente de que allí no hubiese podido tomar tierra el socorro de Argel. Muy acongojado de esta desgracia no sabia qué hacerse; pues el duque le seguia á todas partes, y el de Austria iba destruyendo las riberas del rio Almanzora, para venir á juntarse con el ejército de aquel y causar su perdicion. Veía que en los lugares que tomaban iban dejando mucha gente de guarnicion, que quemaban los panes, y talaban las tierras, poniéndole cada dia en mayor estrechez; y asi iba apartándose del duque sin osar presentarle la batalla, teniendo todavía puesta su esperanza en los socorros de Argel. Mas bien entendia Avenabó que aquella guerra habia de parar en daño de los moros, y disimulaba todo lo posible el desventurado con intento de pa-

sarse á Africa, lo cual, si los suyos lo supieran le habrian hecho pedazos.

Por este tiempo muchos moros, que pasarian de dos mil, tornaron á fortificarse en Bentomiz y Frigiliana: todos los lugares cercanos de Ronda y su Sierra se levantaron desvergonzadamente, y principiaron á hacer mucho daño á los cristianos, poniendo banderas para reclutar gente, y formando escuadrones bien armados: ademas de estos lugares siguieron el mismo ejemplo los de las Sierras Bermeja y de Listan, que eran muchos, y tomaron los puestos mas seguros junto á la mar para poderse embarcar con facilidad cuando no pudiesen hacer otra cosa, y tambien, porque de aquellas partes podrian ser socorridos de las gentes de Africa. De estos puntos salian atrevidamente á correr las tierras de los cristianos hasta las puertas de Ronda, llevándose los ganados, los pastores y la demas gente que andaba por el campo. El duque de Arcos D. Luis Ponce de Leon salió contra ellos, pero con especial orden de S. M. para que si podia los redujese á la obediencia sin batalla, y si no, que los acabase por fuerza de armas. Trató con ellos el duque, y algunos se rindieron á su voluntad, pero impidió el que lo hicieran todos un moro de animoso corazon, dándoles por consejo que no torciesen las voluntades, sino que llevaran adelante lo que hábian comenzado. Por esta causa fatal los moros se obstinaron en su rebelion, y tomaron las armas, de modo que el duque de Arcos se vió obligado á salir contra ellos de mano ar-

mada, y lo primero que hizo fue visitar los puntos de Sierra Bermeja, porque los moros no hiciesen allí alojamientos fuertes. Entrando por esta Sierra se renovó en la memoria de los cristianos la venganza que debian tomar por sus pasados, encontrando por ella gran cantidad de calaveras de hombres muertos y de despojos de caballos del tiempo en que D. Alonso de Aguilar fue allí muerto, y el de Viena desbaratado: tambien habia muchos trozos de armas y cuchillas de lanzas; y todo esto inflamó el pecho de los cristianos contra los moradores del pais. Llegando á la altura en donde pereció el famoso D. Alonso, que era un corto llano al pie de unos peñascos, y habia puesta una cruz, se encontró grabado en las vivas peñas un letrero, que en castellano decia asi:

Aquí murió el de Aguilar,
D. Alonso intitulado,
de moros sobrepujado,
siendo él solo en pelear.

Estos versos declaran la verdad del caso de la muerte de D. Alonso; porque al tiempo que andaba la batalla y los moros en gran muchedumbre pusieron en fuga á los cristianos, matándolos ó hiriéndolos á su salvo, el buen D. Alonso de Aguilar se halló solo, desamparado de los suyos; y viendo que allí no habia mas remedio que morir, tomando por abrigo aquellas altas peñas para tener las espaldas seguras, mostró su gran valor, matando por su propia mano mas de cincuenta moros de los que atrevidamente osa-

ron á acercarse á él. Entonces advirtiendo los moros que tanto se defendia, y que no se le podia entrar sin peligro, mudaron las armas para ofenderle, y á pedradas le mataron; pero dejó de su valor fama eterna. Y lo que dice el Rufo en su *Austriada*, que murió peleando cuerpo á cuerpo con el capitan moro llamado Ferri, es falso, pues no era tan corto el valor de D. Alonso, que por esforzado que fuese un moro le rindiera y matara. Esta batalla ya la dejo yo descrita en la primera parte de esta Historia, y la puse así como pasó. Pues volviendo al caso, así que supo el Malique, capitan de las banderas moras, que el duque de Arcos habia tomado á Sierra Bermeja, salió con su campo á tomar la de Distan, que era otra sierra muy fuerte. Pensando el duque que se juzgara cobardía no ir á buscar al enemigo, lo puso luego por obra, y llegando á la fuente Fria, que es muy buena posicion, mandó asentar allí su ejército. En la misma noche ocurrió la desgracia de haberse allí encendido un gran fuego, sin que se pudiera saber quién le habia echado; pero la actividad de S. E. contribuyó mucho para que el fuego se apagara pronto, é hiciera poco daño en el real. Inmediatamente mandó el duque que se levantara el campo y partiera en demanda del enemigo, siendo maestres de él D. Pedro Bermudez, de Galicia, y Pedro de Mendoza, dos nobles caballeros, y ayudante Juan de Espuche, que era un soldado veterano de los de Flandes. Llegando el campo junto á la sierra de Distan se vió

otra sierra no menos áspera, llamada de Arboré, y que le pareció al duque importante ganarla; porque estaba casi encima de la de Distan; y asi mandó que se subiese por ella á toda priesa. Los soldados la principiaron á subir, mas los moros la defendian con tal esfuerzo, que se trabó entre ambos ejércitos una gran pelea, cuyas resultas fueron favorables al del duque, que quedó dueño de la sierra de Arboré. En vista de su importancia puso en ella S. E. una gran guarnicion, y con el resto de su gente se fue á la sierra de Distan, y por la parte menos áspera la puso sitio con buena fortificacion: luego mandó que los gastadores abriesen un sendero bastante ancho para que subiera la artillería tirada por caballos; y dejando su campo dividido en cuatro partes, subió acompañado de mucha gente, y con la artillería para dar el dia siguiente un asalto á los moros. Todos los cuatro trozos de la milicia cristiana subian en buen orden, sin perder punto de las hileras, siendo cabo de la caballería D. Juan Ponce de Leon, deudo muy cercano del duque: con este iba el hijo de S. E., mozo gallardo, á quien ya apuntaba la barba, y de no menos valor que sus antepasados: toda esta caballería guardaba los llanos para que ningun moro se fuese. Venida la noche el duque alojó su gente en parte cómoda y segura, con ánimo de asaltar al otro dia un fuerte que allí tenian los moros. Estos viendo subir tan despacio el campo del duque entendieron luego su designio; y acordaron acometer á los cristianos aquella misma

tarde. Viendo el duque el arrojo de los moros, mandó que todos se defendiesen á pie quieto, sin deshacer el orden en que iban; pero hubo algunos soldados que no tuvieron cuenta con este mandamiento, y dejando sus filas empezaron á subir la sierra arriba. Al ver el duque ir desmandada su gente tras del enemigo, entendió luego como discreto capitan que los moros se retiraban engañosamente, dejando puestas emboscadas; y en atencion á que cerraba la noche, receloso de este daño, que seguia el mismo rumbo que el de la Sierra Bermeja, resolvió subir arriba con todos los suyos, y asi se puso delante de todos, gritando *Santiago*. El ejército que vió á su general acometer de aquella manera, le siguió con gran furia; y no fue este mal aviso del duque, porque si aguardara á que se acabase la poca luz del cielo que quedaba, él y toda su gente se perdieran sin duda alguna, pues los enemigos tenian tomados todos los pasos por donde los nuestros no podian escapar. Estando el duque arriba con su gente luego se pegó contra el muro de la fortaleza, el cual estaba lleno de enemigos que la defendian, y allí se trabó una pelea muy cruda y sangrienta, donde los cristianos sacaban la peor parte, llevándoles los moros la ventaja de estar en alto, y poderles desde allí arrojar infinidad de balas, peñascos, piedras, chuzos y asadores. El valeroso duque, émulo de la heroicidad de sus antepasados, se arrojó por una parte, que le pareció mas franca, dentro del fuerte, apellidando *Santiago, cierra España*: con él entraron

otros valientes soldados gritando *victoria*; habiendo tenido por mejor ventura meterse allí dentro á pelear, que correr el riesgo que de fuera se ofrecia. Entonces fue la confusion terrible entre unos y otros, estando ya cerrada la noche, y casi no pudiéndose ver ni conocer sino al resplandor de los fogones cuando las escopetas disparaban. Los cristianos para reconocerse y no ofenderse unos á otros, gritaban *Santiago*; y viendo los moros que usando de aquel apellido español los mataban sin piedad, acordaron de tomarle ellos propios; y así aquel que mas claro lo podia pronunciar, iba gritando *Santiago*, y se metia entre los cristianos, matándolos á su salvo, porque aquel era el nombre que tenian ellos adoptado para no hacerse daño mútuamente. Entendida luego la cautela de los moros en vista del estrago que hacian, acordaron de mudar de nombre, gritando: *Arcos, Arcos.* Entendiendo mal los moros aquel grito nuevo, y queriéndole tomar, por decir *Arcos*, decian *Arcas*, y todavia mal pronunciado; y así los cristianos los mataban cruelmente. El alboroto y la confusion eran tan grandes, que por todas partes no se oía otra cosa que el hórrido estruendo de las armas, los ayes dolorosos de los heridos, y los lamentos de los que iban muriendo entre los pies de los vivos que peleaban; de modo que aquel que una vez caía, no se volvia á levantar, ni podia remediarse. Viendo su perdicion el capitan Málique y el destrozo de los suyos, determinó huir de la batalla, desamparando la fortaleza, y valién-

dose para ello de la tenebrosa noche, encubrió en su sombra su cobardía, y se fue por las laderas de la sierra huyendo cansado, desatinado, mal herido, y sin saber donde iria, ni á qué parte. Sin embargo no se halló solo, porque otros muchos de su bando habian hecho lo mismo que él; y recogiendo á todos cuantos pudo, salió de aquella sierra amedrentado, y maldiciendo el fin de sus esperanzas. Alojóse el buen duque con su gente en aquella fortaleza, y el resto de su ejército fuera de ella, manteniéndose siempre quieta la caballería, por guardar el orden que se le habia dado.

Mientras pasaban estas cosas en las cercanías de Ronda, y publicaba la fama por toda España la brillante victoria del duque de Arcos, Avenabó temblando no sabia qué hacerse, y suspiraba y gemia grandemente viendo que al mismo tiempo le apretaba el duque de Sesa, y que estaba ya aguardando al Señor D. Juan, para que juntándose los dos ejércitos consumasen la ruina de su bando. Lo que mas sentia él era que el Señor D. Juan habia desbaratado todas sus emboscadas. Los turcos y aquellos moros mas allegados á su persona tenian ya reconocida su intencion de pasarse á Africa, y dejarlos metidos entre el fuego de tan cruda guerra; atento lo cual sus mismos familiares se conjuraron contra él para darle muerte, sin haber podido llevar tan ocultamente su propósito adelante, que Avenabó no lo sintiera ó sospechara. Él disimuló, no dando á entender que le hubiese venido á la memoria tal pensa-

miento, y asi pasaba entre mil sospechas y recelos las noches y los dias, aguardando á que la fortuna le ofreciese alguna coyuntura mas favorable. La gente de sus banderas andaba ya muy floja; nada se les daba por las armas, y queria mas morir una vez, que pasar por tantas y tan amargas ansias, asi del hambre, como de los frios y otras muchas necesidades que ocurrian. Andaban ya los turcos muy tristes y licenciosos estropeando á muchos muchachos y doncellas, sin temor ninguno de los moriscos ni del rey Avenabó, no yéndoles nadie á la mano, porque en ellos estaba el nervio de la guerra contra los cristianos. Dejémoslos aqui siguiendo sus maldades, y á Avenabó poseido de sus recelos y temeroso de la muerte, para decir lo que hizo en Tijola el Señor D. Juan, insertando antes sobre lo pasado el romance siguiente:

De Baza sale D. Juan
el de Austria intitulado,
la vuelta va de Almanzora
en busca del moro bando.
El campo llega á Caniles,
lugar de Baza cercano,
y él pasa con tres mil hombres
para descubrir el campo,
Y la fuerza de Seron
que está por el moro bando.
Al llegar ahi su Alteza
no le fue muy bien contado,
Por llevar tan poca gente
para intentar aquel caso.

Seron está apercibido,
lo que no piensa el cristiano.
Los moros usan de maña
por salir mas á su salvo:
las moriscas echan fuera
que salgan al despoblado,
Mas llevaban buena guarda
de un escuadron bien formado.
Piensan los nuestros que huyen;
arremeten denodados
Por coger aquella presa
de moras, que se han mostrado:
Unos siguen á las moras,
Otros el pueblo han entrado.
Comienzan á saquearle
sin tener ningun cuidado.
Escondidos mas de mil
moros allí se han quedado,
Que cuando vieron la saya,
y que estaban descuidados
los cristianos en el robo,
les dieron muy crudo asalto:
Matábanlos en las casas,
los despojos saqueando.
Con esto vino el alcaide
de Tijola con grande bando
A socorrer á Seron
que está puesto en aquel paso.
Los que siguieron las moras
huyendo vuelven acaso
De un escuadron muy crecido
que los venia cercando.

de moros arcabuceros
con un furor endiablado.
El Maleh con gran socorro
el rio viene marchando:
el Austriaco que lo vido
á recoger ha mandado
Que se toque prestamente,
recelando grave daño.
Matanza hacen los moros
en los cuitados cristianos,
Que huyendo se retiran
á su campo amedrentados.
Llegó el Maleh con pujanza
muchos tiros disparando.
El Austriaco se defiende
de aquel escuadron doblado,
sus cristianos recogiendo,
poco á poco y peleando.
Se retira el rio arriba
perdiendo muchos cristianos,
y al buen D. Luis Quijada,
que mostraba ser soldado,
En un muslo le han herido
de un cruel arcabuzazo;
Siéntelo el austriaco mucho,
y promete de vengallo.
Retiróse el de Austria al fin
con dolor nunca pensado,
y llevó á curar á Baza
al buen Quijada su ayo;
Pero es mortal la herida,
y no puede ser curado.

Asi dió él ánima á Dios;
y el cuerpo fue sepultado
En un convento de frailes,
S. Gerónimo nombrado.
Hízosele enterramiento
de general afamado,
Arrastrando las banderas
y atambores destemplados,
Todos cubiertos de luto,
señal de duelo mostrando.
En este tiempo el de Sesa
buscaba al moro Avenabo
para dalle la batalla;
mas él se la va escusando.
Con esto el campo del duque
de hambre está fatigado,
y para buscar remedio
el buen duque le ha mandado
Al marqués de la Favara
que se vaya apresurado
á Guadix por bastimentos;
y el marqués salió de grado
Con una escolta muy buena
y el bagage á buen recaudo.
Mas en el puerto la Ragua
fue el marqués desbaratado
Por dos capitanes moros
que le dieron crudo asalto.
Peleando luego el marqués
como valiente soldado
Hizo retirar los moros,
llevando su escolta á salvo

á Calahorra y Guadix,
donde le fuera mandado.
El duque supo está nueva
y le pesó en sumo grado;
pero vengóla muy bién,
pues asi lo habia jurado;
Que ganó á Castil de Ferro
y las mieses ha quemado,
matando muy muchos moros,
y retirando á Avenabo.
En este tiempo y sazon
en Ronda el morisco bando
se ha levantado furioso
mil banderas tremolando.
El duque de Arcos los sigue,
y los ha desbaratado,
matando muy muchos dellos,
como la prosa ha contado.
Conviene volver ahora
á D. Juan de Austria y su campo.

CAPITULO XXIV.

Dícese como el Sr. D. Juan puso cerco sobre Tíjola, y la ganó á los moros, con otras cosas que pasaron en su conquista.

Luego que S. A. dió fin á lo de Seron mandó que el campo tomase la vuelta de Tijola, lugar antiguo y fortísimo con un castillo inexpugnable, fabricado sobre unas peñas muy altas y tajadas, donde los moros recogidos de todos

aquellos lugares, como Urraca, Alcudya, Bayarque, y otros muchos, tenian depositadas sus prendas mas queridas, pareciéndoles estar seguras. Marchó el campo con el órden que designó S. A., y llegando á Tijola la Nueva, que era otro lugar que estaba en lo bajo, de donde los moros se habian ido, subiéndose á la poblacion antigua y castillo fuerte, asentó el real, tomando la traza que era conveniente para estar mejor y con menos peligro. El asedio se puso en esta forma.

El tercio del señor D. Juan, que era el de Antonio Moreno, se fijó en el lugar nuevo hácia la parte del rio. El tercio de D. Lope de Figueroa se puso en lo alto de la montaña, á la parte del mediodia, en donde se abrió luego una plataforma, y se plantaron seis buenos cañones de los de D. Juan Manrique: esta plataforma estaba construida de suerte que tenia la tierra sitiada. A la parte de la tramontana, sobre el camino de Baza, se asentó el tercio de D. Pedro de Padilla, adonde se plantaron otros seis cañones muy buenos: en el tercio de S. A. no se pusieron cañones, porque estaba situado en una hondura. Sentado el campo en esta forma, y repartidos los tercios, mandó S. A. que se comenzase á batir el fuerte por la parte del mediodia y la de tramontana; pero la artillería no hacia efecto ninguno, porque como los cimientos de los muros estaban encajados en los peñascos, y entretejidas las obras, daban las balas en las peñas, y de ellas botaban con tanta violencia, como si de allí salieran disparadas de cañones de la parte

contraria. Vióse una bala de estas rebatida dar en el llano de la huerta y matar á dos bagageros que estaban juntos, y otra pegar contra un olivo grande, y hacerle pedazos. Entraban algunas balas en la tierra, pero no se reconocia el daño que hiciesen; y así determinó el Señor D. Juan que plantasen otras dos piezas en la ladera de mas abajo del tercio de D. Lope, para que desde allí se pudiera batir un lienzo de muralla que por aquella parte se descubria: S. A. dió el encargo de llevar aquellas piezas á dos capitanes zamoranos al lugar que habia designado. Los zamoranos tenian muy buena gente, y la mandaron que subiera las piezas á fuerza de brazos tirándolas con maromas; y muchos soldados cargados de faginas para hacer una trinchera y plataforma comenzaron á subir por la cuesta arriba. Llegados al punto donde habia de hacerse la obra, reconocieron los moros su intento, y viendo que si se plantaban allí las dos piezas les causarian mucho daño, resolvieron estorbarlo; y así salió denodadamente un cuerpo de turcos y de moros, que dió en la gente de Zamora con tanto ímpetu y valor, que la puso en grande aprieto y confusion; de manera que hubo muchos soldados que con la fagina á cuestas se volvian precipitadamente por la cuesta abajo, forzados del temor que sintieron de improviso. Siendo luego los zamoranos exhortados por sus capitanes volvieron la cara, y se trabó una brava escaramuza en que murieron algunos de ambas partes: al fin se plantaron las dos piezas y se hizo la trinchera y plataforma, á pesar

de los moros. En seguida se principió á batir aquel lienzo de muralla que mas se descubria, y las balas hicieron en él grande efecto; pero los moros le iban trasmurallando, escarmentados de lo que habia pasado en Galera, y temerosos de que les sucediera otro tanto. Con este recelo iban reparando el daño que causaba la batería, y por encima de las murallas tiraban á los nuestros con tanta certeza, que en pocos dias mataron á seis artilleros de los mejores del ejército, hiriéndolos á todos en la frente ó la cara, que era la parte mayor que se podia descubrir de su cuerpo. Con todo eso no dejaban los moros de estar poseidos de mucho miedo imaginando trazas para escaparse de allí á su salvo sin ser sentidos, y asi un dia entrando en consejo de guerra sobre lo que habian de hacer, un moro anciano, llamado el Jumaimit, que tenia parte de judío, habló á todos de esta manara.

«Hace ya veinte dias, valerosos capitanes moros y turcos, que estamos sitiados, y si nos obstinamos en aguardar otros veinte mas, nos perderemos totalmente como los de Galera; porque aunque es verdad que estamos proveidos de lo necesario, tanto de bastimentos como de municiones, nos ha de faltar muy presto el agua, que es la mayor falta que podemos tener, especialmente habiendo niños y mugeres, gente de poco sufrimiento en casos semejantes. Faltándonos lo que digo, y siendo el mismo tiempo grandes el poder y el empeño del enemigo que nos ha puesto sitio; de modo que no abandonará la empresa hasta haber alla-

nado las peñas y murallas que nos defienden, y echado por tierra las casas, ¿qué fin se puede esperar? No otro por cierto que el de Galera. Pues si debe ser este, mas vale tomar uno de los dos medios que yo ahora diré, y sea aquel que mejor pareciere á todos. El primero es, que nos pongamos en manos del general cristiano, confiados en la generosidad de su noble ánimo. El segundo desistir de la defensa, dejando la tierra una noche que el cielo nos depare cómoda para poderlo ejecutar sin que seamos sentidos, é irnos adonde está Avenabó. En llegando allá, Alá y el tiempo dispondrán otra cosa que nos esté bien ó mal. Este es mi parecer; diga ahora el suyo aquel que le tuviere mejor y mas acertado, para que le recibamos todos de buena voluntad, buscando la propia salud.»

Con esto dió fin á su razonamiento el ajudaizado moro, y á todos pareció muy bien, trayendo á la memoria el fin doloroso de Galera, los trabajos pasados y presentes, los que esperaban venir, y la poca esperanza que tenian de remedio; por lo cual de los dos estremos les parecia el mejor entregarse en las manos del rey, implorando su misericordia para acabar con tantas desventuras. Casi todos convinieron en este dictamen, y solo un moro infame, pariente del Maleh, opinó de contrario modo, y habló de esta manera:

«Valientes capitanes, parientes y amigos: ya que la desventura, y por nuestros pecados Mahoma quiere que las banderas de los cristianos

victoriosas nos hayan puesto en el presente apuro, de las dos cosas en que el capitan Jumaimit ha puesto nuestra última esperanza, la que me parece mas acertada es, aguardar la coyuntura de una noche tenebrosa y lloviosa, ó en que esté nevando y que aventuremos la fuga por la parte en que menos postas y centinelas hubiere. Porque es cosa cierta, y no admite duda, que nos tienen tomados todos los pasos; y asi nuestra salvacion depende de hurtarles el nombre que aquella noche les diere su general á los cristianos para poder matar á sus centinelas mediante este ardid cuando no estuviesen durmiendo, y si durmieren pasar con el menor rumor que sea posible para echar adelante las mugeres y muchachos, acompañados de solos doce ó catorce mancebos moros que las encaminen, y salir luego el resto de la demas gente. Si acaso pasando ó quedando ya poco de pasado nuestro escuadron fuésemos sentidos, y los cristianos tocasen á arma en noche tan oscura y tenebrosa, no conociendo ellos la tierra, tampoco osarian desmandarse en nuestro seguimiento. Asi se podria escapar por la sierra de Bacares, que casi tocamos con la mano; y es muy áspera, en donde llegando haríamos lo que mas nos conviniese. Tengo por mejor este acuerdo, que el de darnos á los cristianos, no sabiendo despues de habernos entregado, qué es lo que harán de nosotros, y especialmente de los turcos, á quienes no querrán dar pasage para Africa. Este es mi parecer, y no se tome otro alguno, porque es el mas acertado.

Oido este discurso, los capitanes turcos dijeron, que el último medio propuesto, ó morir peleando, eran los únicos partidos que se podian tomar; y quedando todos conformes en este acuerdo, aguardaron la noche mas oscura y tenebrosa que el cielo les enviara para escaparse; y así movidos de esta esperanza pasaron treinta ó mas dias de asedio, durante los cuales no dejó la artillería de hacer su obligacion, aunque no pudo asaltarse el lugar, porque no abrió bastante brecha por donde pudiera entrarse. Desde adentro tiraban los moros con escopetas, y no dejaban de hacer daño; pero al cabo de este tiempo quiso serles favorable la fortuna con lo que deseaban, siguiéndose un menguante de luna oscurísimo y lluvioso por las noches, en las cuales hicieron los moros un portillo, rompiendo la muralla por la parte que miraba á la sierra, con tanto secreto y disimulo, que no fueron sentidos. Cuando le tuvieron abierto, á la hora en que los cristianos guardaban mas silencio, arrebujados en sus mantas para sustraerse á la inclemencia del cielo, y no mirando á la obligacion de la milicia, especialmente la gente bisoña, que no enseñada á semejantes trabajos, se ocupaban mas en dormir, que en velar, iban echando los moros por aquel portillo á sus mugeres y niños, y les hacian tomar la vuelta de la sierra. De esta suerte se desahogaron de casi toda su gente inútil, y cuando ya no quedaba mas que la apta para la guerra, les sobrevino una noche todavia mas cómoda que las otras por la espesa niebla en que

se envolvió, y en que á veinte pasos no era posible que se divisaran los unos á los otros. Recelando ya el Señor D. Juan la fuga del enemigo con tales noches y tan cómodo tiempo, mandó entonces que las postas perdidas se pusiesen mas arrimadas al lugar, y con todo eso los moros se aprovecharon de la favorable coyuntura por la ocasion que vamos ahora á referir.

Ya hemos dado noticia del moro Tuzani que salió de Purchena para saber la suerte de Galera, y si era muerta ó viva la hermana del Maleh: dijimos como entró allí, la halló, la enterró, y despues que en hábito de cristiano, confiado en que hablaba clara y cortesanamente el castellano, se alistó bajo las banderas del Señor D. Juan, y siguió su real como buen soldado. Este Tuzani, pues, con otros tres soldados, fueron por su turno en aquella noche puestos de centinelas, no muy lejos de las murallas del lugar, llevando por nombre *Santa María*, que les dió su sargento, como es costumbre en la guerra. Estando ya en su puesto, los tres ó cuatro soldados que le ocupan, es costumbre tambien que se repartan el tiempo de la centinela, distribuyéndole en tres pedazos, estando aquel á quien toca el primero velar poco apartado de los demas que duermen hasta el tiempo en que debe ser relevado: cuando acaba el uno se levanta el otro, y luego el que le sigue hasta que viene el dia. Estando, pues, estos soldados en el puesto que va dicho, tocó al Tuzani ser el primero á estar de centinela; y lleno de malicia, despues de haber ha-

blado algun rato con sus compañeros, como es costumbre en tales ocasiones, les dijo: «Camaradas, duerman Vds. á su placer y sin sobresalto, mientras yo sigo la primera vigilia, que es la mas larga, pues por servirles me tomaré este trabajo, y tambien desempeñaré una parte de la siguiente, que llaman *de la modorra*, porque conozco estas tierras, y estoy enseñado á andar por ellas sufriendo el frio y la nieve, como natural de Guadix, y que he pasado mi niñéz yendo detrás de los ganados. Yo tengo para esto mas resistencia que Vds., que no estan acostumbrados al clima, y pasarian mucho trabajo. Si me siento fatigado, llamaré, y el que me siga concluirá el resto del tercio que le toque. De este modo pasarémos todos menos mal una noche tan penosa como esta, que yo les aseguro no estan ahora los moros dispuestos para salir de su fuerte; antes bien se decia hoy en el campo, que mañana querian entregarse al Señor D. Juan, y esto es lo mas cierto. En cuanto á lo demas que toque al orden de la milicia, pueden Vds. estar descuidados, que yo haré el deber por todos, si acaso acierta á venir la ronda, para que nos halle prontos y apercibidos como es razon.» Los camaradas del Tuzani se lo agradecieron, teniéndole en mucho; y como eran bisoños, é inadvertidos de la malicia que pudiera tener el consejo, se entregaron gustosamente al reposo, bien abrigados con sus ferreruelos. Luego el Tuzani, algo separado de ellos comenzó á pasearse un rato, como lo acostumbran los soldados para no dormirse, ó no de-

jarse llevar del sueño, el cual estaba aquella noche muy distante de sus ojos para poner en ejecucion su mal intento.

Serian ya las once de la noche, que es el remate del primer cuarto de vigilia, y empieza el siguiente de la modorra, cuando el Tuzani discurriendo que el bando cristiano estaria ya recogido por la aspereza del temporal, que despedia un agua nieve friísima, agitada de un viento muy recio, y viendo que todas las postas cuidaban mas de abrigarse que de velar; se acercó lentamente á sus compañeros, y los halló dormidos, de suerte que los pudiera muy bien degollar; pero al verse seguro de ellos se volvió de priesa hácia la muralla, que por aquella parte estaba mas baja, y hallándose al pie de ella, sacó del seno un pito, el cual tocó para que sirviera de señal á los moros, siendo esta la que usaban para reconocer á los de sus banderas que traian recados. Apenas hubo tocado el pito cuando desde el muro se le respondió por otro con igual disimulo: volvió el Tuzani á tocar, y fue del mismo modo correspondido, no tardando mucho en asomarse á la muralla un moro, que era el alcaide de Tijola en persona: preguntó en voz baja quién llamaba, y el Tuzani le dijo quien era, reconviniéndole sobre qué aguardaban él y la demas gente, que en una noche tan tenebrosa como aquella no se salian del lugar para salvarse de la muerte. Dijo el moro que estaban esperando saber el nombre del campo para poderse salir por entre las primeras centinelas. Al punto se

le reveló el Tuzani, y luego se retiró, diciéndole que echaran por aquella parte donde él estaba para alcanzar su fin con mas comodidad. Con esto se apartó de la muralla, y volvió adonde habia dejado á sus camaradas, que aun dormian á su sabor, exento su ánimo del cuidado que aguijaba á los del lugar, y el Tuzani habia tenido.

¡Muy alegre el alcaide de Tijola, y maravillado del servicio del Tuzani, que muy bien le habia conocido, aunque no pudieron verse los dos por la espesura de la niebla, dió luego aviso á todos los moros y turcos que estaban en el lugar, diciéndoles, que era llegada la hora de que saliesen, porque ya tenia el nombre del campo, y declaró quién se lo habia comunicado. Todos los que conocian al Tuzani se admiraron de este atrevimiento, y aprestándose al punto para la fuga, abrieron el postigo, y echaron delante á las mugeres que quedaban, acompañadas de mancebos moros, á quienes el alcaide indicó el parage por donde habian de tirar. Aunque el temporal era tan recio, y la niebla tan densa, fueron á dar muy cerca de donde estaba el Tuzani, que sintió muy bien sus pasos; y ya habia pasado la mayor parte de los moros cuando uno de los compañeros de aquel despertó, y mirando por el que rendia la guardia, que estaba muy cerca, le dijo: «¿Es hora, señor camarada, de relevaros? ¿Quereis dormir?» El Tuzani respondió: «Por Dios que aun no me ha venido el sueño, y lo debe de causar el frio.» — «Ese me ha despertado á mí, dijo el soldado, y por eso querria andar un poco,

que tengo los pies como un muerto.»—«Pues, señor, paseaos, y os calentaréis,» dijo el Tuzani. El soldado se comenzó á pasear por allí, y apartándose un poco, oyó el rumor que llevaban los moros; pero no pudiendo ver lo que era por la oscuridad de la noche, se volvió al Tuzani, y le dijo: «No se qué rumor he oido á la parte del lugar, que con la espesura de la niebla no he podido descubrir ni divisar cosa alguna: no sé qué podrá ser.» El Tuzani haciéndose el desentendido, respondió: «¿No sean por ventura algunos pedazos de la muralla que se vayan desprendiendo, desmenuzados por la fuerza de las balas de la artillería?»—«Será muy posible,» dijo el soldado bisoño. Mas no tardó mucho en llegar muy cerca de ellos una tropa de moros que se habian metido demasiado hácia la postas cristianas, no pudiéndolas descubrir; y luego el compañero del Tuzani se adelantó un poco por aquella parte, y divisando los bultos, dijo: Qué gente. Le respondieron: Amigos.—Qué amigos, dijo el soldado; y le contestaron *Santa María*. Como el soldado vió que le habian dado el nombre, se volvió al Tuzani, y le dijo lo que pasaba. El Tuzani contestó: «Sin duda es la ronda, que va visitando las postas; retírese con los amigos; que si llegaren acá, yo responderé.» Hízolo así el soldado, y el Tuzani se quedó solo, apartado un buen trecho de los demas. En todo este tiempo el escuadron morisco no dejó de ir pasando adelante.

Ya iba corrido largo espacio del cuarto de la modorra, cuando de otra posta que estaba al

otro lado del lugar fue sentido el rumor de los moros por algunas chinas que rodaban y se chocaban unas con otras; y como nada se veía por la oscuridad, ni podia alcanzarse de qué provenia aquel ruido, se estaban sin tomar ninguna resolucion; mas luego un soldado viejo, que rendia el cuarto del alba, como esperimentado en semejantes casos, quiso satisfacerse de todo punto; y así caminando á la parte donde se sentia el rumor, no hubo andado muchos pasos, cuando reconoció que era causado de los moros que se salian del lugar, desengañándole mas un niño que lloró en los brazos de quien le llevaba. Estando ya satisfecho de lo que era, gritó al instante: *Arma, arma, que se salen los moros del lugar.* Estas voces de arma no solamente se oyeron en aquel cuerpo de guardia, donde se tocó reciamente el tambor, sino tambien en donde estaba el Tuzani, quien principió en seguida á dar voces de *arma, arma, que se va el enemigo*, y corrió el grito hasta el cuerpo de guardia de D. Lope de Figueroa. Luego se meneó todo el campo con mucha prieba, y acudieron los soldados en gran número á la parte del lugar para dar en los moros. Formóse allí una confusion babilónica, donde solo se oía *arma, arma* por todas partes, yendo los unos por un lado, y los otros por otro, sin saber ninguno lo que se habia de hacer. D. Lope, soltando media docena de mantas que tenia encima, daba voces á sus soldados, para que se reconociese la causa del arma, y S. A. se levantó y quiso tambien salir, pero no le consintieron

que lo hiciera. Hubo muchos cristianos que pasaron de la otra parte del lugar, y llegaban á los moros gritando *arma*, haciendo estos lo mismo; de suerte que andaban todos turbados y revueltos; sin saber lo que habian de hacer. Hubo no pocos moros que viéndose atajados por el camino que llevaban, se volvian donde estaban los cristianos, y pasaban por medio de ellos sin ser conocidos, mediante la oscuridad de la niebla. Imagínese ahora cada uno cuál andaria la pelea en semejante ocasion, no faltando mucho para que nuestros soldados se matasen unos á otros. Como no solo era oscura la noche, sino que llovia agua nieve, y hacia un viento muy recio y frio, todo cuanto se hiciese resultaria en daño de los nuestros; y asi se tuvo por mejor acuerdo tocar á recoger, por evitar un peligro tan notorio. Pero fue esta señal por demas, pues los soldados en tropel, movidos de su codicia, sin temor de la oscuridad, ni arredrados del agua nieve que caia, acometieron al lugar intrépidamente, y recorriendo la muralla dieron en el postigo que estaba abierto, y rompieron con los que aun salian. Reconociendo los moros ser cristianos los que por allí entraban, comenzaron á lidiar con ellos, haciendo el último esfuerzo para echarse fuera, porque no los matasen estando adentro. Allí se principió una vivísima escaramuza, y los soldados que ya habian entrado abrieron la puerta del lugar para que por ella entrasen otros muchos y saquear las casas. Los cristianos comenzaron á quemarlas para andar seguros de los mo-

ros, si los hubiese, y levantando grandes hogueras por las calles, procuraron ver lo que andaba por ellas. Pero cuando se hizo esto quedaban ya muy pocos moros dentro del lugar, y fueron todos muertos. Sin embargo donde murieron mas fue en la llanura del rio, al tiempo de que los prófugos subian á la sierra. Venida la mañana fue reconocido todo el pueblo, y saqueado lo que en él habia, viéndose los rastros en la nieve de la gente que se habia salido, y el camino que habian tomado, que fue á Bacares y á Sierro.

Esta fuga del enemigo se ejecutó en dia de Jueves santo por la noche, y durante el asedio no sucedió otra cosa notable sino lo que ya va dicho, y tambien el que Pagan de Oria al tiempo de reconocer á Bavarque y á Tijola la Nueva tuvo una escaramuza con una partida de moros que venian de Purchena, y mostró en ella ser un soldado muy valeroso. Tambien se distinguió mucho Francisco Galtero, capitan de Murcia, cuando asistió con su gente á las compañías de Zamora que subieron á plantar las dos piezas de artillería, y los turcos dieron en ellos, como ya hemos declarado. Al otro dia Viernes santo llegó un moro con una bandera, y dió noticia de que el Maleh habia salido de Purchena con siete compañías, y tomado la vuelta de la sierra de Filabres; por lo cual mandó el Señor D. Juan que marchase luego el campo á Purchena con intento de dejar en ella una buena guarnicion de soldados para que los enemigos no pudieran volver á alojarse allí. Dejarémos, pues, al Señor D. Juan

caminando con su ejército á Purchena al otro dia sábado, víspera de la Pascua de Resurreccion, y volveremos á decir algo sobre las cosas de los moros de Ronda.

Desbaratado y herido el Malique salió de aquella sierra y fuerte en donde estaba estrechado por el ejército del duque de Arcos. En aquella misma noche juntó gran número de soldados suyos que andaban prófugos y descarriados como él, maldiciendo su corta ventura, y renegando de Mahoma. Alejáronse de allí gran trecho de tierra, y al otro dia por la mañana se halló el Malique con mas gente de la que pensaba; de suerte que renaciendo en él la esperanza de remedio, se fué á Rio verde, y tomó por reparo y alojamiento una sierra que estaba allí cerca, llamada Sierra blanquilla, muy áspera, y que sirvió de punto de reunion á todos los demas moros que andaban aun dispersos. Pero teniendo noticia el valeroso duque de Arcos de que el enemigo estaba allí muy poderoso, le fue á buscar, y llegando trabó luego con él una terrible batalla, en la cual fue muerto de un arcabuzazo el Malique, y toda su gente rompida y desbaratada. El duque los trató con dureza, porque despues de haber muerto á muchos de ellos, hizo á los demas rendir las armas, y ponerse á discrecion; bien que algunos se pudieron pasar á Africa. De este modo quedó apaciguada toda aquella tierra por el valor de S. E.; y porque ya es razon dar fin á nuestra historia volvéremos á tratar del campo del Señor D. Juan, que como hemos dicho,

tomaba el camino de Purchena el sábado de la Pascua de Flores.

Habiendo llegado S. A. aquel mismo dia á Purchena, y no hallando allí á ningun moro, el Domingo de Pascua los soldados comieron bizcocho, porque no llevaba el campo otra cosa, ni tampoco se hallaba. Allí pasó el Señor D. Juan toda la Pascua; y despues siguió con su ejército por el rio abajo hasta Cantoria, que tambien halló yerma. De alli fue á Arboleas y Zurgena, y pasando por junto de Vera dió en un lugar que se llama Autas; en seguida fue á Sorbas y Lobrin; de allí al rio de Aguas, á Uleila del Campo, á Tabernas, al rio de Almería, y llegó á Santa Cruz y á Terque. En uno de estos dos lugares mandó S. A. que se jugasen cañas cara á cara, al uso de Jerez de la Frontera, y el juego fue muy estremado. En este punto llegó el marqués de la Fahara con otros caballeros que venian de Guadix, y llegaron hasta allí á pesar de los moros, de lo que se maravilló todo el campo. Partió de aquí el Señor D. Juan con su ejército, y no paró hasta Andarax, en donde se juntó con el del duque de Sesa, quien se alegró mucho de la venida de S. A., y le hizo gran recibimiento. En seguida mandó el Señor D. Juan reformar el campo del duque, y que S. E. se fuera á descansar á Granada, porque estaba quebrantada su salud, quedando al mando de S. A. la gente de los dos campos.

Antes que pasemos mas adelante convendrá declarar lo que hizo el moro Tuzani andando con uniforme de soldado entre el ejército del Señor

D. Juan. Llevaba siempre éste moro en su memoria la muerte que los cristianos dieron en Galera á la hermosa Maleha, que él tanto amaba, y por quien hizo lo que ya hémos referido cuando la halló muerta. Llevaba su retrato dentro del pecho, y tenia hecho juramento de vengar bien su muerte, si la fortuna le traia á las manos el cristiano que la mató; y asi andaba siempre solícito, procurando la ocasion de su venganza. Para hallarla se introducia en todas las reuniones de soldados que encontraba, y como era tan bien razonado gustaban todos de su conversacion. Entre las diferentes cosas que se trataban, luego introducia él mañosamente la de la rota de Galera, diciéndoles: «Señores, entre las acciones de guerra acaso no se hallará otra de mayor mortandad de moros y moras, como la del fuerte de Galera: de mi parte confieso, que sin piedad ninguna maté por mi propia mano mas de cuarenta moras de las mas hermosas que habia en el lugar, sin contár los niños y moros, que fueron muchísimos.» Oida esta razon por los demas soldados, luego, como es costumbre, iba diciendo cada uno lo que habia hecho de muertes, robos y saqueos; y sucedió un dia, que siguiendo este estilo de informacion, contestó un soldado al Tuzani: «Pues si vos, señor soldado, habeis muerto á tantos en la rota de Galera, sin tener compasion de las mugeres y niños, yo digo que soy de corazon duro y acerado, porque finalmente, es accion que da mucha lástima matar á una muger, en especial si es hermosa. ¿Qué culpa tenian las

cuitadas de lo que hacian los hombres? Yo maté á una sola, y me dolió en el alma, particularmente despues que la ví muerta, y me dijeron otras moras que quedaron vivas, que aquella que yo habia matado era hermana del capitan Maleh de Purchena; y bien parecia ella ser una mora de grande estima por los buenos vestidos que llevaba puestos, las manillas y arracadas de oro, de todo lo que yo la despojé, dejándole solamente la camisa, que era harto rica; y esta se la dejé porque no mostrase sus carnes, quedándose desnuda. Aun me parece que la estoy viendo, y que la labor de la camisa era de seda verde y grana muy rica: otros soldados se la quisieron quitar, mas yo no lo permití, y me pesó mucho de haberla muerto, porque era la mora una de las damas mas bellas que tenia el mundo. Vive Dios, que estaba muerta, y mataba de amores á cuantos hombres la miraban, y que todos me maldecian esclamando: ¡Mal haya el villano soldado que tal hizo, y privó al mundo de tanta hermosura! Mira tú cuál seria, que muchos soldados y capitanes iban á verla de propósito, y algun caballero dijo: Si estuviera viva yo daria quinientos ducados por ella: otros decian, si yo la encontrara se la diera al rey, como uno de los regalos mas preciosos de este mundo. Porque, señor, el verla muerta, tendida en el suelo, con aquella camisa labrada, y los cabellos rubios como hebras de oro, esparcidos alrededor de su cuello, no parecia sino que era un angel bellísimo. Llegó á tanto la admiracion, que un pintor afamado que

viene aquí en el campo, y está en la compañía del capitan Beltran de la Peña, aquel mismo que mataron los moros en Galera, estuvo un dia entero sacando su retrato, y le salió tan al vivo, que encanta mirarle; de manera que ya ha habido un caballero que le ofrecia por él trescientos ducados, y el pintor los desestimó como trescientos maravedis. Por esto me maldecian tanto todos, que descorrido y avergonzado tuve que huir de allí, haciendo juramento de que no me sucederia otra, porque á fé de buen soldado, tengo todavia á la pobre mora atravesada en mi corazon.»

Mucha atencion puso el moro Tuzani en las palabras del cristiano, y por ellas y las señas que daba, conoció claramente que aquel habia sido el asesino de la hermosa Maleha. Cada espresion que salia de su boca, ponderando la belleza de ella, era un agudo puñal con que le atravesaba el corazon; y asi padeció tanto en oir aquella tristísima tragedia, que al paso que el soldado hablaba, se le iba mudando la color, y vino á perderla de tal modo, que los demas soldados lo notaron, y maravillándose le dijeron, que cómo se demudaba de aquella suerte, y si habia sentido algo, ó estaba mal dispuesto. Disimulando cuanto pudo el Tuzani, les respondió, que no se sentia bueno despues de haber bebido por la mañana un poco de agua con unas garrobas. Luego pregunta al soldado si le quedaba alguna ropa ó joya de aquella mora. «No me queda mas, respondió, de las arracadas y una sortija de oro que

la quité del dedo: vendí lo demas en Baza por falta de dinero, y si ahora hallara quien me comprase dichas arracadas y la sortija, las venderia de buena gana por probar la fortuna.»— «Yo las compraré, dijo el Tuzani, y lo hago por llevarlas á Velez el blanco, y mostrárselas á una hermana de la difunta, que está allí siendo esclava del marqués de aquella tierra.»—«Venid, pues, conmigo al rancho, las veréis, y si os contenta pagarlas, os las llevaréis,» dijo el soldado.»—«Vamos allá, dijo el Tuzani, con licencia de estos Señores.» Diciendo esto se marcharon el soldado y el Tuzani, y llegando al rancho, sacó aquel de un zurron unos papeles, entre los cuales estaban metidas las arracadas y el anillo; prendas que este reconoció muy bien, como que las habia visto muchas veces en poder de su dama. Mas no pudo verlas sin suspirar dolorosamente y venírsele las lágrimas á los ojos, de la ardiente pasion. Mas disimuló cuanto pudo, y preguntó qué debia dar por aquellas prendas. Concertáronse en seis escudos, aunque valian mas de veinte; pero entre soldados la necesidad y el tiempo hacen ó deshacen. Pagó luego las joyas el Tuzani y las metió en su pecho, haciendo cuenta de que allí ponia á su señora, y díjole despues al soldado, que si le placia podrian pasear un poco fuera de Andarax. Con este concierto se alejaron bastante del pueblo, y viendo el Tuzani llegada la hora de su deseo, le dijo al soldado: «¿Si yo os mostrara el retrato de aquella mora que matásteis, le conoceríais?»—«Si le viera, respondió,

no hay duda de que sí, porque me parece que no ha una hora que la maté, segun la tengo en la memoria.» Metiendo entonces el Tuzani la mano en el seno, sacó del contraforro de su jubon un pergamino arrollado, y descogiéndole mostró al soldado el retrato, y le dijo: «¿Es este por ventura el rostro de la hermosa Maleha?» Poniendo el soldado los ojos en la pintura, y maravillado de la semejanza, respondió: «Este sin duda es, y me espanto de verle.» Díjole entonces el Tuzani: «Dí, pues, soldado infame, y falto de valor, ¿por qué mataste á tal belleza? Sabé que esa mora era todo mi bien, que tenia tratado de casarme con ella, y que villanamente me privaste de la única esperanza de toda mi felicidad: sabe que tengo de vengarla, y asi, pon mano á la espada, y defiéndete. Si no, ya que mataste á mi esposa, ó muere, ó mátame á mí, y junta con mi sangre la de ella en los acerados filos de tu espada, triunfando de las dos vidas.» Diciendo estas palabras el Tuzani, acometió furiosamente al soldado para matarle; mas él, aunque espantado de tal novedad, no perdió punto de su ánimo, porque era valeroso; y arrostrando al Tuzani, se le opuso como un leon, principiando los dos á darse de cuchilladas y batirse con el mayor esfuerzo. Mas el Tuzani sobre muy valiente, era diestro en el manejo de la espada, y en virtud de su habilidad hirió malamente al soldado, diciéndole al mismo tiempo: «Toma, infame, el justo galardon de tu descomedimiento que te envia la hermosa Maleha, á quien mataste;

sin culpa.» El soldado herido de muerte cayó en el suelo, y allí el moro cruel le dió otra estocada, no menos mortal que la primera, diciéndole: «Dos heridas le diste á mi señora, y de otras dos debes morir.» En seguida envainó la espada y se retiró de allí, tomando la vuelta de la Sierra, que no estaba lejos. Mientras pasaba esto algunos soldados que andaban fuera del lugar, y no estaban lejos de allí, vieron á los dos darse de cuchilladas, y corrieron hácia ellos para ponerlos en paz; pero por pronto que llegaron, ya el Tuzani, despues de haber herido malamente á su contrario, iba volando como el pensamiento hácia la Sierra. Acercándose los soldados al que quedaba herido, vieron que mostrando grande ánimo probaba á levantarse, mas luego tornaba á caer, no pudiendo tenerse en pie, y rogó á todos que le llevaran al lugar, y llamasen á un confesor. Llevado á Andarax y diciendo quién era su capitan, vinieron luego los de su compañía, se le confesó y curó con mucha diligencia, y siendo preguntado sobre quién le habia herido, y por qué causa, contó el soldado todo lo que habia pasado, casi en los mismos términos que se ha referido. No tardó muchas horas en morir este soldado, que se llamaba Francisco Garcés, era natural de Peal de Becerro, y seguia la guerra con otros amigos á sus aventuras, sin sueldo alguno.

El Tuzani se metió en la sierra á eso de las cuatro de la tarde, y con la oscuridad de la noche se volvió á Andarax, donde ya le habian

echado de menos sus camaradas por no haberle visto despues de comer; y preguntándole dónde habia estado, respondió que jugando, sin declarar nada de lo que habia pasado. Entonces se mudó de vestido y andaba paseándose por el real sin que nadie le conociese, porque donde habia quince ó veinte mil hombres, era facil no dejarse conocer. Sucedió un dia que yendo el Tuzani por las inmediaciones del alojamiento del Señor D. Juan, fue conocido de aquel moro que llegó de Purchena con bandera de paz el Viérnes santo que se ganó á Tijola, dando aviso de que el Maleh se habia marchado de Purchena con siete banderas. Este, pues, habia tratado antes mucho al Tuzani, y aun entre los dos mediaba amistad; por lo cual, aunque andaba vestido con uniforme de cristiano, no por eso dejó de reconocerle, y mostrando grande alegría se fue en derechura á abrazarle, no sabiendo que andaba oculto. El Tuzani sobresaltado le dijo en algarabía que callase, y no le descubriese, porque en todo el campo se le tenia en el concepto de cristiano viejo. Disimuló por entonces el moro de Purchena, y dijo á algunos que le habian visto abrazar al Tuzani, que le conocia de su tierra por haberse criado en ella; y que allí todos los cristianos viejos entienden la algarabía. De este modo se apartaron de los demas, y los dos anduvieron tres ó cuatro dias juntos, durante los cuales el Tuzani contó al moro de Purchena todo lo que le habia pasado desde que salió de allí, y cómo habia muerto al soldado que quitó la vida á la

hermosa Maleha, encargándole mucho el secreto. Espantado de cuanto oia el moro de Purchena, y principalmente de que diese á los moros de Tijola la noche de su evasion el nombre del campo cristiano, que era *Santa María*, como jamás en los moros se halló buena fe, ni estabilidad en una cosa, luego determinó este dar cuenta á S. A. de cuanto el Tuzani le habia dicho, y poniéndolo por obra, buscó al Señor D. Juan, y le dijo: «Sepa V. A. que en el campo anda un moro, llamado el Tuzani, en hábito de cristiano, el cual hace saber á los moros todo cuanto pasa en el ejército, y habrá dos dias que mató á un soldado, porque habia muerto á la hermana del Maleh en la entrada de Galera. Guárdese de él V. A., porque es hombre sagaz y de agudo ingenio, y mándele luego prender y dar muerte, que la tiene bien merecida por haber dado el nombre de la guarda del campo á los enemigos, poniéndole en peligro de perderlo todo, si Dios por su bondad no lo estorbara.»

Se quedó maravillado S. A. de lo que aquel moro le contaba, y no queriendo que hubiese en el campo una persona que le pudiera dañar y hacer traicion, le mandó que con toda diligencia y maña buscara al Tuzani, y le atrajera de modo que le pudiese prender. El morisco de Purchena prometió que así lo haria, y anduvo buscándole dos dias por todo el campo sin poderle hallar, hasta que al tercero le vió, y preguntó en seguida dónde habia estado. El Tuzani le respondió, que en su posada, sin haber salido de Andarax;

y deseoso este de saber para qué le buscaba, le habló el de Purchena de este modo: «Ya sebes, amigo, que de mi propia voluntad vine á ponerme en las manos del Señor D. Juan, y le conté cómo el Maleh se habia ido á Filabrés con siete banderas, pensando pasar de allí á juntarse con Avenabó. Ahora, pues, tengo que tratar ciertas cosas con el Señor D. Juan, y quisiera que estuvieses delante para que como hombre advertido terciaras en algo de lo que dijere.» El Tuzani, hombre leal, y que tenia en mucho los deberes de la amistad, dijo que de buena gana le acompañaria cuando le pareciese conveniente ir á hablar con S. A. El de Purchena mostró que le importaba hacerlo cuanto antes, y así el Tuzani y él juntos fueron en seguida al alojamiento del Príncipe, quien estaba á la sazon acompañado de muchos caballeros, y entre ellos los tres maeses de campo Antonio Moreno, D. Pedro de Padilla, y D. Lope de Figueroa, ademas de D. Francisco de Velasco, que era aquel que vino al campo del duque de Sesa con órdenes de S. M. para contribuir en cuánto pudiese á que por buenos modos tuviese fin aquella guerra. Estábase tratando de ir á buscar al enemigo alojado en Velez, y se habia acordado hacer tres partes del ejército, para que cada una de ellas buscara por distinto rumbo á Avenabó, y no descansara mientras no acabase con él, yendo dejando por cada lugar gente de presidio, á fin de que en adelante los moros no pudieran alojarse en poblado. Estando en esto llegaron el moro de Pur-

chena y el Tuzani, y dijeron al capitan de la guardia que querian hablar con S. A. sobre negocios que le cumplian. El capitan entró luego el recado, y mandándoles entrar, dijo el moro de Purchena despues de haber hecho su mesura: «Esclarecido Príncipe, este es el camarada de quien tengo hablado á V. A., y ambos venimos juntos á suplicarla, que si se digna de prestarnos atencion tratarémos de ciertas cosas importantes.» El Señor D. Juan conoció luego al morisco, y como estaba ya advertido de lo que se trataba, mandó al capitan de la guardia que prendiera al instante á aquel soldado que venia con el moro, y le tuviese á buen recaudo: hízolo así el capitan quitándole las armas. Luego entendió el Tuzani que aquel morisco le habia vendido; pero no perdió por eso un punto de su ánimo, sino que preguntó al Príncipe con modestia, por qué le mandaba prender. El Señor D. Juan le preguntó allí delante de todos de dónde era; y el Tuzani conociendo que ya S. A. estaria informado de esto por el morisco, no quiso negar la verdad, antes bien con ánimo esforzado respondió, que era natural de un pueblo llamado Finis, situado entre Cantoria y Purchena, que era caballero, y se llamaba el Tuzani. Preguntóle el Señor D. Juan, por qué siendo morisco andaba con uniforme de soldado entre las banderas cristianas. El Tuzani respondió así; «Señor, sabrá V. A. que tomé este hábito por matar á un villano que vilmente asesinó á la muger mas bella de este mundo en la entrada de Galera, habiéndola podido cautivar, y esta seño-

ra era mi esposa. Yo juré buscar al soldado para darle muerte, y habrá dos dias que le encontré en este campo y le maté, no muy lejos del lugar donde estamos. Esta es la verdad, haga ahora V. A. de mí lo que sea servido, que si muero iré de esta vida consolado, pues vengué la muerte de mi Señora, que era lo que mas deseaba en este mundo. Y aun tengo esperanza en Dios, que la he de ver despues de muerta, y estoy seguro de que no tendrá queja de mí habiéndola vengado; mas he de morir cristiano, que en esta fé tambien murió mi señora, porque estábamos convenidos en que yo la sacaria de Galera y llevaria á Murcia, donde habiamos de vivir casados aguardando el fin de esta guerra. Con estas miras rogó ella á su hermano el Maleh que la dejara venir á Galera con achaque de ver á unos parientes que allí vivian, á fin de que tuviésemos una jornada mas breve que hacer. No quiso el hado que asi fuese, porque unos traidores levantaron á Galera, y dieron motivo á que V. A. con su ejército la entrara, y muriese allí mi Señora. Yo mismo fuí á buscarla, la hallé muerta, y con lágrimas piadosas la dí tierra: escribí encima de la sepultura, su epitáfio y mi dolor; juré vengarla, la vengué, y me puse este trage de cristiano, porque lo soy: he seguido tus reales banderas, y me mandas prender; si muero, moriré consolado, mandándolo un Príncipe tan esclarecido. Mas en este caso una sola cosa suplicaré á tu grandeza, y es que guardeis este que es el retrato de mi Señora, no caiga en manos villanas é indignas de tocarle,

juntamente con estas tres joyuelas, que aunque sean en sí de poco valor, tienen infinito precio habiendo sido suyas.» Dijo esto el Tuzani sin mudarse la color de su rostro, y metiendo la mano en el seno, é hincando la rodilla, sacó de él el pergamino y las joyas que alargó al Príncipe. S. A. estaba maravillado de la serenidad con que el Tuzani habia contado su historia, y compadecido de su mala fortuna se llegó á él, tomó el pergamino, las arracadas y la sortija, que estaban muy bien envueltas en un papel, y el Tuzani al tiempo de entregárselas á S. A. lanzó de lo íntimo de sus entrañas un profundísimo suspiro, como si entregando el retrato y las joyas, diera á su Señora misma, y con ella el corazon. El Señor D. Juan descogiendo el pergamino vió el retrato de la hermosa Maleha, y maravillado de una belleza tan peregrina, le mostró á todos los caballeros que allí estaban, los cuales admirados tanto de la hermosura de la mora, como del verdadero amor que el moro la tenia, y de la entereza que habia mostrado recitando su historia sin turbarse delante del Príncipe, dijeron que el Tuzani no era digno de muerte, y que habia obrado como caballero y soldado valeroso vengando el asesinato de dama tan hermosa. Cada uno de ellos aseguraba que en tal caso hiciera otro tanto, y que fue digno de ser muerto á manos del amante el soldado villano que habia muerto á la hermosa Maleha, por lo cual habiendo cumplido el moro con su deber, lejos de merecer castigo era digno de ser tenido en mucho.

El Señor D. Juan viendo que todos aquellos capitanes y maeses de campo abonaban el valor del Tuzani, y que su juicio propio era conforme al parecer de ellos en cuanto á su entrada en Galera, despues de dos dias ganada, y sobre haber vengado la muerte de su dama, le hubiera perdonado en seguida; pero se le puso por delante que habia manifestado á los moros de Tijola, estando él de guardia, el nombre en que tenia confiada su seguridad todo el campo; y asi delante de todos aquellos caballeros le dijo al Tuzani, que solo por eso era digno de que se le hiciera cuartos. Este entonces exento de temor y con serenidad respondió á S. A. diciendo: «No niego, valeroso Príncipe, que el acto es digno de muerte tomándolo asi, y sin consideracion á lo que fue intentado ejecutándole, y al fin que se pudo proponer; pero si se mira y saca de raiz el intento con que se hizo, se hallará que el haber dado dicho nombre á los moros de Tijola, fue en provecho y utilidad del ejército de V. A., porque si no se les diera entonces, no se ganara la plaza en ciento, ni en doscientos dias, respecto á que se aguardaba, como muy próximo el socorro de Avenabó, que teniendo treinta mil hombres de pelea, hubiera dado á V. A. mucho en que entender. Yo sabia que su pujanza es grande, y asi con mi poca discrecion de milicia procuré que los de Tijola abandonasen el fuerte en que Avenabó y todos los suyos tenian puestos los ojos para su remedio, en tanto que llegaba el refuerzo de Africa, que efectivamente llegó al

otro dia á Castil de Ferro, y no desembarcó, porque estaba batiendo á aquella plaza el duque de Sesa. Considerando todas estas circunstancias, quise, aunque hice mal de no dar antes parte de mi intento á V. A., como era razon, evitar el daño de los cristianos, y asegurar el provecho que se les seguia de dejar los moros á Tijola. Yo es verdad les dí el nombre, y con esto los engañé para que abandonaran la fortaleza fugándose en aquella tenebrosa noche. Cuando sentí que casi nadie quedaba ya en el pueblo, grité *arma* por la parte de mi cuartel, habiendo oido que de otra parte se habia sentido la fuga de los moros por el tercio de Nápoles. Movióse en seguida todo el campo, á pesar de la oscuridad de la noche; se tomó el fuerte, y los que primero allí entraron fueron los de mi tercio, que es el de D. Lope de Figueroa, y yo con ellos: yo fui el primero que puse fuego á las casas é hizo hogueras, para que los cristianos pudiesen ver lo que obraban y reconocieran á los moros: estos y sus mugeres se fueron dejando algunas reliquias suyas en tus poderosas manos: allí quedó muerto el alcaide de Tijola; y aun cuando se salvaron dos mil personas, quedó á V. A. lo principal, que era aquel fuerte en donde los moros, como tengo dicho, tenian puesta su esperanza. Sabed, Señor, en compensacion de los que se fueron por mi causa, que de hoy en tres dias se pondrá en tus reales manos rendido todo el poder de Avenabó; y en esto no cabe duda, porque yo lo sé del Maleh que estuvo anoche en tu campo sin ser co-

nocido de otro ninguno mas que yo, quien preguntándole á que habia venido, me respondió que á reconocer tu ejército. Se espantó de verle, y salió amedrentado diciendo, que á pesar de Avenabó vendria él á rendir la armas, y haria que todo el reino se sometiese á tu obediencia. Lloró conmigo su desventura el valeroso capitan, arrepentido del mal término que ha usado con su rey y señor: yo lloré con él mi desdicha y la muerte de su querida hermana, mi señora: esto es lo que hay de cierto, y asi, soberano Príncipe, si me has de dar la muerte, sea pronto, y no me la dilates, porque se alargan mis penas, cuando saldré de todas ellas si luego me la das.» Aqui no pudo dejar el Tuzani de mostrar un vivo sentimiento, dando sus ojos testimonio de lo mucho que padecia. Viéndolo D. Lope, y considerando el valor de tan buen soldado, se levantó echando dos ó tres por vidas, y dijo: «El soldado ha dado gran descargo de su persona, y no tiene por qué morir; yo le quiero en mi compañía y que siga mis banderas. Mande V. A. que sea libre y se le devuelvan sus armas, que voto á tal, que si alguno matara á mi dama, no me contentaria con matarle á él solo, sino á todo su linage.» El Príncipe en vista de lo que D. Lope y todos los demas que allí estaban decian, mandó soltar al Tuzani y que se le dieran sus armas. Entonces D. Lope le dijo: «Amigo, militad bajo de mis banderas, que yo me precio de llevar en ella soldados semejantes. Para que me sigais con mas voluntad me llevaré

el retrato de vuestra dama, que estando en mi poder podeis hacer cuenta de que está en el vuestro, y le haré poner en tabla para que no se maltrate.» El Tuzani respondió: «Bien sé, ínclito Marte, que asi estará la causa de mi bien y de mi mal en tu poder, mas desde ahora hago cuenta de que pierdo á mi señora y que no la veré mas: prometo servirte como leal soldado en todas ocasiones, aunque temo que ataje la muerte mi carrera, no viendo el retrato de mi dama.» D. Lope, como hombre que sabia muy bien lo que era estar amartelado, considerando que la falta del retrato podria causar al soldado una profunda melancolía, que tras ella cayese en la desesperacion, y le causara una muerte repentina, le llamó, y le entregó su retrato diciendo: «Yo ya sé lo que son estas cosas: tomad vuestro retrato, y guardadle para vuestro alivio y consuelo; pero atended á andar siempre en mi compañía y cerca de mi persona, pues haré cuenta de que llevo con vos un amigo valeroso: ahora salíos fuera, y aguardad hasta que yo salga.» El Señor D. Juan mandó dar sus arracadas al Tuzani, quien se salió del aposento, dejando á todos admirados de su noble proceder y mesura. El otro moro que le habia vendido, pesaroso ya de lo que habia hecho, y con temor del Tuzani, se salió aquella noche de Andarax, y se fue á Valor, donde estaba Avenabó. De allí adelante el Tuzani se llamó Fernando de Figueroa, y anduvo siempre en compañía de D. Lope, hallándose en la Naval, en la de Mastrique, y en todas aquellas ocasio-

nes en que se halló su capitan, no dejándole hasta que murió en Monzon. Entonces el Tuzani se vino á Villanueva de Alcardete, donde estaban los moriscos de Velez el Rubio, porque allí tenia sobrinos hijos de hermanos, y yo propio procuré verle yendo á Madrid en solicitud de un privilegio para un libro mio. Como yo estaba ya informado por algunos moriscos de la historia del Tuzani, tuve especial cuidado de buscarle y hablarle, y él me dió esta relacion que hemos contado. Ví el retrato de la hermosa Maleha, que le tenia puesto en tabla, y me pareció el rostro mas hermoso del mundo: en medio de ser pequeño tenia al rededor un letrero en arábigo, que decia asi:

Day fati Maleha aynia,

que en castellano quiere decir: *Señora hermosa de mis ojos*.

Volvamos ahora á nuestra historia para darla fin, ya que nos aguarda Avenabó lleno de mil pensamientos y temeroso de la muerte, con intencion de rendir las armas al Señor D. Juan; pero antes diremos un romance que se hizo á lo pasado, y es como sigue:

Aquel castillo famoso,
que es de Tijola la Vieja,
el de Austria con su poder
estrechamente le asedia.
Con tres tércios le han ceñido
por el llano y por la sierra;

al mediodia D. Lope
planta y hace su trinchera;
A la parte tramontana
D. Pedro Padilla asienta
su tercio muy sagazmente,
como aquel que lo entendiera;
El buen Antonio Moreno
dentro en Tijola la Nueva,
donde asiste el buen D. Juan
con la gente aventurera.
En el un tercio y el otro
parece una y otra seña,
trinchera se hacen luego,
plataformas á gran priesa;
Plántanse doce cañones
para que batan la tierra,
sin otros dos que se ponen
enmedio de una ladera.
Mas al plantar estos dos
grande escaramuza hubiera,
porque los moros lo estorban,
y los nuestros perseveran:
Los cuales son zamoranos,
tambien de Toro y su tierra;
mas por ser los moros muchos
van perdiendo la ladera.
Los socorre un capitan
de Murcia con su bandera,
Francisco Galtero ha nombre,
el cual puesto en la pelea
Hizo tanto, y pudo tanto,
que se plantan las dos piezas,

á pesar del bando moro
que procura defenderlas.
La tierra se bate luego,
las balas dan en las peñas,
y en las torres y murallas
no hacen ninguna mella,
Por estar muy encajada
la obra y cimiento en ellas.
Treinta dias se han pasado;
los moros salirse acuerdan
Una noche fria, oscura,
cual al caso conviniera.
Llegó una noche cerrada,
que llueve, ventisca y nieva,
Con terrible oscuridad,
que la causara una niebla:
el nombre hurtan al campo,
que el Tuzani se lo diera.
Con esto el moro se sale
marchando para la sierra;
Mas no acaban de salir
cuando alarma se dió recia:
Todo el campo se alborota,
á la muralla se allega,
y con un valor terrible
se gana y toma la tierra.
Los de Lorca los primeros
por la muralla atraviesan,
y ponen fuego á las casas,
haciendo grandes hogueras,
Porque viesen los cristianos
con quien tienen la pelea.

Las dos eran de la noche
cuando cristianas banderas,
Puestas en el alto alcazar,
que el aire las tremolea;
España, España, diciendo
toda la gente de guerra;
La nueva y vieja Tijola
por el rey Felipe quedan.
Jueves santo fue en la noche
cuando este asalto se diera:
El campo se fue á Andarax,
donde está el duque de Sesa,
el cual recibió muy bien
con su campo al de su Alteza.
El duque se fue á Granada,
y el de Austria en Andarax queda.

CAPITULO XXV.

El capitan Habaqui pide paces á S. A.; trátase sobre ello, y se da fin á la guerra.

Triste, pensativo, y muy corto de esperanza andaba el moro Abdalla Avenabó al ver cuán mal se entablaban sus cosas, y que desmayando sus gentes, no curaban ya de las armas, especialmente cuando llegaron las nuevas de la pérdida del castillo de Tijola, donde todos tenian puesta su última esperanza: viendo que el turco no le asistia, que el de Marruecos no le habia escrito, y que se habia vuelto á Argel el socorro que le vino de allí: que el hermano del rey de España

D. Felipe estaba en Andarax, y habia juntado con su ejército el del duque de Sesa: que ya todas sus cuadrillas y capitanes no parecian, ni osaban parecer por los caminos, huyendo de oir el llanto de las mugeres y niños que andaban descarriados; no osando entrar en poblado, sino viviendo en las sierras y montes como animales, curtidos de frio, de las nieblas y soles, ateridos de hambre, y con muy corta esperanza de remedio; perdió de todo punto el ánimo, y dió de mano á la guerra, no permitiendo que por su causa se perdiesen tantas vidas. Así mandó llamar á consejo de guerra, y estando juntos todos los capitanes que á la sazon se hallaban en su campo, con las palabras mas tristes y sentidas les habló de esta manera.

«Valerosos capitanes, que habeis sostenido con tanto trabajo esta peligrosa guerra, sabed, que reconozco no ha podido hacerse mas de lo que hemos hecho, y que hemos llegado al fin de ella, sin poder llevar mas adelante nuestras esperanzas. El socorro que nos vino de Argel, se volvió sin tomar tierra en parte alguna; el turco no ha dado muestras de venir ni de querer saber en qué estado está la guerra; los reyes de Fez y Marruecos no han tenido consideracion ninguna de nuestros trabajos; y asi en tal situacion, faltándonos estos socorros, mal podremos salir con lo pretendido. Los enemigos nos han tomado todas las fortalezas, y han puesto bastante gente de presidio en todos los lugares importantes: nos han asolado los panes, nos han llevado los ganados,

nos faltan los bastimentos, y el hambre nos hace ya mas guerra que las armas: las mugeres y las criaturas padecen, y dicen que mas quieren morir ó ser cautivas, que tolerar mas tiempo su triste suerte. Por tanto, amigos y compañeros mios, tengo por conveniente que rindamos las armas al hermano de Felipe, á quien Dios presta tan soberana ventura: acábense de una vez los llantos, los sollozos, los suspiros y las muertes, suba el de Austria al punto sublime de la fortuna que el alto cielo le concede. Mas yo no tengo de rendirme á las banderas cristianas, porque asi lo tengo jurado por Mahoma: me pasaré á Africa con el bando turco, y allí aguardaré el fin de mis dias. Búsquese á los que quedaren la salud y la paz que tanto desean; y para esto vaya el capitan Habaquí, que es hombre que sabrá tratar con el hermano del rey un caso de tanta graveda. Lo primero que pida sea, que al bando turco se le den bajeles para que con toda seguridad pase al mar Líbico, sin que ningun daño se le haga en España, y que á los granadinos se les mantenga en sus tierras sin tomarles las haciendas. Haciendo esto el hermano de Felipe, serán luego firmadas y ratificadas las deseadas paces: este es mi dictamen y la última esperanza que nos resta. Ahora diga cada uno lo que siente sobre mi parecer: si es bueno, tómese; y si no, pase la guerra adelante, pues yo con morir correspondo á los inmensos trabajos que puedan sucedernos.

Oido el razonamiento de Audalla Avenabó,

todos los capitanes, asi turcos, como moros granadinos, tuvieron por acertado el designio de hacer las paces, como el único para que cesaran los trabajos y pesadumbres de que andaban todos tan cargados. Se acordó tambien procurar el bien de Avenabó para que no pasase á Africa sujeto á vivir en tierras agenas; y concluido este acuerdo en el consejo de guerra para ajustar el tratado, se le dió al Habaquí una carta credencial, firmada y sellada de la mano de Avenabó. Luego que se estendió por todo el campo la voz de que se trataban medios de paz, el júbilo fue general, especialmente de parte de las mugeres que lloraban de alegría, y ya quisieran que estuviera todo concluido: mas largo se les hacia aquel corto espacio de tiempo que quedaba de trabajos, que todos los pasados durante los dos ó tres años de la guerra. Los moros granadinos deseaban verse en sus lugares, y quietos en sus casas como antes solian, y arrebatados de esta dulce esperanza, unos arrojaban las armas por el suelo, otros lloraban de contento, y otros alzaban las manos al cielo, dando gracias á Dios por la merced que les hacia en acarrearles la paz: ya quisieran que el Habaquí hubiese partido al real de los cristianos para tratar de tan saludables medios. Con efecto luego salió este para Andarax, no menos deseoso que los demas de su bando de que Dios trajese á buen fin su negociacion, y en su compañía fueron solamente dos moriscos amigos suyos, llevando una bandera blanca en señal de paz. Cuando el Habaquí llegó cerca del campo de

los cristianos, fue muy pronto observado y reconocido; por lo cual se pasó aviso al Señor D. Juan de que venian tres moros de paz con una bandera blanca. Mandó S. A. que en llegando los llevasen á su posada; y con efecto el Habaquí se presentó á caballo con sus dos compañeros, muy bien aderezados todos, y preguntando por el Señor D. Juan, rogó que le dijesen á S. A. de parte del Habaquí, que venia á besarle los pies y tratar un negocio de alta importancia. S. A. mandó luego que entrase, y en seguida el Habaquí apeándose de su caballo, se dirigió á la posada del Príncipe, acompañado de algunos capitanes y soldados que salieron á recibirle de orden de S. A. Luego se hincó de rodillas ante la real presencia del Señor D. Juan, y se bajó para besarle los pies; mas S. A. no lo consintió, antes levantándole del suelo le dijo, que fuese bien venido, y declarase el fin de su embajada. El discreto Habaquí sin turbacion de rostro, antes bien mostrándole muy sereno, con palabras llenas de admirable facundia, habló de esta suerte:

«Honor y gloria del valor hispano,
hijo de Cárlos ínclito famoso,
á quien el alto cielo le apercibe
mil glorias inmortales y trofeos,
que la fortuna muestra el rostro alegre
y le señala en su movible rueda
lugar sublime puesto en lo mas alto;
yo soy el Habaquí, si en algun tiempo
mi nombre oiste andando en estas guerras,
porque tambien el hado á mí me puso

en lista infame, y torpe desvarío,
haciéndome seguir injustas causas
siguiendo las banderas de los reos.
Mas ya de todo el caso arrepentido,
con firme fé, y propósito, me pongo
delante de tu real acatamiento;
trayendo de Avenabo aquesta carta,
porque por ella entiendes mi venida,
y que lo que tratares será cierto.
Andalla, pues, te besa pies y manos,
y pide no se niegue tu clemencia
al reino de Granada, que humillado
y muy arrepentido la demanda,
y quiere reducirse y entregarse
de toda voluntad á tu grandeza.
Las armas rinden, póstranse las gentes,
perdon demandan de sus grandes yerros,
con lágrimas lo piden muy humildes:
los niños y mugeres ya te llaman
con lágrimas crecidas y gemidos,
y dicen que en tus manos quieren todos
morir, y no vivir en los desiertos
pasando hambres, muertes y trabajos.
Pues, ínclito varon, invicto Marte,
la guerra cese, cese la ruina,
revuelvan las banderas á las astas,
los parches de las cajas no se toquen,
los pífanos no suenen, ni las trompas,
la pólvora no haga mas estruendo,
los ecos por los valles no resuenen
de la arcabucería disparada,
el humo de las piezas no parezca

al cielo remontado como nubes:
ya no los acerados hierros hagan
verter la roja sangre por los campos,
su templo Jano cierre, y á sus puertas
de la Discordia el cuerno mas no suene;
haya paz, haya bien, haya contento,
todo se allane, todo sea justo.
Paz y clemencia, Príncipe, clemencia:
mirad al fuerte Cesar vuestro padre,
que de ella se preció muy grandemente:
con los vencidos era muy piadoso.
No mas Marte, señor, no haya mas Marte:
Felipe viva, viva tu grandeza,
vasallos somos todos como antes:
Esténse como de antes las haciendas,
esténse como de antes los lugares,
las fardas como de antes contribuyan:
el bando turco pase allá en la Libia,
y lleve tu licencia, y no le dañen;
pase á Argel, embárquese al momento:
quede Avenabó puesto ya en tu gracia.
Aquestas condiciones solas pido,
y ruego á tu grandeza las conceda
con una piedad cual esperamos
que un hijo de tal Cesar nos otorgue.
Olvídense los males cometidos,
y pónganse en olvido las traiciones:
advierte, gran señor, que Dios no quiere
que muera el pecador, sino que viva;
y que de sus errores se arrepienta,
dispuesto á enmendarse de sus culpas.
Pues, Príncipe, no mas, ya no mas digo;

á lo que vine he dicho, no me vaya
de tí desconsolado, ni arrojado,
pues es de tu grandeza real costumbre
dar el perdon al triste que le pide.»

Estas razones dijo el valeroso capitan Habaquí á S. A. delante de muchos caballeros y capitanes, dejándolos muy satisfechos de su buen porte, y mas alegre que todos al Señor D. Juan en saber que los moros de Granada querian reducirse y rendir las armas; considerando que S. M. holgaria de ello, pues habia mandado, que por los mejores medios que se pudiese feneciera la guerra, y que los moros fuesen acogidos á misericordia. Asi el Señor D. Juan mostrando el rostro alegre, respondió al Habaquí con suaves palabras lo siguiente.

«Mucho me huelgo, Habaquí, capitan valeroso, de conoceros personalmente, pues de fama ya tenia de vos larga noticia y tambien de vuestras cosas; porque no habeis sido pertináz en la rebelion, y por vuestra parte habeis hecho reducir al verdadero conocimiento de su obligacion á los mal mirados gefes, reprendiendo sus malas inclinaciones. Tengo bien entendido que si Avenabó se rinde, es mas por vuestra persuasion que por su voluntad. Mas sea como se fuere, digo, que yo confirmo las paces, y doy mi palabra, en nombre de mi señor el rey, de que los moriscos serán muy bien recibidos por mí con aquella afabilidad que Dios manda y la grandeza real de S. M. requiere: que serán regalados, traidos á su gusto, y sus haciendas, dinero, joyas y ropas, todo les

será guardado, sin que nadie les quite, pida, embargue, ni estorbe cosa que sea en su daño: que los turcos se podrán ir embarcándose en Castil de Ferro libremente, sin que nadie los enoje ni perturbe su pasage. Esto pudiera haberse hecho muchos dias antes de ahora, y no hubieran ellos pasado tantos males, ni sucedido tantas muertes, asi de la una parte como de la otra. En ésta atencion, pues, ya que vos, buen capitan, habeis venido á tratar de tan saludables medios, no perdereis nada en ello, atento á que se ha reconocido vuestro buen celo, confesando ser cristiano y leal servidor de S. M.; por cuya vida y real corona juro de hacer que él os dé una encomienda del hábito de Santiago, y con ella algo con que podais vivir como caballero honrado, tanto vos como vuestros descendientes, y juntamente privilegios reales de vuestra nobleza é hidalguía, la cual será guardada á vos y á ellos para siempre jamás. Y en señal de lo que digo y prometo, recibid de mi mano esta cadena, y tambien la espada que en la cinta llevo, para que de hoy en adelante os tengais por mas caballero de lo que sois, aunque sé muy bien que teneis grande calidad.» Diciendo estas palabras el Señor D. Juan se quitó del cuello una hermosa y rica cadena de oro, y se le dió al Habaquí, juntamente con la espada que tenia en la correa, que era dorada y de mucho valor. El Habaquí hincadas las rodillas en tierra, quiso besar los pies á S. A., mas no se lo permitió; le besó por fuerza las manos dándole palabra de que él haria tanto,

que todo el reino se redujera y pusiese á la obediencia de S. A. Con esto se despidió, quedando concertado que con él vendria Avenabó y daria asiento en las paces; y para que á Avenabó le constase la verdad del tratado, S. A. le dió al Habaquí un anillo de oro en que estaban talladas y esculpidas las armas imperiales de su padre. En seguida salió el Habaquí de Andarax tomando el camino de Valor, donde estaba Avenabó, llevando consigo á los dos compañeros que trajo, y que maravillados de los ofrecimientos que S. A. habia hecho al Habaquí, y de los regalos que le habia dado, concibieron contra él una envidia mortal.

Cuando el buen Habaquí llegó de vuelta á Valor, todo el campo salió á recibirle, y muchos capitanes amigos suyos se holgaron de verle venir tan bien aderezado con aquella rica cadena de oro y la espada dorada. Preguntáronle en qué estado quedaban las cosas, y él le refirió todo lo que habia pasado, con lo cual se alegraron mucho, dando gracias á Dios por tan buen suceso. El Habaquí se presentó luego á Avenabó refiriendo cuanto le habia pasado con el Señor D. Juan, que habia manifestado mucha alegría de la proposicion de las paces, y prometido hacer mucho bien al estado granadino: que quedaba concertado irian los dos juntos á ver al Señor D. Juan para dar firme asiento á las paces deseadas; de todo lo cual se mostró muy satisfecho Avenabó, y determinó pasar allá inmediatamente para dar fin á las cosas de la guerra y sacar el mejor partido posible. Asi lo hiciera con efecto si lo con-

sintiese la variable fortuna, ó si algun demonio no urdiera otra trama en contra de lo que estaba ya tratado.

Fue asi: estando concertados en que irian Avenabó y el Habaquí en compañía de algunos capitanes á besar las manos del Señor D. Juan, entraron luego aquella misma noche á hablar con Avenabó los dos moros que acompañaron al Habaquí, los cuales llenos de ponzoñosa envidia le dijeron. «Mira, rey Audalla, lo que haces, y de quien te fias: tú enviaste al Habaquí á procurar el bien de todos y tu salvacion; pero él ha procurado mas por su persona, que por la tuya y la de todos, prometiendo como si fuera rey, que haria se redujese todo el reino de Granada, á pesar tuyo y de todo el mundo. Por eso le dió D. Juan aquella rica cadena de oro y la espada, que vale una ciudad: él prometió llevarte preso á su presencia. Abre, pues, los ojos, y mira hoy por tí; porque si vas mañana no volverás, ni has de ver concluidas las paces deseadas: considera que porque te llevara preso á su presencia le prometió hacer caballero del hábito de Santiago con grandes privilegios, y que le daria bienes con que vivir, siempre cómodamente él y todos sus descendientes. ¿Te parece bien, famoso Audalla, que á tu costa triunfe el Habaquí, que él solo se lleve la gloria y honra del rendimiento de las armas, y la reduccion del reino, y que esclusivamente á él se hagan tan singulares mercedes? Pues si así lo quieres, hágase tu gusto, que nosotros con esto cumplimos la obligacion que tenemos

de serté leales, y á lo menos no dirás que no fuiste avisado con tiempo para que pudieras remediarte.»

Asi hablaron á Avenabó estos traidores. ¡Oh, gente infame y desleal! de muy lejos te viene ser falsa, y mas mudable que la veleta que está al viento: asi por tu falta de fé vinieron á perderse muchas monarquías de reyes moros. ¡Oh, por el contrario, noble gente española, Dios te guarde y bendiga, pues por tu valor y lealtad tu rey ha venido á sojuzgar el mundo! Pues asi como el falso Avenabó tuviese ciegos los ojos de la razon, creyó luego los malos consejos y falaces acusaciones que le dieron contra el buen Habaquí, y muy indignado acordó hacerle matar, y para ejecutarlo sin escándalo mandó á aquellos capitanes y soldados que sabia eran sus mayores amigos, que con cierta gente escogida salieran á guardar unos pasos de que se recelaba, mientras se asentaban las paces. Luego que los capitanes susodichos partieron, dijo Avenabó que queria ir á Pitos de Ferreira, donde su presencia era necesaria; y asi se marchó allá con mil hombres, llevando consigo al Habaquí, y estando allá mandó un dia á este que viniera á su posada, y le habló de esta suerte:

Razonamiento de Avenabó cargando al buen Habaquí.

«Dí, infame y falso Habaquí, ¿es esa la lealtad que me has tenido? ¡Asi me pagas las sin-

gulares mercedes que te he hecho, los bienes que te he dado, y la autoridad que tienes como general supremo de todo mi campo, despues de mi persona? ¿Asi correspondes á la confianza que he hecho de tí, poniendo en tu mano todas mis cosas, y dándote mi comision, y carta credencial para el hermano del rey de España, á fin de que por mí y en mi nombre dieses asiento en las paces? ¡Tú vas allá y negocias por tí, atribuyéndote la honra y gloria del rendimiento de las armas y restauracion del reino, y das palabra de llevarme preso ó muerto á la presencia del general de los cristianos! ¿Entendias que faltaria quien me diese aviso de tu traicion? Muy contento volviste con tu cadena de oro, la espada dorada, y esperanza de la merced del hábito de Santiago: pues hágote saber, que no verás ese dia, que por Mahoma, que te haga yo poner en un palo, para que tu muerte infame sirva de escarmiento á otros que intenten ser traidores, como tú lo has sido conmigo.»

Espantado y muy atónito se quedó el buen Habaquí de las razones de Avenabó, y como estaba exento de culpa en todo aquello que le imputaba, sin mostrar punto de turbacion, y como hombre de valeroso ánimo, respondió de este modo:

Respuesta del capitan Habaquí á Avenabó en su descargo.

«No se qué causa haya habido, rey Audalla, para que me trates de traidor, no habiéndolo

sido jamás, ni á tí, ni á otra persona en el mundo, porque no me viene de línea serlo. Me enviaste á D. Juan para que en tu nombre diese asiento en las paces, y yo hice en ello lo que era obligado, hablando por tí como mensagero leal. Si el Señor D. Juan me dió por su gusto una cadena de oro y esta espada, no por esto incurrí en traicion; y si me ofreció hacer caballero del hábito de Santiago, no hay duda en que á tí te diera mas. Yo dejé tratado que tú y yo iríamos á verle, y allí se daria la conclusion de las paces: si no quieres ir, y de mí no te fias, yo en tu nombre me ofrezco á hacerlas. Sin razon alguna te has indignado contra mí, pues sabes bien que te he servido lealmente, y no puede ser menos que hayan intervenido traidores á indisponerme contigo. Sabe ciertamente, Audalla, que todo el campo estaba amotinado contra tí, y habia muchos conjurados para darte muerte, y por mi respeto se apaciguó todo, y conservas la vida. Pues si esto es asi y lo sabes tan de cierto, ¿por qué me das el nombre de traidor? Haz de mí lo que quieras, que si me mandas dar muerte, no faltará en el campo quien la vengue, y aun si me faltare, sé de cierto que Dios me ha de vengar de tal modo, que viviendo has de sentir mil muertes; pues Dios mira que ha sido siempre bueno y justo mi celo, y sabe que contra mi voluntad he seguido las banderas moriscas, porque soy verdadero cristiano, redimido con la sangre de Cristo crucificado; y si hoy trataba yo las paces, no era por otra cosa que por el remedio de las almas de

los rebeldes. No tengo mas que decirte, haz á tu voluntad., que estoy dispuesto á morir por Dios.»

Con esto el buen Habaquí dió fin á sus razones, las cuales fueron mal entendidas y peor consideradas por Avenabó; y asi poseido de una furia infernal le mandó prender y en seguida ahorcar. Prendiéronle luego, y sin embargo de apelacion ni de descargo le llevaron al pie de una zarza con las manos atadas atrás, y le echaron el lazo al cuello, llevando á ejecucion el cruel mandamiento. El buen Habaquí viéndose solo y desamparado de sus amigos, rogó á los que le iban á ahorcar que suspendiesen el acto de aquella injusticia mientras hablaba dos palabras con Dios; y asi puestos los ojos en el cielo dijo con muchas lágrimas esta devota oracion:

Oracion que hizo el buen Habaquí á Dios.

Cristo Dios, que en un madero
moriste, Señor, por mí,
hoy ampárome de tí,
pues por tu ley santa muero.
No mires á mis pecados,
sacrosanto Redentor,
mas con puro y grande amor
sean por tí perdonados.
De mi parte está oferderte,
de la tuya el perdonarme:
no quieras desampararme,
pues acierto á conocerte.
Muy grandes son mis pecados,
bien lo tengo en la membria;

mas, Señor, misericordia,
sean por tí perdonados.
Que te ofendí lo confieso,
que fuí malo y fuí traidor;
mas no me juzgues, Señor,
conforme á mi pecador.
Conforme á tu gran bondad
me juzga, muy gran Señor,
no mires mi grande error,
ni mi perversa maldad.
Recibe, Señor, mi alma,
que presto estará en tus manos,
y el cuerpo entre los gusanos
se quedará puesto en calma,
Hasta que vengas, Señor,
á juzgar vivos y muertos,
quedaré en estos desiertos,
aguardando en tu favor.

Mas quisiera decir el buen Habaquí implorando el auxilio de Dios; pero no le dieron lugar los envidiosos de su gloria, sino que lo suspendieron de una carrasca, donde murió como cristiano católico, mostrándolo en clamar á Dios y á su bendita Madre para que le asistiese en aquel paso trabajoso.

Luego que fue ahorcado el Habaquí, toda la gente de guerra considerando el mal porte de Avenabó con tan valeroso capitan, se amotinó contra él de tal suerte, que le convino huir de la furia de los amotinados con un número muy corto de soldados que le siguieron; y sabiendo

quienes habian sido causa de la muerte del buen Habaquí, los cogieron y en la misma carrasca los ahorcaron, sin ser nadie parte para poderlos librar. Recogido el cuerpo del Habaquí, se le dió sepultura honrada, mostrando todos en sus lágrimas el grande sentimiento que les causaba su pérdida. Luego se supo por todas partes esta injusta muerte, y los capitanes amigos del valeroso Habaquí á quienes Avenabó habia entretenido fuera de Valor, fueron á buscarle para darle muerte; pero el traidor se escondia, y no le podian hallar. Súpose tambien esta infausta nueva en el real del Señor D. Juan, y á S. A. y á todo su campo les pesó grandemente. ¿Quién pudiera contar el desconsuelo de las moras y moros que perdiendo la esperanza de las paces se lamentaban vertiendo un raudal de lágrimas por la muerte del buen Habaquí?

Viendo, pues, el Maleh, el capitan Avenaix de Cantoria, el Mozalban, el Dali y Arrendate, que el Habaquí habia dejado propuestas las paces bajo las condiciones designadas, determinaron pasar juntos á Andarax á hablar á S. A. para la confirmacion de ellas y conclusion del tratado. Y asi, en compañía de mucha gente y de todas sus banderas, fueron á ponerse en manos del Señor D. Juan, siendo concertado que las armas se rindiesen en Granada, en Guadix y en Almería, y que todos se restituyesen á sus lugares, aguardando las órdenes que se les dieran: que los turcos fueran á embarcarse á Castil de Ferro, como en efecto marcharon con escolta y buena custo-

dia que los asistió hasta dejarlos embarcados, aunque mejor fuera que los degollaran á todos. Viendo los demas capitanes y su gente que las paces estaban ya confirmadas, acudieron á rendir las armas al Señor D. Juan, siendo todos bien admitidos, y recibiendo especiales mercedes de S. A. Todas las gentes se volvieron á descansar en sus lugares, dando gracias á Dios por un favor tan señalado como el de las paces. Unos iban á Almería, otros á Granada, y allí entregaban las armas: Alrocaime y Abonuaile con sus compañías se fueron á Guadix. Finalmente todo el reino se redujo y rindió las armas: solamente quedaba Avenabó con unos quinientos monfis, pues no le seguia otra gente; y asi salian de Granada á buscarle para prenderle ó matarle; y con efecto toda su gente fue muerta y destrozada, y al fin él tambien hallado y preso; y llevándole á Granada montado en una mula, de propósito se dejó caer de unas peñas abajo, y vino á dar en una rambla muy honda hecho pedazos. Allí le cortaron la cabeza y la llevaron á Granada dó está en una jaula de hierro en la puerta del Rastro, con un letrero encima que hoy parece, y dice de esta suerte:

Aquesta cabeza es
del grande perro Avenabo,
que con su muerte dió cabo
á la guerra é interés.

Los moros, que quedaban todavia muchos, se pasaron á Africa, y todos los demas que quisieron se redujeron. Tuvo noticia el Señor D. Juan

de que estaba enterrado en Andarax D. Fernando de Valor que habia sido rey, y muerto como cristiano; por lo cual mandó S. A. que sus huesos fuesen llevados á Guadix: lo mismo se hizo con el cuerpo del Habaquí, sepultándole honrosamente en su patria, y poniendo encima de su sepulcro este

EPITAFIO.

Aquí yace sepultado
el Habaquí valeroso,
que por ser hombre famoso
fue de traidores odiado.
Su alma goza del cielo,
porque murió buen cristiano,
y el de Austria con franca mano
merced le hizo en el suelo.

Mucho sintió Guadix y toda su tierra la muerte del valeroso capitan Habaquí, siendo de todos bien quisto por sus buenas prendas y costumbres. El Señor D. Juan, dado asiento á las paces, y viendo que no quedaban ya moriscos que no estuviesen reducidos, se fue á Guadix, y de allí dió cuenta á S. M. de lo que pasaba. En seguida mandó S. M. que los moriscos fueran sacados de sus tierras, y llevados á Castilla, á la Mancha, y á otras partes mas distantes del reino de Granada. Publicado este mandamiento, luego se puso por obra su espulsion del reino. ¿Quién podria ahora esplicar el profundo dolor que sintieron los granadinos, al ver que se les mandaba salir de sus

tierras? No fue menor que en los cartaginenses cuando despues de rendidas las armas les fue mandado que dejaran á Cartago para que fuese asolada. ¡Cuántas lágrimas se derramaron en todo el estado granadino al tiempo que los moriscos se despedian de sus tierras! ¡Con qué pesadumbre lloraban las mugeres mirando sus casas, abrazando las paredes y besándolas muchas veces, al traer á la memoria sus glorias pasadas, su presente destierro, y sus trabajos por venir! Decian las desventuradas sollozando: ¡Ay, Dios mio, ay tierras mias, que no esperamos veros mas! Muchos pronunciaban aquellas mismas palabras que dijo Eneas al salir de Troya: «¡Oh tres y cuatro veces fortunados aquellos que peleando murieron al pie de sus muros; pues al fin quedaron en sus tierras, aunque muertos!» Asi se lamentaban los moriscos piadosamente llorando; mas si supieran que al fin de tantos trabajos habian de arrancarlos de su patria, mil muertes murieran antes de rendir las armas, ni haber hecho las paces. Finalmente los moriscos fueron sacados de sus tierras; y fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido de ello S. M. y todos sus reinos. Este fin tuvieron las guerras granadinas, al cabo de mil años que los alarbes habian entrado en España, reinando el Señor D. Felipe II de este nombre, á quien Dios nuestro Señor guarde largos años.

Sacólas en limpio y acabólas Ginés Perez de Hyta, vecino de Murcia, en 22 de noviembre de 1597.

Del capítulo pasado se hizo este Romance.

Temeroso de la muerte
estaba Avenabó Audalla,
viendo como ya la guerra
con su daño se acababa,
Y tambien sus capitanes
ya no curan de las armas,
y los niños y mugeres
por las paces suplicaban.
Al fin acuerda rendido
pedir á D. Juan de Austria,
que las paces les conceda,
como las pide y demanda:
Que las haciendas se queden
en los moros de Granada,
como solian estarlo,
pagando su pecho y farda;
Y que los turcos se embarquen
pasando la mar salada.
Para tratar de las paces
al buen Habaquí enviara;
Porque es hombre muy prudente
y discreto en cualquier habla.
Marchándose el Habaquí
para Andarax caminaba,
Adonde asiste su Alteza
y le espuso la embajada,
pidiendo las condiciones
que Avenabó demandara.

El buen D. Juan las otorga
con voluntad pura y llana,
y al Habaquí, porque vino
á traer esta embajada,
Le dió una cadena de oro
y una espada muy dorada.
Con esto tornó á Avenabo,
ya las paces concertadas;
Mas traidores con envidia
al Habaquí maltrataban,
dando á entender á su rey
que grande traicion le armaba,
Por querelle llevar preso,
y entregarle á D. Juan de Austria,
con la honra de las paces
para su bien ajustadas.
Avenabó con enojo
que le ahorquen luego manda,
lo cual al punto fue hecho
del ramo de una carrasca.
Murió el Habaquí cristiano,
Dios perdone la su alma:
mucho le pesó á D. Juan
de su muerte desastrada.
Todo el escuadron morisco
se rebela contra Audalla,
y asi este se va huyendo
junto á la Sierra Nevada.
Allí en una oscura cueva
tiene el moro su posada
con muy pocos que le siguen
de los monfis, gente mala.

Luego los mas capitanes
de la chusma rebelada,
Abenaix de Cantoria,
el Maleh y su mesnada,
Con otros no pocos moros
á Andarax hacen jornada,
y allí confirman las paces,
como estaban ya tratadas.
A Guadix partió su Alteza,
de allí envía embajada,
haciendo saber al rey
de las paces ya asentadas.
Su Magestad mandó luego,
que saliesen de Granada
todos los moros y moras
y los de las Alpujarras,
Y que pena de la vida
á aquel que en contrario haga.
Mucho sintieron los moros
aquesta nueva demanda,
Que mas quisieran morir,
que dejar su dulce patria.
Mas al fin todos la dejan,
y á Castilla se trasladan
De toda la Andalucía
y Sevilla la nombrada,
fijándose en otras tierras
fuera de lo que es Granada.

FIN.

[illegible] enía in lejá del [illegible]
[illegible] la [illegible] dad divina p 5.
[illegible] 31 et seqq.
[illegible] ladrones [illegible]
[illegible] 10 " 0100.
[illegible] acrimiedum
55[illegible] - 590 p 378.
[illegible] de Austria (Hijo de Carl. V)
[illegible] every horror & suc-
[illegible] his soldiers
pp. 424; 448 & 449
[illegible] 469. 49 514 - 521. 583 - 540.
[illegible]



